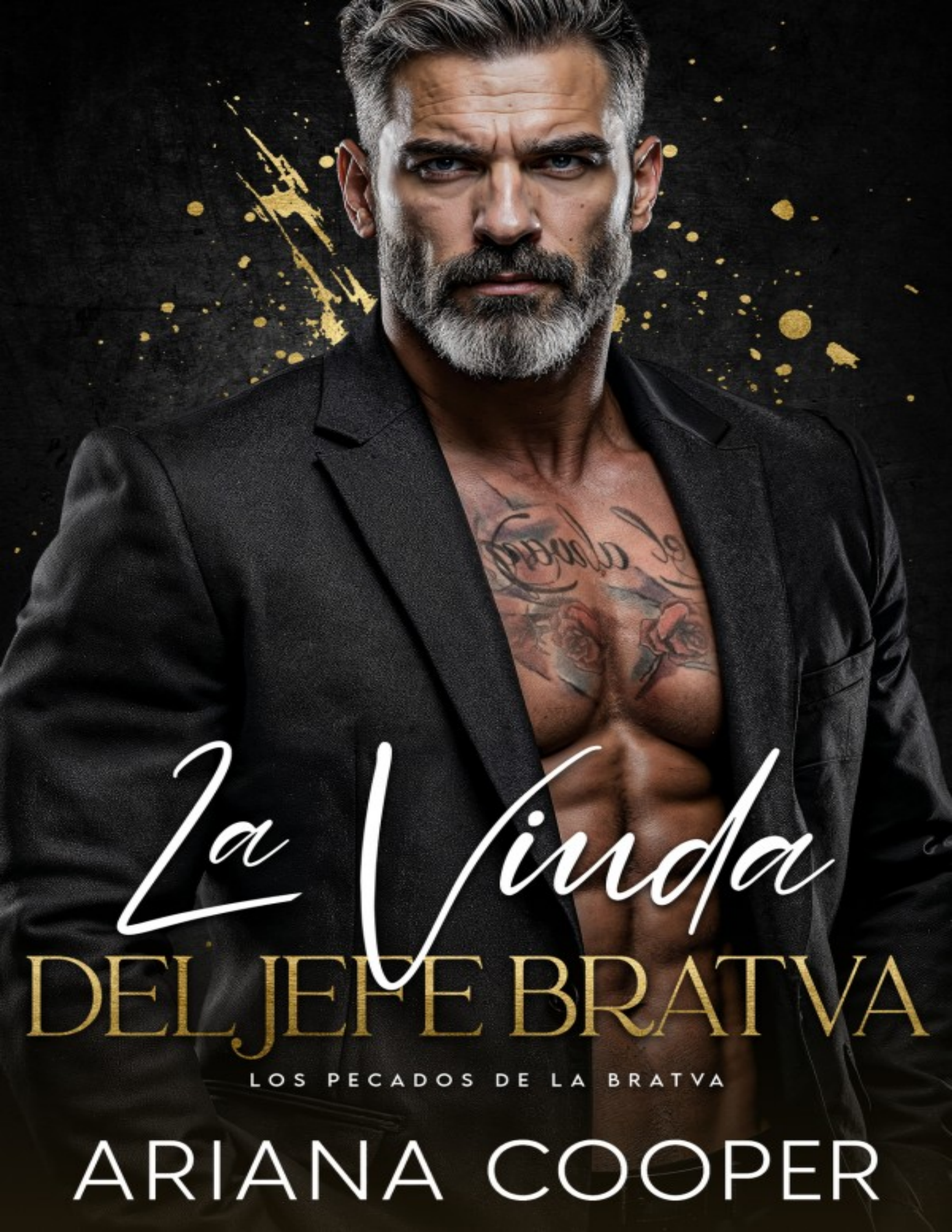

La Viuda
DEL JEFE BRATVA
LOS PECADOS DE LA BRATVA
ARIANA COOPER

LA VIUDA DEL JEFE BRATVA

ARIANA COOPER

ÍNDICE

Sinopsis

1. Alina
2. Dimitri
3. Alina
4. Dimitri
5. Alina
6. Dimitri
7. Alina
8. Dimitri
9. Alina
10. Dimitri
11. Alina
12. Dimitri
13. Alina
14. Dimitri
15. Alina
16. Dimitri
17. Alina
18. Dimitri
19. Alina
20. Dimitri
21. Alina
22. Dimitri
23. Alina
24. Dimitri
25. Alina
26. Dimitri
27. Alina
28. Dimitri
29. Alina
30. Dimitri

31. Alina
32. Dimitri
33. Alina
34. Dimitri
35. Alina
36. Dimitri
37. Alina
38. Dimitri
39. Alina
40. Dimitri
41. Alina
42. Dimitri
43. Alina
44. Dimitri
45. Alina
46. Dimitri
47. Alina
48. Dimitri
49. Alina
50. Dimitri
51. Alina
52. Dimitri
53. Epílogo

También por Ariana Cooper

Derechos de autor © 2026 por Ariana Cooper

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio, ya sea electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de breves citas en reseñas de libros.

Formateado con Vellum

SINOPSIS

Caminé hacia el altar para casarme con un hombre al que apenas conocía.

Una novia vendida por poder.

Una promesa grabada en sangre.

Entonces, sonaron los disparos.

Mi novio murió a mis pies—

y su tío me sacó a rastras de entre las llamas.

Dimitri Morozov.

Pakhan de la Bratva.

El hombre al que todos temen… y del que nadie escapa.

Dice que me ha salvado.

Pero la salvación no debería sentirse como una jaula.

Ahora llevo el apellido de otro hombre,

duermo en su fortaleza,

y respiro bajo **sus normas**.

Mi padre lo llama secuestro.

La Bratva lo llama guerra.

Dimitri me llama necesaria.

Pero la necesidad se vuelve peligrosa

cuando su caricia se demora,

cuando su beso sabe a posesión,

cuando sus enemigos deciden que **soy el arma perfecta.**

Se suponía que iba a ser una viuda.

Un fantasma.

En lugar de eso, me convertí en la debilidad del Pakhan.

Y cuando descubro la verdad…

sobre mi padre,

sobre la masacre,

sobre el niño que crece en silencio dentro de mí,

sobre lo que Dimitri hará para proteger lo que es suyo…

Me doy cuenta de una terrible cosa:

Nunca estuve destinada a escapar de él.

Un romance oscuro de la Bratva, emocionalmente intenso, con matrimonio forzado, diferencia de edad, embarazo secreto y un amor moralmente ambiguo. La historia de la pareja queda cerrada. Final feliz garantizado.

1

ALINA

El encaje blanco de mi vestido de novia rasga mi piel como mil pequeñas acusaciones. Estoy de pie ante el altar de esta ornamentada iglesia ortodoxa rusa, rodeada de iconos de santos cuyos ojos pintados parecen juzgarme, y apenas puedo respirar.

No es así como me imaginaba el día de mi boda.

El vestido es precioso. Reconozco eso a mi madre. Seda color marfil y encaje francés, con una cola catedralicia que se acumula tras de mí como nata derramada. El corsé está incrustado de perlas y cristales que atrapan la luz de las arañas del techo, haciéndome brillar como una especie de ofrenda sacrificial. Que, supongo, es exactamente lo que soy.

He conocido a Sergei Morozov exactamente tres veces.

La primera fue en un restaurante, con ambas familias presentes. Apenas me miró, pasando la mayor parte de la cena discutiendo negocios con mi padre. La segunda fue en una fiesta de compromiso que yo no quería, donde besó mi mano y me dijo que era guapa. La tercera fue la semana pasada, para una última prueba del vestido, y apareció borracho, oliendo a vodka y a un perfume que no era el mío.

Y ahora se supone que debo prometer amarle, honrarle y obedecerle el resto de mi vida.

La iglesia está abarrotada. Cada banco está lleno de hombres con trajes caros, rostros duros y miradas aún más duras. Reconozco a la mayoría, varias familias Bratva, aliados y rivales obligados a llevarse bien por esta alianza. La idea de diplomacia de mi padre—casarme con su hija mayor para asegurar una asociación con la familia Morozov.

Guardias armados bordean las paredes. No seguridad discreta, sino músculo evidente—hombres con bultos bajo las chaquetas que todos fingen no notar. Al fin y al cabo, es una boda Bratva. La violencia siempre está justo bajo la superficie, esperando.

Atrapo la mirada de mi padre desde el primer banco. Viktor Popov está sentado con los hombros hacia atrás y la barbilla alta, luciendo satisfecho de sí mismo. A su lado, mi madre se seca los ojos con un pañuelo de encaje, interpretando el papel de madre emocionada de la novia. Es una actuación. Siempre se le han dado bien.

Mi hermana pequeña Katya está sentada al otro lado de mi madre, y cuando nuestras miradas se encuentran, veo la verdad allí—compasión, miedo y alivio de que sea yo la que está aquí de pie y no ella. Solo tiene dieciséis años. En unos años, probablemente estará en mi lugar, vendida al hombre que mi padre crea que más le beneficie.

A menos que encuentre la manera de protegerla.

Sergei está de pie junto a mí ante el altar, y me obligo a mirarle. Es bastante atractivo, supongo—pelo oscuro engominado hacia atrás, mandíbula fuerte, colonia cara que no logra disimular el olor a tabaco. Tiene treinta y cinco años, trece más que yo, y hay algo frío en sus ojos que me pone la piel de gallina.

Pero no es Sergei quien hace que mi piel se erice por la conciencia.

Es el hombre que está detrás de él.

Dimitri Morozov. El tío de Sergei, aunque no parece lo bastante mayor para el título. Es el padrino, imponente y alto con un traje negro perfectamente cortado. Con cuarenta y dos años, es el verdadero poder en la familia Morozov—el *Pakhan*, el jefe. Sergei puede ser el novio, pero Dimitri es a quien todos temen.

He oído las historias. Todo el mundo las ha oído. Dimitri Morozov es despiadado, calculador y absolutamente implacable con sus enemigos. Ha construido un imperio sobre sangre y miedo, y ha sobrevivido a desafíos que habrían matado a hombres menores.

Y ahora mismo, sus ojos verdes están fijos en mí con una intensidad que dificulta la respiración.

Me digo que es solo mi imaginación. Probablemente está aburrido, o pensando en negocios, o preguntándose cuándo terminará esta ceremonia para volver a lo que sea que hacen hombres como él. Pero cada vez que miro en su dirección, esos ojos siguen sobre mí, siguiendo cada movimiento como un depredador observando a su presa.

El sacerdote comienza la ceremonia en ruso, su voz resonando en el techo abovedado. Las palabras me envuelven, familiares después de una vida entera asistiendo a la iglesia con mi familia, pero se sienten distantes, como si le estuvieran pasando a otra persona.

Se supone que debo decir —Acepto— cuando me lo pregunten. Se supone que debo sonreír y aceptar el anillo y besar a mi nuevo esposo y recorrer el pasillo de vuelta como la señora de Sergei Morozov. Se supone que debo ir al banquete, bailar el primer baile, cortar la tarta y después desaparecer en una suite nupcial donde Sergei reclamará sus derechos maritales.

La idea hace que me suba la bilis a la garganta.

El sacerdote le pregunta a Sergei si me acepta como esposa. La respuesta de Sergei es segura, casi aburrida. —Acepto—.

Ahora me toca a mí. El sacerdote me mira expectante, y abro la boca para pronunciar las palabras que sellarán mi destino.

Entonces es cuando estalla la primera ventana.

El sonido es ensordecedor cuando el cristal explota hacia dentro en una lluvia de fragmentos coloreados. La preciosa vidriera de la Virgen María se desintegra, y algo pequeño y oscuro vuela a través de la abertura.

Durante una fracción de segundo, todo se congela. Mi cerebro no puede procesar lo que está pasando. Entonces veo el fogonazo de un arma desde fuera, y el instinto toma el control.

Me tiro al suelo, con el vestido de novia enredándose en mis piernas. A mi alrededor, estalla el caos. Disparos—tantos disparos—resuenan por la iglesia. La gente grita, se cubre, se arrastra sobre los bancos. Los guardias armados de las paredes sacan sus armas y devuelven el fuego, pero disparan a sombras, a amenazas que no pueden ver.

Estallan más ventanas. Me cubro la cabeza con los brazos mientras el cristal llueve sobre mí, bordes afilados enredándose en mi pelo y vestido. Alguien grita órdenes en ruso, pero no puedo distinguir las palabras entre los gritos y los disparos.

Levanto la vista buscando a Katya, a mi familia, pero solo veo caos. Hombres de traje disparando armas. Mujeres en vestidos caros arrastrándose bajo los bancos. Sangre—tanta sangre—extendiéndose por el suelo de mármol blanco.

Y Sergei.

Sergei sigue de pie ante el altar, con el rostro petrificado por el shock. Mira hacia abajo, a su pecho, donde tres manchas oscuras se extienden sobre su camisa blanca. Tres círculos perfectos, justo sobre el corazón.

Da un paso tambaleante hacia mí, abriendo la boca como para hablar. Entonces las piernas le fallan y se desploma, cayendo hacia

delante sobre los escalones del altar. Su sangre forma un charco a su alrededor, mezclándose con los cristales rotos, y sus ojos—aquellos ojos fríos—miran a la nada.

Está muerto.

Mi prometido está muerto.

Debería sentir algo—horror, dolor, conmoción—pero solo siento un extraño entumecimiento. Apenas lo conocía. No quería casarme con él. Y ahora yace muerto a mis pies, sigo con este vestido de novia y el mundo se desmorona a mi alrededor.

Alguien me agarra del brazo y grito, intentando zafarme. Pero la sujeción es férrea, y al alzar la vista veo el rostro de Dimitri Morozov sobre mí. Su expresión es completamente inexpresiva, sin mostrar emoción alguna mientras las balas vuelan a nuestro alrededor, la gente muere y la iglesia arde.

Porque la iglesia ya está ardiendo. Huelo el humo, veo las llamas lamiendo los bancos de madera. Alguien debe haber lanzado un artefacto incendiario. La vieja madera arde como yesca, y el humo se espesa cada segundo.

—Tenemos que movernos—dice Dimitri con voz calmada y controlada, como si habláramos del tiempo y no de salvar la vida—. Ahora.

Intento levantarme, pero el vestido se ha enganchado en algo—cristales, escombros, quizá el cuerpo de Sergei. No distingo. Dimitri no espera. Simplemente se agacha, me levanta en brazos como si no pesara nada y empieza a avanzar.

Quiero protestar, pedirle que me baje, preguntar por Katya y mis padres. Pero el humo me ahoga, el calor de las llamas es insoportable, y solo puedo aferrarme a sus hombros mientras me lleva a través del infierno.

Pasamos junto a cuerpos. Tantos cuerpos. Guardias, invitados, gente que conozco de toda la vida, todos inmóviles sobre el mármol resbaladizo de sangre. Veo al socio de mi padre boca abajo cerca de la entrada. A uno de los primos de Sergei desplomado contra un banco, su traje caro desgarrado y ensangrentado.

No veo a Katya. No veo a mis padres.

—Mi hermana—logro decir entre tos—. Necesito encontrar...

—Su familia salió—corta Dimitri—. Los vi marcharse por la salida lateral.

No sé si dice la verdad o solo lo que necesito oír para que no luche. Pero no tengo fuerzas para discutir. El humo es demasiado denso, el calor abrasador, y me arden los pulmones.

Salimos disparados por las puertas principales al aire fresco del atardecer, y jadeo, tragando oxígeno. Detrás, la iglesia ya está completamente envuelta en llamas que surgen por los ventanales rotos y lamen la cúpula. Las sirenas de emergencia aúllan a lo lejos, pero están demasiado lejos, demasiado tarde.

Dimitri no deja de moverse. Me lleva en brazos por la plaza frente a la iglesia, más allá de la fuente donde hice fotos hace apenas una hora, más allá del jardín de rosas donde debían tomarme las fotos de la recepción. Sus hombres están por todas partes, formando un corredor protector, armas desenfundadas y ojos escudriñando amenazas.

Un todoterreno blindado espera en la acera con el motor en marcha. La puerta trasera ya está abierta. Dimitri no aminora, no pide permiso. Simplemente me deposita en el asiento trasero y se sube tras de mí, cerrando la portezuela.

—Conduzca—ordena, y el vehículo arranca bruscamente.

Me giro en el asiento mirando hacia la iglesia en llamas. Las llamas ya brotan del tejido y la cúpula empieza a derrumbarse. La plaza

está sembrada de gente—supervivientes, testigos, los afortunados que lograron salir. Busco desesperada el rostro de Katya, el pelo rubio distintivo de mi madre, cualquier señal de mi familia.

Pero avanzamos demasiado rápido, el humo es demasiado espeso, y al doblar una esquina la iglesia desaparece de la vista.

Vuelvo a mirar hacia delante, con las manos temblorosas, el vestido de novia desgarrado y manchado de sangre y hollín. Dimitri se sienta a mi lado, perfectamente compuesto, ya hablando en ruso rápido por el móvil. Da órdenes, coordina algo, sin que su voz vacile jamás.

Debería estar agradecida. Me salvó la vida. Me sacó de aquel infierno cuando estaba paralizada por el shock. Pero mientras estoy sentada aquí en su todoterreno, alejándonos de la carnicería, una pregunta resuena en mi mente.

¿Por qué?

¿Por qué me salvó? ¿Por qué me agarró a mí, específicamente, cuando había docenas de personas en aquella iglesia? ¿Por qué me lleva con él en lugar de devolverme a mi familia?

Como si percibiera mis pensamientos, Dimitri termina su llamada y clava en mí sus intensos ojos verdes. De cerca, veo detalles que no capté en el altar—la pequeña cicatriz sobre su ceja izquierda, las canas plateadas en sus sienes entre el pelo oscuro, los tatuajes que asoman bajo el cuello. Una estrella de ocho puntas en el pectoral derecho, visible bajo su camisa entreabierta. La marca de un miembro de alto rango de la Bratva.

—Ahora está a salvo—dice, y debería ser tranquilizador, pero algo en su tono lo hace sonar como una amenaza.

—¿Adónde me lleva?—pregunto, sorprendida de que mi voz sea firme.

—A un lugar seguro.

—Quiero ir a casa. Quiero ver a mi familia.

—Ahora mismo no es posible.

—¿Por qué no?

Me estudia durante un largo momento, y veo algo brillar en sus ojos —cálculo, decisión, algo que no logro descifrar. Entonces se recuesta en el asiento y dice—: Porque quien atacó esa iglesia quería muertos a todos los que estaban dentro. Hasta que sepa quién y por qué, se queda conmigo.

No es una petición. Ni siquiera una explicación. Es un hecho, dicho con la certeza absoluta de un hombre acostumbrado a ser obedecido.

Y mientras avanzamos por las calles oscurecidas, dejando atrás la iglesia en llamas, mi prometido muerto y todo lo que creía que sería mi vida, comprendo con una fría certeza que se instala en mis huesos...

Acabo de cambiar una prisión por otra.

2

DIMITRI

La iglesia arde a nuestras espaldas, las llamas lamen el cielo nocturno como lenguas de demonios. Ya oigo las sirenas —policía, bomberos, ambulancias— todas corriendo hacia la carnicería. Demasiado tarde. Siempre demasiado tarde.

Estoy sentado en la parte trasera del todoterreno, con el teléfono pegado a la oreja, coordinándome con mis hombres. La voz de Alexei es firme pese al caos, informando de bajas y asegurando el perímetro. Quince muertos, quizá más. Tres de mis mejores soldados entre ellos. Y Sergei.

Mi sobrino. El chico que crié después de que muriera mi hermano. Desaparecido.

Aparto ese pensamiento. Habrá tiempo para el duelo más tarde. Ahora solo hay supervivencia. Y estrategia.

—Llévanos por el camino largo —ordeno a mi chófer. No quiero dar ninguna oportunidad a que quienes estén detrás del ataque nos sigan.

A mi lado, Alina permanece sentada en un silencio aturdido, su vestido de novia rasgado y manchado de sangre y hollín. Ha dejado

de temblar, lo cual me preocupa más que los temblores. El shock puede ser peligroso. Hace que la gente sea impredecible.

Termino la llamada con Alexei y la estudio a la tenue luz de las farolas que pasan. Cabello rojo desordenado alrededor de su pálido rostro, ojos verdes que miran a la nada. Es hermosa, incluso cubierta de ceniza y sangre. Sergei tenía buen gusto, al menos.

La alianza que este matrimonio debía asegurar ahora está en peligro. La hija de Viktor Popov debía unir a nuestras familias, crear una asociación que fortalecería ambas posiciones en la jerarquía Bratva. Ahora Sergei está muerto, y esta chica es un cabo suelto, una vulnerabilidad que mis enemigos explotarán o eliminarán.

Pero también es valiosa.

—¿Adónde me lleva? —Su voz está ronca por el humo y los gritos.

—A un lugar seguro.

—Quiero ir a casa. Quiero ver a mi familia.

Ya he tenido esta conversación con ella antes. Mi respuesta no ha cambiado. —Eso no es posible ahora mismo.

—¿Por qué no? —Se vuelve hacia mí, y veo cómo el miedo da paso a la ira. Bien. La ira es mejor que el shock. La ira te mantiene vivo.

—Porque quienquiera que atacara esa iglesia quería muertos a todos los que estaban dentro. Hasta que sepa quién y por qué, se queda conmigo.

—¡No puede secuestrarme así!

—Ya lo he hecho.

Sus ojos brillan de furia y se abalanza hacia la manija de la puerta. Los seguros infantiles están activados, por supuesto, pero ella aún no lo sabe. Tira de la manija desesperadamente, con la respiración entrecortada.

—¡Déjeme salir! ¡Déjeme salir ahora mismo!

No respondo. He aprendido que a veces el silencio es más efectivo que la discusión. Golpea la ventana, gritando ayuda, pero ya estamos en el barrio exclusivo donde se encuentra mi propiedad. Altos muros, seguridad privada, gente que sabe que es mejor no meterse en asuntos Bratva.

Cuando se da cuenta de que la puerta no se abre, se vuelve hacia mí con los puños apretados. Por un momento, creo que podría intentar golpearme. Parte de mí casi desea que lo haga, solo para ver si tiene el valor.

—No tiene derecho a hacer esto —dice, con la voz temblorosa de rabia—. Mi padre...

—¿Su padre qué? —la interrumpo con tono frío— ¿Empezará una guerra? Quizá. Pero primero querrá saber que está viva. Y a salvo.

—¿A salvo? —Ríe con amargura—. Estoy atrapada en un coche con un hombre al que no conozco, llevada a Dios sabe dónde. Eso no es estar a salvo. Eso es secuestro.

—Llámelo como quiera. Ahora está bajo mi protección.

—¡No quiero su protección!

El todoterreno reduce la velocidad al acercarnos a las puertas de mi propiedad. La finca ocupa dos hectáreas en un barrio exclusivo, rodeada de altos muros y seguridad de última generación. La casa principal es una obra maestra moderna de cristal y piedra, líneas limpias y gusto caro. He vivido aquí diez años, y nunca ha parecido un hogar. Solo otra fortaleza. Otro lugar que defender.

Las puertas se abren de par en par y entramos con el coche. Alina aprieta la cara contra la ventanilla, observando los jardines cuidados, la fuente, la casa en sí. La veo calculando, buscando rutas de escape. Chica lista.

—¿Esta es su prisión? —pregunta, con la voz cargada de sarcasmo.

—Este es su santuario. Lo vea así o no.

El todoterreno se detiene ante la entrada principal. Mis hombres ya están desplegados por la propiedad. Los distingo entre las sombras, armas preparadas. Alexei aguarda en la puerta, con el rostro sombrío. Había regresado antes que nosotros, puesto que tomamos la ruta larga a casa.

Abro mi puerta y salgo, luego me dirijo al lado de Alina. Cuando abro su puerta, no se mueve.

—Salga —ordeno.

—No.

No tengo tiempo para esto. Meto la mano y la agarro del brazo, sacándola del vehículo. Inmediatamente se rebela contra mí: araña mis manos, intenta zafarse. Sus uñas rasgan mi muñeca, sacando sangre.

—¡Suélteme! —grita—. ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

Nadie acude. Mis hombres saben cómo actuar. E incluso si no lo supieran, no interferirían. Esto es asunto de la Bratva. Asunto mío.

Es más fuerte de lo que aparenta, lo reconozco. Logra propinarme una patada en la espinilla que duele de verdad. Pero he estado en más peleas de las que puedo contar, contra hombres el doble de grandes y tres veces más feroces. Una chica asustada con vestido de novia apenas supone un desafío.

La alzo en brazos, ignorando sus protestas y los puños que golpean mi pecho. Es ligera, pese a su estatura. Demasiado ligera. ¿Cuándo comió por última vez?

—¡Bájeme! ¡Bájeme ahora mismo!

La llevo escaleras arriba y cruzamos la puerta principal. Alexei nos sigue, cerrando tras nosotros. El vestíbulo es todo mármol y arte moderno, frío e impersonal. Como todo lo demás en esta casa.

—Dimitri —dice Alexei en voz baja—. Necesitamos hablar.

—Luego. Trae al médico. Quiero que la examinen por si tiene heridas.

—¡No necesito médico! —grita Alina, aún forcejeando en mis brazos —. ¡Necesito que me suelte!

La ignoro y me dirijo a las escaleras. Se vuelve más pesada, no por su peso, sino por lo que se resiste. Su vestido de novia se engancha en la barandilla y oigo rasgarse la tela. Ni lo nota ni le importa.

La habitación de invitados está en el segundo piso, al final del ala este. Es una de las mejores de la casa, con ventanales que dan a los jardines, una cama king-size con ropa de alta calidad y un cuarto de baño con bañera profunda. Nunca la había usado ningún invitado. No recibo invitados.

Empujo la puerta con el hombro y la llevo dentro, depositándola en la cama. Inmediatamente se aparta de mí, apretándose contra el cabecero como un animal acorralado.

—Aléjese de mí —advierte, con la voz temblorosa.

Doy un paso atrás, concediéndole espacio. —El baño está tras esa puerta. En el armario hay ropa que debería quedarle bien. Una criada traerá comida en breve.

—No quiero comida. Quiero marcharme.

—Esa no es una opción.

—¡No puede retenerme aquí!

La miro a los ojos, dejando que vea la verdad en los míos. —Puedo. Y lo haré. Para su propia protección.

—¿Protección? —Su risa es un sonido áspero desprovisto de humor —. Es un monstruo. Todo el mundo lo dice. Dimitri Morozov, el despiadado Pakhan que mata a quien se le cruza. ¿Y espera que crea que me protege?

Sus palabras deberían escocer, pero no lo hacen. Me han llamado cosas peores. He hecho cosas peores.

—Créase lo que quiera —digo, volviéndome hacia la puerta—. Pero se quedará aquí hasta que averigüe quién atacó esa iglesia y por qué. Si intenta marcharse, mis hombres la detendrán. Si intenta hacerse daño, el médico la sedará. Póngaselo fácil, Alina. Acepte la situación.

Estoy a punto de salir cuando oigo el clic distintivo de un arma al amartillarse.

Me giro lentamente y la sangre se hiela en mis venas.

Alina está junto a la cama, su destrozado vestido de novia formando un charco a sus pies, el pelo rojo desordenado enmarcándole el rostro. Y en sus manos, firmes pese a todo, sostiene una pequeña pistola, un arma de señora, probablemente un .22, pero lo bastante letal a esta distancia.

Debía llevarla en el bolso de mano, aquel clutch de marfil y encaje que la vi llevar en la iglesia. Me había concentrado tanto en sacarla del edificio, en protegerla de amenazas externas, que no se me ocurrió comprobar si llevaba armas.

Error de principiante. Uno que podría costarme la vida.

El arma apunta directamente a mi pecho. A mi corazón.

—Ahora —dice Alina, con voz firme y fría—, va a dejarme marchar. O le dispararé.

3

ALINA

Me tiemblan las manos mientras apunto la pistola al pecho de Dimitri Morozov. El mismo lugar donde las balas que mataron a Sergei lo alcanzaron. Tres círculos perfectos, justo sobre el corazón.

—No te acerques más —le advierto, con una voz más firme de lo que me siento.

Dimitri permanece cerca de la puerta, con una expresión indescifrable. Esos ojos verdes me estudian con una intensidad que me eriza la piel. No parece asustado. Ni siquiera parece preocupado. Más bien parece... curioso.

—Baja el arma, Alina.

—No. —Ajusto el agarre, recordando las lecciones que mi padre insistió en que tomara. Autodefensa, lo llamaba. Protección para sus hijas en un mundo peligroso. La ironía no se me escapa—. Vas a responder a mis preguntas. ¿Por qué me has secuestrado? ¿Qué quieres de mí?

—Ya te lo dije—

—¡Mentiras! —La palabra sale de mí como una explosión, cruda y furiosa—. Me sacaste de esa iglesia mientras la gente moría. Me arrojaste a tu coche como si fuera un equipaje. Me trajiste a esta... esta prisión y me encerraste. Así que dime la verdad. ¿Por qué yo?

La mandíbula de Dimitri se tensa, la única señal de que mis palabras le afectan. —La verdad es complicada.

—Pues simplifícala.

Da un paso hacia mí y me pongo tensa, con el dedo rozando el gatillo. —¡He dicho que no te muevas!

Pero no se detiene. Se mueve con la confianza de un depredador que sabe que su presa está acorralada, cada paso deliberado y controlado. —¿Quieres respuestas? Vale. Te secuestré porque eres valiosa. Porque esa boda iba a crear una alianza entre nuestras familias, y ahora Sergei está muerto. Porque quien atacó esa iglesia quería que todos los de dentro murieran, y aún no sé quién ni por qué.

—¿Así que soy qué? ¿Un seguro? —Otro paso más cerca. Ahora puedo ver los detalles de su rostro: la cicatriz sobre la ceja, las hebras plateadas en su pelo oscuro, la línea dura de su boca—. ¿Una moneda de cambio?

—Para protegerte —dice, con voz grave y ronca.

—No necesito tu protección. ¡Necesito que me dejes ir!

—Eso no va a pasar.

Ahora está demasiado cerca, lo suficiente como para que pueda oler su colonia —algo caro y masculino que me marea—. Tan cerca que distingo los tatuajes que asoman bajo su cuello, la estrella de ocho puntas que lo marca como realeza Bratva.

—Para —digo, pero mi voz tiembla—. Dispararé. Te juro que lo haré—

—No, no lo harás.

La certeza en su tono hace que la rabia arda en mi pecho. Cree que soy débil. Cree que soy una chica indefensa incapaz de apretar un gatillo. Se equivoca.

Ajusto la puntería y disparo.

El disparo es ensordecedor en el espacio cerrado. La bala se desvía —intencionadamente— y se estrella contra el espejo ornamentado de la pared opuesta. El cristal estalla, lloviendo esquirlas sobre el suelo de madera. El eco resuena, y por un instante ambos nos quedamos inmóviles.

Entonces Dimitri se mueve.

Está sobre mí antes de que pueda reajustar la puntería, antes incluso de procesar lo que ocurre. Su mano rodea mi muñeca con fuerza brutal, retorciéndola hasta que un dolor agudo recorre mi brazo y el arma cae al suelo con estrépito. Grito, intentando liberarme, pero es demasiado fuerte, demasiado rápido.

Me gira y me empuja contra la pared, su cuerpo inmovilizando el mío. El impacto me quita el aliento. Su pecho presiona contra mi espalda, sólido e inflexible. Una mano sigue sujetando mi muñeca, elevándola sobre mi cabeza. La otra se apoya en la pared junto a mi cara.

—¡Suéltame! —Forcejeo contra él, pero es inútil. Mide al menos quince centímetros más que yo y debe pesar treinta kilos más, todo músculo—. ¡Quítate de encima!

—¿Has terminado? —Su aliento quema mi oreja, su voz un gruñido grave que me hace estremecer a pesar del miedo—. ¿O quieres intentar otra estupidez?

—¡Que te jodan!

Intento patear hacia atrás, apuntando a su espinilla, pero él anticipa el movimiento y cambia su peso, atrapando mis piernas con las

suyas. Ahora estoy completamente inmovilizada, aplastada entre la pared y su cuerpo, y la postura resulta demasiado íntima para mi comodidad.

Siento cada centímetro de él contra mí: los planos duros de su pecho, la fuerza de sus muslos, el calor que irradia a través de su ropa. Mi vestido de novia está roto y sucio, ofreciendo poca barrera entre nosotros. Cuando se ajusta ligeramente, cambiando el agarre, siento algo más presionando mi espalda baja.

Está excitado.

La revelación envía una mezcla confusa de miedo y algo más —algo que no quiero nombrar— recorriéndome. Esto está mal. Todo esto está mal. Me secuestró. Me tiene prisionera. Debería sentir terror, asco, cualquier cosa menos...

—Suéltame —repito, pero esta vez mi voz sale entrecortada en lugar de airada.

Dimitri no se mueve. Su mano desciende desde mi muñeca por mi brazo, lenta, deliberadamente, dejando un reguero de calor a su paso. Cuando llega a mi hombro, se detiene, sus dedos presionando mi piel a través de la fina tela de la ropa prestada.

—¿Quieres respuestas? —murmura contra mi oído—. Aquí tienes una. Eres valiente. Estúpida, pero valiente. La mayoría no tendría los cojones de apuntarme con una pistola.

—La mayoría no está prisionera.

—No eres una prisionera. Estás bajo mi protección.

—Es lo mismo.

—No. —Su otra mano se desplaza de la pared a mi cadera, y contengo el aliento—. Un prisionero no tiene elección. Tú tienes opciones, Alina. Simplemente no te gusta ninguna.

Tiene razón, y lo odio por eso. Odio que lleve razón, odio que su contacto me queme la piel, odio que una parte traidora de mí responda a su proximidad a pesar de todo.

—¿Qué quieres de mí? —pregunto, horrorizada al notar que mi voz tiembla.

Dimitri guarda silencio durante un largo momento. Su mano en mi cadera se tensa, sus dedos se clavan en mi carne. Cuando por fin habla, su voz es áspera, casi forzada—: Quiero que dejes de luchar contra mí. Quiero que escuches. Quiero que entiendas que el mundo fuera de estos muros es más peligroso de lo que puedes imaginar ahora mismo.

—¿Y se supone que debo confiar en ti?

—No. —Me gira bruscamente, manteniéndome inmovilizada contra la pared pero ahora frente a él. Sus ojos verdes taladran los míos, y veo algo titilar en sus profundidades— no ira, sino algo más oscuro, más complejo. Algo que me corta la respiración—: No espero confianza. Pero necesito cooperación. Porque si quieres sobrevivir a lo que se avecina, debes dejar de luchar contra mí y empezar a escuchar.

Su rostro está a centímetros del mío. Puedo ver los hilos plateados en su barba, las pequeñas arrugas en las comisuras de sus ojos. Su mirada desciende a mis labios, y por un instante de locura, creo que va a besarme.

Una parte de mí lo desea.

El pensamiento es tan impactante, tan equivocado, que aparto bruscamente la cabeza rompiendo el contacto visual—: Quiero ver a mi familia. Quiero saber que están a salvo.

—Lo están. Te dije—

—Me dijiste lo que necesitaba oír para evitar que luchara contra ti en la iglesia. ¿Cómo sé que es verdad? ¿Cómo sé que mi hermana vive?

¿Mis padres?

Algo cambia en su expresión, un destello que podría ser compasión —: Mis hombres verificarán su paradero y te enviaré pruebas. Pero no abandonarás esta finca hasta que sepa quién atacó esa iglesia y por qué.

—¿Y si lo intento?

Su mano se eleva para acariciar mi mandíbula, su pulgar rozando mi pómulo en un gesto casi tierno. Casi—: Entonces mis hombres te detendrán. Y me decepcionarás mucho.

La forma en que dice "decepcionar" suena a amenaza y promesa a la vez.

Nos miramos fijamente, el aire entre nosotros cargado de tensión—miedo, ira y algo más que me niego a reconocer. Su cuerpo sigue aplastado contra el mío, y soy agudamente consciente de cada punto de contacto, cada lugar donde su calor penetra mi piel.

Entonces, abruptamente, me suelta y retrocede.

La repentina ausencia de su cuerpo me deja extrañamente fría. Me desplomo contra la pared, las piernas temblorosas, mientras él se inclina para recoger mi pistola del suelo. Revisa el cargador con eficiencia experta y se la guarda.

—Descansa —dice, su voz recuperando ese tono controlado e impasible—. Alguien te traerá la cena.

Se dirige a la puerta, y debería sentir alivio. Debería estar agradecida de que se marche. En cambio, me siento extrañamente desamparada.

—Espera —grito, odiando el tono desesperado de mi voz—. ¿Quién atacó la iglesia? ¿Lo sabes?

Dimitri se detiene con la mano en el pomo. No se vuelve—: Todavía no. Pero lo sabré. Y cuando lo haga, desearán no haber nacido.

La fría certeza en su voz me eriza la piel.

Abre la puerta, y creo que se irá sin decir nada más. Pero entonces se detiene, sus anchos hombros llenando el marco, y me mira por encima del hombro.

—Esta es tu vida ahora, Alina —dice en voz baja—. Al menos en el futuro previsible. Puedes luchar contra ella, hacerte miserable y agotarte intentando escapar. O puedes aceptarla y sacar lo mejor de la situación. Tú eliges.

Luego se va, la puerta cerrándose tras él con un suave clic.

Oigo girar la cerradura.

Resbalo por la pared hasta quedar sentada en el suelo, mi destrozado vestido de novia formando un charco a mi alrededor, rodeada de cristales rotos del espejo. Mi muñeca palpita donde él la retorció. Mi cuerpo aún hormiguea donde me tocó.

Y a pesar de todo— a pesar del miedo, la ira y la absoluta locura de esta situación— no puedo dejar de pensar en el fuego de sus ojos cuando me miraba.

No puedo dejar de pensar en cómo sentía su cuerpo contra el mío.

No puedo dejar de pensar en qué habría pasado si no hubiera apartado la cabeza.

Entierro el rostro en las manos e intento no llorar.

Esta es mi vida ahora.

Dios mío, ayúdame.

4

DIMITRI

El cerrojo hace clic al cerrarse detrás de mí, encerrando a Alina en el dormitorio. Me quedo allí un momento, con la mano aún en el pomo de la puerta, escuchando el silencio al otro lado. Ni llantos. Ni gritos. Solo silencio. No sé si eso la hace inteligente o peligrosa.

Aprieto la mandíbula al girarme y me dirijo por el pasillo hacia la escalera principal. La casa se siente demasiado vacía, demasiado silenciosa tras el caos de la iglesia. Normalmente, se oirían voces resonando por estos pasillos —mis hombres riendo, discutiendo, haciendo negocios—. Ahora solo se oyen mis pasos sobre el mármol y el lejano murmullo de la voz de Alexei en algún piso inferior.

Todavía puedo sentirla.

Ese es el problema. Todavía puedo sentir el peso de su cuerpo contra el mío cuando me incliné sobre ella, atrapando su cuerpo contra la pared. Ella tembló, pero creo que era más por rabia que por miedo. Su cabello olía a jazmín y humo, y cuando me miró con aquellos ojos verdes furiosos, algo en mi pecho se apretó de una manera que no reconocí.

Había sentido cada parte de su cuerpo esbelto contra el mío. Primero fue su culo firme apretado contra mi entrepierna. Luego, cuando la giré, fueron esos hermosos pechos turgentes y las piernas largas y musculosas que podía sentir contra las mías incluso a través del destrozado vestido de novia.

Sacudo la cabeza, obligando a los pensamientos a desaparecer. Este es exactamente el tipo de distracción que mata a los hombres en mi mundo. El sentimentalismo es un lujo que no puedo permitirme, especialmente ahora. Especialmente con ella.

La puerta del despacho ya está abierta cuando llego, y la luz cálida se derrama en el pasillo oscuro. Alexei está sentado en una de las sillas de cuero frente a mi escritorio, con el teléfono pegado a la oreja y el rostro sombrío. Levanta la vista cuando entro, dice algo rápido en ruso y termina la llamada.

—Dimitri. —Se pone en pie, y puedo ver el agotamiento en sus ojos. Hay sangre en su cuello —no es la suya—. —Necesitamos hablar.

—Entonces habla. —Me acerco al carrito de la barra en la esquina y saco una botella de Beluga Noble y dos vasos. Tengo las manos firmes al servir, pero mi mente va a mil por hora. —¿Cómo de grave es?

—Hemos encontrado dos más, así que el número de muertos asciende a diecisiete. —Su voz es plana, sin emoción. Así es como Alexei afronta la tragedia: se convierte en una máquina, todo negocio, sin sentimientos. —Incluidos Sergei, Yuri y Anton.

Hago una pausa, con la botella suspendida sobre el segundo vaso. Anton. Había estado conmigo durante siete años, me había salvado la vida dos veces. Tenía una esposa y una hija en Moscú. Termino de servir y le paso a Alexei su copa.

—¿La iglesia? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Pérdida total. Los bomberos no pudieron salvarla. —Toma un largo trago y luego deja el vaso sobre mi escritorio. —Pero eso no es lo

peor.

Por supuesto que no. Me bebo el vodka de un trago, sintiendo el ardor hasta el estómago. No ayuda. —Dime.

—Fue coordinado. Profesional. —Alexei saca su tableta y desliza el dedo por lo que parecen informes preliminares. —Al menos cuatro tiradores, quizá más. Sabían exactamente dónde colocarse para causar el máximo de bajas.

Me sirvo otra copa. —Información interna.

—Tiene que serlo. —Me mira, con expresión sombría.

Me muevo detrás de mi escritorio, dejo mi vaso y abro las imágenes de seguridad en mi ordenador. Habíamos colocado cámaras alrededor de la iglesia —procedimiento estándar para cualquier reunión familiar—. Encuentro el archivo de hoy, de la ceremonia, y pulso play.

La pantalla se llena con la imagen del interior de la iglesia, los bancos llenos de invitados con sus mejores galas. Puedo ver a Sergei en el altar y a mí a su lado, mis hombres colocados en puntos estratégicos del recinto. Y entonces la veo a ella.

Alina camina por el pasillo con ese vestido blanco, la mano de su padre sobre su brazo. Incluso a través de la grabación de baja calidad, puedo ver la tensión en sus hombros, la manera cuidadosa en que se sostiene. Parece una mujer caminando hacia su ejecución, no hacia su boda.

Adelanto hasta el momento en que todo se torció. El sacerdote está hablando, su boca moviéndose en silencio en la pantalla. Alina y Sergei están frente a frente. Y entonces—

El primer disparo.

Observo caer a Sergei. Veo estallar el caos. El ángulo de la cámara no es bueno, pero ahora distingo a los tiradores, posicionados en el

balcón, tras los pilares, cerca de las salidas. Se mueven con precisión militar, eliminando a mis hombres con eficiencia calculada.

—Rebobínalo —dice Alexei, inclinándose sobre mi hombro—. Vuelve al momento anterior a los disparos.

Lo hago, viendo la grabación en reverso hasta volver al inicio de la ceremonia. Luego la reproduzco hacia adelante de nuevo, más despacio esta vez, estudiando cada detalle. Los invitados. Las posiciones. La sincronización.

—Ahí —Alexei señala la pantalla—. ¿Ves a ese hombre en el tercer banco? Mira su reloj dos veces en treinta segundos. Y esa mujer cerca de la parte trasera... se marcha justo antes de que empiecen los disparos.

Tiene razón. Observo cómo la mujer sale sigilosamente por una puerta lateral, quizás veinte segundos antes de que resuene el primer disparo. ¿Una advertencia? ¿Una huida?

—Necesitamos identificar a todos los que estaban allí —digo con voz gélida—. Todos los que sabían de la boda, todos los que tenían acceso a los detalles. Quiero nombres, antecedentes, conexiones. Todo.

—Ya estoy en ello —Alexei se endereza, tomando de nuevo su copa —. Los Popov siempre han sido ambiciosos. Viktor ha estado presionando por más territorio, más influencia. Este matrimonio debía unir a nuestras familias, pero ¿y si...? —Hace una pausa, observando mi reacción— ¿Y si ese nunca fue el plan? ¿Y si esto siempre estuvo destinado a terminar en sangre?

Hace una pausa para mirarme fijamente. —¿Y si Alina estaba metida en el asunto?

Lo considero. Debo considerarlo. En este mundo, la confianza es una moneda más valiosa que el oro, y no puedo permitirme gastarla a la ligera. Viktor Popov es una serpiente, todo el mundo lo sabe. Sonríe

y da la mano mientras planea tu ruina. Sería muy propio de él ofrecer a su hija como novia mientras prepara una emboscada.

Pero entonces recuerdo la cara de Alina cuando cayó Sergei. El terror genuino en sus ojos. La forma en que se quedó paralizada, incapaz de moverse, incapaz de procesar lo que ocurría. He visto a mucha gente fingir muchas cosas en mi vida, ¿pero ese tipo de conmoción? ¿Esa clase de miedo crudo y visceral? Eso no es algo que se pueda fabricar.

—Ella no lo sabía —digo, sorprendiéndome a mí mismo con la certeza en mi voz. Cierro las imágenes de seguridad y me reclino en la silla—. Pero eso no significa que su familia no estuviera involucrada.

—Entonces, ¿qué hacemos con ella?

Buena pregunta. Lo inteligente sería devolverla, lavarme las manos de todo este lío. Pero lo inteligente no siempre es lo correcto, y ahora mismo, Alina Popov podría ser mi única baza.

—Se queda —digo, tomando la decisión mientras hablo—. Bajo mi protección, bajo mi vigilancia. Hasta que sepamos quién orquestó esta masacre, no sale de esta casa.

—¿Y si su padre estuvo involucrado?

Entonces se convierte en la pieza más valiosa del tablero. No lo digo en voz alta, pero Alexei lo entiende. Lleva conmigo suficiente tiempo para saber cómo se juega esta partida.

—Si Viktor Popov quería verme muerto, acaba de cometer un error muy caro —digo, sirviéndome una tercera copa—. Y su hija me ayudará a hacer que pague por ello.

Alexei asiente lentamente, luego abre la boca para responder. Pero antes de que pueda hablar, la puerta del despacho se abre de golpe. Uno de los guardias entra apresuradamente.

—Disculpe la interrupción, Pakhan, pero pensé que querría ver esto.

Alexei y yo intercambiamos una mirada. —¿Qué ocurre? —exijo.

El guardia se acerca a mi escritorio y coge el mando de mi televisor de pantalla plana. Lo enciende en el primer canal de noticias que encuentra. —Viktor Popov —gruñe—. Acaba de hacer una declaración pública, afirmando que usted ha secuestrado a su hija durante su propia boda.

Lo hice, por supuesto, pero esto complica aún más las cosas.

Alexei frunce el ceño ante el televisor. —No lo dice explícitamente, pero Viktor está insinuando que usted está detrás del ataque en la iglesia.

5

ALINA

Llevo horas plantada frente a la ventana —o eso me parece— con las palmas apoyadas contra el cristal, comprobando su resistencia por centésima vez. No cede ni un milímetro. Los cristales blindados son tan gruesos que, aunque tuviera algo para romperlos, dudo que lograra atravesarlos antes de que los hombres de Dimitri me detuvieran. Las cerraduras también están selladas y no se mueven.

Me aparto de la ventana y examino mi prisión. El dormitorio es hermoso, eso le concedo a Dimitri. Grandes ventanales dan a jardines impecables, una cama de matrimonio domina el espacio con ropa de cama cara en tonos crema y dorado, y el cuarto de baño tiene una bañera de hidromasaje que probablemente costó más de lo que mi padre pagó por toda mi boda. Todo es elegante, caro y completamente impersonal.

Excepto el armario.

Lo abro de nuevo y paso las manos por la ropa que cuelga. Todas son de diseñador. Vestidos de seda y cachemir, blusas con etiquetas francesas, vaqueros que probablemente cuestan mil dólares. Están

de mi talla —o casi— lo que me hace preguntarme si Dimitri lo planeó. Si sabía que me traería aquí.

Saco unos sencillos vaqueros negros y un suéter gris suave, desesperada por quitarme la ropa interior que llevo puesta desde la iglesia. Mi vestido de novia yace hecho un ovillo en el suelo donde lo dejé caer, incapaz de soportar su peso un momento más. La seda marfil está manchada de hollín y sangre —la sangre de Sergei—. Manchas oscuras se han secado en la tela, volviéndola del color del óxido con la tenue luz. No puedo mirarlo sin verlo caer, sin oír el golpe húmedo de su cuerpo al chocar contra el suelo.

En el baño, me froto la cara y las manos mientras observo cómo el agua se vuelve gris con la ceniza y el hollín. Mi reflejo en el espejo es casi irreconocible. Mi pelo rojo está revuelto, enredado con trocitos de cristal que voy extrayendo con cuidado. Mis ojos verdes están inyectados en sangre y hundidos. Parezco haber envejecido diez años en un solo día.

Me salpico la cara con agua fría e intento pensar con claridad. Sergei está muerto. El hombre con el que debía casarme, el hombre que iba a ser mi futuro —por muy indeseado que fuera— se ha ido. Debería sentir algo. Dolor, quizá, o al menos conmoción. Pero solo siento un extraño entumecimiento, como si estuviera viendo todo esto pasarle a otra persona.

Con un estremecimiento, cierro el grifo del lavabo y abro el de la ducha. Sin embargo, no me ducho mucho tiempo. ¿Y si Dimitri decide volver, o viene alguien más? No quiero que me pillen desnuda y vulnerable. Pero el agua caliente que corre por mis hombros se siente tan bien que me cuesta obligarme a cerrar los grifos y secarme con la toalla.

La ropa me queda bastante bien, aunque los vaqueros me quedan algo holgados en la cintura. Encuentro calcetines en un cajón, junto con ropa interior cara que me niego a tocar. La idea de llevar prendas íntimas de otra mujer me revuelve el estómago.

Vuelvo al dormitorio y vuelvo a probar la puerta, sabiendo que es inútil. La cerradura es sólida, probablemente reforzada como todo en esta fortaleza. Apoyo la oreja contra la madera, escuchando si hay algún sonido de movimiento en el pasillo, pero no hay nada. Solo silencio.

Pasan horas. Fuera ya es de noche cerrada. Ni siquiera un atisbo de luz de luna se vislumbra entre las espesas nubes. Me cruje el estómago, recordándome que no he comido desde el desayuno —hace una eternidad, cuando aún me preparaba para una boda que no deseaba—.

Por fin, oigo pasos en el pasillo. La cerradura hace clic y retrocedo, con el corazón acelerado. Pero no es Dimitri quien entra. Es una mujer de mediana edad, vestida con un sencillo vestido negro y delantal blanco. Una criada. Lleva una bandeja cargada de comida: sopa, pan, lo que parece pollo y verduras.

—Espere —digo en ruso—. Por favor, ¿podría decirme—

Pero ella ya se dirige hacia la puerta, con la mirada baja, negándose a encontrarse con mis ojos.

—¡Por favor! —intento de nuevo, cambiando al inglés por si lo entiende mejor—. Solo quiero saber qué está pasando—

La puerta se cierra tras ella con un suave clic. El cerrojo se acciona.

Estoy sola otra vez.

Miro la comida, sin apetito a pesar del hambre. Pero me obligo a comer, llevándome mecánicamente cucharadas de sopa a la boca, masticando pan que sabe a serrín. Necesito mantener mis fuerzas. Necesito estar preparada para lo que venga.

Mientras como, mi mente repasa todo lo ocurrido. El ataque a la iglesia fue coordinado, profesional. Alguien quería muertos a todos en ese edificio. ¿Pero quién? ¿Y por qué?

Dimitri dijo que no lo sabía, pero ¿puedo creerle? Es el Pakhan de la familia Morozov, uno de los hombres más poderosos de la Bratva. No hace nada sin motivo. Me sacó a mí, específicamente, de esa iglesia en llamas. Me trajo aquí, a su casa, y me encerró en esta habitación.

¿Por qué?

Dijo que era para protegerme, ¿pero protegerme de qué? ¿De quién?

A menos que sea él de quien necesite protección.

El pensamiento hace que el hielo me recorra las venas. ¿Y si Dimitri orquestó todo? ¿Y si quería muerto a Sergei, deseaba controlar la alianza que nuestro matrimonio debía crear? ¿Y si no soy una invitada aquí, sino una rehén?

Pienso en el arma que le apunté, cómo me desarmó con tanta facilidad. Cómo se sentía su cuerpo contra el mío, sólido e inflexible. El fuego en sus ojos verdes cuando me miró.

Esta es tu vida ahora, había dicho. *Al menos en un futuro previsible*.

Aparto la bandeja, con el estómago revuelto. Necesito salir de aquí. Encontrar a Katya, asegurarme de que está a salvo. Hablar con mi padre, averiguar qué ocurre realmente.

Pero estoy atrapada en esta hermosa prisión, y el hombre que tiene la llave es un monstruo que todos temen.

Sentada en las sombras crecientes, mi mente da vueltas a escenarios y posibilidades, cada peor que la anterior.

Debo quedarme dormida en algún momento porque despierto sobresaltada al sonido del cerrojo y me pongo en pie de un salto cuando la puerta se abre.

Dimitri está en el umbral, recortado contra la luz del pasillo. Se ha cambiado de ropa. Ha desaparecido el traje manchado de sangre de la iglesia y ahora lleva vaqueros oscuros y una camisa negra, con las

mangas remangadas que dejan ver unos antebrazos fuertes marcados con tatuajes. Parece hasta la médula el jefe de la Bratva que es.

Entra en la habitación y noto que lleva una tableta. No dice nada, solo se acerca a la mesa y la deja, encendiendo la pantalla con un toque.

—¿Qué es eso? —pregunto, con la voz ronca por el desuso.

—Mira —dice simplemente, sin que su tono revele nada.

Me acerco con cautela, manteniendo la mesa entre nosotros. La pantalla muestra un informativo, con el volumen bajo pero audible. Y ahí, ocupando la pantalla, está mi padre.

Viktor Popov está sentado en lo que reconozco como su estudio, con el rostro demacrado y pálido. Tiene los ojos enrojecidos, y mientras miro, una lágrima rueda por su mejilla. Habla en ruso, con la voz quebrada por la emoción.

—Mi hija, Alina, fue arrebatada de su propia boda —dice, con las manos entrelazadas delante como si rezara—. Se la llevó Dimitri Morozov, un hombre que dice ser de la familia, que debía protegerla. En cambio, asesinó a su propio sobrino —el prometido de mi hija— y la secuestró en el caos.

La sangre se hiela en mis venas.

—Te lo suplico, Dimitri —continúa mi padre, mirando directamente a la cámara—. Por favor, devuélveme a mi hija sana y salva. Es inocente en todo esto. Cualesquiera que sean tus agravios, el poder que intentas usurpar, no la hagas pagar por ello. Es solo una chica. No se merece esto.

La emisión cambia a una presentadora que habla del ataque a la iglesia, mostrando imágenes del edificio en llamas, vehículos de emergencia y cuerpos cubiertos que sacan. El número de víctimas

aparece en la parte inferior de la pantalla: diecisiete muertos confirmados, decenas de heridos.

Dimitri se inclina y pausa el vídeo. El silencio en la habitación es ensordecedor.

Lo miro a él, con la mente dando vueltas. La actuación de mi padre fue convincente, con lágrimas, voz quebrada y súplica desesperada. Pero conozco a mi padre. Sé cómo actúa. Y algo en esto me resulta extraño.

—¿Y bien? —pregunta Dimitri, sus ojos verdes clavados en mí con la misma intensidad inquietante—. ¿Orquestaron tú y tu padre el atentado?

6

DIMITRI

Observo el rostro de Alina mientras se emite la noticia, estudiando cada microexpresión, cada destello de emoción que cruza sus facciones. Sus ojos verdes están clavados en la pantalla, en la teatralización llorosa de su padre, y veo el momento exacto en que la duda se apodera de ella. Su mandíbula se tensa, un músculo palpita bajo la piel pálida. Sus manos se convierten en puños sobre la mesa.

Bien. Es lo bastante inteligente para cuestionar la versión.

Viktor Popov es un manipulador maestro. Lo sé desde hace años. Pero verle interpretar al padre afligido, al hombre desesperado que suplica por el regreso sano y salvo de su hija, resulta casi impresionante por su audacia. Casi. Las lágrimas son bastante reales, pero conozco a Viktor. Esas lágrimas no son por Alina. Son por sus planes arruinados, su alianza perdida y su reputación dañada.

Cuando termina el vídeo, el silencio llena la habitación. Alina mira fijamente la pantalla en blanco, su pecho subiendo y bajando con respiraciones superficiales. Le concedo un momento para procesarlo, para pensar. Luego hago la pregunta que debe hacerse.

—¿Lo sabías? —Mi voz es calmada, controlada—. ¿Estabas metida en el atentado con tu padre?

Su cabeza gira bruscamente hacia mí, y la genuina conmoción en su rostro me dice todo lo que necesito saber. Sus ojos se abren, su boca se queda abierta en incredulidad.

—¿Qué? —La palabra sale ahogada—. ¿Crees que yo... que yo...?

—Responde a la pregunta, Alina.

—¡No! —Se levanta de repente, la silla chirría contra el suelo—. No, no lo sabía. No sabía nada de eso. ¿Cómo puedes pensar siquiera eso?

La ira en su voz, la indignación, el dolor, todo es real. No es tan buena actriz. La alivio me inunda, aunque no dejo que se refleje en mi rostro. Necesitaba estar seguro, necesitaba eliminar esa posibilidad antes de avanzar.

—Tenía que preguntarlo. —Me reclino en la silla, observándola. Incluso desaliñada y exhausta, con ropa prestada y su pelo rojo salvaje alrededor del rostro, es hermosa. Peligrosamente hermosa—. Tu padre afirma que organicé el ataque en la iglesia. Que asesiné a Sergei para robarle su novia. Que te tengo prisionera.

—¿Acaso no es así? —Cruza los brazos sobre el pecho, a la defensiva —. ¿Teniéndome prisionera?

—Por tu protección.

—Eso es lo que no paras de decir. —Se ríe, pero sin rastro de humor.

Me levanto lentamente, rodeando el escritorio hacia ella. Ella retrocede un paso, manteniendo distancia entre nosotros, y me detengo. No quiero acosarla, no quiero hacerla sentir atrapada. No para esta conversación.

—Te enseñé las imágenes de seguridad —le recuerdo—. Viste el ataque. Viste morir a mis hombres. Viste caer a Sergei.

—Vi caos —su voz tiembla ligeramente—. Vi gente muriendo.

—La acusación de tu padre nos ha puesto a ambos en una posición imposible —digo, eligiendo mis palabras con cuidado—. Si te devuelvo con él, pareceré débil. Como si pudieran presionarme y manipularme. Las demás familias lo verán como vulnerabilidad, y actuarán contra mí.

—¿Así que me retienes aquí por orgullo? —Niega con la cabeza—. Eso es una locura.

—Si te retengo aquí sin explicación, pareceré culpable exactamente de lo que Viktor alega. —Me acerco a la ventana, mirando los jardines oscuros—. Las demás familias Bratva ya están eligiendo bando. Algunas creen la historia de tu padre. Otras esperan para ver cómo respondo. Se está gestando una guerra, Alina. Una que consumirá toda esta ciudad si no la detenemos.

La oigo moverse detrás de mí, sus pasos suaves sobre la moqueta. Cuando miro hacia atrás, está más cerca, sus brazos aún envueltos alrededor de sí misma como una armadura.

—¿Qué tiene que ver todo eso conmigo? —pregunta en voz baja.

—Todo. —Me giro para enfrentarla completamente—. Eres la clave de todo esto. La alianza que tu matrimonio con Sergei debía crear. La legitimidad que habría traído a ambas familias. Todo eso se ha esfumado ahora, y el vacío de poder que ha creado es peligroso.

—Sergei está muerto —su voz se quiebra al pronunciar su nombre—. No hay alianza.

—Podría haberla. —Respiro hondo, preparándome para exponer el plan que ha estado formándose en mi mente desde que la saqué de aquella iglesia en llamas—. Hay una tercera opción. Una que resuelve múltiples problemas a la vez.

Me observa con cautela, esos ojos verdes agudos y evaluadores. —¿Qué opción?

—Que nos casemos. —Las palabras salen directas, sin rodeos—. Inmediatamente.

Por un momento, solo me mira fijamente. Luego se ríe, un sonido áspero sin relación alguna con la diversión.

—Estás loco. —Retrocede, negando con la cabeza—. Estás completamente loco.

—Nunca he hablado más en serio. —La sigo, igualando sus pasos—. Piénsalo, Alina. Tu matrimonio con Sergei pretendía unir a nuestras familias. Si te casas conmigo en su lugar, esa alianza sigue intacta. Más fuerte, incluso, porque yo soy el Pakhan. El jefe de la familia.

—¡Me has secuestrado! —Su voz se eleva—. Me encerraste en una habitación. Me quitaste la pistola. ¿Y ahora quieres que me case contigo?

—Te he salvado la vida —mantengo el tono nivelado y razonable—. Te saqué de esa iglesia cuando estabas paralizada por el shock. Te traje aquí donde estás protegida. Y sí, te quité la pistola porque la apuntabas a mi pecho.

Ella abre la boca para discutir, pero luego la cierra de nuevo. Puedo ver que su mente trabaja, procesa, intentando encontrar un fallo en mi lógica.

—Legitimaría tu presencia en mi casa —continúo, presionando mi ventaja—. Nadie podrá afirmar que te retengo prisionera si eres mi esposa. Consolidará la alianza que la muerte de Sergei amenazó. Y enviará un mensaje a las otras familias de que la familia Morozov sigue al mando, sigue siendo poderosa.

—Un mensaje —vuelve a reírse, con amargura y aspereza—. ¿Eso es lo que soy para ti? ¿Un mensaje?

—Eres más que eso —las palabras salen antes de que pueda detenerlas, y veo que la sorpresa cruza su rostro. Me aclaro la garganta y me recompongo—. Como mi esposa, serás intocable.

Protegida por mi nombre, mi reputación, mis recursos. Nadie se atreverá a actuar contra ti.

—Excepto tú —ella levanta la barbilla, desafiante—. Podrías hacer lo que quisieras conmigo.

La implicación de sus palabras hace que algo oscuro y posesivo se agite en mi pecho. Lo reprimo y me obligo a mantener el foco en los aspectos prácticos de este acuerdo.

—Te ofrezco protección, Alina. Seguridad. Una posición de poder en un mundo que, de otro modo, te devoraría y te escupiría —me acerco y esta vez ella no retrocede—. No tienes ni idea de lo que te espera ahí fuera. Cuánta gente quiere que mueras por quién es tu padre, por lo que ha hecho. Cuántos te usarían como un peón para llegar a mí o a él.

—Puedo cuidar de mí misma —pero su voz carece de convicción.

—¿Puedes? —hago un gesto hacia la ventana, hacia la ciudad que hay más allá—. Tu padre acaba de pintar un objetivo en tu espalda. Cada familia que se ponga de su parte te verá como una traidora. Cada familia que se ponga de la mía te verá como un instrumento de presión. Eres valiosa, Alina. Peligrosamente valiosa. Y las cosas valiosas en nuestro mundo no duran mucho a menos que estén protegidas.

Ella guarda silencio durante un largo momento, su mirada se dirige al suelo. Puedo ver que piensa, sopesa opciones, calcula probabilidades. Es inteligente. Sabe que tengo razón, aunque no quiera admitirlo.

—¿Y qué hay de lo que yo quiero? —pregunta finalmente, con voz débil—. ¿Eso importa algo?

La pregunta me pilla desprevenido. En mi mundo, querer es un lujo. Lo que importa es sobrevivir. Pero mirándola ahora, viendo el agotamiento, el miedo y la obstinada fuerza en su rostro, me

encuentro queriendo darle algo. Un pequeño trozo de control en una situación en la que ella no tiene ninguno.

—Dime qué quieres —digo en voz baja.

Ella levanta la mirada hacia mí y veo lágrimas acumulándose en sus ojos—. Quiero que mi hermana esté a salvo. Quiero saber que mi familia sobrevivió a esa iglesia. Quiero volver a ayer por la mañana, cuando lo peor que tenía que preocuparme era casarme con un hombre al que no amaba —su voz se quiebra—. Quiero que nada de esto sea real.

Algo se tensa en mi pecho. He pasado tantos años construyendo muros, manteniendo las emociones a raya, que he olvidado cómo se siente desear cosas imposibles. Pero ahora lo recuerdo, mirándola. Recuerdo ser joven y desear un mundo que no funcionara con sangre y violencia.

—No puedo darte el ayer —le digo con honestidad—. Pero puedo darte seguridad. Puedo verificar que tu familia salió de la iglesia. Puedo proteger a tu hermana. Y puedo asegurarme de que cuando salgas de esta casa, lo hagas como alguien lo suficientemente poderoso como para que nadie se atreva a tocarte.

—Como tu esposa —lo dice como si fuera una maldición.

—Como mi esposa —no me inmutó ante las palabras—. Esta es la mejor opción para ambos.

Ella estudia mi rostro, buscando algo. Verdad, tal vez. O mentiras. La dejo mirar, manteniendo mi expresión neutral. He expuesto mi caso. Ahora depende de ella.

—Necesito tiempo para pensar —dice finalmente.

—Tienes hasta mañana —miro mi reloj—. Las familias ya se están movilizando. Tu padre ya está haciendo movimientos. Necesitamos actuar rápido, o esta oportunidad se cerrará.

—Oportunidad —niega con la cabeza—. Lo haces sonar como un negocio.

—En muchos sentidos, lo es —no le mentiré sobre eso—. Pero también es supervivencia. Para ambos.

Ella se dirige hacia la puerta y no la detengo. Necesita espacio para procesar, para pensar. Le he dado la información. Ahora ella necesita tomar su decisión.

Pero antes de llegar a la puerta, se vuelve. Sus ojos verdes se encuentran con los míos y veo algo en ellos que acelera mi pulso. No es miedo. No es ira. Algo más. Algo que no puedo nombrar.

—No —dice, con voz firme y clara.

La palabra queda suspendida en el aire entre nosotros.

—¿No? —repito, seguro de que he oído mal.

—No. No me casaré contigo —endereza los hombros, levanta la barbilla—. Me arriesgaré sola. Encontraré alguna solución. Pero no cambiaré una prisión por otra.

La frustración arde en mi pecho—. Estás cometiendo un error.

—Quizá —se acerca y percibo el aroma a jazmín de su cabello—. Pero es mi error el que estoy cometiendo. Dices que quieres protegerme, que me salvaste la vida. Pero ¿cómo sé que eso es verdad? —sus ojos se entrecierran—. ¿Cómo sé que no fuiste tú quien ordenó el atentado?

7

ALINA

La acusación flota en el aire entre nosotros como el humo de la iglesia en llamas. El rostro de Dimitri se queda completamente inmóvil, sus ojos verdes se convierten en hielo. Durante un latido, estoy segura de haber cometido un error fatal. El pulso me martillea en la garganta mientras observo cómo aprieta la mandíbula, un músculo palpita bajo la oscura barba incipiente.

—Crees que organicé el atentado —dice con una voz peligrosamente baja—. Crees que asesiné a mi propio sobrino.

Me obligo a sostener su mirada, aunque todos mis instintos me gritan que aparte la vista. Que me disculpe. Que lo retracte. —No sé qué pensar. No le conozco. Solo sé que usted me sacó de esa iglesia mientras la gente moría, y ahora estoy encerrada en su casa como una prisionera.

—Para tu protección.

—Eso es lo que no paras de decirme —cruzo los brazos sobre el pecho, intentando detener el temblor que amenaza con apoderarse de mi cuerpo—. Pero ¿cómo puedo saber si es verdad? ¿Cómo puedo saber que usted no es de quien necesito protegerme?

Durante un largo momento, se limita a mirarme fijamente. Luego, sin mediar palabra, se da la vuelta y camina hacia la puerta. El estómago se me hunde. Se va. Va a encerrarme aquí, y nunca sabré la verdad, nunca entenderé qué está pasando realmente.

Pero no se marcha. En lugar de eso, abre la puerta y habla con alguien en el pasillo. Oigo la voz de un hombre responder en ruso, y entonces Dimitri vuelve a cerrar la puerta. Se dirige al pequeño escritorio en la esquina y saca un ordenador portátil que no había visto antes.

—Ven aquí —ordena, con un tono que no admite réplica.

Dudo, luego me acerco. Abre el portátil y abre lo que parecen imágenes de seguridad. Múltiples ángulos de cámara, todos con fecha y hora de hoy mismo. De la boda.

—Mira —comanda, apartándose para que pueda ver la pantalla con claridad.

Me inclino hacia adelante, conteniendo el aliento al reconocer el interior de la iglesia. Las imágenes muestran la ceremonia desde varios ángulos. Puedo verme de pie ante el altar. Ver a Serguéi a mi lado, y a Dimitri como padrino de boda. La boca del sacerdote se mueve en silencio mientras dirige la ceremonia.

Dimitri se acerca por encima de mí para ajustar la reproducción, y percibo el aroma de su colonia mezclado con pólvora y humo. Mi cuerpo reacciona involuntariamente, un escalofrío recorre mi espalda que no tiene nada que ver con el miedo.

—Aquí —señala la pantalla—. Mira mi cara cuando suena el primer disparo.

Me obligo a concentrarme en las imágenes. El ángulo de la cámara muestra a Dimitri de perfil, su atención puesta en el sacerdote. Entonces la ventana estalla. Observo cómo gira la cabeza hacia el sonido, cómo sus ojos se abren con genuina sorpresa. Su mano va inmediatamente a la chaqueta, buscando un arma, pero ya se está

moviendo hacia mí. Hacia donde yo permanezco paralizada en el altar.

—No lo sabía —dice en voz baja—. Me sorprendí tanto como los demás.

Cambia a otro ángulo de cámara, esta vez mostrando el balcón donde se habían posicionado algunos tiradores. Observo cómo hombres vestidos de oscuro abren fuego, sus movimientos coordinados y profesionales. Luego las imágenes cambian de nuevo, mostrando a los hombres de Dimitri respondiendo al fuego, intentando proteger a los invitados. Los veo caer, uno tras otro. Hombres buenos, muriendo para proteger a personas que quizá ni siquiera conocían.

La garganta se me cierra. —Lo siento. Siento que hayan muerto.

—Antón tenía esposa e hija en Moscú —la voz de Dimitri es plana, sin emoción, pero percibo el dolor subyacente—. Yuri se casaba el mes que viene. Pavel tenía veintitrés años.

Cierra el portátil y se vuelve hacia mí. En la tenue luz del dormitorio, sus rasgos son ángulos afilados y sombras. Pero sus ojos contienen algo que no había visto antes. Algo que parece casi humano.

—Serguéi era mi sobrino —continúa, acercándose—. Mi hermano murió cuando Serguéi tenía doce años. Lo crié yo. Le enseñé todo lo que sé. Se suponía que un día tomaría las riendas de la familia, después de que yo me fuera.

—No lo sabía —las palabras me parecen insuficientes.

—¿Cómo ibas a saberlo? —ahora está cerca, tan cerca que debo levantar la cabeza para mirarle a los ojos—. No querías casarte con él. Lo vi en el altar, la forma en que te comportabas como si fueras camino de tu ejecución.

El calor me inunda las mejillas. —No fue nada personal. Solo quería elegir mi propia vida.

—Y ahora estás aquí, conmigo, y sigues sin tener elección. —Alza la mano y yo me estremezco instintivamente. Pero no me golpea. En cambio, sus dedos rozan mi mejilla con una sorprendente suavidad. —No espero que confíes en mí, Alina. La confianza se gana, y aún no me he ganado la tuya. Pero necesito que entiendas lo que está en juego.

—Sergei está muerto.

—Sergei está muerto —asiente—. Lo que significa que la alianza está en peligro. Las otras familias Bratva observan, esperando a ver qué ocurre después. Algunas lo ven como una oportunidad para actuar contra mí mientras soy vulnerable. Otras esperan para ver si tu padre estuvo involucrado en el ataque.

Pienso en la teatral actuación llorosa de mi padre en el informativo. —¿Lo estuvo?

—Todavía no lo sé. —La mandíbula de Dimitri se tensa. —Pero lo averiguaré. Y cuando lo haga, habrá consecuencias.

La fría certeza en su voz me hace estremecer. Este es el hombre que todos temen, el despiadado Pakhan que destruye a sus enemigos sin piedad. Pero también es el hombre que me rescató de una iglesia en llamas, que llora a sus soldados caídos, que crió a su sobrino como a un hijo.

—Dijiste que tenía dos opciones —le recuerdo—. Quedarme aquí como prisionera o casarme contigo.

—Sí.

—¿Qué pasa si rechazo ambas? ¿Y si simplemente me voy?

Su expresión no cambia, pero algo parpadea en sus ojos verdes. —Entonces estarás muerta en una semana. Quizá menos. Tu padre ya te ha pintado como mi víctima, lo que te hace valiosa para cualquiera que quiera actuar contra mí. A la familia Kozlov le encantaría ponerte en sus manos. También a media docena de

rivales. Te usarían como palanca, como cebo, o simplemente te matarían para enviarme un mensaje.

—Intentas asustarme.

—Intento que entiendas la realidad. —Se acerca de nuevo, y esta vez no retrocedo. —El mundo fuera de estos muros es más peligroso de lo que puedes imaginar ahora mismo. Como mi prisionera, estás protegida pero sin poder. Como mi esposa, estarías protegida y empoderada. Tendrías mi apellido, mis recursos, mi reputación. Nadie se atrevería a tocarte.

—Excepto tú.

La comisura de sus labios se curva en algo que podría ser una sonrisa. —Excepto yo.

Mi corazón se acelera ahora, y soy muy consciente de lo cerca que está, de cómo su presencia parece llenar toda la habitación. —¿Y qué querrías de mí? Como tu esposa?

—Lo mismo que cualquier marido quiere de su mujer. —Su voz se vuelve más grave, más ronca. —Lealtad. Compañerismo. Herederos que perpetúen el apellido familiar.

El calor me inunda ante la insinuación. Pienso en lo que significaría ser la esposa de este hombre, compartir su cama, darle hijos. El pensamiento debería aterrorizarme, pero en cambio envía una extraña emoción por mi cuerpo.

—Necesito tiempo para pensar —logro decir.

—Tienes hasta mañana. —Mira su reloj. —Eso te da unas ocho horas para decidir tu futuro.

Dimitri se dirige hacia la puerta de nuevo, y esta vez no lo detengo. Pero cuando su mano toca el pomo, se detiene. Entonces, para mi absoluta sorpresa, se da la vuelta y cruza la habitación en tres zancadas largas.

Antes de que pueda reaccionar, antes de que pueda siquiera respirar, sus manos enmarcan mi rostro y sus labios están sobre los míos.

El beso no es para nada lo que esperaba. No es brutal ni exigente. En cambio, es devastadoramente completo, sus labios se mueven contra los míos con una destreza que me hace flaquear las rodillas. Su lengua recorre la línea de mis labios, y cuando jadeo por la sorpresa, profundiza el beso, saboreándome, reclamándome.

Mis manos se alzan para apartarlo, pero en cambio se aferran a su camisa, acercándolo más. El calor explota en mi cuerpo, acumulándose bajo mi vientre. Me han besado antes, pero nunca así. Nunca con esta intensidad, este hambre cruda que hace que todo lo demás desaparezca.

Sus manos descienden de mi rostro a mi cabello, enredándose en los rizos rojos. Inclina mi cabeza, llevando el beso más profundo, y me oigo emitir un sonido entre gemido y quejido. Mi cuerpo responde de formas que no comprendo, presionándose contra el suyo, buscando más contacto, más calor. Más de lo que sea esto.

Cuando finalmente se separa, estoy sin aliento y temblando. Mis labios se sienten hinchados, mi cuerpo arde, y no logro formar un pensamiento coherente.

Los ojos de Dimitri están oscuros por el deseo, su respiración tan entrecortada como la mía. Desliza su pulgar por mi labio inferior y yo tiemblo.

—Eso es lo que puedes esperar de nuestro matrimonio, Alina —dice, su voz ronca de promesa—. Cada noche. Cada mañana. Siempre que te desee. Y créeme, te desearé a menudo.

Luego me suelta y sale, cerrando la puerta tras de sí con un suave clic.

Me quedo allí en medio de la habitación, con el corazón palpitando, mi cuerpo aún vibrando de sensaciones. Me toco los labios, sintiendo aún el fantasma de su beso.

Ocho horas para decidir mi futuro.

Dios me ayude, pero ya sé cuál será mi respuesta.

8

DIMITRI

No duermo.

La noche se despliega ante mí como una carretera interminable, y la paso en mi despacho, rodeado de los símbolos de poder que de repente me parecen huecos. Mi teléfono no deja de sonar. La pantalla del portátil brilla con mensajes encriptados de informantes por toda la ciudad. Alexei va y viene, trae informes, recibe órdenes, con el rostro cada vez más demacrado a medida que pasan las horas.

Pero, a pesar de todo, no puedo dejar de pensar en ella.

El sabor de los labios de Alina me persigue. La forma en que jadeó cuando la besé, cómo sus manos se aferraron a mi camisa en lugar de apartarme, el calor de su cuerpo presionado contra el mío. He besado a docenas de mujeres en mis cuarenta y dos años, pero ninguna se ha quedado conmigo así. Ninguna me ha hecho sentir que estoy al borde de un precipicio, a punto de caer.

Me sirvo otro vodka y miro los monitores de seguridad que muestran la puerta de su habitación. Está ahí dentro, sola, tomando una decisión que cambiará nuestras vidas. Una parte de mí quiere ir

hacia ella, convencerla con algo más que palabras. Pero me obligo a quedarme aquí, a darle el espacio que necesita.

Aunque me esté matando.

—Dimitri. —La voz de Alexei corta mis pensamientos. Está en el umbral, con su tableta en la mano, y por su expresión deduzco que las noticias no son buenas—. Tenemos un problema.

—¿Otro? —Vacio mi vaso y lo dejo sobre la mesa con más fuerza de la necesaria—. ¿Qué pasa ahora?

Se acerca a mi escritorio y abre una noticia en su tableta. Tres familias Bratva han emitido comunicados públicos en la última hora, todos pidiendo mi cabeza, exigiendo que libere a Alina inmediatamente o afronte las consecuencias.

—Está coordinado —dice Alexei, con voz sombría.

Estudio los comunicados, leyendo entre líneas.—Me están poniendo a prueba —digo, empujando la tableta hacia Alexei—. Quieren ver si cederé bajo presión.

—¿Cederá?

Lo miro a los ojos. Alexei lleva años conmigo. Me ha visto en mis peores momentos, en mi faceta más despiadada. Sabe de lo que soy capaz. Pero ahora percibo duda en su rostro. Se pregunta si Alina me ha debilitado.

—No. —Me levanto y me acerco a la ventana, contemplando el cielo que se oscurece. Falta horas para el amanecer—. Llevo más tiempo jugando este juego que cualquiera de ellos. Creen que soy vulnerable por la muerte de Sergei, por el ataque a la iglesia. Se equivocan.

—¿Y la chica?

—Se queda —digo con firmeza—. Bajo mi protección. Como mi esposa.

Me aparto de la ventana.—Lo importante es mantenerla a salvo y conservar nuestra posición. El matrimonio cumple ambos objetivos.

Las horas pasan arrastrándose. Hago llamadas, envío mensajes y coordino con mi red de soldados e informantes. Estamos reconstruyendo el ataque a la iglesia, siguiendo pistas, pero es un trabajo lento. Quien lo orquestó cubrió bien sus huellas.

Cuando el amanecer tiñe el cielo de la ciudad en tonos rosas y dorados, estoy agotado pero alterado. He consumido demasiado vodka y demasiado café, y mi mente no para de sopesar posibilidades y planes de contingencia.

Necesito verla.

Dejo a Alexei en el despacho con órdenes de continuar la investigación y subo las escaleras. La casa está en silencio, mis hombres en sus puestos y todo seguro. Por ahora. Pero me siento expuesto como no lo había estado en años, como si entrara en territorio enemigo sin armadura.

Me detengo ante la puerta de Alina, con la mano levantada para llamar. ¿Y si dice que no? ¿Y si ha decidido arriesgarse sola, rechazar mi protección y mi propuesta? El pensamiento me atraviesa el pecho con algo que se asemeja demasiado al pánico.

Llamo.

—Adelante. —Su voz es firme, sin revelar nada.

Abro la puerta y entro. La habitación está bañada por la luz del amanecer, y Alina está de pie junto a la ventana, mirando los jardines. Sigue llevando la ropa prestada del día anterior, el jersey gris y los vaqueros negros que le sientan demasiado bien. Su pelo rojo está recogido en un moño desordenado, dejando al descubierto la elegante línea de su cuello.

No se vuelve cuando entro, pero veo que sus hombros se tensan.

—¿Dormiste? —pregunto, cerrando la puerta detrás de mí.

—No —responde, y por fin se vuelve para mirarme. Una vez más, me sorprende lo hermosa que es. Incluso agotada, incluso aterrorizada, es deslumbrante—. ¿Y tú?

—No.

Nos miramos a través de la habitación, y la tensión entre nosotros es tan espesa que podría cortarse con un cuchillo. Quiero cruzar hasta ella, atraerla entre mis brazos, besarla hasta que olvide todas las razones por las que esto es una pésima idea. Pero me obligo a permanecer donde estoy.

—¿Has tomado tu decisión? —mi voz sale más áspera de lo que pretendía.

Alina cruza los brazos sobre su pecho, un gesto defensivo que hace que algo en mi pecho se contraiga—. Me casaré contigo.

Un alivio me inunda, tan intenso que duele casi físicamente. Pero antes de que pueda responder, ella continúa.

—Con una condición.

Por supuesto que hay una condición. Es Alina, después de todo. No se rinde fácilmente.

—Dila —digo.

Ella respira hondo y veo que reúne valor—. Cuando esto termine, cuando la amenaza haya pasado y las cosas estén estables otra vez, tienes que dejarme ir. Tienes que darme mi libertad.

La petición me golpea como un puñetazo en el estómago. Está accediendo a casarse conmigo, a unirse a mí legal y tradicionalmente, pero ya planea su huida. Ya cuenta los días hasta que pueda marcharse.

Debería mentir. Debería decirle que sí, por supuesto, lo que ella quiera. Debería pronunciar las palabras que la harían aceptar sin dudar. Pero cuando miro esos ojos verdes, cuando veo la esperanza

y el miedo luchando en su expresión, descubro que no puedo hacerlo.

—No puedo prometer eso —las palabras saben a ceniza en mi boca —. El mundo en que vivimos no funciona así, Alina. Una vez que seas mi esposa, una vez que lleves mi apellido, serás parte de esta vida. No hay marcha atrás.

Espero ira. Espero que arroje mi honestidad a mi cara, que rechace el matrimonio, que exija que la lleve a casa ahora mismo. Pero en lugar de eso, simplemente asiente lentamente, como si hubiera esperado esta respuesta desde el principio.

—Lo sé —dice en voz baja—. Solo necesitaba oírtelo decir. Necesitaba saber que no me mentirías.

Algo cambia entre nosotros en ese instante. Un entendimiento, quizás. O un reconocimiento de la situación imposible en la que ambos estamos atrapados.

—No te mentiré —le digo, acercándome un paso—. No sobre esto. No sobre nosotros. Te mereces al menos esa honestidad.

Estudia mi rostro, buscando algo. La verdad, tal vez. O pruebas de que soy el monstruo que todos dicen que soy. La dejo mirar, manteniendo mi expresión abierta.

—Estoy lista —dice finalmente, con voz firme a pesar del miedo que veo en sus ojos—. Hagámoslo.

El alivio que me invade es tan intenso que debo tensar las rodillas para no tambalearme. Está aceptando. Está eligiendo esto, eligiéndome a mí, incluso sabiendo lo que significa.

—Haré los preparativos —digo, sacando mi teléfono—. Podemos hacerlo esta mañana. Una ceremonia privada con solo unos pocos testigos. Conozco a un cura que me debe favores.

Alina asiente, pero veo que le tiemblan ligeramente las manos. Está aterrorizada y se esfuerza mucho por no mostrarlo. La necesidad de

consolarla, de prometerle que todo irá bien, es casi abrumadora.

—Alina —cruzo la habitación hacia ella, incapaz de mantener la distancia por más tiempo—. Sé que esto no es lo que querías. Sé que no soy quien habrías elegido. Pero te juro que te protegeré. Te mantendré a salvo.

—Siento que hayamos llegado a esto y que tu vida, tal como la conocías, haya terminado. Pero tampoco lo siento, porque si no te hubiera sacado de aquella iglesia, estarías muerta ahora mismo. O algo peor.

—¿Peor que estar casada contigo? —hay un dejo de humor amargo en su voz.

—Mucho peor —levanto la mano y le acaricio la cara, mi pulgar rozando su pómulo—. Hay hombres en este mundo que te usarían, te quebrarían, destruirían todo lo que te hace ser quien eres. Yo no soy uno de ellos.

—¿Cómo lo sé?

—No lo sabes —me inclino más cerca, hasta que nuestras caras están a centímetros de distancia—. Tendrás que confiar en mí. O al menos confiar en que tengo demasiado invertido en mantenerte viva e intacta como para dañarte.

Ella ríe, un sonido corto y agudo—. Eso no es precisamente romántico.

—No soy un hombre romántico, Alina. Soy realista. Pero puedo prometerte esto: como mi esposa, serás la mujer más protegida de esta ciudad. Nadie se atreverá a tocarte. Nadie se atreverá a amenazarte. Y cualquiera que lo intente tendrá que vérselas conmigo.

Veo algo parpadear en sus ojos. Quizás el principio de la confianza. O al menos de la aceptación.

—Vale —susurra—. Vale.

9

ALINA

El alboroto comienza como un rumor lejano que me arranca del borde del sueño. Voces elevadas. Pasos pesados. El sonido de múltiples vehículos llegando a la vez.

Me incorporo en la cama, con el corazón ya acelerado. Algo va mal.

Aparto las sábanas y corro hacia la ventana, apoyando las palmas contra el cristal frío. La vista del camino de entrada me quita el aliento. Todoterrenos negros bordean la entrada circular como un cortejo fúnebre, al menos seis, quizá más. Hombres armados salen de ellos, tomando posiciones alrededor de la finca con precisión militar. Reconozco los vehículos al instante.

Mi padre está aquí.

La comprensión me golpea como un puñetazo. Una parte de mí quiere correr escaleras abajo, arrojarme en sus brazos y suplicarle que me lleve lejos de esta pesadilla. Que me rescate de Dimitri Morozov y de esta jaula dorada. Pero otra parte, una que se ha fortalecido estos últimos días, duda.

Pienso en las imágenes de seguridad que Dimitri me enseñó. El ataque coordinado en la iglesia. Los documentos que aún no he

visto pero que Dimitri afirma existen, vinculando a mi padre con la familia Kozlov. La expresión del rostro de mi padre en aquel reportaje televisivo, afligido y desesperado, pero de algún modo falsa. Ensayada.

Apoyo la frente contra el cristal, observando cómo más hombres de mi padre se despliegan por los terrenos. Los guardias de Dimitri también están allí, armas visibles, creando un tenso enfrentamiento. Esto podría volverse violento en segundos.

Un golpe en mi puerta me hace dar un respingo.

—Pasa —llamo, con voz más firme de lo que me siento.

Dimitri entra, ya vestido a pesar de lo temprano. Lleva vaqueros oscuros y una camisa negra, y distingo el contorno de un arma en su cadera. Sus ojos verdes encuentran los míos al instante, evaluando, calculando.

—Tu padre está aquí —dice, con tono neutro—. Exige verte. Para verificar que estás ilesa.

Me abrazo los brazos, súbitamente consciente de que solo llevo un camisón fino. —He oído los vehículos.

Dimitri se acerca, y percibo su colonia mezclada con café. Lleva despierto un rato, probablemente vigilando la situación. —¿Quieres verle?

La pregunta me sorprende. Es la primera vez desde que me trajo aquí que me da una elección real sobre algo. Estudio su rostro, buscando la trampa, la manipulación. Pero solo veo una pregunta genuina.

—Sí —digo—. Pero quiero que estés tú allí. Que estés presente.

Algo centellea en sus ojos. Alivio, quizá. O aprobación. —Vístete. Algo apropiado. Bajaremos juntos.

Se vuelve para irse, concediéndome intimidad, pero le detengo con una pregunta. —¿Dimitri? ¿Y si intenta llevarme por la fuerza?

Vuelve a mirarme, y su expresión es absolutamente gélida. —No lo hará. No si quiere salir de aquí con vida.

Tras marcharse, me dirijo al armario y elijo la ropa con cuidado. No las prendas de diseñador prestadas, sino los vaqueros y el jersey sencillos que llevé ayer. Quiero parecerme a mí misma, no a alguien a quien Dimitri ha disfrazado. Recogí mi pelo rojo en una coleta y prescindo por completo del maquillaje. Mi padre necesita ver que realmente soy yo, realmente ilesa.

Pero mientras me visto, me tiemblan las manos. Porque ya no sé lo que quiero. ¿Quiero que mi padre me rescate? ¿Quiero volver a la casa de los Popov, a mi antigua vida? ¿A la vida en la que me vendían a Sergei Morozov como si fuera una propiedad?

¿O quiero quedarme aquí con un hombre que me secuestró pero también me salvó la vida? ¿Un hombre que me ha dado más respuestas sinceras en tres días que mi padre en veintidós años?

No tengo tiempo para resolverlo. Dimitri vuelve, llama una vez antes de entrar. Su mirada me recorre y asiente aprobando mi elección de ropa.

—¿Lista? —pregunta.

—No. Pero vamos igualmente.

Bajamos las escaleras juntos y soy muy consciente de su presencia a mi lado. No me toca, no me guía con la mano en la espalda como hizo antes. Me está dando espacio, dejando que me enfrente a esto en mis términos. Es una pequeñez, pero importa.

El gran vestíbulo está abarrotado de hombres. Los guardias de Dimitri bordean las paredes, armas visibles pero no levantadas. Y en el centro, rodeado por sus propios soldados, está mi padre.

Viktor Popov luce exactamente igual que en la retransmisión televisiva. Traje caro, pelo perfectamente peinado, una expresión de preocupación paternal grabada en su rostro. Pero cuando sus ojos se encuentran con los míos, veo algo bajo la máscara. Algo frío y calculador que me revuelve el estómago.

—¡Alina! —Avanza hacia mí con los brazos abiertos, y me descubro caminando hacia él para recibirle. Es instinto, memoria muscular de toda una vida siendo su hija.

Me abraza y respiro el familiar aroma de su colonia. Por un momento, vuelvo a ser una niña, segura en los brazos de mi padre. Pero entonces sus manos me agarran de los brazos, apretando demasiado fuerte, y el espejismo se rompe.

—¿Te han hecho daño? —pregunta con voz lo bastante alta para que todos oigan—. ¿Te ha perjudicado de algún modo?

—Estoy bien, Papá —el apelativo ahora me resulta extraño en la lengua—. No me han hecho daño.

Se separa, sus manos siguen sujetándome los brazos, y estudia mi rostro con una intensidad que resulta invasiva—. ¿Estás segura? Puedes decirme la verdad, Alina. Ahora estás a salvo. Estoy aquí.

Pero no me siento segura. Siento que me examinan, me evalúan. Sus preguntas suenan ensayadas, como líneas de un guión memorizado. Y sus ojos no dejan de mirar a Dimitri, quien permanece a unos metros, observando en silencio.

—Estoy segura —digo, intentando liberarme suavemente de su agarre—. De verdad, Papá. Estoy bien.

Sus manos aprietan un instante antes de soltarme—. Gracias a Dios. Cuando no te encontré en la iglesia... —Su voz se quiebra convincentemente—. Creí que te había perdido.

El recuerdo de Sergei me hiela la sangre. Recuerdo verle caer, la sangre extendiéndose por su camisa blanca. Tres círculos perfectos

sobre su corazón.

—Fue terrible —susurro—. Murieron tantas personas.

—Sí —la expresión de mi padre se endurece—. Tantos inocentes, asesinados en la casa de Dios —su mirada se dirige a Dimitri, y la acusación es clara aunque no la pronuncie.

Noto que Dimitri se tensa a mi lado, pero no responde al desafío implícito. Me está dejando manejar esto, comprendo, dándome espacio para tomar mis propias decisiones.

—Dimitri me salvó la vida —me oigo decir. Las palabras me sorprenden, pero son ciertas—. Me sacó de la iglesia cuando estaba paralizada. Si no lo hubiera hecho, estaría muerta.

La mandíbula de mi padre se tensa y, solo por un instante, su máscara resbala. Veo un destello de ira en su rostro. No alivio por mi supervivencia. No gratitud hacia Dimitri. Solo ira pura y fría.

Luego la máscara vuelve a su sitio y me sonríe con calidez paternal —. Por supuesto. Estoy agradecido a Dimitri por protegerte en ese momento de caos —se vuelve hacia Dimitri, inclinando la cabeza—. Gracias por mantener a salvo a mi hija.

La respuesta de Dimitri es fría y mesurada—. Ahora está bajo mi protección. No sufrirá ningún daño mientras esté bajo mi cuidado.

Algo pasa entre los dos hombres, algún desafío o amenaza no verbal que no comprendo del todo. El aire del vestíbulo se espesa de tensión y soy consciente de todos los hombres armados que nos rodean, dedos cerca de los gatillos, esperando una excusa.

—Bueno —mi padre vuelve hacia mí, su sonrisa aún en su sitio—. Ahora que he comprobado que estás a salvo, deberíamos irnos. Tu madre está fuera de sí de la preocupación. Y Katya no para de preguntar por ti.

Katya. Mi hermanita. El pensamiento me oprime el pecho. ¿Está realmente bien? ¿Consiguió salir sana y salva de la iglesia?

—¿Está Katya bien? —pregunto con urgencia—. ¿Y mamá? ¿No resultaron heridas?

—Están bien. Conmocionadas, pero bien. Se sentirán tan aliviadas al verte —extiende su mano hacia mí—. Venga, Alina. Vamos a casa.

Miro su mano extendida y algo dentro de mí se rebela. Hogar. Esa palabra debería traer consuelo, pero en cambio me llena de pavor. Porque volver a casa significa regresar a ser un peón en los juegos de mi padre. Volver a ser una propiedad que se intercambia por alianzas y poder.

—Me quedo aquí —digo en voz baja.

Las palabras quedan suspendidas en el aire como una granada a la que se le ha quitado la anilla.

La expresión de mi padre no cambia, pero sus ojos se vuelven fríos y planos. —¿Qué has dicho?

—Me quedo aquí. Voluntariamente. —Me obligo a sostener su mirada. —Dimitri me ha ofrecido su protección y la he aceptado.

—Protección. —Mi padre escupe la palabra como si fuera un insulto. —¿Así es como lo llama? Alina, este hombre te secuestró de tu propia boda. Te tiene prisionera.

—No. —Niego con la cabeza. —No es así. Elijo quedarme.

No menciono la propuesta de matrimonio. No le digo a mi padre que Dimitri quiere casarse conmigo, que me ha ofrecido una posición de poder y seguridad a cambio de convertirme en su esposa. Algún instinto me dice que guarde esa información, que revelarla ahora sería peligroso.

Pero estoy desgarrada. Porque esta es mi oportunidad. Mi padre está aquí con hombres armados. Si quisiera irme, si quisiera escapar de este matrimonio forzado con Dimitri, esta es mi ocasión. Solo tengo que decir la palabra y mi padre me sacará de aquí.

Entonces, ¿por qué no puedo decirlo?

Mi padre me estudia durante un largo momento y lo veo recalcular, ajustando su estrategia. Cuando vuelve a hablar, su voz es más suave, más razonable.

—Alina, cariño, entiendo que estés confundida. Has pasado por un trauma terrible. Pero no tienes que quedarte aquí por un sentido de gratitud equivocado. Vuelve a casa. Resolveremos todo juntos, como familia.

—Ella ha tomado su decisión —dice Dimitri, su voz cortando la persuasión de mi padre—. Alina se queda aquí por su propia voluntad.

La máscara de mi padre vuelve a resquebrajarse, y esta vez la ira permanece visible. Se gira hacia Dimitri y los dos hombres se enfrentan como depredadores que se acechan.

—Si eso es cierto —dice mi padre lentamente—, si Alina realmente se queda por su propia voluntad, entonces debería permitírsele volver a casa para recoger sus pertenencias. Para despedirse de su familia como es debido. —Hace una pausa y veo cómo tiende la trampa—. Sola. Sin tus guardias vigilando cada uno de sus movimientos.

La solicitud parece razonable en superficie. Pero percibo la amenaza subyacente. Mi padre quiere tenerme a solas, lejos de la protección de Dimitri, donde pueda controlar la situación. Donde pueda convencerme, u obligarme, a quedarme.

Miro a Dimitri, intentando leer su expresión. Tiene la mandíbula apretada, sus ojos verdes duros mientras observa a mi padre. Puedo ver cómo calcula las opciones, sopesando los riesgos.

—Eso no es necesario... —empiezo a decir, pero mi padre me interrumpe.

—A menos, claro está, que en realidad no estés aquí por tu propia voluntad. —Me mira con expresión de preocupación paternal de nuevo—. A menos que Dimitri esté controlando lo que dices, lo que haces. En cuyo caso, te llevaré a casa ahora mismo, por la fuerza si es necesario.

La amenaza es clara. Si no acepto ir a casa sola, mi padre supondrá que me retienen contra mi voluntad. Y entonces este tenso enfrentamiento estallará en violencia.

Pienso en Katya. En ver a mi madre. En tener unas horas lejos de esta finca, alejada de la intensa presencia de Dimitri, para aclarar mis ideas y descubrir qué quiero realmente.

Pero también pienso en la fría calculadora en los ojos de mi padre. En cómo sus preguntas parecían ensayadas. En la ira que vi cuando dije que me quedaba voluntariamente.

Dimitri se acerca más a mí y siento el calor de su cuerpo a mi espalda. —Alina no tiene que hacer nada que no quiera —dice en voz baja.

La sonrisa de mi padre es afilada como un cuchillo. —Entonces que decida ella. Alina, ¿quieres volver a casa para ver a tu familia? ¿Para recoger tus cosas y despedirte como es debido? ¿O tienes demasiado miedo de lo que Dimitri pueda hacer si te vas?

Todas las miradas en el vestíbulo están ahora puestas en mí. Los hombres de Dimitri. Los soldados de mi padre. Los dos hombres más poderosos de mi vida, esperando mi respuesta.

Y comprendo que lo que elija en este momento marcará el rumbo de todo lo que está por venir.

10

DIMITRI

Reconozco la jugada inmediatamente. Viktor quiere llevarse a Alina a solas, lejos de la finca, donde pueda controlar la situación. O peor, donde pueda hacerla desaparecer por completo. La petición parece razonable en apariencia, diseñada para hacerme parecer el monstruo que él ha pintado si me niego.

Pero llevo suficiente tiempo jugando a este juego como para reconocer lo que intenta hacer.

Lo estudio desde el otro lado del vestíbulo, observando la preocupación calculada en su rostro, la forma en que sus hombres se han colocado cerca de las salidas. Vino aquí preparado para la violencia, pero espera no necesitarla. Espera que simplemente le entregue a Alina como un tonto.

No va a ocurrir.

—Alina puede volver a tu casa —digo, y mi voz resuena en el tenso silencio—, pero no sola.

La expresión de Viktor no cambia, pero noto que aprieta la mandíbula. —Soy su padre. No necesita un guardia para visitar a su propia familia.

—Necesita protección —mantengo un tono razonable, diplomático—. Alguien acaba de masacrar gente en su boda. Hasta que sepamos quién y por qué, no irá a ningún sitio sin seguridad.

—Mis hombres pueden protegerla.

—Tus hombres fallaron en protegerla en la iglesia —las palabras son duras, pero ciertas. Veo que varios soldados de Viktor se mueven incómodos—. Mi hombre, Alexei, la acompañará. Esperará mientras recoge sus pertenencias y se despide de su familia. Tres horas. Luego regresa aquí.

El silencio que sigue es espeso por la tensión. Viktor calcula, intentando encontrar un ángulo, una forma de negarse sin revelar sus verdaderas intenciones. Pero lo he acorralado. Si se niega a que Alexei acompañe a Alina, está admitiendo que quiere aislarla y dejarla vulnerable. Si acepta, pierde el control de la situación.

Finalmente, fuerza una sonrisa. —Por supuesto. Entiendo su preocupación por la seguridad de mi hija. Tres horas deberían ser suficientes.

No confío ni un segundo en esa sonrisa.

Me giro hacia Alina, que ha estado observando este intercambio con sus grandes ojos verdes. Parece desgarrada, atrapada entre dos mundos, dos hombres, dos opciones imposibles. Algo en mi pecho se oprime al ver su confusión.

—Alexei estará contigo todo el tiempo —le digo—. Se mantendrá cerca, pero no interferirá con tu tiempo familiar.

Asiente lentamente, y veo alivio mezclado con aprensión en su rostro. Quiere ver a su hermana, a su madre. Lo entiendo. Pero también es lo bastante inteligente para intuir el peligro en esta situación.

—Iré a buscar mis cosas —dice en voz baja, luego se da la vuelta y sube las escaleras.

En el momento en que desaparece, el ambiente en el vestíbulo cambia. La máscara de Viktor se resquebraja ligeramente, y veo el cálculo frío debajo.

—Comete un error, Dimitri —dice, con la voz lo bastante baja para que solo yo la oiga—. Mantener a mi hija aquí contra su voluntad.

—Acaba de decirte que se queda voluntariamente.

—Está traumatizada. Confundida. No sabe lo que quiere.

Me acerco más, cerrando la distancia entre nosotros hasta estar casi cara a cara. —Sabe exactamente lo que quiere. Y lo que no quiere es ser vendida como propiedad para asegurar tus alianzas.

Algo parpadea en los ojos de Viktor. Ira, quizás. O reconocimiento de que veo a través de sus juegos.

—Ten cuidado, Dimitri —dice suavemente—. Te estás creando enemigos que no puedes permitirte.

—He tenido enemigos toda mi vida. Uno más no hará diferencia.

Nos miramos fijamente, y recuerdo por qué nunca he confiado en Viktor Popov. Es ambicioso, despiadado y está dispuesto a sacrificar cualquier cosa por el poder. Incluida a su propia hija.

Alexei aparece a mi lado, y agradezco su presencia. Lleva conmigo suficiente tiempo como para leer situaciones como esta, para saber cuándo está a punto de estallar la violencia.

—Listo cuando tú lo estés, *Pakhan* —dice en voz baja.

Asiento, luego me vuelvo hacia Viktor. —Tres horas. Ni un minuto más. Si no ha vuelto para entonces, iré a buscarla.

—¿Es una amenaza?

—Es una promesa.

Alina regresa llevando un pequeño bolso, su rostro pálido pero sereno. Se ha cambiado a un vestido sencillo, algo modesto y apropiado para visitar a la familia. Parece joven, vulnerable, y todos mis instintos protectores gritan para que no la deje ir.

Pero debo hacerlo. Negarme solo empeorará las cosas.

—Alexei, quédate con ella. No la pierdas de vista. Si algo te parece sospechoso, si alguien intenta separarte de ella, sácala de allí inmediatamente.

—Entendido —dice Alexei con rostro sombrío. Conoce los riesgos tan bien como yo.

Me vuelvo hacia Alina y el impulso de apartarla, de besarla, de hacerle prometer que regresará resulta casi abrumador. En lugar de eso, señalo hacia la puerta.

—Un momento —le digo a Viktor, luego tomo el brazo de Alina y la guío unos pasos lejos de la multitud.

Sus ojos verdes escrutan mi rostro buscando algo. Tal vez seguridad. O permiso para marcharse.

—Necesito darte algo —digo en voz baja mientras meto la mano en el bolsillo. Saco un pequeño colgante en una delicada cadena de plata. Parece una joya sencilla, elegante pero discreta—. Póntelo.

Ella lo toma y examina el colgante con confusión. —Es precioso, pero—

—Es un botón del pánico —mantengo la voz baja, consciente de todas las miradas que nos observan—. Si algo sale mal, si te sientes amenazada o en peligro, presiona la piedra central. Mis hombres acudirán inmediatamente.

Sus dedos se cierran alrededor del colgante y veo cómo la comprensión ilumina sus ojos. —Crees que mi padre intentará algo.

—Creo que tu padre te quiere a solas por algún motivo —alargo las manos y le abrocho la cadena alrededor del cuello, mis dedos rozando su piel. Ella estremece al contacto y siento un calor correspondiente en mi propio cuerpo—. Ten cuidado, Alina. Tu padre no es el hombre que crees.

—Lo sé —su voz es apenas un susurro—. Lo vi en sus ojos. Su forma de mirarme. No era alivio porque esté viva. Era rabia porque esté aquí contigo.

Chica lista. Está aprendiendo a leer las corrientes ocultas, a ver más allá de las máscaras que la gente usa.

—Tres horas —le recuerdo—. Eso es todo. Luego vuelves aquí, donde estás a salvo.

Ella asiente y lleva la mano al colgante que descansa en su garganta. —¿Y si no quiero volver?

La pregunta me golpea como un puño. Estudio su rostro buscando la verdad tras esas palabras. ¿Me está poniendo a prueba? ¿O está considerando realmente quedarse con su familia?

—Entonces vendré a buscarte igualmente —digo con honestidad—. Porque lo creas o no, estás más segura aquí que en cualquier otro lugar de esta ciudad ahora mismo.

Algo cambia en su expresión. No exactamente confianza, pero quizás el principio de una comprensión.

—Vale —dice suavemente—. Tres horas.

Quiero decir más. Quiero decirle que la idea de que se marche, aunque sean tres horas, me oprime el pecho con algo que no quiero nombrar. Quiero atraerla hacia mí y besarla hasta que olvide a su familia, la partida, todo excepto el calor entre nosotros.

Pero Viktor nos observa, y mis hombres también, y este momento ya resulta demasiado íntimo para la audiencia que tenemos.

—Vete —digo dando un paso atrás—. Alexei te protegerá.

Ella asiente y se vuelve, caminando hacia su padre con los hombros rectos y la cabeza alta. La observo marcharse, memorizando su forma de moverse, la caída de su cabello rojo sobre la espalda, la curva de su cuello donde descansa el colgante.

Viktor coloca una mano posesiva sobre su hombro y debo apretar los puños para no cruzar el vestíbulo y arrancarle la mano. Ya no es suya. Es mía. O lo será, una vez nos casemos.

Si regresa.

El pensamiento me hiela la sangre.

Alexei los sigue, la mano cerca de su arma, los ojos escaneando constantemente amenazas. Confío en él con mi vida. Debo confiarle la suya.

El vestíbulo se vacía mientras los hombres de Viktor salen en fila hacia sus vehículos. Mis propios guardias mantienen sus posiciones, observando hasta que el último soldado Popov se marcha. Entonces la puerta principal se cierra y la casa queda en silencio.

Me acerco a la ventana y veo cómo Alina sube a uno de los todoterrenos negros. Viktor se sienta junto a ella y, incluso desde esta distancia, puedo verle hablándole, gesticulando. Intentando convencerla de algo. Intentando controlar la situación.

La caravana se pone en marcha, con el vehículo de Alexei siguiendo de cerca. Observo hasta que desaparecen tras las puertas, hasta que ya no puedo verlos.

Y entonces me golpea la advertencia. Primero un goteo, luego una inundación.

Algo va mal. Lo siento en los huesos, en cómo se tensó la mandíbula de Viktor cuando insistí en que Alexei los acompañara. En la fría calculación que vi en sus ojos cuando miró a su hija. En cómo se posicionaron sus hombres, como si se prepararan para algo.

Saco el teléfono y llamo a Alexei.

Contesta al primer tono. —Acabamos de salir de la finca. Todo bien por ahora.

—Mantente alerta —le digo—. No permitas que la separen de ti. Por ningún motivo.

—Entendido.

Cuelgo y permanezco junto a la ventana, mirando la entrada vacía. Tres horas de repente se sienten como una eternidad.

Mi teléfono vibra con informes entrantes. Actualizaciones sobre la investigación de la iglesia. Mensajes de otras familias Bratva. Asuntos que requieren mi atención. Pero no puedo concentrarme en nada. Solo pienso en Alina, alejándose con un hombre que quizás planea matarla.

O peor, planea hacerla desaparecer por completo.

Debería haber dicho que no. Debería haberme negado rotundamente a la petición de Viktor, consecuencias al diablo. Debería haberla mantenido aquí donde podría protegerla, verla, saber que está a salvo.

Pero le di una opción, dejé que tomara su propia decisión. Y ahora se ha ido, y todo lo que puedo hacer es esperar.

Y observar.

Y rezar para que el colgante en su cuello permanezca en silencio.

11

ALINA

La casa de los Popov luce exactamente como la recuerdo, pero de algún modo parece más pequeña. Tras la grandiosidad expansiva de la finca de Dimitri, con su arquitectura moderna de cristal y piedra, mi hogar de la infancia parece casi pintoresco. Las familiares columnas blancas y los setos recortados que una vez me impresionaron ahora se sienten como un decorado teatral, bonito pero vacío.

Alexei aparca el todoterreno en el camino de entrada circular detrás de nosotros, y veo que la puerta principal se abre antes incluso de que pueda desabrocharme el cinturón. Mi madre sale corriendo, con su pelo rubio perfectamente peinado a pesar de la hora temprana, su vestido de diseñador impecable. Está llorando, con los brazos extendidos, y por un momento quiero correr hacia ella como hacía cuando era niña.

Pero algo me detiene.

—¡Alina! ¡Ay, cariño mío! —Me alcanza al salir del vehículo, atrayéndome hacia un abrazo que huele a su caro perfume.— Creía que te había perdido. Cuando no pudimos encontrarte en la iglesia,

cuando tu padre dijo que te habían secuestrado, pensé... —Su voz se quiebra convincentemente y me aprieta con más fuerza.

Permanezco rígida en sus brazos, mi cuerpo sin responder como debería. Hay algo teatral en su dolor, algo que parece ensayado. Las lágrimas son bastante reales, pero no llegan a sus ojos. He visto llorar a mi madre antes, lágrimas genuinas cuando murió su perro favorito, cuando falleció su hermana. Esto no es lo mismo.

—Estoy bien, mamá —digo, desprendiéndome suavemente de su agarre—. No estoy herida.

Ella retrocede, sus manos agarrando mis brazos mientras estudia mi rostro. —¿Estás segura? ¿Ese monstruo no te hizo daño? ¿No... — Deja la frase en el aire, pero la implicación es clara.

Un calor me inunda las mejillas al pensar en las manos de Dimitri sobre mi cuerpo, su boca sobre la mía, cómo me sujetó contra la pared. —No. No me hizo daño.

Los ojos de mi madre se entrecierran levemente, como si pudiera leer la verdad en mi cara. Pero antes de que pueda presionar más, otra figura aparece en la entrada.

—¡Alina!

Katya baja corriendo los escalones, su pelo oscuro ondeando tras ella, y se lanza a mis brazos. A diferencia del abrazo de mi madre, este se siente auténtico. Mi hermana pequeña tiembla, su cara enterrada en mi hombro, y la sostengo con fuerza.

—Estoy bien —susurro en ruso, acariciándole el pelo—. Estoy bien, Katya.

Ella retrocede, sus ojos marrones nadando en lágrimas. —Todos decían que estabas muerta. Papá dijo que Dimitri Morozov te había llevado, que probablemente te había matado como mató a Sergei. Pero yo no lo creí. Sabía que estabas viva. Lo sabía.

El alivio en su voz me produce un dolor en el pecho, incluso mientras frunzo el ceño ante sus palabras sobre que Dimitri mató a Sergei. Le acaricio la cara, secándole las lágrimas con los pulgares. —Estoy aquí. Estoy a salvo.

—Por ahora —dice mi madre, con voz cortante. Mira a Alexei, que permanece junto al todoterreno con los brazos cruzados, observando todo con sus fríos ojos azules. Una docena de hombres de mi padre están apostados alrededor de la propiedad, todos observando a Alexei con una hostilidad apenas disimulada.— Entra, cariño. Debes estar agotada.

Las sigo dentro de la casa, muy consciente de la presencia de Alexei tras de mí. Él no entra, simplemente se sitúa en el recibidor donde puede ver tanto la puerta principal como el pasillo que conduce al interior de la casa. Los hombres de mi padre lo vigilan como halcones, con las manos cerca de sus armas.

El interior de la casa está exactamente como lo dejé. Suelos de mármol, obras de arte caras en las paredes, flores frescas en jarrones de cristal. Todo perfecto, todo controlado. Mi madre me guía hacia la gran escalera, todavía secándose los ojos con un pañuelo de encaje.

Pienso en las palabras de Dimitri, sobre el peligro que me espera fuera de su protección.

—Necesito hacer la maleta —digo.

Sus cejas se fruncen en un gesto de confusión. —¿Hacer la maleta? ¿Para qué?

Antes de que pueda responder, lo hace mi padre. —Cree que va a volver con Morozov —dice con desdén—. Por *protección*.

Mi madre intercambia una mirada con papá, luego su boca se tensa, pero asiente. —Por supuesto. Katya, ayuda a tu hermana.

Subimos las escaleras juntas, la mano de Katya en la mía. Pronto cumplirá diecisiete años. Todavía tan joven, todavía inocente de la oscuridad que impregna nuestro mundo.

Mi dormitorio está intacto, conservado como un santuario. Las paredes rosa pálido, los muebles blancos, la colección de libros en las estanterías. Se siente como entrar en un museo de mi vida pasada, aunque solo hayan pasado un par de días desde la última vez que estuve aquí. Me dirijo al armario y empiezo a sacar ropa, doblando las prendas mecánicamente.

Katya se sienta en mi cama, observándome con ojos preocupados. —¿Estás bien de verdad? —pregunta en voz baja—. Papá dijo cosas terribles sobre lo que Dimitri Morozov podría hacerte.

Me detengo, con un vestido en las manos, y me giro para mirarla. —¿Qué dijo?

Baja la vista hacia sus manos. —Que Dimitri es un monstruo. Que mata a la gente sin piedad. Que probablemente... —Traga saliva con dificultad—. Que probablemente se impuso sobre ti.

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotras. Pienso en el beso de Dimitri, el calor de su cuerpo contra el mío, la forma en que mi propio cuerpo respondió a pesar de todo. No hubo fuerza alguna. Más bien, yo había sido quien lo atrajo hacia mí.

—No lo hizo —digo con firmeza—. Dimitri me salvó la vida, Katya. Me sacó de esa iglesia en llamas cuando estaba paralizada por el shock. Si no lo hubiera hecho, estaría muerta.

—Pero Papá dijo—

—Papá dice muchas cosas —vuelvo a hacer la maleta, mis movimientos ahora más bruscos—. No todas son ciertas.

Katya guarda silencio un momento, luego pregunta con voz queda: —¿Vas a volver? ¿Para quedarte?

Quiero decirle que sí, prometerle que estaré aquí para protegerla, para mantenerla a salvo de cualquier oscuridad que se esté gestando. Pero pienso en el colgante que llevo al cuello, el botón del pánico que Dimitri me dio. Pienso en su advertencia de que mi padre no es el hombre que yo creo.

—No lo creo —admito—. Es complicado.

Trabajamos en silencio un rato, llenando una maleta con ropa y objetos personales. Fotos de mi infancia, joyas que me dejó mi abuela, libros que he amado. Mientras hago la maleta, me descubro mirando la habitación con nuevos ojos, buscando algo que no puedo nombrar.

Pruebas. Evidencias. Cualquier cosa que pudiera confirmar o negar lo que Dimitri sugirió sobre mi padre.

—Katya —digo con cuidado—, ¿dónde está mamá?

—Abajo, creo. Iba a preparar té. —Katya inclina la cabeza—. ¿Por qué?

—Necesito coger algo del despacho de Papá. ¿Puedes hacer de centinela? ¿Avisarme si viene alguien?

La comprensión ilumina sus ojos, seguida rápidamente por el miedo. —Alina, si Papá te pilla en su despacho—

—No lo hará. Por favor, Katyusha. Necesito saber la verdad.

Vacila, luego asiente. —Cinco minutos. Es todo lo que puedo darte.

Le doy un beso en la frente y salgo sigilosamente de mi habitación, avanzando en silencio por el pasillo. El despacho de mi padre está al final del corredor, una habitación que me han prohibido entrar desde que era niña. La puerta está cerrada pero no con llave. Echo un vistazo a Katya, que se ha situado en lo alto de las escaleras, y luego me deslizo dentro.

El despacho es exactamente como lo recuerdo. Paneles de madera oscura, muebles de cuero, estanterías llenas de libros que mi padre nunca ha leído. Su enorme escritorio domina el espacio, su superficie despejada excepto por un portátil y un vaso de cristal con un líquido ámbar dentro. Vodka, probablemente. Apenas es mediodía.

Me acerco rápidamente al escritorio y pruebo los cajones. La mayoría están abiertos, llenos de objetos mundanos como bolígrafos, libretas, tarjetas de visita. Pero el cajón inferior derecho está cerrado con llave. Tiro con más fuerza, pero no cede.

Ahora mi corazón late con fuerza. Miro hacia la puerta, escuchando pasos, luego busco una llave en el escritorio. Nada. Estoy a punto de rendirme cuando recuerdo algo de mi infancia. Mi padre solía esconder llaves de repuesto en una pequeña caja en su estantería, disfrazada de libro encuadernado en cuero.

Lo encuentro en la tercera estantería, lo bajo, y efectivamente, hay varias llaves pequeñas dentro. La segunda que pruebo encaja en el cajón cerrado.

Dentro hay una carpeta, gruesa de documentos. La saco con manos temblorosas y la abro. Registros financieros. Extractos bancarios que muestran grandes transferencias de dinero. Y comunicaciones, correos electrónicos impresos entre mi padre y alguien llamado Kozlov.

Se me hiela la sangre. La familia Kozlov. Uno de los mayores rivales de los Morozov. Dimitri los mencionó, dijo que podrían estar involucrados en el ataque a la iglesia.

Examino los documentos rápidamente; mi ruso es lo suficientemente bueno para entender las implicaciones. Pagos. Acuerdos. Planes para "reestructurar el territorio" después de "la boda". La firma de mi padre al pie de varias páginas.

Lo sabía. Sabía del ataque. Tal vez incluso ayudó a planearlo.

La traición me golpea como un puñetazo. Me agarro al borde del escritorio, intentando respirar, intentando procesar lo que estoy viendo. Mi padre me vendió a Sergei Morozov, sabiendo que Sergei moriría en la boda. Sabiendo que yo también podría morir.

Oigo pasos en el pasillo y rápidamente meto la carpeta de nuevo en el cajón, cerrándolo con llave. Pero no soy lo bastante rápida. La puerta del despacho se abre y mi padre entra.

Viktor Popov está de pie en el umbral, su costoso traje perfectamente cortado, su pelo plateado inmaculadamente peinado. Por un momento, su rostro muestra al padre preocupado que ha estado interpretando para las cámaras. Luego sus ojos bajan al escritorio, a la pequeña caja de llaves que aún está sobre la superficie, y su expresión se transforma.

La máscara cae por completo. Lo que queda es algo frío y peligroso, algo que me pone la piel de gallina.

Entra y cierra la puerta tras de sí con suavidad; el suave clic del pestillo suena como un disparo en el silencio.

—Alina —dice con voz perfectamente calmada—, ¿qué está haciendo en mi despacho?

12

DIMITRI

El arsenal está frío, las paredes de hormigón no retienen el calor. Estoy ante el armero, revisando metódicamente los cargadores, probando el peso de distintas armas en mis manos. Una Glock 19 para combate cercano. Una SIG Sauer P226 por su fiabilidad. Munición extra en fundas tácticas. Chaleco antibalas, aunque odio lo que limita mis movimientos.

Me preparo para la guerra.

Han pasado dos horas desde que Alina se fue con su padre. Queda una hora para que deba regresar. Pero cada instinto que he afilado durante décadas en esta vida me grita que algo va mal.

Deslizo un cuchillo en mi bota, otro en una funda en la espalda. Viejos hábitos de mis primeros días, cuando las armas no siempre estaban disponibles y el combate cuerpo a cuerpo era la única opción. El peso familiar de las armas debería reconfortarme, pero en cambio me siento expuesto, vulnerable como no me sentía desde que era un joven abriéndose paso entre los rangos de la Bratva.

Porque Alina está ahí fuera, fuera de mi protección, y no puedo hacer un maldito al respecto.

—Pakhan —aparece uno de mis hombres en la entrada, con expresión cuidadosamente neutra—. Los vehículos están listos. Los hombres en posición.

Asiento, sin confiar en mi voz. He desplegado equipos en puntos estratégicos alrededor de la propiedad de Popov, lo bastante cerca para responder rápido pero lo suficiente lejos para evitar ser detectados. Si Viktor intenta algo, si trata de retener a Alina o llevarla a otro lugar, lo sabremos de inmediato.

Si. La palabra se burla de mí. Sé que Viktor intentará algo. La única pregunta es qué.

Compruebo mi teléfono por centésima vez. Sigue sin haber señal del botón de pánico de Alina. Eso debería tranquilizarme, pero no lo hace. Podría estar haciendo la maleta. Podría estar despidiéndose de su hermana. O podría estar atrapada, retenida contra su voluntad mientras Viktor planea su próximo movimiento.

Aprieto la Glock que sostengo. Me obligo a respirar, a pensar con claridad. La emoción es una debilidad en este mundo. Nubla el juicio, te hace descuidado. He visto morir a buenos hombres por dejar que sus sentimientos anularan su entrenamiento.

Pero cuando pienso en Alina, en sus ojos verdes y cómo se me enfrentó con un arma en sus manos temblorosas, en el sabor de sus labios y el calor de su cuerpo contra el mío, no me siento un buen hombre. Me siento algo primitivo y posesivo, algo que quiere destrozar a cualquiera que amenace lo que es mío.

Todavía no es mía, me recuerda una voz en mi cabeza. *Todavía no estamos casados*. Puede que no regrese en absoluto.

Aparto ese pensamiento y enfundo la Glock. Luego elijo un rifle, algo con alcance y poder de parada. Por si acaso.

Mi teléfono vibra y lo cojo al instante. Pero no es la señal de pánico. Es un mensaje de uno de mis informantes, un hombre que trabaja

en la organización Kozlov. El texto es breve, cifrado, pero el significado es claro.

Confirmado. Alianza Popov/Kozlov. El ataque a la iglesia fue operación conjunta.

Hielo inunda mis venas. Lo sabía. Lo sospeché desde que vi la coordinación del ataque, la ejecución profesional. Pero tenerlo confirmado, verlo en negro sobre blanco, hace que la rabia arda en mi pecho.

Viktor Popov traicionó a su propia hija. Ordenó el asesinato de su prometido en su boda. Todo por poder, por territorio, por un trozo más grande del pastel de la Bratva.

Suena mi teléfono y contesto sin mirar la identificación. —Habla.

—Dimitri —es Yuri, otro informante, con voz tensa por la urgencia—. Tengo información sobre el ataque a la iglesia. Sobre Viktor Popov.

—Te escucho.

—Hace seis meses pactó un trato con los Kozlov. Querían muerto a Sergei, querían crear caos en la familia Morozov. Viktor les dio los detalles de la boda, los planos de seguridad, todo lo que necesitaban. A cambio, los Kozlov prometieron protección para su familia y un treinta por ciento de tu territorio una vez debilitado.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que oigo rechinar mis dientes. —Continúa.

—El plan era que estuvieras distraído con la muerte de Sergei, con el caos. Mientras lidiaras con las consecuencias, los Kozlov actuarían contra tus operaciones. Tomarían tus negocios, tus soldados, todo. Viktor intervendría como mediador, ayudaría a negociar la paz y saldría como un héroe mientras embolsaba su parte.

—Pero me llevé a Alina —las piezas encajan con una claridad nauseabunda.

—Exacto. Eso no entraba en los planes. Viktor no esperaba que secuestraras a su hija y la trajeras a tu propiedad. Ahora es un lastre. Sabe demasiado, o podría descubrirlo. Y si se queda contigo, si realmente se casa contigo como dicen los rumores, entonces Viktor pierde toda su ventaja.

Me acerco a la ventana, mirando los jardines. Mis hombres están apostados alrededor de la propiedad, armas listas, esperando mis órdenes. —¿Qué planea hacer Viktor?

—No sé los detalles. Pero está desesperado. Ha estado haciendo llamadas toda la mañana, tratando de averiguar cómo recuperar a Alina sin parecer culpable. Los Kozlov también le presionan. Quieren resolver esta situación antes de que les salpique.

—Gracias, Yuri. Esta información es valiosa.

—Ten cuidado, Dimitri. Viktor está acorralado, y los animales acorralados son peligrosos.

Termino la llamada y me quedo allí, mirando fijamente mi teléfono. Debería haberlo previsto. Viktor Popov siempre ha sido ambicioso, siempre dispuesto a sacrificar cualquier cosa por el poder. Lo sé desde hace años. Pero subestimé hasta dónde llegaría, lo poco que significaba para él la vida de su propia hija.

Pensar en Alina en esa casa, rodeada de los hombres de su padre, posiblemente descubriendo la verdad sobre su traición, me oprime el pecho con algo que se siente incómodamente parecido al miedo.

Mi teléfono vibra en la mano, y esta vez no es una llamada ni un mensaje. Es una alerta de la aplicación del botón del pánico. El colgante está transmitiendo una señal de emergencia.

Alina ha pulsado el botón.

Todo lo demás desaparece: la planificación cuidadosa, el posicionamiento estratégico, la necesidad de mantener las

apariencias. Nada de eso importa. Alina está en peligro, y voy a sacarla de allí.

—¡Moveos! —grito, ya corriendo hacia el garaje—. ¡Todos, moveos ya! ¡Vamos a la finca de los Popov!

Mis hombres responden al instante, años de entrenamiento entrando en acción. Los motores rugen. Las armas se revisan por última vez. En sesenta segundos, salimos de la finca en un convoy de tres todoterrenos, todos blindados, todos transportando a mis mejores soldados.

Voy en el vehículo delantero, conduciendo yo mismo porque no puedo quedarme quieto, no puedo dejar que otro controle nuestra velocidad. Mi pie pisa el acelerador a fondo, y el potente motor responde, llevándonos por las calles a velocidades peligrosas.

—Dimitri. —Es Borge, uno de mis tenientes, en el asiento del copiloto—. ¿Cuál es el plan?

—Sacarla. Cueste lo que cueste.

—Los hombres de Viktor irán armados. Esto podría convertirse en un baño de sangre.

—Pues que se convierta en un baño de sangre. —Mi voz es fría, plana—. Pero no nos vamos sin Alina.

El trayecto parece durar horas, aunque probablemente solo sean diez minutos. Cada segundo que pasa es un segundo más que Alina está en peligro. Aprieto el volante hasta que los nudillos se me ponen blancos. Si Viktor le ha hecho daño, si le ha puesto un solo dedo encima, lo despedazaré con mis propias manos. Lentamente. Dolorosamente. Haré que ruegue por la muerte antes de acabar.

La furia posesiva que me inunda debería preocuparme. He matado a docenas de hombres en mi vida, pero siempre con cálculo frío, nunca con emoción. La emoción te hace descuidado. Pero ahora

mismo, no me importa ser descuidado. Me importa llegar hasta Alina.

Doblamos hacia la calle donde está la finca de los Popov, y veo inmediatamente que algo va mal. Los portones están abiertos, cosa que no deberían estar. Los guardias de Viktor apostados alrededor de la propiedad han desaparecido. Y ahí, en la entrada, está el todoterreno de Alexei con la puerta del conductor abierta.

Piso el freno a fondo, y estamos fuera de los vehículos antes de que se detengan por completo. Mis hombres se despliegan, armas en mano, cubriendo todos los ángulos. Pero no hay resistencia. Ningún guardia sale corriendo a detenernos. Solo un silencio inquietante. ¿Por qué no me habían avisado los hombres apostados cerca? ¿Cómo pudieron perderse esto?

Subo corriendo los escalones de entrada, mi Glock en la mano, y atravieso la puerta hacia el vestíbulo.

Alexei yace en el suelo de mármol en un charco de sangre.

Por un momento, el corazón se me detiene. Luego veo su pecho subir y bajar, superficial pero constante. Está vivo. Me arrodillo a su lado, mis manos ya buscando heridas. Hay una herida de bala en el hombro, otra rozadura en la sien. Alguien le golpeó lo bastante fuerte para dejarle inconsciente, luego le disparó para asegurarse.

—¡Que venga el médico! —grito a mis hombres—. ¡Ahora!

Mikhail ya está al teléfono, llamando a nuestro médico privado. Dos de mis soldados levantan con cuidado a Alexei, preparándose para trasladarlo a uno de los vehículos.

Me levanto, mis ojos escanean el vestíbulo. Hay señales de lucha. Un jarrón roto. Marcas de arrastre en el suelo. Y sangre. No solo la de Alexei, sino gotas que conducen hacia la parte trasera de la casa.

—Registrad cada habitación —ordeno—. Encontradla. Encontrad a Alina.

Mis hombres se dispersan, recorriendo la casa con eficiencia entrenada. Oigo puertas abriéndose, muebles moviéndose, voces que gritan mientras limpian cada espacio. Pero ya sé lo que van a encontrar.

Nada.

Alina ha desaparecido.

Recorro la casa yo mismo, mi arma preparada, mis ojos captando cada detalle. La cocina está vacía. El salón intacto. Arriba, encuentro lo que supongo que es el dormitorio de Alina. La puerta está abierta, y dentro hay una maleta sobre la cama, medio hecha. La ropa esparcida por el suelo. Su teléfono abandonado en la mesilla.

Estaba haciendo las maletas para volver conmigo. La comprensión me golpea con fuerza. Estaba eligiendo regresar, eligiéndome a mí antes que a su familia. Y entonces ocurrió algo.

Cojo su teléfono, revisando las llamadas recientes. Nada inusual. Ningún mensaje que pueda darme una pista sobre dónde está o qué ha pasado.

—¡Dimitri! —la voz de Borge resuena desde abajo—. ¡Necesitas ver esto!

Bajo corriendo, saltando los escalones de tres en tres. Borge está en el despacho de Viktor, y al entrar veo lo que ha encontrado. Los cajones del escritorio están abiertos, papeles esparcidos por la superficie. Y ahí, en el centro del escritorio, hay una carpeta con el escudo familiar de los Kozlov.

La abro, examinando los documentos del interior. Registros financieros. Comunicaciones. Pruebas de todo lo que me contó Yuri y más. La firma de Viktor en acuerdos para traicionar a la familia Morozov. Planes para el ataque a la iglesia. Pagos de los Kozlov.

Alina encontró esto. Descubrió la traición de su padre, y él la pilló.

La furia que me inunda es tan intensa que tengo que agarrar el borde del escritorio para no atravesar la pared con el puño. Viktor se la llevó. A su propia hija. Porque supo la verdad, porque se convirtió en un estorbo.

Por primera vez en veinte años, me siento completamente impotente.

13

ALINA

Oscuridad.

Es lo primero de lo que me doy cuenta. Una oscuridad completa y sofocante que presiona contra mis párpados como un peso físico. Me late la cabeza con un dolor tan intenso que me revuelve el estómago, y tengo un sabor químico en la boca que me dan ganas de vomitar.

Intento mover las manos para tocarme la cabeza dolorida, pero no responden. Algo me corta las muñecas, plástico clavándose en la piel.

Bridas. Estoy atada.

El pánico me inunda, agudo e inmediato, cortando la niebla de mi cerebro. Obligo a abrir los ojos, pero la oscuridad persiste. No es completa, me doy cuenta mientras mi visión se adapta. Estoy en algún tipo de vehículo. Una furgoneta, quizá, por cómo se mueve y el rugido del motor bajo mí.

Estoy tumbada de lado sobre un duro suelo metálico, con la mejilla pegada al acero frío. Cada bache del camino envía nuevas oleadas

de dolor por mi cráneo. Tengo la boca seca, la lengua se me hincha, y al intentar tragar me arde la garganta.

¿Qué ha pasado?

Busco en mis recuerdos fragmentados, intentando reconstruir cómo he llegado aquí. Estaba en casa de mi padre. En su despacho. Había encontrado la carpeta, los documentos que demostraban su traición. Las comunicaciones con la familia Kozlov. Los planes para el ataque de la iglesia.

Y entonces se abrió la puerta.

La cara de mi padre cruza mi mente. Cómo se transformó su expresión al verme con las pruebas de sus crímenes. El frío cálculo en sus ojos mientras se acercaba a mí. Retrocedí, llevándome la mano al colgante del cuello, presionando la piedra central. El botón del pánico que Dimitri me dio.

¿Llegó la señal? ¿Sabe Dimitri que estoy en problemas?

Recuerdo la mano de mi padre apretándome la boca, ahogando mi grito. El olor acre y químico de algo presionado contra mi cara. *Cloroformo*, me dice el cerebro. Su voz en mi oído, casi disculpándose.

—Lo siento, Alina. Pero no me has dejado otra opción.

Luego nada. Solo oscuridad y la sensación de caer.

Voces se filtran en mi conciencia, hablando en ruso en tonos bajos. Voces masculinas, ásperas y desconocidas. No son hombres de mi padre. Son extraños.

—¿Cuánto falta? —pregunta uno.

—Veinte minutos, quizá menos —responde otro—. La cabaña está aislada. Nadie oirá nada.

¿Oír qué? La pregunta me corre un hielo por las venas.

Me obligo a quedarme quieta, a mantener la respiración regular a pesar del terror que me araña el pecho. Si creen que sigo inconsciente, quizá pueda averiguar algo. Quizá pueda descubrir adónde me llevan, quiénes son y qué quieren.

—Kozlov se va a cabrear porque hemos tenido que movernos tan rápido —dice una tercera voz—. Quería más tiempo para prepararlo.

Kozlov. El nombre confirma lo que ya sospechaba. No son hombres de mi padre. Son soldados de la familia Kozlov, los rivales que ayudaron a orquestar el ataque a la iglesia. Los que querían muerto a Dimitri.

—Popov no nos dejó elección —responde la primera voz—. La chica encontró los documentos. Lo sabe todo. Tuvimos que sacarla antes de que el hombre de Morozov pudiera interferir.

Alexei. Dios mío, ¿qué le han hecho a Alexei?

Recuerdo haber oído un alboroto abajo mientras estaba en el despacho de mi padre. Gritos. Un disparo. Luego apareció mi padre, y todo pasó tan rápido.

—¿Merece siquiera la pena? —pregunta la tercera voz—. Deberíamos haberla matado en la casa, hacer que pareciera que fue Morozov.

—El jefe la quiere viva. Por ahora. —Hay una pausa, luego una risotada oscura—. Es un elemento de presión. Al parecer, Morozov siente algo por ella. La sacó de la iglesia, la tuvo en su finca. Corre la voz de que planeaba casarse con ella.

Planeaba. Pasado. Como si ese plan ya estuviera muerto.

El vehículo pasa por un bache y no puedo reprimir un pequeño gemido cuando el dolor explota en mi cabeza. La conversación delantera cesa de inmediato.

—Está despierta —dice uno.

Oigo movimiento, luego unas manos rudas me agarran por los hombros y me voltean boca arriba. Un haz de linterna me da en la cara, cegándome. Cierro los ojos contra el resplandor.

—Abre los ojos, princesa —ordena una voz—. Veamos si estás realmente con nosotros.

Obligo a abrir los ojos, entrecerrándolos contra la luz. Ahora distingo formas. Tres hombres en la parte delantera de la furgoneta, uno de ellos girado en el asiento del copiloto para mirarme. Es grande, con la cabeza rapada y una cicatriz que le recorre la mejilla izquierda.

—Ahí está —dice, sonriendo—. La famosa Alina Popov. ¿O debería decir, la puta de Morozov?

Las palabras groseras hacen que la ira arda en mi pecho, quemando parte del miedo. —¿Adónde me llevan?

—A un lugar seguro. Donde tu novio no pueda encontrarte. —El hombre de la cicatriz se inclina más cerca, y puedo oler cigarrillos y vodka en su aliento—. A menos que sea muy, muy bueno. Y muy, muy afortunado.

—Dimitri me encontrará —digo, intentando sonar más segura de lo que me siento—. Y cuando lo haga, estaréis todos muertos.

El conductor suelta una risotada áspera. —Mucha labia para alguien atada en la parte de atrás de una furgoneta. Tu preciado Pakhan ni siquiera sabe dónde estás. Cuando lo averigüe, ya estarás lejos de aquí.

Pero se equivoca. Dimitri sabe que estoy en problemas. Apreté el botón del pánico antes de que mi padre me drogara. La señal se transmitió. Tuvo que hacerlo.

Me aferro a esa esperanza mientras la furgoneta continúa su trayecto, dando bandazos sobre lo que parecen caminos cada vez más abruptos. Nos hemos alejado de la ciudad, me doy cuenta. El

asfalto liso ha dado paso a la gravilla, luego a la tierra. Nos dirigimos a algún lugar remoto. Algún lugar aislado.

Algún lugar donde nadie oirá mis gritos.

El pensamiento acelera mi respiración, el pánico amenazando con desbordarme. Me obligo a respirar lentamente, a pensar. Estoy viva. Eso significa que les resulto valiosa, al menos por ahora. Me necesitan para algo. Como palanca, dijo aquel hombre. Quieren usarme para llegar a Dimitri.

Lo cual significa que no me matarán. Todavía no.

El colgante sigue en mi cuello. Noto su peso contra la piel. ¿Llegó la señal a Dimitri? ¿Ya me está buscando? ¿O los hombres de mi padre lo destruyeron antes de que se completara la transmisión?

No lo sé. Y no saberlo es casi peor que cualquier otra cosa.

Por fin la furgoneta aminora la marcha y se detiene. Oigo al conductor poner el punto muerto, oigo cómo se apaga el motor. Luego se abren puertas y botas golpean el suelo.

Las puertas traseras se abren de golpe y unas manos me agarran los tobillos, arrastrándome hacia la salida. Intento patear, forcejear, pero con las manos atadas y la cabeza aún mareada por el cloroformo, estoy indefensa.

Me sacan de la furgoneta y veo por primera vez adónde me han traído. Estamos en un claro rodeado de bosque espeso. Los árboles son tan tupidos que bloquean la mayor parte de la menguante luz del día, creando una penumbra opresiva. Y en el centro del claro hay una cabaña.

Es vieja, la madera ajada y grisácea, las ventanas oscuras y vacías como ojos sin vida. Esto no es una casa de vacaciones ni un refugio de caza. Es un lugar donde ocurren cosas malas. Un lugar donde la gente desaparece.

—Muévete —ordena uno de los hombres, empujándome hacia delante.

Tropiezo, con las piernas débiles y descoordinadas. El hombre con la cicatriz me agarra del brazo, su mano como una tenaza, y me arrastra a medias hacia la cabaña. La puerta principal cuelga torcida de sus goznes, y al entrar, el olor me golpea: moho, podredumbre y algo más. Algo metálico que podría ser sangre reseca.

El interior está tan decrépito como el exterior. Una estancia principal con un sofá hundido y una mesa cubierta de botellas vacías. Una pequeña cocina con un fregadero lleno de agua estancada. Dos puertas que imagino conducen a dormitorios.

Me arrojan a uno de los dormitorios y caigo con fuerza sobre un colchón desnudo que apesta a humedad. La habitación es diminuta, apenas cabe la cama plegable y un armario desvencijado. No hay ventanas, solo cuatro paredes cerrándose sobre mí.

Me incorporo de un salto, apoyando la espalda contra la pared, mientras el hombre de la cicatriz permanece en el umbral observándome.

—Ponte cómoda, princesa —dice—. Vas a estar aquí un buen rato.

—¿Qué queréis de mí? —mi voz suena más firme de lo que me siento.

—Eso no nos corresponde decidir a nosotros. Solo somos los repartidores —sonríe, mostrando unos dientes amarillentos—. El jefe decidirá qué hacer contigo. Si vales más viva o muerta.

La puerta se cierra de golpe y oigo el chasquido de una cerradura. Estoy sola en la oscuridad, en esta habitación minúscula que huele a muerte y desesperación.

Doblo las rodillas contra el pecho, intentando hacerme lo más pequeña posible. Las bridas de plástico me cortan las muñecas, pero

apenas noto el dolor. Solo puedo pensar en Dimitri. En si recibió mi señal. En si viene a buscarme.

Tiene que estar viniendo. Prometió protegerme. Dijo que estaba bajo su protección, que nadie se atrevería a tocarme.

Pero me tocaron. Me capturaron. Y ahora estoy aquí, en esta pesadilla, sin saber si alguien siquiera sabe dónde buscar.

Pasa el tiempo. No sé cuánto. Podrían ser minutos u horas. La oscuridad en esta habitación sin ventanas es absoluta, desorientadora. Intento soltar las bridas, retorciéndome las muñecas, pero solo se clavan más en mi piel. Noto sangre tibia resbalando por mis manos.

Entonces oigo voces tras la puerta. Los hombres discuten sobre algo, su ruso rápido y acalorado.

Aprieto la oreja contra la madera, esforzándome por escuchar.

—Deberíamos hacerlo ahora —dice una voz—. Terminar de una vez. ¿Para qué esperar órdenes?

—Porque Kozlov quiere decidir —responde otro—. Es valiosa. Podemos usarla para atraer a Morozov, que venga a nosotros en nuestros términos.

—O la matamos y le enviamos trozos. Que reciba el mensaje de que nadie se cruza con la familia Kozlov.

Mi sangre se hiela. Están debatiendo mi muerte como si fuera una transacción comercial. Como si no fuera más que un problema por resolver.

—Si la matamos sin permiso, Kozlov nos cortará la cabeza —arguye una tercera voz—. Ya sabes cómo es con los protocolos.

—¿Protocolos? —la primera voz ríe con amargura—. Estamos hablando de la mujer de Dimitri Morozov. El hombre que lleva años

siendo una espina en nuestro costado. Es nuestra oportunidad de herirlo donde más le duele. Demostrarle que no es intocable.

—Propongo llamar a Kozlov ahora. Que decida. Si dice matarla, lo hacemos. Si dice mantenerla con vida, la usamos como cebo. En cualquier caso, Morozov pierde.

Hay una pausa, luego asentimiento. Oigo pasos alejándose, supongo que para hacer la llamada.

Me deslizo por la puerta hasta quedar sentada en el suelo, todo mi cuerpo temblando. Van a matarme. Quizá no ahora mismo, quizá no en la próxima hora, pero al final. Ya sea usándome primero como cebo o ejecutándome inmediatamente, el resultado será el mismo.

Voy a morir en esta cabaña del bosque y nadie sabrá jamás qué me ocurrió.

No. No puedo pensar así. Dimitri viene. Tiene que venir. Pulsé el botón del pánico. Sabe que estoy en peligro. Me encontrará.

Pero ¿y si no lo hace? ¿Y si llega demasiado tarde?

Las voces exteriores se elevan, más animadas. Vuelvo a apretar la oreja contra la puerta, desesperada por oír qué deciden.

—Kozlov dice que esperemos —anuncia uno—. Envía a alguien para evaluar la situación. Quiere ver si Morozov pica el anzuelo.

—¿Y si no lo hace?

Una larga pausa precede a una respuesta que me hace parar el corazón.

—Entonces la matamos y tiramos el cuerpo donde lo encuentre. Que reciba un mensaje que no olvidará.

14

DIMITRI

Estoy arrodillado junto a Alexei en el suelo de mármol embadurnado de sangre del vestíbulo de los Popov, mis manos ya revisando sus heridas. Su pecho sube y baja con respiraciones superficiales, y un alivio tan intenso me inunda que resulta casi doloroso. Está vivo.

—Alexei —le agarro del hombro, evitando con cuidado la herida de bala—. ¿Me oyes?

Sus ojos se abren lentamente, desenfocados al principio, para luego agudizarse al encontrar mi rostro. Intenta incorporarse y le ayudo, soportando su peso mientras gime.

—Dimitri —su voz es áspera, forzada—. Se la han llevado. Intenté detenerles, pero eran demasiados.

—Lo sé —mantengo el tono calmado, controlado, aunque la rabia me quema las venas como ácido—. Cuéntame qué ha pasado.

Alexei se toca la sien donde la sangre le ha enmarañado el pelo.

—Los hombres de Viktor. Aparecieron de la nada. Estaba vigilando la entrada cuando me golpearon por detrás. Al volver en mí, la

arrastraban a Alina por la parte trasera. Estaba inconsciente. Creo que Viktor la drogó.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que oigo rechinar mis dientes.

—¿Viste adónde se la llevaron? —pregunto, aunque ya me preparo para lo peor. Si Alexei no lo sabe, tendremos que rastrearlos, y cada minuto que pasa es otro minuto en que Alina está en peligro.

—Les oí hablar —la mirada de Alexei se encuentra con la mía y veo la culpa reflejada. Se culpa por esto—. Antes de perder de nuevo el conocimiento. Dijeron algo sobre una cabaña. Una vieja cabaña de caza en el bosque, al norte de la ciudad. Cerca del río.

La esperanza me inunda. No es mucho, pero es algo. Una dirección. Un lugar por donde empezar.

—¿Cuántos hombres?

—Al menos seis, los que vi. Podría haber más —intenta levantarse y le ayudo a ponerse en pie. La sangre empapa su camisa por la herida en el hombro y se tambalea ligeramente—. Voy contigo.

—No —niego con firmeza—. Tú vas al médico. Esa herida necesita atención.

—Dimitri…

—Es una orden, Alexei —suavizo ligeramente el tono—. Te necesito vivo y funcional. Que te curen, luego coordina desde la finca. Necesitaré refuerzos si esto sale mal.

Quiere discutirlo. Lo veo en su cara. Pero lleva conmigo tiempo suficiente para saber cuándo no voy a cambiar de opinión. Asiente con renuencia.

Me giro hacia Borge, que está cerca con otros tres soldados.

—Lleva a Alexei a casa de Doc. Nada de hospitales.

Borge asiente y se acerca para apoyar a Alexei. Mientras se dirigen hacia la puerta, saco el móvil y empiezo a hacer llamadas. Necesito hombres. Armas. Vehículos. Y los necesitaba hace cinco minutos.

Mi primera llamada es para Mikhail, uno de mis mejores rastreadores.

—Necesito que encuentres una cabaña de caza vieja al norte de la ciudad, cerca del río. La están usando soldados de Kozlov. Quiero las coordenadas en los próximos diez minutos.

—Estoy en ello, Pakhan.

La siguiente llamada es para Yuri, mi especialista en armas.

—Reúneme en la finca. Tráelo todo. Vamos a la guerra.

Mientras salgo a zancadas de la casa de los Popov hacia mi todoterreno esperando, la mente me trabaja a toda velocidad. La cabaña podría estar en cualquier sitio en un radio de cincuenta millas. Los bosques al norte de la ciudad son densos, llenos de viejos pabellones de caza y estructuras abandonadas. Pero Mikhail es bueno en lo suyo. Si alguien puede precisar la ubicación, es él.

Me deslizo en el asiento del conductor y agarro el volante, obligándome a respirar. A pensar con claridad.

Miedo, crudo y visceral, como no sentía desde que era un joven luchando por sobrevivir en las calles. Miedo a llegar demasiado tarde. A que le hagan daño. A encontrar su cuerpo en lugar de a ella viva y luchando.

Y algo más. Algo más profundo y complicado que no quiero nombrar.

Conozco a Alina desde hace menos de una semana. Cinco días desde que la rescaté de esa iglesia en llamas. Cinco días desde que se convirtió en mi responsabilidad, mi problema, mi… ¿qué? No tengo palabras para lo que ella es para mí.

Se suponía que era un instrumento de presión, un peón en el juego entre familias. Una forma de salvar la alianza que la muerte de Sergei destruyó.

Pero en algún momento entre la iglesia y ahora, entre que me apuntó con una pistola y se enfrentó a su padre, entre el sabor de sus labios y el fuego en sus ojos verdes, se convirtió en algo más.

Se convirtió en mía.

No como la poseía Viktor, como una propiedad para comerciar. No como la habría poseído Sergei, como un trofeo para exhibir. Mía de una manera que me oprime el pecho y me hace temblar las manos. Mía de una manera que me dan ganas de incendiar toda la ciudad para recuperarla.

He construido un imperio sobre sangre y miedo. He hecho cosas que enfermarían a la mayoría de la gente. Pero nunca he sentido esta clase de desesperación, esta clase de necesidad.

Mi teléfono vibra. Es Mikhail.

—Tengo tres ubicaciones posibles —dice sin preámbulos—. Te envío las coordenadas ahora. La más probable es un antiguo pabellón de caza familiar. Lleva años abandonado, pero las imágenes de satélite muestran actividad reciente. Vehículos. Gente.

—Es eso —lo siento en mis huesos—. Envía las coordenadas a todos. Nos movemos en diez minutos.

Cuelgo y piso el acelerador a fondo. El todoterreno arranca y me abro paso entre el tráfico con una velocidad temeraria que normalmente me habría parado la policía. Pero me da igual. Que la policía intente detenerme. Pasaré por encima de ellos si es necesario.

De vuelta en la finca, me recibe un caos organizado. Mis hombres ya se están reuniendo en el patio, revisando armas, cargando

vehículos. Yuri ha desplegado un arsenal sobre una mesa cerca del garaje. Fusiles de asalto, pistolas, equipo táctico, chalecos antibalas.

Me abro paso entre ellos rápidamente, dando órdenes, coordinando el asalto. Cogeremos tres vehículos. Yo dirigiré al primer equipo directamente a la cabaña. El segundo equipo dará un rodeo para cortar cualquier ruta de escape. El tercero se quedará atrás como refuerzo por si necesitamos apoyo.

Mientras me pongo el chaleco antibalas, veo mi reflejo en una de las ventanas tintadas del todoterreno. Mi rostro es duro, frío, el rostro del despiadado Pakhan que todos temen. Pero mis ojos cuentan una historia distinta. Hay algo salvaje en ellos. Algo desesperado.

Recuerdo la última vez que vi a Alina. De pie en el vestíbulo, desgarrada entre dos mundos. Había elegido irse con Viktor, para ver a su familia, aunque pude ver la duda en sus ojos. Aunque sabía que era peligroso.

Debería haberla detenido. Debería haberla encerrado en aquel dormitorio y haberme negado a dejarla marcharse. Debería haber hecho caso a mis instintos de que Viktor estaba tramando algo.

Pero le di una elección. Le permití tomar su propia decisión. Y ahora está pagando por mi error.

—Dimitri —Yuri se acerca, tendiéndome un fusil—. ¿Estás listo?

Cojo el arma, compruebo el cargador, pruebo el peso. —Vamos.

El trayecto hasta la cabaña dura cuarenta minutos que se me hacen cuarenta horas. Conduzco el todoterreno tan rápido como puedo por las sinuosas carreteras forestales, con los nudillos blancos por apretar el volante. Detrás de mí, me siguen dos vehículos más, llenos de mis mejores soldados.

Las coordenadas nos llevan hasta lo profundo del bosque, lejos de ninguna carretera principal ni civilización. Este es el tipo de lugar en

el que la gente desaparece. Donde se entierran cadáveres y nunca se encuentran.

No permitiré que eso le pase a Alina.

Al acercarnos, reduzco la velocidad y apago los faros. No podemos anunciar nuestra llegada. El factor sorpresa es la única ventaja que tenemos.

A través de los árboles que tengo delante, veo un resplandor tenue. Luces. La cabaña.

Me salgo de la carretera hacia un pequeño claro y apago el motor. Los demás vehículos hacen lo mismo. Mis hombres salen en silencio, con las armas preparadas, moviéndose con la eficiencia practicada de soldados que han hecho esto cien veces antes.

Los reúno a mi alrededor, hablando en ruso en voz baja. —No sabemos cuántos hostiles hay dentro. Calculad al menos seis, quizá más. Nuestra prioridad es sacar a Alina con vida. Todo lo demás es secundario. ¿Entendido?

Todos asienten.

—Yuri, lleva a tu equipo por la parte trasera. Cortad cualquier ruta de escape. Borge, colocad a vuestros hombres en los árboles. Cobertura de francotiradores. Yo tomaré el frente con mi equipo. Entraremos rápido y con fuerza. Sin piedad para quien se interponga entre nosotros y Alina.

Más asentimientos. Mis hombres se dispersan en la oscuridad, moviéndose como sombras entre los árboles.

Guío a mi equipo hacia adelante, agachándonos, usando el bosque como cobertura. Al acercarnos, puedo distinguir más detalles. La cabaña es antigua, la madera está envejecida y gris. Hay dos vehículos aparcados delante. Una tenue luz se filtra por las ventanas.

Y allí, de guardia cerca de la puerta principal, hay dos hombres. Soldados de Kozlov, por los tatuajes visibles en sus cuellos.

Aprieto el fusil con fuerza. Estos hombres se llevaron a Alina. Estos hombres la tienen prisionera. Estos hombres están a punto de morir.

Les hago una señal a mi equipo para que mantengan la posición y saco el teléfono, enviando un mensaje rápido a Yuri y a Borge. Todos deben estar en posición antes de avanzar.

Las respuestas llegan rápido. *Ready*. *Ready*.

Respiro hondo, forzando a mi corazón acelerado a reducir su ritmo. Esto es lo que hago. Esto es lo que se me da bien. Violencia. Estrategia. Supervivencia.

Pero esta vez es diferente. Esta vez es personal.

Pienso en la cara de Alina cuando la besé. En cómo respondió a pesar de su miedo, a pesar de todo. En cómo me miró en el vestíbulo de la casa de su padre, eligiendo confiar en mí incluso cuando tenía todas las razones para no hacerlo.

Pienso en el colgante que llevaba al cuello, en el botón del pánico que pulsó. Me llamó. Confió en que vendría.

Y lo haré. Haré pedazos a cualquiera que se interponga entre nosotros.

15

ALINA

Las palabras resuenan en mi cabeza, rebotando en mi cráneo como balas que ricochan en la piedra. *Mátala y deja el cuerpo donde él lo encuentre.*

Aprieto la espalda contra la puerta, con las muñecas atadas palpitando donde las bridas han cortado mi piel. La sangre resbala por mis dedos, tibia y pegajosa, pero apenas lo noto. Solo puedo sentir la certeza fría que se asienta en mis huesos.

Van a matarme.

No quizá. No tal vez. Van a matarme, y la única pregunta es cuándo.

Me deslizo hasta quedar sentada en el suelo sucio, con las rodillas pegadas al pecho. La oscuridad de la habitación sin ventanas oprime por todos lados, asfixiante y absoluta. No veo mis manos delante de la cara. No veo nada excepto las imágenes que se reproducen tras mis párpados cerrados.

El rostro de Dimitri cuando me besó. El fuego en sus ojos verdes. Cómo me tocaba con sus manos, posesivo y tierno a la vez.

El rostro de mi padre en su despacho. La fría calculación al darse cuenta de que había encontrado los documentos. Cómo su máscara cayó por completo, revelando al monstruo que había debajo.

El rostro de Katya al abrazarme. Mi hermana pequeña, tan aliviada de que estuviera viva. ¿Sabrá lo que hizo nuestro padre? ¿Sabrá que me drogó y me entregó a sus enemigos?

Toco el colgante de mi cuello con las manos atadas, sintiendo el metal liso. ¿Habrá llegado la señal? ¿Vendrá Dimitri? ¿O estoy sola en esta pesadilla, esperando morir en una cabaña en el bosque donde nadie me encontrará jamás?

La parte racional de mi cerebro, la que intenta desesperadamente mantenerse tranquila, me dice que si Dimitri recibió la señal, se habría movilizado de inmediato. Estaría buscándome ahora mismo. Pero ¿cómo sabría dónde buscar? Los bosques al norte de la ciudad son inmensos, llenos de cabañas abandonadas y pabellones de caza. Podría estar en cualquier parte.

Y aunque encontrara este lugar, aunque de algún modo me localizara aquí, estaría cayendo en una trampa. Los soldados de los Kozlov le esperan. Quieren que venga. Quieren usarme como cebo para atraerle y matarle.

La idea de que Dimitri muera por mí, por intentar salvarme, me oprime el pecho con algo que se siente como duelo.

Apenas le conozco. Solo días. Eso es todo lo que hemos tenido. Días de miedo, rabia, confusión y pasión. Días en los que él era el monstruo del que todos me advirtieron y también el hombre que me salvó la vida. Que me dio opciones cuando nadie más lo hacía. Que me besó como si fuera algo precioso.

Unos pocos días no deberían bastar para que me importe tanto. No deberían bastar para que la idea de su muerte se sienta como la mía propia.

Pero lo hace.

Pienso en mi padre, en los documentos que encontré en su despacho. La prueba de su traición. Me vendió a Sergei sabiendo que Sergei moriría en la boda. Sabiendo que yo también podía morir. Todo por poder. Todo por un trozo más grande del imperio Bratva.

Mi propio padre estuvo dispuesto a sacrificarme.

La traición corta más profundo que cualquier herida física. He pasado toda mi vida intentando ser la hija que él quería. Obediente. Callada. Bella. Útil. Y al final, no fui más que otro activo para comerciar o descartar según conviniera.

Dimitri tenía razón. Mi padre no es el hombre que yo creía.

El tiempo pasa en la oscuridad. No sé cuánto. Podrían ser minutos u horas. Me duele el cuerpo de estar sentada en el suelo duro, la cabeza aún me late por la droga que usó mi padre, y me arden las muñecas donde las bridas cortan la carne.

Pero me obligo a permanecer alerta. A escuchar. A pensar.

Si van a matarme, no se lo pondré fácil. Pelearé. Gritaré. Haré lo que sea necesario para sobrevivir, aunque la supervivencia parezca imposible.

Las voces tras la puerta han enmudecido. Aprieto el oído contra la madera, esforzándome por oír algo. Pasos. Conversación. Alguna señal de lo que ocurre.

Nada.

El silencio es casi peor que las amenazas. Al menos cuando hablaban, sabía dónde estaban. Qué planeaban. Ahora estoy ciega y sorda, atrapada en esta habitación minúscula con solo mi miedo como compañía.

Entonces lo oigo. Un sonido tan leve que casi lo paso por alto. Un crujido, como una rama rompiéndose. Luego otro. Y otro.

Hay alguien fuera. Avanzando por el bosque hacia la cabaña.

Mi corazón empieza a acelerarse. ¿Será Dimitri? ¿O son más soldados de los Kozlov, viniendo a decidir mi destino?

Los sonidos se acercan. Ahora oigo voces, bajas y urgentes, hablando en ruso. Pero no distingo las palabras a través de las paredes.

Entonces estalla el tiroteo.

El sonido es ensordecedor incluso a través de las paredes. Armas automáticas, el estacato rápido de balas desgarrándose la noche. Hombres gritando. Cristales rompiéndose.

Me pongo de pie de un salto, mis manos atadas dificultan el equilibrio. El corazón me late tan fuerte que lo siento en la garganta. ¿Qué está pasando? ¿Es Dimitri? ¿Está aquí?

La puerta de mi prisión se abre de golpe y la luz inunda el espacio, cegándome tras tanto tiempo en la oscuridad. Parpadeo rápidamente, intentando adaptarme, y veo al hombre con la cicatriz de pie en el umbral. Su rostro está contraído por la rabia y el miedo.

—¡Ven aquí! —gruñe, agarrándome del brazo y tirando de mí hacia adelante.

Tropiezo, con las piernas débiles y descoordinadas. Me arrastra fuera de la diminuta habitación hacia la zona principal de la cabaña. Los otros soldados de Kozlov están apostados en las ventanas, armas en mano, disparando hacia la oscuridad exterior.

—¿Qué está pasando? —pregunto, aunque creo que ya lo sé.

El hombre con la cicatriz me empuja hacia una de las ventanas, su agarre dejándome moratones en el brazo. —Tu novio está aquí. Morozov y sus hombres. Te han encontrado.

Un alivio tan intenso me inunda que las rodillas me flaquean. Dimitri ha venido. Recibió mi señal. Me encontró.

—Ahora puedes verlo morir —dice el hombre cicatrizado, con voz cruel. Me obliga a mirar por la ventana.

Y allí, emergiendo del límite del bosque como algo salido de una pesadilla, está Dimitri.

Viste completamente de negro, con un chaleco antibalas sobre el pecho y un rifle en las manos. Su rostro es duro, frío, absolutamente despiadado. Tras él, distingo más hombres, al menos una docena, todos armados, moviéndose con precisión militar.

Parece la muerte en persona. Como un ángel vengador dispuesto a arrasar a quien se interponga en su camino.

Y ha venido por mí.

Los disparos se intensifican. Los soldados de Kozlov disparan desde las ventanas, intentando mantener su posición. Pero los hombres de Dimitri están mejor entrenados y equipados. Observo cómo disparos precisos y controlados eliminan uno a uno a los guardias del perímetro. Cuerpos caen en la oscuridad.

Entonces la puerta principal estalla hacia dentro.

El sonido es ensordecedor. La madera se astilla, los goznes saltan y el humo inunda la cabaña. A través del humo, como algo salido de un sueño febril, aparece Dimitri.

Sus ojos verdes escanean la habitación, registrando todo en una fracción de segundo. Los soldados de Kozlov. Las armas. Y yo, de pie junto a la ventana con la mano del hombre cicatrizado aún agarrando mi brazo.

Nuestras miradas se encuentran en medio del caos, y algo pasa entre nosotros. Reconocimiento. Alivio. Y algo más. Algo feroz y posesivo que me corta la respiración.

—Suéltela —dice Dimitri, su voz cortando el estruendo. Habla en ruso, su tono completamente sereno pese a la violencia que estalla a nuestro alrededor.

El hombre cicatrizado suelta una risotada áspera. —¿O qué? ¿Nos matarás a todos? Ya somos hombres muertos, Morozov. Te encargaste de eso al venir aquí.

—Entonces muera con algo de dignidad. Suelte a la chica.

Más hombres de Dimitri entran por la puerta, flanqueándole. Se mueven como un mecanismo bien engrasado, ocupando posiciones, cubriendo ángulos. Los soldados de Kozlov están superados en número y en armamento, y lo saben.

Pero las bestias acorraladas son las más peligrosas.

El tiroteo que estalla es brutal y breve. Los disparos llenan la pequeña cabaña, ensordecedores en el espacio cerrado. Veo caer a uno de los soldados de Kozlov, luego a otro. La sangre salpica las paredes. Los olores a pólvora y cobre saturan el aire.

El hombre cicatrizado suelta mi brazo y levanta su arma, apuntando a Dimitri. No pienso. Solo reacciono. Me abalanzo sobre él, con las manos atadas golpeando su brazo para desviarlo.

El arma dispara, la bala se pierde, y el hombre cicatrizado se vuelve hacia mí con furia en los ojos. Su puño impacta en mi cara y el dolor estalla en mi mejilla. Caigo, golpeando el suelo con fuerza.

A través del zumbido en mis oídos, oigo rugir a Dimitri. Es un sonido de rabia pura, primitivo y aterrador. Entonces el hombre cicatrizado cae, con una mancha roja extendiéndose en su pecho.

Intento levantarme, pero la visión se me nubla. Unas manos fuertes me agarran, y por un momento entro en pánico, pensando que es otro soldado de Kozlov. Pero entonces huelo aquella colonia familiar, siento aquel calor conocido.

—Alina —la voz de Dimitri, ronca por la emoción—. Te tengo. Estás a salvo.

Corta las bridas plásticas de mis muñecas, sus movimientos rápidos y eficientes pese al caos que aún nos rodea. El plástico cae y la

sangre vuelve a mis manos, provocando un hormigueo doloroso.

—¿Puedes ponerte de pie? —pregunta.

Asiento, aunque no estoy segura de ser capaz. Me ayuda a levantarme, con un brazo alrededor de mi cintura, soportando mi peso. Sus hombres aún combaten, eliminando amenazas en la cabaña.

Casi hemos llegado a la puerta. Casi libres. Casi a salvo.

Entonces lo siento. El frío contacto del metal en mi sien. Un arma.

Dimitri se queda inmóvil, su cuerpo tensándose. Sus ojos se clavan en algo tras de mí, y veo asesinato en su mirada.

Uno de los soldados de Kozlov, al que no había visto antes, me rodea el cuello con el brazo, cortándome el aire. —Sueltan las armas, o pinto las paredes con sus sesos.

Retrocede, arrastrándome con él. Lejos de Dimitri. Lejos de la seguridad. Hacia una salida trasera que no había notado antes.

Los hombres de Dimitri nos apuntan con sus armas, pero no pueden disparar. No sin alcanzarme a mí. El soldado me usa como escudo humano, y lo sabe.

—No saldrá vivo de aquí —dice Dimitri, con voz mortalmente calmada.

—Quizá no —acepta el soldado—. Pero ella tampoco. A menos que me deje salir.

Estamos ya en la puerta trasera. Siento el aire nocturno en el rostro cuando él la abre de una patada. Un paso más y estaremos fuera, en la oscuridad, y Dimitri me perderá de nuevo.

Miro a Dimitri a los ojos a través de la cabaña. Veo los cálculos en su mirada, la fría evaluación de ángulos y probabilidades. Lo veo sopesar mi vida contra el riesgo de dejar escapar a este hombre.

Y veo algo más. Algo que parece miedo.

El arma presiona con más fuerza contra mi sien, y el soldado da otro paso hacia atrás, arrastrándome con él hacia la noche.

16

DIMITRI

El tiempo se quiebra en fragmentos cristalinos de consciencia. El brazo del soldado Kozlov rodeando la garganta de Alina. El cañón del arma presionando su sien, metal frío rozando la piel pálida. Sus ojos verdes abiertos por el terror, encontrando los míos a través del interior ahumado de la cabaña.

Algo primitivo se desgarra en mi pecho, arrancando décadas de control meticuloso. He matado hombres antes. Pero esto es diferente.

Esta es Alina.

Mi esposa. La mujer que se enfrentó a su padre, que pulsó el botón de pánico que le di, que confió en que iría a por ella.

La mujer a la que amo.

La comprensión me golpea con la fuerza de una bala, y debo tensar las rodillas para evitar tambalearme. Amor. Esa debilidad que juré no permitirme nunca. Esa vulnerabilidad que mata a los hombres en mi mundo.

No puedo estar realmente enamorado, ¿verdad? ¿Esto es lo que se siente?

Pero al mirarla ahora, al ver el miedo en sus ojos y cómo sus manos agarran el brazo del soldado, intentando crear espacio entre el arma y su cabeza, conozco la verdad. Quemaría toda la ciudad por ella. Sacrificaría todo lo que he construido, a todos los que comando, cada principio que he sostenido.

Moriría por ella.

Pero no tendré que hacerlo. Porque voy a matar a este hombre primero.

—No disparen —digo en ruso, y mi voz resuena en la cabaña. Mis hombres se inmovilizan, armas aún apuntando al soldado.

Los ojos del soldado saltan entre mis hombres y yo, calculando sus probabilidades. Es joven, quizá veinticinco años, con esa clase de desesperación que vuelve peligrosos a los hombres. Su mano tiembla ligeramente donde agarra el arma, y veo una gota de sudor rodar por su sien pese al frío.

—¡Atrás! —grita, con voz quebrada—. ¡Atrás o la mato!

Alzo lentamente las manos, mostrándole que estoy desarmado. Es mentira, por supuesto. Tengo una Glock en la cadera, un cuchillo en la bota, otra navaja en la espalda. Pero aún no necesita saberlo.

—Tranquilícese —digo, dando un paso adelante. Mis botas crujen sobre cristales rotos y vainas de bala gastadas—. Nadie tiene por qué morir aquí.

—Está mintiendo. —Presiona el arma con más fuerza contra la sien de Alina, y la veo estremecerse. Una rabia roja inunda mi visión, pero la contengo. La emoción te vuelve descuidado—. Me matarán en cuanto la suelte.

—Tal vez. —Doy otro paso, mis movimientos lentos y deliberados—. Pero si le hace daño, está definitivamente muerto. Así que hablemos

de sus opciones.

Los ojos de Alina encuentran los míos, y veo la pregunta allí. *Confía en mí*, intento decirle en silencio. Solo confía un poco más.

—No tengo opciones —dice el soldado, pero su voz tiembla—. Es Dimitri Morozov. Usted no pacta.

—Pacto constantemente. —Otro paso. Estoy a diez pies ahora, lo bastante cerca para ver las gotas de sudor individuales en su frente, cómo su dedo vibra en el gatillo—. Así es como he sobrevivido tanto tiempo. Esta es mi oferta: suelte a la chica y podrá salir de aquí caminando. Le daré incluso ventaja.

Se ríe, un sonido áspero sin ningún rastro de humor. —¿Cree que soy estúpido? En cuanto la suelte, sus hombres me acribillarán.

—Probablemente —admito, y sus ojos se abren por mi honestidad—. Pero morirá de todas formas. La cuestión es si se la lleva consigo.

Veo el cálculo en su rostro, la esperanza desesperada luchando contra la certeza de su muerte. Pertenece a la familia Kozlov, lo que significa que conoce las historias sobre mí. Sabe de lo que soy capaz.

Llega el momento de recordárselo.

—Se llama Pyotr Volkov —digo, con voz que se vuelve fría y conversacional—. Tiene veintiséis años. Tiene una madre, Svetlana, que vive en un piso de la Cuarta Avenida. Tercera planta, puerta azul. Tiene un gato llamado Misha.

El color abandona su rostro. —¿Cómo...?

—Su hermana, Irina, trabaja en una panadería de la calle Sadovaya. Tiene un novio, Anton, que quiere casarse con ella pero aún no puede pagarse un anillo. —Doy otro paso, y ni siquiera lo nota. Está demasiado concentrado en mis palabras, en lo que implica lo que sé —. Su prima acaba de tener un bebé. Una niña pequeña. La llamaron Anastasia.

—Basta. —Su voz apenas es un susurro.

—Su madre tiene una afección cardíaca. Toma medicación cada mañana, las pastillas en el bote blanco de su encimera. —Estoy tan cerca que puedo ver los pelos individuales de su barba, las motas doradas en sus ojos marrones—. Se preocupa por usted. La llama cada domingo para asegurarse de que come suficiente.

—Por favor. —Lágrimas corren por su rostro ahora, mezclándose con el sudor—. No, por favor.

—Si lastima a Alina —continúo, sin elevar jamás mi voz por encima de ese tono calmado y conversacional—, encontraré a su madre. Encontraré a su hermana. Encontraré a cada persona que haya amado, a todo aquel que haya importado, y les haré sufrir de formas que ni imagina. Me aseguraré de que dure. De que sepan que es por usted, por esta decisión que toma ahora mismo.

La pistola vacila, apartándose ligeramente de la sien de Alina. No mucho, apenas una fracción de pulgada, pero es suficiente.

—Prenderé fuego a esa panadería con tu hermana dentro —digo, cada palabra precisa y medida—. Haré que tu madre lo vea. Encontraré a esa bebé, a esa niña inocente llamada Anastasia, y me aseguraré de que crezca sabiendo que su familia murió porque su primo fue demasiado estúpido para aceptar el trato que le ofrecí.

—Lo siento —solloza—. Lo siento, no quería hacer esto, me obligaron, Kozlov dijo…

—No me importa lo que dijera Kozlov —estoy a metro y medio ahora —. Kozlov está muerto. Toda su familia está muerta o dispersa. Estás solo, Pyotr. No tienes respaldo, ni apoyo, ni salida. Pero aún tienes elección.

Su mano tiembla tanto ahora que la pistola apenas se mantiene firme. Los ojos de Alina están clavados en los míos, y veo la confianza allí. Sabe lo que estoy haciendo. Sabe que voy a salvarla.

Pero también parece enferma por las amenazas que he hecho y puedo ver la pregunta en su mirada, preguntándose si las cumpliría.

—Déjala ir —digo suavemente—. Déjala ir y lo haré rápido. No sentirás nada. Tu familia nunca sabrá lo que pasó aquí. Pensarán que moriste en el tiroteo, un soldado cumpliendo con su deber. Tu madre te llorará, pero estará orgullosa. Tu hermana llamará a su primer hijo como tú.

—¿Lo prometes? —Su voz es la de un niño, desesperado y asustado.

—Lo prometo.

Es mentira, por supuesto. Voy a matarlo igual. Pero la mentira es amable, y la amabilidad a veces es el arma más cruel.

Su agarre sobre Alina se afloja. La pistola baja otra pulgada. Y en ese momento de vacilación, ese instante en que su guardia baja y su atención se divide, me muevo.

Mi mano va hacia la Glock en mi cadera, desenfundando y disparando en un movimiento fluido. El disparo es perfecto, perfeccionado por décadas de práctica y cientos de muertes. La bala entra por su ojo derecho, el que no está bloqueado por la cabeza de Alina, y sale por la parte posterior del cráneo en un chorro de sangre y materia cerebral.

Está muerto antes de tocar el suelo.

Alina tropieza hacia adelante, y la atrapo, guardando mi arma y atrayéndola contra mi pecho. Está cubierta de sangre, la sangre de Pyotr, tibia y pegajosa contra su piel. Tiembla, todo su cuerpo temblando como una hoja en una tormenta.

—Te tengo —murmuro en ruso, mis manos recorren su cuerpo en busca de heridas—. Estás a salvo. Te tengo.

Ella emite un sonido entre sollozo y risa, y entierra su cara en mi pecho. Puedo sentir sus lágrimas empapando mi camisa, sentir el martilleo rápido de su corazón contra el mío.

—Aseguren la zona —le ordeno a mis hombres—. Busquen supervivientes. Quiero un barrido completo del perímetro.

Se mueven inmediatamente, soldados bien entrenados que saben que es mejor no cuestionar órdenes. Borge se acerca, con el rostro sombrío.

—¿Alexei? —pregunto.

—Vivo. Consciente. El médico está con él ahora —Borge mira a Alina y luego a mí—. El resto de los soldados de Kozlov están muertos o han huido. Encontramos pruebas de que Viktor Popov estuvo aquí antes, pero se ha ido. Debió de ser antes de que se llevaran a Alina, sin embargo. Quizá para preparar las cosas con antelación.

Aprieto la mandíbula. Viktor. El hombre que traicionó a su propia hija, que la drogó y la entregó a sus enemigos. El hombre responsable de todo esto.

—Encuéntrenlo —digo con voz fría—. Quiero saber adónde fue, con quién está, qué planea. Usen todos los recursos que tenemos.

—Ya estamos en ello, Pakhan.

Levanto a Alina en brazos, acunándola contra mi pecho, y la llevo fuera de la cabaña hacia el aire frío de la noche. El claro está sembrado de cuerpos, soldados de Kozlov que cometieron el error de interponerse entre yo y lo que es mío. Mis hombres se mueven con eficiencia, revisando cadáveres, asegurando armas, borrando pruebas.

El todoterreno espera, con el motor en marcha, la puerta trasera abierta. Me deslizo en el asiento con Alina aún en mis brazos, sin querer soltarla ni un segundo. Ella se acurruca contra mí, con la cara presionada contra mi cuello, y siento la humedad de sus lágrimas en mi piel.

—Se acabó —le digo, acariciándole el pelo—. Estás a salvo ahora.

El conductor arranca alejándose de la cabaña, y observo por la ventanilla trasera cómo la estructura desaparece en la oscuridad. Detrás, mis hombres ya trabajan para limpiar la escena, para que parezca que los soldados de Kozlov simplemente se desvanecieron.

Conducimos en silencio varios minutos, los únicos sonidos el zumbido del motor y la respiración entrecortada de Alina. La sostengo cerca, una mano acariciándole la espalda en círculos tranquilizadores, la otra acunando su cabeza contra mi hombro.

Entonces habla, con una voz débil y quebrada que me hace doler el pecho.

—¿Qué vas a hacerle a mi padre?

La pregunta flota en el aire entre nosotros, cargada de implicaciones. Mi silencio se alarga, llenando el todoterreno de una tensión casi palpable. Alina se aparta ligeramente, mirándome con esos ojos verdes que ven demasiado. Me pide que le diga que seré clemente, que dejaré vivir a Viktor, que encontraré alguna forma de resolver esto sin más derramamiento de sangre.

Pero no puedo mentirle. No sobre esto.

Así que no digo nada, y en ese silencio, ella encuentra su respuesta.

La expresión que cruza su rostro, la comprensión y el miedo y la resignación, me dice que sabe exactamente lo que le voy a hacer a Viktor Popov.

Y que mi clemencia murió en el momento en que él puso sus manos sobre ella.

17

ALINA

La finca se siente diferente cuando llegamos. Más fría de algún modo, a pesar de las cálidas luces que se derraman desde cada ventana. O quizás solo soy yo. Quizás yo soy la que ha cambiado, la que ha sido alterada fundamentalmente por lo que ocurrió en aquella cabaña.

Dimitri me lleva dentro a pesar de mis protestas de que puedo caminar. Sus brazos son sólidos alrededor de mí, inflexibles, y no tengo energía para luchar contra él. Dejo que mi cabeza descanse sobre su hombro, inhalando los aromas a pólvora y colonia que se le adhieren.

Hombres con trajes oscuros llenan el vestíbulo, sus rostros sombríos mientras nos ven pasar. Reconozco a algunos de antes, soldados que estaban en la iglesia, que han estado custodiando esta finca. Asienten respetuosamente a Dimitri, pero sus ojos se detienen en mí con algo que podría ser preocupación o curiosidad.

—El médico está esperando en el ala este —dice alguien.

Dimitri no responde, solo me sube por la gran escalera. Mi cuerpo se siente pesado, desconectado, como si estuviera viendo todo esto pasarle a otra persona. La adrenalina que me mantuvo alerta en la

cabaña se ha agotado, dejando solo agotamiento y un entumecimiento profundo hasta los huesos.

Me deposita suavemente sobre una camilla de cuero en lo que parece una sala médica privada. La habitación es estéril y blanca, llena de equipamiento que no desentonaría en un hospital. Claro que Dimitri tiene su propia instalación médica. Los hombres de su mundo no pueden presentarse en urgencias con heridas de bala.

El médico es un hombre mayor con ojos amables y manos firmes. Me habla en inglés con acento, su voz tranquilizadora mientras revisa mis constantes vitales, examina los cortes en mis muñecas donde las bridas mordieron la carne y me ilumina los ojos para comprobar si hay conmoción.

—Tiene mucha suerte —dice, aplicándome antiséptico en las muñecas. El escozor apenas se nota—. Sin heridas graves. Algunos hematomas, laceraciones menores. La herida en la cabeza de la furgoneta, donde la arrojaron dentro, sanará sola.

Suerte. La palabra me resulta absurda. Mi propio padre me drogó, luego organizó mi secuestro y entrega a hombres que planeaban matarme. Vi a Dimitri disparar a un hombre en la cabeza desde cinco pies de distancia, la sangre del hombre salpicándome por todas partes.

Pero estoy viva. Así que quizá eso cuente como suerte.

Dimitri permanece apoyado contra la pared, los brazos cruzados, observando cada movimiento del médico. Su rostro es duro, inexpresivo, pero puedo ver la tensión en sus hombros, cómo aprieta la mandíbula cuando el médico toca el hematoma en mi mejilla donde me golpeó el hombre cicatrizado.

—Necesita descanso —dice el médico, guardando sus suministros—. Y líquidos. El cloroformo puede causar deshidratación. Le dejaré analgésicos, pero debe evitar cualquier cosa demasiado fuerte en las próximas veinticuatro horas.

—Gracias, doctor —dice Dimitri con voz plana.

El médico asiente y se va, cerrando la puerta suavemente tras de sí. El silencio que sigue es denso y pesado.

Miro mis manos, las vendas blancas enrolladas alrededor de mis muñecas. Parecen pulseras, delicadas y decorativas, ocultando las heridas crudas debajo.

La traición de mi padre debería doler más, debería hacerme llorar o gritar o derrumbarme. Pero solo me siento vacía, desollada, como si alguien hubiera extraído todo mi interior dejando solo una cáscara.

—Alina —la voz de Dimitri me arranca de mis pensamientos. Se ha acercado, ahora está frente a mí—. Mírame.

Obligo a mis ojos a encontrarse con los suyos, esos ojos verdes que me han perseguido desde la iglesia, que me han visto en mi más débil y mi más fuerte. Ahora mismo, están llenos de algo que no puedo nombrar. Preocupación, quizás. O culpa.

—Necesito ocuparme de algunas cosas —dice—. Pero quiero que te duches, que te limpies. Hay ropa en la habitación contigua. Tómate tu tiempo.

Asiento, sin confiar en mi voz.

Él alarga la mano y me toma la cara, su pulgar acariciando mi mejilla sana. El gesto es sorprendentemente tierno para un hombre que acaba de matar a media docena de personas para llegar a mí. —Ahora estás a salvo. Nadie te hará daño otra vez.

Es una promesa y una amenaza a la vez.

Él se va, y me quedo sola con el olor a antiséptico y las luces fluorescentes. Me deslizo de la camilla, mis piernas temblorosas pero funcionales, y me dirijo al dormitorio que mencionó.

No es la habitación donde me quedé antes. Esta es más pequeña, más íntima, con una cama king-size y ventanales de suelo a techo

con vistas al jardín. El baño adjunto es todo mármol y cromo, con una ducha donde cabrían cuatro personas.

Me veo en el espejo y apenas reconozco a la mujer que me devuelve la mirada. Mi pelo rojo está enmarañado con sangre y tierra. Mi rostro está pálido excepto por el hematoma airado que florece en mi mejilla izquierda. Mi ropa está rasgada y manchada, arruinada sin remedio.

Pero son mis ojos lo que más me impacta. Parecen muertos. Vacíos. Como si algo vital se hubiera extinguido.

Me aparto de mi reflejo y abro la ducha, poniendo el agua tan caliente como puedo soportar. El vapor llena el baño mientras me quito la ropa arruinada, dejándola en un montón en el suelo. Entro bajo el chorro y dejo que el calor me lave.

Al principio el agua corre roja, arremolinándose por el desagüe en regueros rosados. La sangre de Pyotr. La del hombre que Dimitri mató para salvarme. Froté mi piel con una toallita, intentando eliminar todo rastro de la cabaña, del secuestro, de la traición de mi padre.

Pero ninguna cantidad de jabón puede lavar lo ocurrido. Ningún chorro de agua caliente consigue hacerme sentir limpia.

Froté con más fuerza, mis movimientos volviéndose frenéticos. Mi piel se enrojeció bajo el tejido áspero, pero no podía parar. Necesitaba quitármelo, eliminar cada molécula de aquel lugar, de aquellos hombres, de aquella pesadilla.

—Alina.

Jadeé y me giré. Dimitri estaba en el umbral del baño, aún completamente vestido, su rostro marcado por la preocupación. Ni siquiera le había oído entrar.

—Te estás haciendo daño —dijo en voz baja, señalando mis brazos donde había frotado la piel hasta enrojecerla.

Miré hacia abajo y vi que tenía razón. Mis brazos estaban rojos, casi sangrando en algunas zonas. Dejé caer la toallita y la vi aterrizar en el suelo de la ducha.

—No consigo limpiarme —susurré—. No puedo…

Entonces se movió, entrando en la ducha completamente vestido, el agua empapando su costosa camisa y pantalones. Cogió la toallita del suelo y con suavidad, mucha suavidad, empezó a lavarme los brazos con movimientos cuidadosos.

—Estás limpia —murmuró—. Estás a salvo. Se acabó.

Pero no se había acabado. No se acabará hasta que mi padre pague por lo que hizo. Hasta que la familia Kozlov sea destruida. Hasta que cada persona que participó en esto esté muerta o destrozada. Al menos, eso fue lo que Dimitri dijo.

Dimitri pareció leer mis pensamientos. —Alexei se está recuperando. La bala atravesó su hombro, sin tocar nada vital. Estará de pie en unos días.

La alivio me inundó. Me había centrado tanto en mi propia supervivencia que no me había permitido pensar en lo ocurrido a Alexei. —¿Y los demás? ¿Los soldados de los Kozlov?

—A los supervivientes los están interrogando —su voz era plana, sin emoción. No quería saber qué implicaban esos interrogatorios—. Averiguaremos quién dio las órdenes, quién conocía la cabaña, quién más está involucrado.

—Mi padre —las palabras sabían a ceniza en mi boca.

Las manos de Dimitri se inmovilizaron en mis brazos. —Nos ocuparemos de él.

Sabía lo que significaba. Lo que debía significar. Mi padre había intentado matarme. En el mundo de Dimitri, en la Bratva, solo hay una respuesta para esa traición.

Muerte.

El pensamiento debería horrorizarme, hacerme rogar a Dimitri que mostrara clemencia, que encontrara otra solución. Pero no podía. Porque cuando cerraba los ojos, veía el rostro de mi padre en su estudio. La fría calculación al darse cuenta de que había encontrado los documentos. Cómo presionó el paño empapado en cloroformo contra mi boca y nariz, su voz casi apologética mientras decía que no le dejaba opción.

Él tomó su decisión. Ahora vivirá con las consecuencias.

O morirá con ellas.

Dimitri terminó de lavarme los brazos y pasó a mi pelo, sus dedos suaves mientras aplicaba champú en las hebras enredadas. La intimidad del momento era extraña, surrealista. Este hombre que mataba sin dudar, que amenazó con destruir a una familia entera para salvarme, ahora me lavaba el pelo con cuidado como si fuera algo precioso.

—¿Por qué? —pregunté, mi voz apenas audible sobre el chorro de agua.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué viniste a buscarme? Podrías haber dejado que me retuvieran, usarlo como excusa para ir a la guerra con los Kozlov. Podrías haber cortado tus pérdidas y encontrado otra forma de asegurar tu posición.

Sus manos se detuvieron en mi pelo. Durante un largo momento, no respondió. Luego me giró para enfrentarme a él, el agua corriendo entre nosotros, sus ojos verdes intensos.

—Porque eres mía —dijo simplemente—. Y yo protejo lo que es mío.

El posesivo en su voz debería molestarme, enfadarme o asustarme. Pero en lugar de eso, me hizo sentir algo distinto al entumecimiento por primera vez desde la cabaña. Algo cálido, fiero y complicado.

Me ayudó a aclarar el pelo, luego cerró el agua. Me envolvió en una toalla, sus movimientos eficientes pero suaves, y me dejó secarme y vestirme mientras él cambiaba su ropa empapada.

Encontré un sencillo vestido negro en el armario, suave y cómodo. Sin ropa interior que me sirviera, así que prescindí de ella. Mi pelo aún estaba húmedo cuando salí del baño, pero al menos estaba limpia. Al menos la sangre había desaparecido.

Dimitri esperaba en el dormitorio, cambiado con unos vaqueros secos y una camisa negra. Su pelo también estaba húmedo. Parecía cansado, las arrugas alrededor de los ojos más marcadas, pero su mirada era aguda al recorrer mi cuerpo.

—¿Mejor? —preguntó.

Asentí, aunque no estaba segura de que fuera cierto. Estaba más limpia, pero no me sentía mejor. No sabía si volvería a sentirme mejor.

Se acercó y cogió mi mano, su pulgar rozando la venda en mi muñeca. —Hay algo que debemos hablar.

La seriedad en su tono hizo que mi estómago se encogiera. —¿Qué?

Me llevó a sentarme al borde de la cama, luego se arrodilló frente a mí para quedar a mi altura. La postura resultaba extrañamente vulnerable para un hombre como él, y me cortó la respiración.

—Las acciones de tu padre nos han puesto a ambos en una posición imposible —dijo—. Las otras familias están observando, esperando a ver qué pasa después. Algunas creen su historia de que te secuestré. Otras esperan para ver si estuvo involucrado en el ataque a la iglesia. La situación es volátil.

Asentí lentamente, sin saber adónde quería llegar.

—Debemos actuar rápido. Antes de que Viktor haga otro movimiento, antes de que las otras familias puedan interferir, antes de que esta situación se descontrole aún más. —Cogió mis manos

entre las suyas, su agarre cálido y firme—. Debemos casarnos. Esta noche.

18

DIMITRI

Estoy en pie junto a la ventana de mi despacho, contemplando la oscuridad que cubre la ciudad. Mi ciudad. Aquella por la que he sangrado, por la que he matado, en la que he construido un imperio. Detrás de mí, oigo a Alina moviéndose por el dormitorio, preparándose. Mi prometida.

Esta noche todo cambia.

La puerta se abre, y me giro para encontrarla de pie en el umbral. Lleva el sencillo vestido negro de antes, con su cabello húmedo cayendo en ondas sobre sus hombros. Incluso exhausta y traumatizada, es la cosa más hermosa que he visto jamás.

—Necesito hablar contigo —dice, con voz firme a pesar de las sombras bajo sus ojos.

Le indico la silla frente a mi escritorio, pero ella permanece de pie. Bien. No está retrocediendo, no permitiendo que la intimide con juegos de poder y posicionamientos. Siempre he respetado la fuerza, y Alina la tiene en abundancia.

—Me casaré contigo —afirma, y mi pecho se oprime con un alivio que no quiero examinar demasiado—. Pero tengo una condición.

Por supuesto que la tiene. Me apoyo en el escritorio, cruzando los brazos. —Dímela.

—Katya —su voz tiembla ligeramente al pronunciar el nombre de su hermana—. Quiero que esté aquí. Lejos de mi padre, lejos de esa casa. Quiero que esté protegida.

La lealtad familiar es algo que comprendo, aunque Viktor Popov claramente no.

—Hecho —digo sin dudar—. Enviaré hombres a recogerla antes de una hora.

Los ojos de Alina se abren ligeramente, como si esperase que discutiera o negociase. —¿Así sin más?

—Así sin más —me acerco, estudiando su rostro—. Tu hermana tiene dieciséis años, inocente en todo esto. Merece protección. Y si tenerla aquí te hace sentir más segura, facilita esta transición, entonces es un pequeño precio que pagar.

Traga saliva con dificultad, y veo lágrimas acumulándose en sus ojos verdes. —Gracias.

Alargó la mano y le apartó un mechón de cabello húmedo de la cara, dejando que mis dedos se demoraran en su mejilla. —¿Y tu madre? ¿Quieres que la traigan aquí también?

El cambio en la expresión de Alina es inmediato y revelador. Su mandíbula se tensa, sus ojos se vuelven fríos. —No.

—¿Estás segura?

—Mi madre tomó su decisión hace mucho tiempo —la voz de Alina es amarga—. Eligió a Viktor por encima de nosotras, por encima de sus propias hijas. Cada vez. Todas esas lágrimas, todo ese llanto dramático, no son más que teatro. A ella le importa él, su posición, su vida cómoda. No le importan Katya ni yo.

Oigo el dolor bajo la ira, la herida que nunca llegó a cicatrizar. Sé algo sobre padres decepcionantes, sobre familia que te falla cuando más la necesitas. Mi propio padre era un borracho que pegaba a mi madre hasta que crecí lo suficiente para detenerlo. La familia no siempre es la de sangre. A veces, es la gente que eliges.

—Entonces solo será Katya —confirmo—. Enviaré a Alexei personalmente. La traerá aquí sana y salva.

Alina asiente, y parte de la tensión abandona sus hombros. —¿Cuándo lo haremos? ¿La boda?

Consulto mi reloj. Son casi las diez de la noche. —Tan pronto como llegue el sacerdote. Ya he llamado.

—¿Tan rápido?

—Cuanto más esperemos, más tiempo tendrá tu padre para dar otro paso.

Ella mira hacia mí, y veo la pregunta en sus ojos. Esa que es demasiado inteligente para pronunciar en voz alta. ¿Qué pasará después? ¿Qué clase de matrimonio será este?

No tengo una buena respuesta. Nunca me he casado, nunca quise hacerlo. El matrimonio en la Bratva suele ser un acuerdo de negocios, una forma de cimentar alianzas y producir herederos. Pero es un compromiso vinculante. Sin embargo, al mirar a Alina ahora, sé que esto ya es algo distinto. Algo más complicado.

—Ve a descansar —le digo—. Iré a buscarte cuando sea la hora.

Ella duda, luego asiente y se marcha. La observo irse, antes de volverme nuevamente hacia la ventana y sacar mi teléfono del bolsillo.

Hago unas cuantas llamadas, coordinando la seguridad, asegurándome de que la finca esté bien cerrada. Luego voy a mi dormitorio y saco el anillo que encargué hace años. Es una gruesa banda de oro con el escudo de los Morozov grabado, destinada a la

mujer que algún día sería mi esposa. Nunca pensé que llegaría a usarlo.

El metal está caliente en mi palma mientras lo doy vuelta, estudiando el intrincado diseño. Una vez que ponga esto en el dedo de Alina, no habrá vuelta atrás. Será mía en todos los sentidos que importan en nuestro mundo.

La idea debería aterrorizarme. En cambio, se siente bien.

Me ducho y me pongo un traje oscuro, luego voy a buscar a Alina. La encuentro acurrucada en la cama, todavía con el vestido negro puesto, su pelo rojo extendido sobre la almohada. Parece tan joven, tan vulnerable. Pero ahora sé que no es así. He visto el acero que hay debajo.

—Alina —digo mientras le toco suavemente el hombro—. Es la hora.

Se despierta inmediatamente, sin aturdimiento ni confusión. Sus ojos están claros y alerta mientras se incorpora. —¿Katya?

—Alexei la está trayendo ahora. Estará aquí antes de que termine la ceremonia.

El alivio inunda su rostro y asiente. —Vale. Estoy lista.

—Hay un vestido en el armario. Blanco, sencillo. Debería quedarte bien.

Me mira con sorpresa. —¿Tenías preparado un vestido de novia?

—Le pedí a mi ama de llaves que comprara algunas cosas mientras descansabas. Por si acaso.

Por si acaso decía que sí. Por si acaso podía convencerla de que esta era la mejor opción para los dos. Por si acaso podía hacerla mía.

Alina va al armario y sale unos minutos después con un sencillo vestido blanco que le llega hasta las rodillas. No tiene nada que ver con el elaborado vestido que llevó para casarse con Sergei, pero de algún modo, es más bonito. Más real.

Se ha dejado el pelo suelto, los rizos rojos salvajes y desordenados alrededor de su rostro. Sin maquillaje, sin joyas excepto el colgante del botón del pánico que le di, que todavía lleva puesto. Parece ella misma, no una muñeca vestida.

—Eres hermosa —le digo, y lo digo en serio.

Un leve rubor tiñe sus mejillas. —Gracias.

Bajamos las escaleras juntos, y soy muy consciente de su mano en la mía. Pequeña y delicada, pero con un agarre sorprendentemente fuerte. Entramos en mi despacho, donde dos de mis hombres de más confianza están esperando. El sacerdote está delante de mi escritorio, con sus vestiduras sencillas pero tradicionales.

Sus ojos se abren de par en par cuando ve a Alina, y le veo fijarse en el moratón de su mejilla, las vendas de sus muñecas, el agotamiento de su rostro. Pero es lo bastante listo para no comentar nada.

—¿Empezamos? —pregunta.

Asiento con la cabeza, y Alina y yo ocupamos nuestros lugares delante de él. No hay flores, ni música, ni invitados llenando los bancos. Solo nosotros, un puñado de testigos y el peso de la tradición.

El sacerdote comienza la ceremonia en ruso, las antiguas palabras fluyen sobre nosotros. He oído estos votos antes en docenas de bodas, pero nunca habían significado nada para mí. Ahora, al decírselos a Alina, se sienten cargados de significado.

—Dimitri y Alina, siervos de Dios, ¿aceptan tomarse el uno al otro como marido y mujer? ¿Prometen amarse, honrarse y guardarse mutuamente, en la salud y en la enfermedad, en la alegría y en la tristeza, renunciando a todos los demás, y permanecer fieles mientras ambos vivan?

—Sí, acepto —digo con voz firme y segura.

Alina duda por un momento, y veo la lucha que se libra tras sus ojos verdes. Miedo y determinación, duda y resolución. Luego levanta la barbilla y me mira a los ojos.

—Sí, acepto.

Saco el anillo, y los ojos de Alina se abren de par en par cuando lo ve. El oro refleja la luz de la lámpara del escritorio, y el escudo de los Morozov brilla.

—Con este anillo, te desposo —digo mientras lo deslizo en su dedo, y encaja a la perfección. Ella lo mira fijamente, el peso del mismo, lo que representa.

—Ahora los declaro marido y mujer —dice el padre Konstantin—. Pueden besar a la novia.

Le enmarco el rostro con mis manos, mis pulgares rozan sus pómulos. Su piel es suave, cálida, y noto que tiembla ligeramente. No de miedo, pienso, sino por la enormidad de lo que acabamos de hacer.

Me inclino y la beso, y algo se enciende entre nosotros. No es el beso desesperado y posesivo de antes. Este es diferente. Más profundo. Una promesa y un comienzo a la vez.

Sus manos se alzan para agarrar mi camisa, tirando de mí hacia ella, y profundizo el beso, saboreándola, reclamándola. Mi esposa. Mía.

Cuando finalmente nos separamos, los dos respiramos con dificultad. Alguien se aclara la garganta, y recuerdo que tenemos público. El sacerdote parece ligeramente escandalizado, pero ha visto cosas peores en bodas de la Bratva.

—Ahora —digo con voz grave y ronca—, consumamos nuestros votos.

Sus ojos se abren de par en par, y veo arder el deseo en su profundidad verde. —¿Ahora mismo?

—Ahora mismo —me inclino, mis labios rozan su oreja—. La fiesta de la boda puede celebrarse más tarde. Esto es más importante.

19

ALINA

Mi corazón da un vuelco cuando las palabras de Dimitri calan en mí. *Consumar nuestros votos.*

Creí que tendría tiempo, unas horas al menos, para asimilar lo que acababa de pasar, para comprender que estoy casada con este hombre. Que soy su esposa. Que el pesado anillo de oro en mi dedo me une a él de modos que apenas empiezo a entender.

Pero Dimitri no me da tiempo para pensar. Me toma la mano, su agarre cálido y firme, y me guía fuera del estudio. El sacerdote y los testigos salen en silencio. Luego estamos solos, subiendo juntos la gran escalera.

Mis piernas tiemblan. No sé si por miedo o por anticipación.

Pasamos por la habitación de invitados donde me hospedé antes, y mi estómago se tensa al darme cuenta de que nos dirigimos a su dormitorio. La suite principal. Su dominio privado.

Dimitri abre la puerta y me indica que entre primero. Doy un paso adentro y se me corta la respiración.

La habitación es enorme, toda en madera oscura y elegancia masculina. Una cama de matrimonio domina el espacio, cubierta con sábanas azul real que parecen increíblemente suaves. Las ventanas de suelo a techo dan a los jardines, y puedo ver las luces de la ciudad titilando a lo lejos. Todo es de buen gusto, caro y completamente intimidante.

La puerta se cierra tras nosotros con un suave clic, y de repente la habitación parece mucho más pequeña.

Me giro para enfrentarme a Dimitri, retorciéndome las manos nerviosa. Me observa con esos intensos ojos verdes, y siento que el calor me sube a las mejillas. Nunca he estado a solas con un hombre así, nunca en un dormitorio con un hombre que tiene todo el derecho de tocarme, de reclamarme.

—Alina —su voz es grave, ronca—. Ven aquí.

Doy un paso vacilante hacia él, luego otro. Cuando estoy lo bastante cerca, alarga la mano y me acaricia la cara, su pulgar rozando mi pómulo. El gesto es sorprendentemente tierno para un hombre que mató a media docena de personas hace apenas horas.

—¿Me tienes miedo? —pregunta.

Considero mentir, pero ¿qué sentido tiene? —Un poco.

—Bien —sus labios esbozan algo que podría ser una sonrisa—. El miedo te mantiene alerta. Pero no necesitas temer esto. A nosotros.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —mi voz sale entrecortada—. Apenas nos conocemos.

—Sé lo suficiente —su otra mano se acerca para enmarcar mi rostro, e inclina mi cabeza hacia atrás obligándome a sostener su mirada—. Sé que eres valiente. Sé que eres fuerte. Sé que te enfrentaste a tu padre aunque te aterrorizara. Sé que pulsaste ese botón del pánico y confiaste en que vendría por ti.

Sus palabras hacen que algo cálido se despliegue en mi pecho. Él me ve. No solo a la chica asustada que rescató de la iglesia en llamas, sino a la mujer en la que me estoy convirtiendo.

—También sé otra cosa —continúa, bajando aún más la voz—. Sé que deseas esto. Lo vi en tus ojos cuando te besé antes, cómo respondía tu cuerpo al mío.

El calor me inunda al recordarlo. Ese beso en la habitación de invitados, el que me dejó sin aliento y anhelando. Tiene razón. Lo deseé. Lo deseo.

Pero desear y tener son dos cosas distintas.

—Nunca he… —dejo la frase a medias, avergonzada.

La comprensión brilla en sus ojos. —¿Nunca has estado con un hombre?

Niego con la cabeza, mis mejillas ardiendo. —Serguéi y yo nunca… Se suponía que esperaríamos hasta después de la boda.

Algo oscuro cruza el rostro de Dimitri al mencionar a su sobrino, pero desaparece rápidamente. —Entonces seré tu primero. Tu único.

Lo posesivo de su tono debería molestarme, debería hacerme querer discutir, reafirmar mi independencia. En cambio, me recorre un escalofrío por el cuerpo que prefiero no examinar demasiado.

Se inclina y me besa, y esta vez no hay vacilación. Su boca reclama la mía con un hambre que me roba el aliento. Su lengua recorre la línea de mis labios, y cuando me abro para él, profundiza el beso, saboreándome, explorándome.

Mis manos se aferran a sus hombros, sintiendo el sólido músculo bajo su camisa. Es mucho más grande que yo, mucho más fuerte. Con cuarenta y dos años, tiene el doble de mi edad, y hay algo en eso que acelera mi pulso. No es un chico torpe por inexperiencia. Es un hombre que sabe exactamente lo que hace.

Sus manos descienden de mi cara a mi pelo, enredándose en los rizos rojos e inclinando mi cabeza para acceder mejor. Emito un sonido entre gemido y jadeo, y siento que sonríe contra mis labios.

—Así —murmura—. Déjame oírte.

Su boca se desplaza hacia mi mandíbula, luego baja por mi cuello, y me estremezco cuando su barba raspa mi piel sensible. Encuentra el punto donde mi pulso martillea y chupa suavemente, y me flaquean las piernas.

—Dimitri —suspiro, sin saber si le pido que pare o le suplico que continúe.

Se aparta lo justo para mirarme, y el fuego en sus ojos verdes hace que mi estómago se contraiga. —Dime qué deseas, Alina.

—No lo sé. —Es la verdad. Nunca me había sentido así antes, nunca había experimentado esta clase de necesidad. —Es solo que… Quiero…

—Quieres que te toque. —No es una pregunta. Sus manos descienden por mis costados, recorriendo las curvas de mi cuerpo a través del sencillo vestido blanco. —Quieres que te haga sentir bien.

—Sí. —La palabra sale en un susurro.

Alarga el brazo detrás de mí y encuentra la cremallera de mi vestido, bajándola lentamente. La tela se afloja y el aire fresco golpea mi piel. Debería sentirme expuesta, vulnerable. En lugar de eso, me siento poderosa. Porque Dimitri me mira como si fuera lo más hermoso que jamás ha visto.

El vestido forma un charco a mis pies, dejándome solo con el sujetador y las bragas. Resisto el impulso de cubrirme, obligándome a permanecer quieta bajo su mirada.

—Hermosa —dice, su voz ronca por el deseo—. Jodidamente hermosa.

Se quita la chaqueta y empieza a desabrocharse la camisa, y yo observo, hipnotizada, mientras se revela más de su cuerpo. Hombros anchos. Pecho definido. El tatuaje de la estrella de ocho puntas en su pectoral derecho que lo marca como realeza Bratva. Cicatrices que cuentan historias de violencia y supervivencia.

Él también es hermoso, de una manera masculina y peligrosa que me seca la boca.

Cuando está con el torso desnudo, vuelve a acercarse a mí, y esta vez, cuando me besa, puedo sentir el calor de su piel contra la mía. Sus manos recorren mi cuerpo, aprendiendo mis curvas, y cuando acaricia mi pecho a través de la fina tela del sujetador, jadeo contra su boca.

—Sensible —murmura con aprobación. Su pulgar roza mi pezón y el placer llega directamente a mi centro—. Voy a disfrutar descubriendo todas las formas de hacer que pierdas el control.

Desabrocha mi sujetador con destreza, y entonces su boca está en mi pecho, su lengua rodea mi pezón antes de chuparlo. Grito, mis manos se aferran a su pelo, y él emite un sonido de satisfacción contra mi piel.

Mi cuerpo arde. Cada terminación nerviosa está viva, cantando con sensaciones. Cuando su mano se desliza dentro de mis bragas, encontrándome húmeda y preparada, casi me deshago allí mismo.

—Tan receptiva —dice, sus dedos acariciándome con una habilidad enloquecedora—. Tan perfecta.

Me levanta con facilidad, llevándome a la cama y tendiéndome sobre aquellas sábanas azules suaves. Se quita el resto de la ropa, y tengo mi primera visión completa de él. Es magnífico. Todo músculo duro y poder masculino, y cuando veo cuánto me desea, un aleteo de nerviosismo se mezcla con el deseo.

Debe verlo en mi cara porque se detiene, arrodillándose en la cama a mi lado. —Iremos despacio. Te lo haré sentir bien.

Luego vuelve a besarme, sus manos y boca trabajando en tándem para volverme loca. Me quita las bragas y separa mis muslos, y cuando sus dedos me encuentran de nuevo, me arqueo sobre la cama.

—Así —me anima—. Déjate llevar. Confía en mí.

Me excita con sus dedos, elevando el placer cada vez más hasta que tiemblo al borde de algo que nunca antes había experimentado. Entonces su pulgar encuentra ese haz sensible de nervios, y me deshago.

El orgasmo me arrasa en olas, y grito su nombre, mi cuerpo convulsionando de placer. No se detiene, alargándolo hasta que quedo sin fuerzas y jadeando.

—Exquisita —gruñe, colocándose entre mis muslos—. Ahora voy a hacerte mía.

Entra en mí lentamente, con cuidado, y hay un momento de agudo malestar que me hace tensarme. Pero se detiene, besándome profundamente, murmurando palabras de tranquilidad en ruso hasta que mi cuerpo se adapta a la intrusión.

Luego empieza a moverse, y el malestar se desvanece, reemplazado por una plenitud que se siente bien. Establece un ritmo lento y constante, y yo enlazo mis piernas alrededor de su cintura, atrayéndolo más adentro.

—Alina. —Mi nombre en sus labios suena como una oración y una maldición—. Te sientes increíble.

El placer crece de nuevo, diferente esta vez pero igual de intenso. Sigo sus embestidas, aprendiendo el ritmo, y cuando él alcanza entre nosotros para tocarme otra vez, me deshago por segunda vez.

Él me sigue hasta el éxtasis, su cuerpo poniéndose rígido al alcanzar su liberación, y siento su calor dentro de mí. Se desploma a mi lado,

atraviéndome contra su pecho, y allí nos quedamos respirando con dificultad.

—Mía —murmura en mi pelo—. Eres mía ahora, Alina.

Y allí tumbada en sus brazos, sintiendo el latido constante de su corazón contra mi mejilla, me doy cuenta de que esa posesión no me molesta tanto como pensé que lo haría.

Un golpe brusco en la puerta destroza el momento.

—Pakhan. —Es la voz de Alexei, urgente y apenada—. Siento interrumpir, pero la hemos encontrado. Hemos encontrado a Katya.

Me incorporo de golpe, mi corazón acelerándose ahora por una razón completamente diferente. —¿Dónde? ¿Está bien?

Dimitri ya se está moviendo, poniéndose los pantalones con rapidez eficiente. —Háblame, Alexei.

—La tienen retenida en una casa segura de los Popov en las afueras de la ciudad. Pero está fuertemente custodiada.

20

DIMITRI

Salgo al pasillo y cierro la puerta tras de mí, dejando que Alina se vista. El calor de su cuerpo aún se adhiere a mi piel, y parte de mí no desea nada más que volver a meterme en esa cama y perderme en ella de nuevo. Pero ese lujo tendrá que esperar.

—Muéstramelo —digo, manteniendo la voz baja.

Alexi saca su tablet y muestra una imagen de satélite. —Aquí. La casa segura de los Popov en el extremo este de la ciudad. Es una de las ubicaciones de respaldo de Viktor, utilizada para... operaciones sensibles.

Estudio la imagen, mi mente táctica ya analiza los problemas. El complejo ocupa dos hectáreas, rodeado por un muro de cuatro metros coronado con cámaras de seguridad. La casa principal es una estructura de dos plantas con ventanas blindadas. Dos garitas flanquean la puerta principal, y distingo al menos seis hombres patrullando el perímetro en la superposición infrarroja.

—¿Cuántos dentro? —pregunto.

—¿La mejor estimación? Veinte guardias, quizá más. Viktor ha traído efectivos de otras operaciones. Espera que vayamos por ella.

Por supuesto que sí. Viktor conoce a su hija lo suficiente para predecir que pediría la seguridad de Katya. Usa a la chica como cebo, esperando atraernos a una trampa.

—¿Armas? —pregunto.

—Fusiles automáticos, pistolas. Posiblemente explosivos. El complejo tiene un cuarto blindado en el sótano donde probablemente retienen a Katya. —Alexei amplía el plano del edificio—. Puerta de acero reforzado, sistema de ventilación independiente. Si la encierran allí durante un asalto, necesitaríamos equipo de corte para entrar.

Me paso la mano por la mandíbula. Un asalto directo es exactamente lo que Viktor quiere. Tendrá a sus hombres preparados, posicionados para abatirnos en cuanto franqueemos los muros. Y si logramos abrirnos paso a la fuerza, o matará a Katya por despecho o la usará como escudo humano.

—Tiene que haber otra forma —murmuro.

La puerta del dormitorio se abre y aparece Alina. Se ha cambiado a unos vaqueros y un jersey oscuro, con su pelo rojo recogido en una coleta. Su rostro está pálido, pero sus ojos verdes son agudos, concentrados. *Mi esposa*. La palabra aún me resulta extraña en la mente, pero no desagradable.

Se acerca a mi lado y mira la pantalla de la tablet. —¿Es ahí donde la tienen?

—Sí. —Observo su rostro mientras estudia el complejo, viendo el miedo y la determinación luchando en su expresión—. Está muy fortificado. Viktor nos espera.

—Entonces no le demos lo que espera. —Alza la mirada hacia mí y veo el mismo acero que presencié cuando me apuntó con una pistola en la habitación de invitados—. Negociemos. Lo llamo, le digo que quiero hacer un trato.

—Absolutamente no. —Las palabras salen más duras de lo que pretendo—. No vas a acercarte a ese complejo.

—Es mi hermana, Dimitri. —Su voz es firme, pero percibo el filo subyacente—. No voy a quedarme aquí a salvo mientras ella está en peligro por mi culpa.

Alexei se aclara la garganta. —No es una mala idea, Pakhan. Si Alina llama a Viktor, afirma que quiere negociar la liberación de Katya, podríamos usar la reunión como cobertura. Posicionar a nuestros hombres, crear una distracción, extraer a la chica mientras la atención de Viktor está dividida.

Quiero negarme. Todos mis instintos protectores gritan que encierre a Alina en esta casa y maneje esto yo mismo. Pero miro su rostro, la determinación que hay allí, y sé que no va a retroceder. Encontrará una manera de ayudar a su hermana, con o sin mi permiso.

Y tiene razón. Una negociación nos da opciones que un asalto directo no.

—Hacemos esto a mi manera —digo por fin—. Cada detalle, cada contingencia. No das un paso sin mi aprobación.

Alina asiente. —De acuerdo.

Hago un gesto hacia mi estudio. —Entonces planifiquemos.

Pasamos las dos horas siguientes en mi estudio, rodeados de mapas, planos y evaluaciones tácticas. Alexei se coordina con nuestro especialista técnico para obtener vigilancia en tiempo real del complejo. Llamo a mis mejores hombres, aquellos a quienes confío mi vida, y les informo sobre la operación.

El pensamiento me oprime el pecho, pero reprimo la emoción. Esto es estrategia. Esto es lo que hago. No puedo permitir que mis sentimientos por ella nublen mi juicio.

—La reunión debe ser en un lugar público —sugiere Alexei—. Terreno neutral donde Viktor no pueda controlar todas las variables.

—Él no aceptará eso —dice Alina. Está sentada en la silla frente a mi escritorio, con las manos rodeando una taza de café que se ha enfriado—. Querrá la ventaja. Insistirá en reunirse en el complejo o en algún lugar que controle.

—Entonces le hacemos creer que tiene la ventaja mientras colocamos nuestras piezas —me recuesto en la silla, sopesando los ángulos—. Tú lo llamas, dile que quieres negociar la liberación de Katya. Estás dispuesta a volver con él, a dejarme, si él la deja ir.

Los ojos de Alina se abren de par en par. —Él nunca creerá eso.

—Él *querrá* creerlo. Eso basta —me levanto y rodeo el escritorio para acercarme a ella—. El ego de Viktor es su debilidad. Cree que es más listo que los demás, que puede manipular cualquier situación. Usamos eso contra él.

Ella alza la mirada hacia mí, y veo el miedo que intenta ocultar. —¿Y si algo sale mal? ¿Y si él hace daño a Katya antes de que podamos llegar a ella?

Me arrodillo frente a su silla, tomando sus frías manos entre las mías. —Entonces nos adaptamos. Pero te lo prometo, Alina, sacaremos a tu hermana. Cueste lo que cueste.

Ella escudriña mi rostro, buscando seguridad, certeza. Ojalá pudiera darle garantías, pero en mi mundo nada es seguro excepto la violencia y la muerte.

—Vale —susurra—. ¿Cuándo lo llamo?

Miro mi reloj. Es casi el amanecer, el cielo tras los cristales de mi estudio pasa de negro a gris. —Ahora. Antes de que tenga tiempo de moverla o reforzar su posición.

Alexei me entrega un móvil desechable indetectable. Marco el número de Viktor de memoria y activo el altavoz, dejándolo sobre el escritorio entre nosotros. Mi mano encuentra la de Alina y la aprieta suavemente.

El teléfono suena una vez. Dos veces.

Entonces la voz de Viktor llena el estudio, fría y controlada. —Me preguntaba cuándo llamarías.

La mano de Alina aprieta la mía, pero su voz es firme al hablar. —Papá. Quiero hablar sobre Katya.

—¿Ah, sí? —Hay burla en su tono, cruel y despectiva—. ¿Y qué te hace pensar que me interesa hablar contigo? Escogiste a ese monstruo por encima de tu propia familia.

—Escogí sobrevivir —la voz de Alina se endurece—. Me drogaste. Me entregaste a los *Kozlovs*. Intentaste que me *mataran*.

—Hice lo necesario para proteger los intereses de nuestra familia —sin remordimiento, sin disculpa, solo frío cálculo—. Siempre fuiste demasiado blanda, Alina. Demasiado emocional. Como tu madre.

La veo estremecerse ante la comparación, pero ella prosigue. —Quiero que liberen a Katya. Ella es inocente en todo esto. Déjala ir y podemos discutir condiciones.

Viktor ríe, un sonido áspero que me hace apretar la mandíbula. —¿Condiciones? No estás en posición de negociar condiciones. Ahora eres la puta de Morozov. No tienes nada que yo quiera.

—Tengo información —Alina improvisa ahora, y la observo con mezcla de orgullo y preocupación—. Sobre las operaciones de Dimitri, sus alianzas, sus debilidades. Cosas que podrían ser valiosas para ti y los Kozlovs.

Silencio al otro lado. Casi puedo oír la mente de Viktor trabajando, sopesando posibilidades.

—Aunque te creyera —dice—, ¿por qué traicionarías a tu nuevo marido? ¿Qué ganas tú con eso?

—La seguridad de mi hermana. Y mi libertad —me mira al decirlo, y veo disculpa en sus ojos—. Nunca quise nada de esto. Deja ir a

Katya y te daré lo que deseas.

Más silencio. Luego: —Vendrás a mí. Sola. Hablaremos de esto cara a cara.

—¿Dónde? —pregunta Alina.

—La casa segura donde tengo a tu hermana. Tú sabes cuál. Ven sola, Alina. Sin Morozov, sin guardias, sin armas. Si veo a alguien siguiéndote, si sospecho cualquier trampa, Katya muere. ¿Entiendes?

El rostro de Alina palidece, pero su voz no tiembla. —Entiendo.

—Bien. Tienes dos horas. No llegues tarde.

La línea se corta.

21

ALINA

El teléfono pesa como mil kilos en mi mano. La voz de mi padre todavía resuena en mis oídos, fría y calculadora, haciendo exigencias como si tuviera algún derecho. Como si no me hubiera drogado y entregado a hombres que querían matarme.

Dos horas. Ven sola.

Dejo el teléfono sobre el escritorio de Dimitri con dedos temblorosos y levanto la vista para encontrarlo observándome. Sus ojos verdes están oscurecidos por la furia, la mandíbula tan apretada que puedo ver el músculo palpitar bajo su barba. Ya está negando con la cabeza antes de que pueda decir nada.

—No —dice la palabra de forma plana, absoluta—. No vas a ir.

—Dimitri...

—He dicho que no —empieza a caminar de un lado a otro, sus movimientos bruscos y agitados como un tigre enjaulado—. Viktor quiere aislarte y vulnerable. Es una trampa, Alina. Te matará en cuanto cruces esa puerta.

—Quizá —me pongo de pie, mis piernas más firmes de lo que esperaba—. Pero sin duda matará a Katya si no me presento.

Eso lo detiene a mitad del paso. Se vuelve hacia mí y veo la guerra librando tras sus ojos. El despiadado Pakhan que toma decisiones calculadas frente al hombre que acaba de convertirme en su esposa, que prometió protegerme.

—Encontraremos otra forma —dice, pero su voz carece de convicción.

—No hay otra forma —me muevo alrededor del escritorio hacia él, con el corazón palpitando—. Tú mismo lo dijiste. Un asalto directo mata gente. Pero si entro, si puedo acercarme a Katya, tenemos una oportunidad.

—Una oportunidad para que te maten —cierra las manos en puños a los lados—. Acabo de recuperarte, Alina. No voy a perderte otra vez.

La emoción cruda en su voz me oprime el pecho. Este hombre que mata sin dudar, que amenazó con destruir a una familia entera para salvarme, tiene miedo. Por mí.

Alargo la mano y le acaricio la cara, sintiendo la aspereza de su barba en mis palmas. —No me perderás. Pero necesito que confíes en mí en esto.

—La confianza no tiene nada que ver —cubre mis manos con las suyas, presionándolas con más fuerza contra su cara—. Tu padre es una serpiente. Ya ha demostrado que está dispuesto a sacrificarte por poder. ¿Qué te hace pensar que no lo hará otra vez?

—Porque esta vez no voy a ciegas —libero mis manos y retrocedo, mi mente ya trabajando en la logística—. Llevaré un micrófono oculto. Un dispositivo de rastreo. Puedes tener a tus hombres apostados alrededor del complejo, listos para actuar en el momento en que algo salga mal.

Dimitri entrecierra los ojos. —¿Y cuando Viktor te registre? ¿Cuando encuentre el micrófono?

—Entonces entras disparando —cruzo los brazos sobre el pecho, intentando proyectar una confianza que no siento del todo—. Pero no lo encontrará. Cree que estoy desesperada, que estoy dispuesta a traicionarte para salvar a Katya. Su ego lo hará descuidado.

Alexei, que ha estado de pie en silencio junto a la puerta, se aclara la garganta. —Tiene razón, Pakhan. La arrogancia de Viktor es su debilidad. Si Alina puede fingir bien, si logra hacerle creer que está allí para negociar, podríamos rescatar a Katya antes de que se dé cuenta de lo que pasa.

Dimitri se vuelve hacia él, con furia ardiendo en sus ojos. —Se supone que estás de mi parte.

—Estoy de tu parte —la voz de Alexei es calmada, mesurada—. Por eso te digo que esta es nuestra mejor opción. Un asalto frontal a ese complejo costará vidas. Morirán buenos hombres. Pero si Alina puede entrar, si puede localizar a Katya y darnos información sobre la distribución, podemos actuar rápido y con precisión quirúrgica.

Observo a Dimitri procesar esto, lo veo pasar de esposo a Pakhan, de la emoción a la estrategia. Es fascinante y aterrador presenciar la transformación.

—Bien —dice la palabra como si fuera grava—. Pero lo haremos a mi manera. Cada detalle, cada contingencia planeada hasta el segundo.

Un alivio tan intenso me inunda que las rodillas me flaquean. —Gracias.

—No me des las gracias aún —se dirige a su escritorio y saca su teléfono, ya haciendo llamadas—. Si esto sale mal, si Viktor tan siquiera te mira mal, entraré. Y no me detendré hasta que todos en ese complejo estén muertos.

La fría certeza en su voz debería asustarme. En lugar de eso, me hace sentir segura. Protegida. Amada, aunque ninguno de los dos haya dicho la palabra.

La siguiente hora pasa en un borrón de preparativos. El especialista técnico de Dimitri llega con equipamiento que parece sacado de una película de espías. Me coloca un micrófono tan pequeño que apenas puedo sentirlo contra la piel, escondido bajo la tirante del sujetador, donde ni un registro minucioso lo encontraría.

—El alcance es de aproximadamente media milla —explica el técnico, con los dedos moviéndose con eficiencia práctica—. Podremos oír todo lo que digas, todo lo que te digan. Si necesitas avisarnos, solo di la palabra "dragonfly". Esa es tu palabra de pánico.

Dragonfly. Como el tatuaje de mi muñeca. Asiento con la cabeza, grabándolo en la memoria.

El localizador GPS está cosido en el dobladillo de mis vaqueros, invisible a menos que alguien corte literalmente la tela. El técnico me muestra cómo funciona, cómo los hombres de Dimitri podrán seguir mi ubicación exacta en tiempo real.

—Nunca estarás sola —dice Dimitri, observando desde el otro lado de la habitación—. Incluso cuando no puedas vernos, estaremos allí.

Me cambio con la ropa preparada, unos vaqueros sencillos y un jersey oscuro que no llamará la atención. Sin joyas excepto mi anillo de boda, que giro nerviosamente en mi dedo. El oro está caliente contra mi piel, un recordatorio de los votos que pronunciamos hace solo unas horas.

En las buenas y en las malas. En la enfermedad y en la salud.

No me di cuenta de que lo peor llegaría tan pronto.

Cuando Pavel termina y se marcha, Dimitri y yo estamos solos en su dormitorio. La cama donde consumamos nuestro matrimonio sigue

sin hacer, las sábanas enredadas y arrugadas. Parece que haya pasado una eternidad, no solo unas horas.

—Ven aquí —dice Dimitri, con voz ronca.

Voy hacia él y me atrae hacia sus brazos, sujetándome tan fuerte que apenas puedo respirar. Su corazón late contra mi mejilla, rápido y fuerte, traicionando el miedo que no expresará.

—Si te ocurre algo, le haré ver cómo destruyo todo lo que le ha importado. Y luego lo mataré lentamente, dolorosamente, de maneras que le harán rogar por la muerte.

Le creo. Cada palabra.

—No me va a pasar nada —digo, intentando convencer a los dos—. Voy a buscar a Katya y vamos a volver a casa.

Casa. La palabra sale naturalmente, y me doy cuenta de repente de que lo digo en serio. Esta finca, esta fortaleza, se ha convertido en mi hogar en el poco tiempo que llevo aquí. O quizá no es el lugar. Quizá es el hombre que me sostiene.

Dimitri se aparta un poco y me toma la cara, con los pulgares rozándome los pómulos. —Necesito que entiendas algo. No eres solo mi esposa. No eres solo una pieza en este juego. Eres…

La frase se le corta, luchando con palabras que no le salen fácilmente a un hombre como él. Pero lo veo en sus ojos, en la forma en que me mira como si fuera algo precioso y frágil.

—Lo sé —susurro—. Yo también lo siento.

Entonces me besa, profunda y desesperadamente, y saboreo miedo mezclado con deseo. Sus manos se deslizan en mi pelo, inclinando mi cabeza hacia atrás, y me abro para él, dejando que reclame mi boca como si intentara memorizar mi sabor.

El beso se vuelve ardiente, urgente, y de repente nos dirigimos hacia la cama. Las manos de Dimitri están por todas partes, quitándome la

ropa con dedos temblorosos. Evita con cuidado el micrófono y el localizador mientras me tumba en las sábanas enredadas.

—Te deseo —gruñe contra mi garganta.

No hay tiempo para esto. Debería estar preparándome, centrándome en la misión que tengo por delante. Pero también necesito esto, necesito sentirme viva, conectada y *amada* antes de caer en la trampa de mi padre.

Esta vez Dimitri hace el amor conmigo lentamente, con movimientos deliberados y tiernos. Besa cada centímetro de mi piel, murmura palabras en ruso que no entiendo pero que siento en mis huesos. Cuando finalmente penetra en mí, lo hace con una suavidad que hace que se me empañen los ojos.

—Mía —resopla contra mis labios—. Eres mía, Alina. Vuelve conmigo.

—Lo haré —prometo, rodeando su cintura con mis piernas y atrayéndolo más profundo—. Lo prometo.

Nos movemos juntos, avanzando hacia algo que se siente más grande que el simple placer físico. Se siente como una promesa, una oración, una esperanza desesperada de que esta no sea la última vez.

Cuando ambos estallamos, es con mi nombre en sus labios y el suyo en los míos.

Después, yacemos enredados, nuestra respiración volviendo lentamente a la normalidad. La mano de Dimitri traza patrones perezosos en mi espalda, y memorizo la sensación, el calor de su piel contra la mía.

—Deberíamos prepararnos —digo finalmente, aunque no quiero moverme.

—Cinco minutos más —sus brazos se aprietan a mi alrededor—. Dame cinco minutos más.

Le doy diez.

Entonces la realidad vuelve a imponerse y nos movemos de nuevo. Me visto con cuidado, asegurándome de que el micrófono y el localizador están seguros. Dimitri me observa con ojos oscuros, su mandíbula apretada por la tensión.

Alexei aparece en la puerta con una actualización. —Los hombres están en posición. Tenemos visual del complejo desde tres ángulos diferentes. En el momento en que des la señal, actuamos.

Asiento con la cabeza, con el estómago revuelto por los nervios. Esto realmente está sucediendo. Realmente voy a entrar en el bastión de mi padre e intentar rescatar a mi hermana.

Dimitri me entrega un pequeño auricular, casi invisible una vez colocado. —Podrás oírnos, pero no respondas a menos que estés sola. No queremos que Viktor sospeche.

—Entendido.

Me acompaña escaleras abajo hasta el todoterreno que espera, sin quitar nunca la mano de mi espalda. El conductor es uno de los hombres de más confianza de Dimitri, alguien que me llevará al complejo y luego se desvanecerá en segundo plano.

Junto al vehículo, Dimitri me detiene con una mano en mi brazo. Me gira para que le mire a la cara, y veo algo en sus ojos que nunca había visto antes. Vulnerabilidad. Miedo. Amor.

—Alina —mi nombre sale ronco, quebrado—. Vuelve conmigo. Necesito que vuelvas.

22

DIMITRI

La azotea está fría, el hormigón áspero bajo mis rodillas mientras me coloco tras el muro bajo que bordea el edificio. Mis prismáticos apuntan hacia la fábrica abandonada a una manzana de distancia, la estructura recortándose contra el cielo gris del amanecer como un monumento a la decadencia. Las ventanas rotas parecen cuencos oculares vacíos, y el óxido mancha las paredes de metal corrugado con largas vetas oscuras.

Aquí es donde Viktor eligió reunirse. No la casa segura donde supuestamente retiene a Katya, sino este lugar. Un cementerio industrial en las afueras de la ciudad donde los gritos no serían escuchados y los cuerpos podrían desaparecer sin dejar rastro.

Todos los instintos que he perfeccionado durante décadas en esta vida me gritan que detenga esto. Que cancele la operación, coja a Alina y busque otra forma. Pero me obligo a permanecer inmóvil, a confiar en el plan que elaboramos. A confiar en ella.

Mi mano se aprieta sobre los prismáticos hasta que los nudillos se ponen blancos.

A través de los lentes, observo cómo el SUV negro se detiene ante la entrada principal de la fábrica. Primero sale el conductor,

escaneando la zona con la mirada experta de un soldado. Luego se abre la puerta trasera y aparece Alina.

Mi esposa.

Incluso desde esta distancia, incluso con el aumento de los prismáticos, se la ve pequeña y vulnerable. Lleva los vaqueros oscuros y el jersey que elegimos, su pelo rojo recogido en una simple coleta. Sin abrigo pese al frío. Nada que pudiera ocultar un arma o hacer sospechar a Viktor.

Permanece junto al vehículo un momento, los hombros rectos, la barbilla elevada. Valiente. Joder, tan valiente que me duele el pecho.

—Pakhan —la voz de Alexei cruje en mi auricular. Está posicionado en otra azotea dos manzanas al este, con vista clara de la entrada trasera de la fábrica—. Cuento al menos quince hostiles en el perímetro. Probablemente más dentro.

—Recibido —mantengo la voz baja, controlada, aunque la rabia me quema las venas como ácido. Quince hombres. Viktor trajo un ejército a lo que debía ser una simple negociación.

Es una trampa. Lo sabía, pero ver su magnitud me hace apretar la mandíbula.

—Equipo de francotiradores, informen —digo por el comunicador.

—En posición, Pakhan —la voz de Boris es firme, profesional. Es mi mejor tirador, un exoperador de Spetsnaz que puede meter una bala en el ojo de una cerradura a quinientos metros—. Tengo visual sobre el objetivo. Múltiples hostiles visibles en las ventanas. Aún no hay rastro de la chica.

Katya. La hermana de dieciséis años de Alina que quiere estudiar arte y viajar por el mundo. Si Viktor le ha hecho daño, si la ha usado como cebo y luego la ha desechado, le haré sufrir de formas que redefinirán el significado del dolor.

A través de los prismáticos, veo a Alina caminar hacia la entrada de la fábrica. Sus pasos son medidos, seguros, pero percibo un leve temblor en sus manos. Está aterrada. Claro que lo está. Está entrando en la trampa de su padre solo con un micrófono oculto y una oración.

El micrófono. Toco el receptor sujeto a mi chaleco táctico, asegurándome de que la conexión es sólida. El técnico me aseguró que el alcance era bueno, que lo oiríamos todo. Pero la tecnología falla. Hay averías. Y si ese micrófono se corta, si pierdo contacto con ella, no tendré forma de saber si está en peligro hasta que sea demasiado tarde.

Mi dedo se cierne sobre el botón del comunicador, listo para cancelar esto, para ordenar a mis hombres que asalten la fábrica y la extraigan por la fuerza. Pero me detengo. Alina necesita hacer esto. Necesita enfrentarse a su padre, intentar salvar a su hermana. Y yo necesito permitírselo, aunque me esté matando.

Ella llega a la entrada y dos hombres de Viktor salen a su encuentro. Los reconozco por las fotos de inteligencia. Soldados de Popov, leales a Viktor, probablemente los mismos que ayudaron a drogar a Alina y entregarla a los Kozlov.

La cachean, sus manos toscas e invasivas, y debo cerrar los ojos un momento para controlar la furia que amenaza con desbordarme. Cuando los abro de nuevo, la están llevando dentro.

Pierdo contacto visual.

Mi corazón golpea contra mis costillas mientras espero que se active el micrófono, que la voz de Alina llegue al receptor. Los segundos se alargan hasta hacerse eternos. Entonces la oigo.

—Papá —la voz de Alina, firme y clara pese al miedo que sé que siente—. Estoy aquí. ¿Dónde está Katya?

—Alina —la voz de Viktor me eriza la piel. Suave y paternal, como si saludara a una hija querida en lugar de a la mujer a la que intentó

matar—. Me alegro de que hayas venido. No estaba seguro de que lo hicieras.

—No me diste mucha opción —ahora hay acero en su voz—. Tienes a mi hermana como rehén.

—Rehén es una palabra tan fea —oigo pasos, el eco de voces en un espacio amplio. Probablemente la nave industrial—. Prefiero considerarlo un seguro. Para asegurarme de que cumplirías tu palabra.

Con los prismáticos, examino las ventanas de la fábrica, buscando cualquier señal de movimiento. Atisbo figuras desplazándose en el interior, sombras contra la penumbra del recinto. Demasiadas. Muchas más de las que cabría esperar en una simple reunión.

—Ya estoy aquí —dice Alina—. Así que déjela ir. Ese era el trato.

—El trato consistía en que me darías información sobre las operaciones de Morozov a cambio de la libertad de tu hermana —la voz de Viktor se endurece ligeramente—. Así que vamos a ello. ¿Qué tienes para mí?

Cambio ligeramente de posición, con los músculos tensos y preparados. Este es el momento crucial. Si Alina puede sostener la farsa, si logra hacer creer a Viktor que realmente está aquí para traicionarme, quizá tengamos una oportunidad.

—Dimitri tiene alianzas con tres de las familias neutrales —dice Alina, y me impresiona lo convincente que suena—. Se ha reunido con ellas en secreto, ofreciéndoles mejores condiciones que las que vosotros y los Kozlov propusisteis.

Es cierto, en realidad. Información que le dimos específicamente para este momento. Nada que comprometa nuestras operaciones reales, pero suficiente para sonar valiosa.

—Interesante —la voz de Viktor es pensativa—. ¿Qué más?

—Tiene un cargamento de armas que llegará la próxima semana. Por el puerto. Contenedor número 4782, registrado a nombre de una empresa pantalla llamada Baltic Imports.

También cierto. Algo más que estamos dispuestos a sacrificar si es necesario.

—¿Y sus debilidades? —pregunta Viktor—. ¿Qué vulnerabilidades podemos explotar?

Hay una pausa, y casi puedo ver el rostro de Alina, cómo probablemente se muerde el labio, fingiendo luchar con la traición.

—Se preocupa por mí —dice finalmente, y las palabras me golpean como un puñetazo aunque sé que son parte de la actuación—. Más de lo que debería. Más de lo que es sensato para un hombre en su posición. Si me amenazas, cometerá errores. Actuará por emoción en vez de por estrategia.

Viktor ríe, y el sonido me hiela la sangre. —Eso ya lo sé, hija. ¿Por qué crees que organicé esta reunión? Dimitri Morozov, el implacable Pakhan que ha sobrevivido a todos los desafíos a su poder, por fin ha encontrado una debilidad. Tú.

Con los prismáticos, veo más movimiento. Hombres tomando posiciones alrededor de la fábrica, armas visibles. Ya cuento veinte.

—Alexei —digo en voz baja por el comunicador—. ¿Cuántos cuentas?

—Al menos veinticinco desde mi posición. Esto es más grande de lo que anticipábamos, Pakhan.

Mucho más grande. Viktor no solo planea capturar a Alina. Planea usarla como cebo para atraerme y eliminarnos a los dos de un solo golpe. En realidad, es una estrategia decente. De estar en su lugar, haría lo mismo.

Pero ha cometido un error crítico. Ha subestimado hasta dónde estoy dispuesto a llegar para proteger lo que es mío.

—Todos los equipos, en espera —ordeno—. Esperad mi señal.

Por el auricular, oigo de nuevo la voz de Alina, más firme ahora. —Le he dado lo que quería. Ahora déme a mi hermana.

—Todavía no —el tono de Viktor cambia, se vuelve más frío—. Verás, Alina, no estoy del todo convencido de tu sinceridad. Te casaste con Morozov. Dejaste que te tocara, que te reclamara. Eso no es algo que una hija haga a la ligera.

—Hice lo que tenía que hacer para sobrevivir —la voz de Alina es ahora cortante por la ira, y me pregunto cuánto es actuación y cuánto es real—. Me drogaste. Me entregaste a los Kozlov. Intentaste matarme. ¿Qué se suponía que hiciera?

—Se suponía que confiaras en que yo sabía lo que era mejor para esta familia —la voz de Viktor se eleva ligeramente—. Todo lo que hice fue para protegernos, para asegurar nuestro futuro. La alianza con los Kozlov nos habría hecho intocables.

—La alianza con los Kozlov costó la vida a diecisiete personas en mi boda —la voz de Alina se quiebra por la emoción—. Incluido Sergei. Incluyendo gente inocente que no tenía nada que ver con tus juegos de poder.

—Daños colaterales —lo dice con tanta naturalidad, como si hablara del tiempo—. Sacrificios necesarios por el bien mayor.

—Eres un monstruo —las palabras salen crudas, honestas—. Vendiste a tu propia hija. Tienes secuestrada a tu otra hija. Eres un mentiroso y un asesino, y he terminado de fingir lo contrario.

Con los prismáticos, veo una figura aparecer en una de las ventanas de la fábrica. Alto, pelo plateado. Viktor. Está de espaldas a la ventana, frente a alguien que no puedo ver. Frente a Alina.

—Cuidado, hija —la voz de Viktor es ahora peligrosa—. No estás en posición de hacer acusaciones.

—¿Dónde está Katya? —exige Alina, y oigo la desesperación filtrándose en su voz—. Prometiste que estaría aquí. Quiero ver a mi hermana.

Este es el momento. Hacia el que hemos estado trabajando. Si Viktor presenta a Katya, si la saca, podemos actuar, extraerlas a ambas antes de que Viktor se dé cuenta de lo que ocurre.

Pero algo no me cuadra. La posición de los hombres de Viktor, su número, la tensión que puedo sentir en el silencio que sigue a la pregunta de Alina.

—Papá —la voz de Alina es ahora más débil, asustada—. ¿Dónde está? ¿Dónde está Katya?

Con los prismáticos, veo a Viktor girarse ligeramente, y hasta desde esta distancia, incluso a través de la sucia ventana de la fábrica, puedo ver la fría sonrisa en su rostro.

Entonces su voz llega por el auricular, y cada músculo de mi cuerpo se tensa.

Viktor ríe. Es un sonido desprovisto de calidez, de humanidad, de cualquier cosa que se parezca al amor paternal. Un sonido que convierte mi sangre en hielo en las venas.

—Tu hermana ya está muerta, Alina —dice, su voz transmitiéndose con claridad por el auricular—. La maté esta mañana cuando te negaste a volver a casa.

23

ALINA

Las palabras quedan suspendidas en el aire como veneno, filtrándose en mis pulmones, ahogándome.

Tu hermana ya está muerta, Alina. La maté esta mañana cuando te negaste a volver a casa.

No.

No, no, no.

La nave industrial se inclina bajo mis pies. Mi visión se reduce a un único punto: el rostro de mi padre. Aquella sonrisa fría y satisfecha. Aquellos ojos que no muestran remordimiento, ni dolor, ni humanidad.

—Miente —mi voz suena lejana, como si viniera de otra persona—. Miente para manipularme. Katya está viva. Tiene que estar viva.

Viktor da un paso hacia adelante, y veo la verdad escrita en cada línea de su rostro. La certeza. El orgullo por lo que ha hecho.

—Lloró por usted al final —dice, con un tono conversacional, como si hablara del tiempo—. Gritó su nombre. Me suplicó que parara. Pero

usted no estaba allí para salvarla, ¿verdad? Estaba demasiado ocupada jugando a las casitas con Morozov.

Algo dentro de mí se rompe, pero no tengo tiempo de reconocerlo cuando la voz de Dimitri resuena en mi auricular, diciéndome que me agache. Caigo de manos y rodillas un instante antes de que las balas comiencen a silbar por el almacén. Sin embargo, mi mirada está clavada en mi padre. O mejor dicho, en su espalda mientras se aleja.

No recuerdo moverme. No recuerdo haber decidido atacar. Un momento estoy agachada, paralizada, y al siguiente corro tras él. Se mete en un pasillo y yo lo sigo, deteniéndome en seco cuando lo veo de pie. De frente a mí. Tengo las manos convertidas en garras, un grito desgarrado sale de mi garganta que no suena humano.

Mis uñas arañan su rostro, haciendo brotar sangre. Retrocede tambaleándose, con el rostro cruzado por un destello de sorpresa. Me abalanzo sobre él, golpeando, arañando, intentando hacerle daño como él me lo ha hecho a mí. Intentando que sienta aunque sea una fracción de la agonía que me consume.

—¡La mató usted! —Las palabras salen en un chillido, casi más fuerte que los gritos, alaridos y balas en el almacén—. ¡A su propia hija! ¡Solo tenía dieciséis años!

Unas manos fuertes me agarran de los brazos, tirando de mí hacia atrás. Los hombres de Viktor. Dos, quizá tres. Lucho como una fiera, pateando y forcejeando, pero son demasiado fuertes. Me arrastran lejos de mi padre mientras él se toca la cara sangrante, su expresión transformándose de sorpresa a fría furia.

—Sujétenla —ordena con voz cortante.

Me obligan a arrodillarme en el suelo de hormigón, sus agarres dejándome moratones en los brazos. Sigo gritando, sigo forcejeando, pero es inútil. Las lágrimas corren por mi rostro, calientes y amargas.

Viktor se arregla la chaqueta, secándose los arañazos de la mejilla con un pañuelo. Cuando vuelve a mirarme, solo hay desprecio en sus ojos.

—Por esto mismo tuve que hacerlo —afirma—. Katya era débil. Blanda. La familia Popov no tiene lugar para la debilidad, Alina. Intenté enseñárselo a usted, intenté hacerla fuerte, pero nunca aprendió.

—Era su hija —mi voz se quiebra al decirlo—. ¿Cómo pudo? ¿Cómo pudo matar a su propia hija?

—Porque era una carga —se agacha frente a mí, y puedo oler su caro perfume mezclado con el olor metálico de su sangre—. Igual que usted se ha convertido. Le di todo. Un buen matrimonio, una posición de poder, un futuro. ¿Y usted lo tiró por la borda por qué? ¿Por Dimitri Morozov? ¿Por alguna noción equivocada de amor?

Le escupo a la cara.

Me da una bofetada tan fuerte que la cabeza se me va hacia un lado. El dolor estalla en mi mejilla y noto el sabor de la sangre. Los hombres que me sujetan aprietan su agarre, pero no me importa. Acojo el dolor con agrado. Es mejor que el vacío que amenaza con tragarme entera.

—Va a morir hoy, Alina —dice Viktor, poniéndose de pie y limpiándose mi saliva de la cara—. Pero no rápidamente. No con piedad. Haré que parezca que fue Morozov. Como si la hubiera torturado, matado, deshecho de su cuerpo. Las otras familias se sentirán tan indignadas, tan horrorizadas, que se unirán contra él. Destrozarán el imperio Morozov pieza a pieza.

Empieza a caminar de un lado a otro, entusiasmándose con su tema, ignorando el caos y la lucha a muerte que tiene lugar en el almacén principal, y veo la locura en sus ojos, la ambición que ha devorado todo lo humano en él.

—Con Dimitri destruido, yo intervendré como la voz de la razón. El padre afligido que busca justicia. Las familias buscarán mi liderazgo, y yo se lo daré. Reconstruiré la red Bratva bajo mi control. Más fuerte. Más unida. Más poderosa que nunca.

Apenas lo oigo. Solo puedo pensar en Katya. Mi hermanita pequeña. Su pelo oscuro y ojos marrones. La forma en que se acurrucaba junto a mí en el sofá y me enseñaba sus dibujos. Sus sueños de París y Roma y todos los lugares que quería visitar.

Muerta.

Por su culpa.

Por mi culpa.

Si no me hubiera casado con Dimitri, si no hubiera desafiado a mi padre, ¿seguiría Katya viva? El pensamiento es como un cuchillo retorciéndose en mis entrañas.

—Debería haberlos matado a los dos hace años —continúa Viktor, con la voz distante ahora—. Pero su madre me rogó que los perdonara. Dijo que las hijas eran útiles para las alianzas. Debería haber sabido que no era así. Las mujeres no son más que debilidad y sentimentalismo.

A través de mi dolor, a través de la niebla de dolor y rabia, oigo algo. Una voz. Débil, transmitida por el pequeño auricular que el especialista técnico de Dimitri me colocó.

La voz de Dimitri.

—Alina —su tono es urgente, controlado—. Sé lo que acabas de oír. Sé lo que estás sintiendo. Pero necesito que te concentres. ¿Puedes hacer eso por mí?

No respondo, no puedo responder sin alertar a Viktor. Pero me obligo a respirar, a escuchar.

Viktor sigue hablando, detallando sus planes, su voz llena de una satisfacción enfermiza. Los hombres que me sostienen se han relajado ligeramente, confiados en que estoy sometida. Se equivocan.

Pienso en el colgante del botón del pánico que llevo al cuello. En Dimitri corriendo para encontrarme. En la promesa que me hizo. *Eres mía, y yo protejo lo que es mío.*

Pienso en Katya, y la rabia que ha estado hirviendo bajo mi dolor de repente estalla en un infierno.

Mi padre mató a mi hermana. Planea matarme a mí. Va a usar nuestras muertes para destruir a mi marido.

No si puedo evitarlo.

—¿Alguna última palabra? —pregunta Viktor, sacando una pistola de dentro de su chaqueta. La misma pistola que probablemente usó para matar a Katya—. ¿Alguna súplica final de clemencia?

Levanto la cabeza y lo miro a los ojos. —Sí. Váyase al infierno.

Su dedo se mueve hacia el gatillo.

De repente, estallan disparos por todas partes. Los hombres de Dimitri entran por las ventanas destrozadas como ángeles vengadores, con las armas en alto, sus movimientos precisos y coordinados.

Los hombres de Viktor se dispersan, algunos replican al fuego, otros se tapan. Los dos que me sujetaban sueltan su presa y buscan sus armas. Ruedo hacia un lado, gateando detrás de una pila de cajas viejas apiladas contra la pared del pasillo mientras las balas surcan el aire por encima de mí.

A través del caos, veo a Dimitri.

Entra por la puerta principal como la muerte en persona, su rostro una máscara de furia glacial. El tatuaje de la estrella de ocho puntas

en su pecho es visible a través de su chaleco táctico medio desabrochado. Dispara con precisión mortal, derribando a los hombres de Viktor con disparos controlados y eficientes.

Nuestras miradas se cruzan en la nave industrial, e incluso en medio de este infierno, lo siento. Esa conexión. Ese vínculo forjado a través del fuego, la sangre y decisiones imposibles.

Está aquí. Vino por mí.

Pero Viktor se mueve. Mientras sus hombres cubren el fuego, mientras la fábrica se convierte en zona de guerra, mi padre corre hacia una salida trasera, escabulléndose como el cobarde que es.

No.

Esta vez no.

Dimitri lucha por abrirse paso hacia mí, pero está bloqueado por tres hombres de Viktor. Alexei está en algún lugar a mi izquierda, coordinando el asalto. La fábrica está llena de humo y el olor acre de la pólvora.

Y Viktor está escapando.

Pienso en Katya. En su sonrisa, sus sueños, su vida robada por el hombre que debía protegerla. Pienso en todos los años de manipulación, de ser tratada como propiedad, de ver a mi padre sacrificar todo y a todos por poder.

Tomo mi decisión. Veo un arma caída y la cojo.

Salgo de mi escondite y corro hacia la salida trasera, agachada, usando el humo y el caos como cobertura. Detrás de mí, oigo a Dimitri gritar mi nombre, pero no me detengo. No puedo detenerme.

Viktor está casi en la puerta cuando lo alcanzo. Oye mis pasos y se da la vuelta, levantando su arma, pero soy más rápida. Disparo una vez, alcanzándole en el hombro. Retrocede tambaleándose, su arma cayendo al suelo con estrépito.

—Alina —su voz está tensa por el dolor—. No sea estúpida. Usted no es una asesina.

Me acerco a él, el arma firme en mis manos. —¿Quiere apostar?

Ahora está contra la pared, la sangre extendiéndose por su costosa camisa. La misma camisa que probablemente llevaba cuando mató a Katya.

—Ella lo quería —digo, con la voz quebrada—. A pesar de todo, a pesar de cómo nos trató, Katya todavía lo quería. Y usted la mató.

—Hice lo necesario —incluso ahora, sangrando y acorralado, se muestra desafiante—. Por la familia. Por nuestro legado.

—Usted destruyó nuestra familia —las lágrimas corren por mi rostro, pero mis manos no tiemblan—. Ya no hay familia. Solo queda usted, su ambición y los cadáveres que ha dejado atrás.

Detrás de mí, los disparos se apagan. Los hombres de Dimitri están ganando. Oigo pasos acercándose, voces que gritan en ruso.

Los ojos de Viktor miran más allá de mí, buscando escapatoria, salvación. No hay ninguna.

—Alina, por favor —por primera vez, oigo miedo en su voz—. Soy su padre. No puede hacer esto.

—Usted dejó de ser mi padre cuando me vendió a Sergei. Dejó de ser humano cuando mató a Katya.

Levanto el arma, apuntándole al pecho. A su corazón. El mismo lugar donde Sergei recibió las balas que lo mataron.

—Alina —la voz de Dimitri está cerca ahora—. Espera.

24

DIMITRI

La fábrica estalla en caos a mi alrededor, pero solo puedo concentrarme en llegar hasta Alina. Mis hombres se mueven con eficiencia entrenada, abatiendo a los soldados de Viktor con ráfagas controladas de disparos. Los cuerpos caen. La sangre salpica el hormigón. El acre olor a pólvora llena mis pulmones con cada respiración.

Pero nada de eso importa. Solo ella.

Abro camino a través de la nave principal, mi arma como una extensión de mi brazo. Un soldado de Popov aparece detrás de una pila de cajas y le clavo dos balas en el pecho antes de que pueda levantar su fusil. Otro viene por mi izquierda y lo derribo con un disparo en la cabeza. El tatuaje de la estrella de ocho puntas en mi pecho arde como si quisiera atravesar el chaleco táctico, un recordatorio de quién soy, en qué me he convertido. Quizá en lo que siempre he sido.

Un monstruo.

Entre el humo y el caos, lo oigo: un disparo procedente del fondo del edificio. Distinto al fuego de armas automáticas. Único. Deliberado.

Mi corazón se detiene.

—¡Alina! —Su nombre rasga mi garganta mientras corro hacia el sonido, dejando a mis hombres que se ocupen de los guardias restantes. Mis botas golpean el hormigón y cada segundo parece una eternidad. Me asaltan imágenes de su pelo rojo desparramado sobre mi almohada, sus ojos verdes llameantes de desafío, y cómo se sentía entre mis brazos hace apenas horas.

Salto por encima de un cuerpo, apenas reparando en los colores Kozlov de su chaqueta. Una puerta de oficina bloquea mi camino y la derribo de una patada, el marco astillándose bajo el impacto. El pasillo más allá es estrecho, iluminado por luces fluorescentes parpadeantes que bañan todo con un amarillo enfermizo.

Mi pulso late con tanta fuerza que lo siento en las sienes. He enfrentado a la muerte más veces de las que puedo contar, he entrado en emboscadas sabiendo que quizá no saldría. Pero este terror es distinto—más agudo, más visceral. No es mi vida lo que está en juego.

Es la suya.

Y si Viktor le ha hecho daño, si llego demasiado tarde—

No. No puedo pensar así. No quiero pensar así.

Doblo una esquina y casi choco con uno de los hombres de Viktor. Es joven, apenas veinte años, con el pánico escrito en el rostro. Intenta levantar su arma pero le tiemblan demasiado las manos. Podría dispararle, debería dispararle.

En cambio, le golpeo la sien con la culata de mi fusil y sigo avanzando, dejándolo inconsciente en el suelo. No tengo tiempo para esto. No tengo tiempo para nada excepto para llegar a ella.

El pasillo desemboca en un cruce, tres caminos bifurcándose en direcciones distintas. Me detengo medio latido, escuchando,

calculando. El olor a pólvora es más fuerte aquí, mezclado con algo más—miedo, sudor y sangre.

Izquierda. El disparo vino de la izquierda.

Si está herida, si Viktor la ha tocado, haré que lo que le hice a Pyotr parezca misericordioso.

Irrumpo por una puerta hacia un pasillo angosto, y la escena ante mí me paraliza.

Alina está de pie a metro y medio, de espaldas a mí, un arma agarrada con ambas manos. Sus brazos extendidos, firmes a pesar del temblor que percibo en sus hombros. Su cabello rojo enmarañado alrededor del rostro, y hasta desde atrás puedo ver la tensión irradiando de su cuerpo.

Viktor Popov se apoya en la pared del fondo, con una mano presionando su hombro donde la sangre rezuma entre sus dedos, tiñendo su costosa camisa. Su pelo plateado desaliñado, su rostro pálido de dolor y rabia. Pero sus ojos—esos ojos fríos y calculadores—fijos en su hija con algo que casi parece orgullo.

O quizá satisfacción. Incluso ahora, sangrando y dolorido, enfrentándose a su hija que le apunta con un arma, ha encontrado la manera de manipular la situación, de convertir este momento en una lección, una prueba, un último acto de control.

—Alina —mantengo la voz suave, controlada, mientras avanzo un paso lento—. Baja el arma.

Ella no se mueve, no da señales de haberme oído. ¿Me habrá oído siquiera, o está tan perdida en la venganza que solo se concentra en su padre? El arma sigue apuntando a su pecho, sin titubear. Su postura es buena—pies firmes, peso bien distribuido.

Me acerco más, con cuidado de no asustarla. Un movimiento en falso y ese dedo en el gatillo podría contraerse. —Se acabó. Mis

hombres han asegurado el edificio. Los soldados de Viktor están muertos o se han rendido. No tienes que hacer esto.

—¿Acaso no? —Su voz es firme, fría de un modo que nunca había oído antes. Me recuerda al hielo invernal resquebrajándose sobre aguas profundas—. Mató a mi hermana, Dimitri. Se merece morir.

No puedo discutir esa lógica. Yo mismo he matado por menos: por insultos, por disputas territoriales, o simplemente por mirarme de forma equivocada. Viktor Popov ha cometido crímenes que exigen pago sangriento en nuestro mundo. Si Alina baja esa pistola, le meteré una bala yo mismo sin dudarlo.

Pero también sé lo que le costará apretar ese gatillo. He vivido décadas con el peso de cada vida que he tomado. Algunas noches aún veo sus caras: el primer hombre que maté, aquel que pareció sorprenderse de que un chico de diecisiete años pudiera ser tan despiadado. El soldado que suplicó. El traidor que murió maldiciendo mi nombre. Algunas mañanas despierto con sangre en las manos que no está realmente ahí, manchas fantasmas que ningún lavado puede eliminar. He hecho las paces con lo que soy, con el monstruo en que me he convertido.

No quiero eso para ella.

Ya la obligaron a entrar en este mundo, a casarse conmigo, a navegar la brutal política de la Bratva. Pero esto —quitar una vida con sus propias manos, la vida de su padre— es una línea que, una vez cruzada, lo cambia todo.

Doy otro paso, lo bastante cerca ahora para ver las lágrimas que le corren por el rostro, para ver cómo su dedo se cierne sobre el gatillo. Sus manos están firmes como rocas, pero su pecho se agita con una emoción apenas contenida.

—Déjame hacerlo a mí —digo en voz baja—. Déjame llevar esta carga. Tú no necesitas cargarla.

Viktor suelta una risa húmeda y burbujeante que me hace apretar la mandíbula. La sangre le rezuma por la comisura de los labios, mezclándose con el carmesí que se extiende por su hombro. La herida del hombro es peor de lo que parece. Está perdiendo demasiada sangre, y por el sonido de su respiración, la bala podría haber rozado un pulmón.

Si no recibe ayuda médica pronto, morirá.

—Qué conmovedor —raspa Viktor, su acento más marcado por el dolor—. El gran Dimitri Morozov, intentando salvar el alma de su pequeña novia. —Tose, y más sangre salpica sus labios—. Pero ambos sabemos que ya está condenada. Se casó contigo, ¿verdad?

—Cállate. —Mi mano se dirige a mi arma, dispuesto a terminar esto yo mismo. Para ahorrarle a Alina esta elección. Este momento. Este recuerdo que la atormentará.

Pero Alina habla primero, su voz cortando la tensión como una cuchilla. —No tienes derecho a hablar de condenación. No después de lo que has hecho.

—¿Lo que he hecho? —La risa de Viktor se convierte en una tos húmeda—. Todo lo que hice, lo hice por nuestra familia. Por nuestro legado. Para mantenernos fuertes en un mundo que devora a los débiles.

—Mataste a tu propia hija. —La voz de Alina se quiebra al decirlo, pero la pistola no tiembla.

—Tomé decisiones estratégicas. —Los ojos de Viktor destellan con la vieja arrogancia, incluso ahora. La expresión de Viktor se tuerce en algo feo y fija su mirada en Alina—. Tu preciada hermanita. Tan débil. Tan patética. ¿Quieres saber cómo murió, Alina? ¿Quieres saber cuáles fueron sus últimas palabras?

Veo que Alina se estremece, veo cómo la pistola baja ligeramente. —No le escuches —digo con urgencia—. Intenta manipularte. Es lo que hace.

—Papá, por favor. —La voz de Alina se quiebra, y veo que sus brazos empiezan a temblar—. No hagas esto.

Pero Viktor siempre ha sido un hombre incapaz de resistirse a retorcer el cuchillo. Que ve la vulnerabilidad como oportunidad, el amor como debilidad que explotar.

—Suplicó —dice, su voz cobrando fuerza en la crueldad—. Lloró por ti. Gritó tu nombre mientras le apretaba el cuello. —Ilustra con su mano libre, los dedos curvándose en un agarre estrangulador, su rostro contorsionándose con el recuerdo—. No podía entender por qué lo hacía. No paraba de preguntar "¿por qué, papá, por qué?" Como una niña. —Su sonrisa es horrible—. Era demasiado débil para luchar. Igual que tú eres demasiado débil para apretar ese gatillo.

Las palabras flotan en el aire como veneno.

Observo el rostro de Alina. Veo cómo cesan las lágrimas. Veo cómo algo tras sus ojos cambia y cristaliza en algo más duro, más frío.

—Alina —digo con cautela, reconociendo el cambio—. Sea lo que sea que decidas, estoy contigo. Pero asegúrate de que sea tu elección. No la suya.

Ella no responde, ni siquiera me reconoce. Todo su ser se concentra en el hombre que le dio la vida, que moldeó su infancia, que destruyó todo lo que amaba.

El hombre que está a punto de aprender que siempre subestimó a su hija mayor.

Observo cómo los hombros de Alina se enderezan. Cómo cesa el temblor. Cómo algo fundamental cambia en su postura.

—Te equivocas —dice, su voz firme como la piedra—. Ya no soy débil.

—Alina... —empiezo, pero ella ya se mueve.

Tres disparos retumban en rápida sucesión, el sonido ensordecedor en el estrecho pasillo, cada uno preciso, controlado, colocados exactamente donde Sergei recibió sus heridas mortales. Centro del torso. Justo sobre el corazón.

25

ALINA

La pistola pesa una tonelada en mi mano.

Miro el cuerpo de mi padre, los tres agujeros oscuros en su pecho que reflejan las heridas que mataron a Sergei. La sangre se extiende por el suelo de hormigón en un charco cada vez más grande, arrastrándose hacia mis pies. Debería retroceder. Debería moverme. Debería sentir algo.

Pero no hay nada. Solo un vacío inmenso y resonante donde antes estaba mi corazón.

—Alina —la voz de Dimitri llega desde algún lugar lejano, aunque está justo a mi lado—. Dame la pistola.

Miro el arma en mis manos como si nunca la hubiera visto. Mis dedos están trabados alrededor de la empuñadura, los nudillos blancos, y no logro hacer que se suelten, no logro que ninguna parte de mi cuerpo responda a mis órdenes.

La mano de Dimitri cubre la mía, cálida y firme. Suavemente, con mucha delicadeza, separa mis dedos y coge la pistola. La ausencia de su peso debería ser un alivio, pero no siento nada. Solo ese terrible vacío abismal.

—Vamos —su brazo me rodea la cintura, sosteniéndome cuando mis piernas amenazan con ceder—. Tenemos que irnos.

Me guía lejos del cuerpo. Lejos del hombre que debía protegerme, que debía quererme, y que en cambio me vendió, mató a mi hermana e intentó destruir todo lo que me importaba. Mis pies se mueven automáticamente, uno tras otro, pero en realidad no estoy caminando. Floto, desconectada de mi cuerpo, viendo cómo todo esto le ocurre a otra persona.

El pasillo desemboca en la nave principal de la fábrica, y la escena que nos recuerda parece sacada de una zona de guerra. Cadáveres esparcidos por el hormigón. Los hombres de Dimitri se mueven con eficiencia por el espacio, revisando a los caídos, asegurando armas, coordinando la limpieza. El aire huele a pólvora, cobre y muerte.

—Pakhan —Alexei se acerca cojeando, pálido pero con la mirada aguda. Tiene sangre en el hombro, un carmesí fresco que rezuma por un vendaje aplicado a toda prisa, pero está vivo. Se mueve—. El edificio está seguro. Tenemos tres prisioneros para interrogar. Los demás… —hace un gesto hacia los cuerpos—. Bajas mínimas en nuestro bando. Borge recibió un balazo en la pierna, pero sobrevivirá.

Dimitri asiente, con el brazo aún apretado alrededor de mi cintura—. Lleve a los heridos al médico. Tenga al equipo de limpieza preparado. Quiero este lugar desinfectado en una hora.

—Ya estoy en ello —la mirada de Alexei se dirige hacia mí, y veo algo que parpadea en su expresión. Preocupación, quizá. O lástima —. ¿Ella…?

—Está bien —la voz de Dimitri es firme, sin admitir réplica—. Está en shock, pero está bien.

¿Lo estoy? No me siento bien. No siento absolutamente nada.

Caminamos entre la carnicería, pasando junto a hombres que reconozco de la boda, de la finca. Asienten respetuosamente a

Dimitri, apartando la mirada de mí. ¿Saben lo que hice? ¿Pueden ver la sangre de mi padre en mis manos, aunque Dimitri cogió la pistola?

El aire fresco de la noche me golpea la cara al salir, y respiro hondo. La fábrica está en una zona industrial, rodeada de otros edificios abandonados y solares vacíos. Los todoterrenos de Dimitri están aparcados en semicírculo, con los motores en marcha, listos para un escape rápido.

—Espera —mi voz suena extraña, hueca—. Katya. Necesito ver a Katya.

Dimitri se detiene, apretando mi cintura—. Alina…

—Necesito ver a mi hermana —las palabras salen ahora más fuertes, atravesando la niebla—. Necesito despedirme. Por favor.

Estudia mi rostro durante un largo momento, y veo la guerra que libra tras sus ojos verdes. El Pakhan que necesita actuar rápido, ponerme a salvo, manejar las consecuencias políticas. Y el hombre que acaba de verme matar a mi propio padre, que sabe lo que siento aunque yo misma no pueda sentirlo.

El hombre gana.

—Alexei —llama—. Envíe un equipo al complejo de los Popov. Encuentre el cuerpo de Katya y llévelo a la finca. Trátelo con respeto.

—Sí, Pakhan.

Dimitri me ayuda a subir a la parte trasera de su todoterreno, deslizándose a mi lado. Los asientos de piel están fríos contra mi piel, y me doy cuenta de que estoy temblando. No de frío, sino de algo más profundo. Algo que intenta abrirse paso a la superficie a través de todo ese entumecimiento.

El trayecto de vuelta a la finca pasa en un borrón. Dimitri hace llamadas, su voz queda y controlada mientras coordina con su red. Atrapo fragmentos de conversación. Viktor Popov ha muerto. La

alianza con los Kozlov se ha roto. Las demás familias se están reorganizando. Puede que estalle la guerra.

Debería importarme. Debería preocuparme por lo que viene. Pero solo puedo pensar en Katya. Mi hermanita. Dieciséis años con toda la vida por delante. Muerta por mi culpa. Porque desafié a nuestro padre. Porque me casé con Dimitri en lugar de quedarme donde pertenecía.

—Para —la mano de Dimitri cubre la mía, y me doy cuenta de que he estado clavándome las uñas en las palmas con tanta fuerza que he sacado sangre—. Esto no es culpa tuya.

—¿No es así? —Mi voz se quiebra—. Si no me hubiera casado contigo, si hubiera hecho lo que él quería…

—Entonces tú también estarías muerta. —Sus dedos se entrelazan con los míos, apretando con fuerza—. Viktor siempre iba a sacrificarte, Alina. En el momento en que te volviste un inconveniente, cuando amenazaste sus planes, eras prescindible. Como Katya. Como habría sido tu madre si alguna vez se le hubiera enfrentado.

Sé que tiene razón. Lógicamente, lo sé. Pero la lógica no alcanza a la culpa que empieza a filtrarse a través del entumecimiento como un veneno.

Las puertas de la finca se abren de par en par y entramos en los terrenos familiares. Hogar. Solo que ahora no se siente como un hogar. Se siente como otra prisión, otro lugar donde pasan cosas malas.

Dimitri me lleva dentro, pasando junto a sus hombres que ya están tomando posiciones defensivas. La casa está en alerta máxima, cada entrada vigilada, cada ventana controlada. Preparándose para una represalia que quizá nunca llegue.

Me lleva a su despacho en lugar de a nuestro dormitorio. La habitación huele a cuero y vodka caro, masculina y segura. Me sirve

una copa y me la pone en las manos.

—Bebe.

Obedezco automáticamente, el vodka quemándome la garganta. No ayuda. Nada ayuda.

Pasan horas. Estoy sentada en el sillón de cuero junto a la ventana mientras Dimitri trabaja, haciendo llamadas, recibiendo informes, coordinando la respuesta a la muerte de Viktor. Las otras familias Bratva están en caos. Algunas celebran, viendo la muerte de Viktor como una oportunidad. Otras piden sangre, afirmando que Dimitri lo orquestó todo. Unas pocas se mantienen neutrales, esperando a ver de qué lado sopla el viento.

Debería estar escuchando. Debería prestar atención a las políticas que moldearán nuestro futuro. Pero no puedo concentrarme en nada excepto en el reloj de la pared, viendo pasar los minutos. Esperando noticias sobre Katya.

El sol empieza a salir cuando Alexei por fin aparece en la puerta. Su hombro está bien vendado ahora, su cara menos pálida. Pero la expresión que tiene me hace retorcerse el estómago.

—Hemos registrado todo el complejo —dice en voz baja—. Cada habitación, cada edificio, cada centímetro de la propiedad.

—¿Y? —La voz de Dimitri es cortante.

—No hay ningún cuerpo, Pakhan. —Los ojos de Alexei se encuentran con los míos—. Hemos encontrado pruebas de violencia en uno de los dormitorios. Sangre, señales de una lucha. Pero ningún cuerpo. Katya no está allí.

Las palabras no tienen sentido. Oí a mi padre. Lo oí decirme que la había matado. Oí la satisfacción en su voz cuando describió cómo lloró por mí.

Dimitri despide a Alexei y se arrodilla delante de mi silla, tomando mis manos en las suyas. El tatuaje de la estrella de ocho puntas en

su pecho es visible a través de su camisa medio desabotonada, un recordatorio de quién y qué es. Un hombre que ha sobrevivido a todo lo que este mundo le ha lanzado.

—La encontraremos —dice, y no es una promesa. Es un juramento —. Pase lo que pase, tarde lo que tarde, encontraremos a tu hermana.

Quiero creerle. Pero he aprendido a base de golpes que la esperanza es peligrosa en este mundo.

Sus pulgares acarician mis nudillos. —Necesitas descansar. Has pasado por un infierno y tu cuerpo necesita dormir.

—No puedo dormir. No hasta que sepa…

—Alina, déjame encargarme de esto. Deja que mis hombres hagan su trabajo. Tienes que cuidarte.

Tiene razón, y odio que la tenga. Mi cuerpo grita pidiendo descanso, mi mente nublada por el agotamiento y el shock.

Una llamada a la puerta interrumpe mi espiral. Entra uno de los especialistas técnicos de Dimitri, llevando una tableta. Su cara es cuidadosamente neutra, pero veo la tensión en sus hombros.

—Pakhan. Hemos extraído imágenes de las cámaras de tráfico de la zona alrededor del complejo Popov. Necesita ver esto.

Dimitri coge la tableta y yo me acerco para ponerme a su lado, mirando por encima de su hombro la pantalla. Las imágenes son granuladas, en blanco y negro, con una marca de tiempo de esta mañana temprano. Muestra una calle residencial que reconozco como cercana a la casa de mi padre.

Un sedán negro se detiene en la acera. Bajan tres hombres, y hasta a través de las imágenes de mala calidad puedo ver los tatuajes en sus cuellos. Marcas Bratva. Pero no son los colores Popov.

Son los colores Kozlov.

Mi respiración se corta cuando una cuarta figura es arrastrada fuera de una casa. Pequeña, forcejeando, con el pelo oscuro ondeando mientras lucha. Incluso sin ver su cara claramente, lo sé.

Katya.

La obligan a entrar en el coche, con la mano de un hombre tapándole la boca para amortiguar sus gritos. El sedán se aleja, desapareciendo calle abajo.

—Los Kozlov la tienen —la voz de Dimitri es fría, controlada, pero oigo la rabia que hay debajo—. Viktor debe de habérsela vendido. Un seguro, por si su reunión contigo salía mal.

Miro la pantalla, la imagen congelada de mi hermana siendo llevada. Está viva. Katya está viva. El alivio es tan intenso que me flaquean las rodillas, pero inmediatamente le sigue el terror.

La familia Kozlov. La misma que orquestó el ataque a la iglesia. La misma que quería verme muerta. Ahora tienen a mi hermana de dieciséis años.

—Tenemos que recuperarla —me giro hacia Dimitri, agarrando su camisa—. Ahora mismo. Tenemos que…

—Lo haremos —sus manos cubren las mías, estabilizándome—. Pero tenemos que ser inteligentes. Los Kozlov esperarán que vayamos a por ella. La usarán como cebo, intentarán llevarnos a una trampa.

—No me importa —las palabras salen feroces, definitivas—. Es mi hermana. Es todo lo que me queda. No me importa lo que cueste, lo que requiera. Vamos a recuperarla.

Dimitri estudia mi cara, y veo el momento en que toma su decisión. El momento en que me elige a mí, nos elige a nosotros, por encima de la estrategia y la precaución.

—Entonces la recuperamos —dice simplemente—. Pase lo que pase.

26

DIMITRI

Observo el rostro de Alina mientras asimila la verdad. El vacío que ha habitado en sus ojos desde que apretó el gatillo contra Viktor de repente es reemplazado por otra cosa.

Esperanza.

Una esperanza desesperada y aterradora que hace brillar sus ojos verdes con lágrimas retenidas.

—Está viva —susurra, como si temiera que decirlo en voz alta lo convirtiera en mentira—. Dimitri, está viva.

Dejo la tableta sobre mi escritorio y la atraigo hacia mis brazos, sintiendo cómo su cuerpo tiembla contra el mío.

—La encontraremos —digo, y la certeza en mi voz me sorprende incluso a mí. Veinte años he pasado construyendo muros alrededor de mi corazón, aprendiendo a no importarme nada ni nadie excepto el poder y la supervivencia. Veinte años siendo el despiadado Pakhan que toma decisiones calculadas basadas en la estrategia, no en las emociones.

Y esta mujer ha derribado cada uno de esos muros en menos de una semana.

Esa revelación debería aterrorizarme. Y lo hace. Pero ahora mismo, viendo cómo florece la esperanza en su rostro, sintiendo cómo se aferra a mí como si fuera su ancla en una tormenta, no puedo preocuparme por el peligro de dejar que alguien importe tanto.

—Alexei —no alzo la voz, pero mi *sovietnik* aparece en la puerta en cuestión de segundos. Su hombro está bien vendado ahora, la sangre limpiada, pero puedo ver el dolor en las líneas tensas alrededor de su boca—. Quiero que se activen todos nuestros informantes. Que se cobren todos los favores. Que se presione a todos los contactos. Alguien sabe dónde tienen los Kozlov retenida a Katya, y quiero esa información en una hora.

—Ya estoy en ello, Pakhan —saca su teléfono, los dedos vuelan sobre la pantalla—. Tengo equipos registrando sus propiedades conocidas. Estamos monitorizando todos sus canales de comunicación habituales. Si respiran mal, lo sabremos.

Asiento con la cabeza, mi mano acaricia la espalda de Alina en lo que espero que sea un gesto tranquilizador. No se me da bien consolar. Nunca se me ha dado bien. Mi infancia me enseñó que la debilidad te lleva a una paliza, que mostrar emociones te hace daño. Pero por ella, lo intento.

Alina se separa un poco, mirándome con esos ojos verdes que ven demasiado.

—¿Por qué la habrían llevado? ¿Qué quieren?

Es una buena pregunta. Una que me he estado haciendo desde que vimos las imágenes. Los Kozlov orquestaron el ataque a la iglesia con la ayuda de Viktor, intentaron usar el caos para actuar contra mi territorio. Pero Viktor ya está muerto, la alianza rota. ¿Qué utilidad tiene para ellos una chica de dieciséis años?

—Chantaje —digo, la palabra sabe amarga—. Saben que te tengo. Saben que estamos casados. Llevarse a Katya les da una moneda de cambio.

—O un cebo —la expresión de Alexei es sombría—. Podrían estar intentando atraerle a una trampa, usar a la chica para atraerle a un lugar donde puedan acabar con usted.

Veo a Alina estremecerse por la forma casual con que se refiere a su hermana como "la chica", como una pieza más en el tablero. Pero así funciona este mundo. Todo el mundo es una pieza, una herramienta, un medio para un fin.

Todos excepto ella.

El pensamiento llega sin ser invitado, no deseado. Lo aparto y me centro en la estrategia.

Mi teléfono vibra con un mensaje entrante. Luego otro. Y otro. Mi red está respondiendo, la información fluye desde una docena de fuentes diferentes. La mayor parte es inútil, rumores y especulaciones. Pero un mensaje me hace parar.

Avistado teniente de los Kozlov en el aeródromo Riverside. Un avión pequeño está siendo preparado para salir. Destino desconocido.

—Alexei, movilice a todos. Vamos al aeródromo Riverside.

Ya se está moviendo, dando órdenes por teléfono. En cuestión de minutos, oigo el sonido de los motores arrancando, hombres reuniéndose en el patio de abajo. Mis soldados, mi ejército, preparados para ir a la guerra por una chica de dieciséis años a la que nunca han conocido.

Porque yo lo he ordenado. Porque ella le importa a Alina. Porque, de algún modo, en el espacio de unos días, Alina se ha convertido en lo más importante de mi mundo.

Me giro y la encuentro mirándome, y la expresión en su rostro me oprime el pecho. Ya no es solo esperanza. Es algo más profundo,

más complicado. Confianza, tal vez. O el comienzo de algo que no estoy preparado para nombrar.

—Voy con vosotros —dice, y su tono deja claro que no es una petición.

—No —la palabra sale más brusca de lo que pretendo—. Es demasiado peligroso. Si esto es una trampa, si los Kozlov nos están esperando, necesito saber que estás a salvo.

—Es mi hermana —dice Alina con voz firme, pero veo que aprieta los puños a los lados—. No me quedaré sentada aquí mientras arriesgas tu vida para salvarla.

—Eso es exactamente lo que harás —me acerco más, sujetándole la cara entre mis manos—. No puedo concentrarme en la misión si estoy preocupado por protegerte. Necesito que te quedes aquí, a salvo, donde sé que los Kozlov no pueden usarte contra mí.

Abre la boca para discutir, y hago lo único que se me ocurre para detenerla. La beso con fuerza y desesperación, vertiendo todo lo que no puedo decir en la presión de mis labios contra los suyos. Emite un pequeño sonido de sorpresa, luego se derrite en mis brazos, con las manos aferradas a mi camisa.

Cuando me aparto, los dos respiramos con dificultad.

—Gracias —sonríe—. Pero he tomado una decisión. Voy contigo.

Sé cuando me han vencido, y esta es una de esas veces. A regañadientes, asiento.

—Pero —insisto, sosteniendo un dedo delante de su cara— te quedarás en el coche.

Lo piensa un segundo y luego asiente.

El convoy está listo cuando llegamos al patio. Alexei está en el vehículo delantero a pesar de su herida, porque necesito su mente táctica. Boris está colocado en el segundo vehículo con su rifle de

francotirador, listo para dar cobertura, con la pierna vendada por la herida de bala que recibió antes. El resto son soldados con los que he luchado durante años, hombres a los que confío mi vida.

Me deslizo en el asiento del conductor del SUV líder, con las manos agarrando el volante. Alina se acomoda en el asiento del pasajero. El motor ruge y salimos de la finca en formación cerrada.

El aeródromo Riverside está en el borde este de la ciudad, una pequeña instalación privada utilizada principalmente por hombres de negocios adinerados y alguna que otra celebridad. El viaje dura treinta minutos que parecen treinta horas. Mi mente repasa escenarios, contingencias, planes de respaldo. Si Katya está allí, si podemos extraerla antes de que el avión despegue, esto podría terminar esta noche. Pero si es una trampa, si los Kozlov han posicionado sus fuerzas para emboscarnos, podríamos estar caminando hacia una masacre.

Miro a Alina. Aunque tiene la cabeza ladeada, mirando por la ventana, aún puedo ver su reflejo en el cristal. Sus rasgos están contraídos por la preocupación, pero hay un destello de esperanza en sus ojos.

—Pakhan —la voz de Alexei corta mis pensamientos—. Estamos a cinco minutos. ¿Cuál es el plan?

Me obligo a concentrarme, a convertirme en el Pakhan frío y calculador que mis hombres necesitan. —Entramos en silencio. Primero reconocimiento, luego extracción. Si nos ven, si empiezan los disparos, la prioridad número uno es sacar a la chica con vida. Todo lo demás es secundario.

—¿Y si es una trampa?

—Entonces la activamos y nos enfrentamos a las consecuencias —compruebo mi arma, el peso familiar de la Glock me tranquiliza en la mano—. Pero no nos iremos sin Katya.

El aeródromo aparece a la vista, un conjunto de hangares y una única pista rodeada por una valla de eslabones. Las luces de seguridad iluminan el perímetro, pero puedo ver zonas oscuras donde la cobertura es débil. Puntos de entrada.

Apago los faros y me salgo de la carretera principal, los demás vehículos hacen lo mismo. Aparcamos en la sombra de un almacén a unos doscientos metros de la entrada del aeródromo y le recuerdo a Alina una vez más que se quede en el coche.

—Lo haré —promete.

—Boris, busca una posición con una vista clara de la pista —ya estoy en movimiento, comprobando mi chaleco táctico, asegurándome de que todo está en su sitio—. Todos los demás, formación estándar de extracción. Alexei, tú vienes conmigo.

Mis hombres se dispersan como sombras, moviéndose con la eficiencia practicada de soldados que han hecho esto cien veces antes. Los veo marcharse, sintiendo que la familiar adrenalina previa al combate empieza a bombear por mis venas.

Esto es lo que se me da bien. Violencia. Estrategia. Supervivencia.

Pero mientras nos acercamos a la valla, mientras escaneo el aeródromo en busca de amenazas, me doy cuenta de que algo ha cambiado. Ya no lucho solo por territorio, poder o venganza. Lucho por algo más importante.

Lucho por la mujer que espera en casa. Por la hermana a la que ama. Por la familia que intentamos construir de las cenizas de todo lo que ha sido destruido.

El pensamiento debería debilitarme, nublar mi juicio. En cambio, me hace más agudo, más concentrado. Más peligroso.

Cortamos la valla y nos deslizamos por los terrenos del aeródromo. El hangar principal está iluminado y puedo ver figuras moviéndose

dentro. Al menos seis hombres, quizá más. Y allí, en la pista, un pequeño jet privado con los motores ya en marcha.

Se están preparando para marcharse. Se nos acaba el tiempo.

Hago una señal a mis hombres para que mantengan la posición mientras Alexei y yo nos acercamos más, usando las sombras como cobertura. A través de la puerta abierta del hangar, ahora puedo ver con más claridad. Soldados de los Kozlov, armados y alerta.

Estoy a punto de dar la señal de asalto cuando mi teléfono vibra en mi bolsillo. Número desconocido. Todos mis instintos me gritan que no conteste, que es una distracción, una trampa. Pero algo me hace sacarlo, me hace aceptar la llamada.

La estática crepita en la línea. Luego una voz, joven y aterrorizada, y tan parecida a la de Alina que me duele el pecho.

—Por favor —la voz de Katya es apenas un susurro, ahogada por las lágrimas—. Por favor, que alguien me ayude. Alina, si puedes oír esto, tengo tanto miedo. Van a llevarme a algún sitio y no sé lo que me van a hacer y solo quiero irme a casa. Por favor, Alina, por favor ayúdame.

La línea se corta.

27

ALINA

El todoterreno avanza a toda velocidad por las calles oscuras, y agarro la manilla de la puerta con tanta fuerza que se me ponen los nudillos blancos. Dimitri conduce con agresividad controlada, esquivando el tráfico como si nos persiguieran demonios. Quizá así sea. Los demonios creados por mi padre, los que se llevaron a mi hermana.

Miro de reojo el perfil de Dimitri, iluminado por las luces del salpicadero y las farolas que pasan. Tiene la mandíbula apretada, sus ojos verdes concentrados en la carretera con intensidad láser. El tatuaje del dragón es visible en el cuello abierto de su chaleco táctico, un recordatorio del poder que maneja. Poder que está usando para salvar a mi hermana.

Por mí.

Miro fijamente por la ventana las luces de la ciudad que pasan borrosas. En algún lugar, mi madre probablemente está durmiendo plácidamente. ¿Sabe siquiera que su hija pequeña ha desaparecido? ¿Le importa?

La amargura que me inunda es casi bienvenida. Es mejor que el miedo. Esto es culpa mía. Si no hubiera desafiado a mi padre, si no

me hubiera casado con Dimitri, si simplemente hubiera sido la hija obediente que Viktor quería, Katya estaría ahora segura en casa.

El aeródromo aparece a la vista, una extensión de hangares y pista rodeada por una valla metálica. Las luces de seguridad crean charcos de iluminación, pero hay sombras entre ellos. Espacios oscuros donde podría esconderse cualquier cosa.

Dimitri apaga los faros y se aparta de la carretera principal, con el convoy siguiendo en formación cerrada. Aparcamos detrás de un almacén abandonado a unos doscientos metros de la entrada del aeródromo. En cuanto el motor se apaga, el silencio resulta opresivo.

Dimitri se vuelve hacia mí, sus ojos verdes intensos en la oscuridad. —Quédate en el vehículo. Sin discusiones.

Abro la boca para discutir, pero él se inclina y me besa. No es el beso desesperado y posesivo de antes. Este es más suave, casi tierno. Una promesa y una súplica a la vez.

Cuando se aparta, su frente descansa contra la mía.

—De acuerdo —susurro—. Me quedaré.

Un destello de alivio cruza su rostro, rápidamente enmascarado por la fría expresión del Pakhan. Comprueba su arma una última vez y abre su puerta. Sus hombres se mueven como sombras, dispersándose en la noche con eficiencia entrenada. Observo cómo los amplios hombros de Dimitri desaparecen en la oscuridad.

Va a recuperarla. Tiene que hacerlo.

Me siento en el todoterreno, con el corazón latiendo tan fuerte que lo siento en la garganta. Dimitri desaparece en la oscuridad y, de repente, estoy sola con nada más que mi miedo y el lejano zumbido de los motores de los aviones.

Los minutos pasan como horas. Aguzo el oído para captar cualquier sonido, cualquier indicio de lo que está sucediendo, pero no hay

nada. Solo el susurro del viento a través de la valla y el constante retumbar del avión preparándose para el despegue.

Katya está ahí dentro. Aterrorizada. Sola. Probablemente pensando que nadie va a rescatarla.

Mi mano se dirige a la manilla de la puerta antes de que pueda detenerme. Dimitri me dijo que me quedara. Me ordenó que me quedara. Pero Katya no conoce a Dimitri. Nunca lo ha visto, que yo sepa. Si hombres armados asaltan el lugar donde la retienen, se aterrorizará. No sabrá que están allí para rescatarla.

Necesita ver un rostro familiar. Mi rostro.

Echo un vistazo alrededor de la zona de aparcamiento. Dimitri y sus hombres se han ido, tragados por las sombras. Nadie vigila los vehículos. Nadie me verá escabullirme.

Mis dedos se cierran alrededor de la manilla y respiro hondo. Dimitri va a estar furioso. Pero no puedo quedarme aquí sentada sin hacer nada mientras mi hermana está en peligro.

Abro la puerta con cuidado, haciendo una mueca al oír el suave clic. El aire nocturno es fresco contra mi piel mientras salgo deslizándome, agachándome. Dejo la puerta ligeramente entreabierta para que no haga ruido al cerrarla, luego avanzo hacia la línea de la valla, usando la oscuridad como cobertura.

Mi corazón golpea contra mis costillas con cada paso. No estoy entrenada para esto, no sé lo que estoy haciendo. Pero sigo avanzando, siguiendo el camino que vi tomar a los hombres de Dimitri.

La valla se alza ante mí y encuentro la sección que cortaron. La malla metálica ha sido levantada, creando una abertura lo suficientemente grande como para pasar. Me agacho para atravesarla, sintiendo el metal raspar mi chaqueta.

Ahora estoy en plena pista de aterrizaje, expuesta y vulnerable. Me mantengo agachada, moviéndome de sombra en sombra, con los ojos escudriñando en busca de amenazas. El hangar principal está iluminado como un faro, y puedo ver figuras moviéndose en su interior. Soldados de Kozlov, armados y alerta.

Y allí, en la pista más allá del hangar, el pequeño jet está con los motores en marcha. Las escaleras están desplegadas, la puerta de la cabina abierta. Se están preparando para partir. Para llevarse a Katya a algún lugar donde quizá nunca la encuentre.

Me acerco más, con la respiración entrecortada. ¿Dónde está Dimitri? ¿Dónde están sus hombres? Debería ver alguna señal de ellos, alguna indicación de que el asalto está a punto de comenzar.

Entonces lo oigo. Un silbido agudo, apenas audible por encima del ruido de los motores del jet. Una señal.

Y todo sucede a la vez.

Los hombres de Dimitri emergen de las sombras como ángeles vengadores, con las armas en alto. Estalla el tiroteo, un sonido ensordecedor en la noche. Los soldados de Kozlov se dispersan, algunos responden al fuego, otros se tiran al suelo buscando cobertura.

Me aprieto contra la pared de un pequeño edificio de mantenimiento, con las manos sobre los oídos. El tiroteo es breve pero intenso. Los hombres de Dimitri se mueven con una precisión mortal, derribando a los soldados de Kozlov con ráfagas controladas. Atisbo al propio Dimitri, sus movimientos fluidos y eficientes mientras avanza hacia el hangar.

En medio del caos, veo movimiento cerca del jet. Dos hombres están arrastrando a alguien por las escaleras. Alguien pequeño, con el pelo oscuro ondeando por el viento de los motores.

Katya.

Mi hermana está forcejeando con ellos, con movimientos desesperados y descoordinados. Uno de los hombres la golpea, y hasta desde esta distancia, veo cómo su cabeza se vuelve bruscamente hacia un lado.

Algo dentro de mí se rompe.

No recuerdo haber tomado la decisión de moverme. No recuerdo que mis pies me llevaran a través de la pista. Un momento estoy apretada contra el edificio, y al siguiente estoy corriendo hacia el jet, con las piernas bombeando y los pulmones ardiendo.

—¡Katya! —Su nombre sale de mi garganta, apenas audible por encima de los disparos y los motores.

Pero ella me oye. Su cabeza gira bruscamente, sus ojos encuentran los míos a través de la distancia. Incluso bajo las duras luces de seguridad, puedo ver la esperanza que ilumina su rostro.

—¡Alina! —grita mi nombre, renovando su forcejeo contra los hombres que la sujetan.

Estoy a mitad de camino del jet cuando oigo la voz de Dimitri, gritando mi nombre. No me detengo. No puedo detenerme. Katya está justo allí, tan cerca que casi puedo tocarla.

Los soldados de Kozlov me ven acercarme. Uno de ellos grita algo en ruso, y de repente, están arrastrando a Katya escaleras abajo, usándola como escudo. El otro saca un cuchillo, la hoja reluce bajo la luz.

Me detengo en seco a unos tres metros de distancia, con el pecho palpitante. De cerca, puedo ver el terror en los ojos de Katya, los cardenales en su rostro, la forma en que tiene las manos atadas delante de ella. Lleva la misma ropa que en las imágenes de seguridad, ahora rota y sucia.

—Katya —digo, intentando mantener la voz firme—. Está bien. Estoy aquí. Todo va a salir bien.

—Alina, tengo mucho miedo —su voz se quiebra en un sollozo—. Papá dijo que estabas muerta. Dijo que nos habías abandonado.

La mentira hace que la rabia arda en mi pecho, pero la reprimo. —No estoy muerta. Estoy justo aquí. Y voy a sacarte de esta.

El hombre que sostiene el cuchillo se ríe, un sonido áspero. Es joven, quizá veinticinco años, con ese tipo de desesperación en los ojos que vuelve peligrosa a la gente. —No vas a sacar a nadie de nada. Retrocede, o le corto el cuello aquí mismo.

Presiona la hoja contra el cuello de Katya, y veo que aparece un fino reguero de sangre. Katya gime, con los ojos apretados.

—Por favor —levanto las manos, mostrando que estoy desarmada—. Por favor, no le haga daño. Solo es una niña. No tiene nada que ver con todo esto.

—Es una moneda de cambio —el segundo hombre habla ahora, mayor, con ojos fríos que me recuerdan a mi padre—. Y tú acabas de convertirte en otra. La esposa de Morozov, caminando directamente hacia nuestras manos.

Detrás de mí, oigo pasos corriendo. Dimitri y sus hombres, acercándose. Pero están demasiado lejos. Si el soldado de Kozlov decide matar a Katya, si su mano resbala o su valor flaquea, ella estará muerta antes de que nadie pueda detenerlo.

El cuchillo presiona con más fuerza contra su garganta, y más sangre brota, resbalando por su piel pálida. Los ojos de Katya encuentran los míos, muy abiertos, aterrorizados y tan jóvenes.

—Lo siento —susurra—. Lo siento mucho, Alina.

—No te disculpes —mi voz se quiebra—. Esto no es culpa tuya. Nada de esto es culpa tuya.

El hombre con el cuchillo mira más allá de mí, viendo la aproximación de Dimitri. Su mano aprieta la hoja, y veo cómo se

forma la decisión en sus ojos. El cálculo. Si va a morir de todas formas, bien podría llevarse algo valioso consigo.

28

DIMITRI

Mi corazón se detiene en el instante en que veo a Alina salir de su escondite.

Está corriendo por la pista hacia el avión, con su pelo oscuro ondeando a su espalda por el viento de los motores, y todos mis instintos protectores, perfeccionados durante cuarenta y dos años, me gritan que la detenga. Que la coja. Que la arroje de vuelta tras el edificio de mantenimiento donde estará a salvo.

Pero estoy demasiado lejos. Demasiados cuerpos se interponen entre nosotros. Demasiadas variables que no puedo controlar.

—¡Alina! —Su nombre sale de mi garganta, desgarrado y desesperado, como no sonaba desde que era un niño viendo los puños de mi padre golpear a mi madre.

No se detiene, ni siquiera aminora la marcha. Sus ojos están clavados en el avión, en los dos hombres que arrastran a una pequeña figura por las escaleras. Katya. Incluso desde esta distancia, puedo ver a la chica forcejeando, con movimientos descoordinados pero decididos.

—¡Katya! —El grito de Alina corta el caos de disparos y gritos. La cabeza de la chica gira bruscamente, sus ojos encuentran a su hermana al otro lado de la distancia, y veo cómo la esperanza ilumina su rostro juvenil.

Los soldados de los Kozlov también ven acercarse a Alina. Gritan algo en ruso, áspero y urgente, y de repente arrastran a Katya escaleras abajo. Usándola como escudo. Uno de ellos saca un cuchillo, y la hoja brilla bajo las duras luces de seguridad mientras la aprieta contra la garganta de la chica.

Mi sangre se hiela.

Ahora corro más rápido, acortando distancias, pero sigo estando demasiado lejos. Treinta metros. Veinticinco. Mis hombres convergen desde múltiples ángulos, pero ninguno puede disparar. No con Katya en medio.

—¿Quién tiene un tiro limpio? —ladro en el comunicador.

—Negativo, Pakhan —la voz de mi francotirador suena tensa por la frustración—. El objetivo usa a la chica como escudo. No tengo ángulo despejado.

Alina se detiene en seco a unos tres metros de los soldados, con el pecho palpitante. De cerca, puedo ver el terror en los ojos de Katya, la fina línea de sangre donde el cuchillo ya ha roto la piel. La chica tiene dieciséis años. Solo es una niña. Y va a morir por los juegos que hombres como yo jugamos.

Me obligo a tragar la furia, hundiéndola en lo más profundo de mi estómago donde se enrosca como una serpiente esperando para atacar. La canalizo hacia algo más frío, más agudo. Cálculo. Estrategia.

Necesito otro enfoque.

Muevo la mano hacia el costado en lo que parece un gesto casual, rozando el cinturón con los dedos. Para cualquiera que observe,

parece que simplemente me ajusto la chaqueta. Pero mis hombres, apostados en las sombras, reconocerán lo que es: la señal de mantener posición y esperar mi orden.

Dos golpecitos en mi muslo son otra señal para que los chicos rodeen sin intervenir mientras avanzo hacia la vista. Los dos hombres vuelven sus miradas hacia mí, con los ojos redondos por la sorpresa.

—Ustedes no tienen opciones —digo, con voz que cruza la pista—. Sus hombres están muertos o capturados. La familia Kozlov está acabada. Esto se ha terminado.

Me centro en el hombre más joven. Su mano tiembla aún más ahora, con gotas de sudor en la frente a pesar del aire fresco de la noche. Está aterrorizado. Bien. El miedo es algo con lo que puedo trabajar.

Engancho el arma con calma, deliberadamente, y levanto las manos. Luego doy un paso adelante.

—¡No! —La voz del joven se quiebra—. ¡No se acerque más!

Pero sigo avanzando, lento y constante, con la mirada fija en la suya. He pasado décadas perfeccionando este método. El Pakhan sereno y controlado que tiene el mando absoluto en cada situación.

Doy otro paso, lo bastante cerca para ver las gotas de sudor en su rostro. —Usted está en una mala situación. Lo comprendo. Sus jefes le enviaron a una misión que ha salido mal y ahora está atrapado. Pero aún tiene opciones.

—No tengo opciones —su voz es amarga, desesperada—. Usted es Dimitri Morozov. No hace tratos. No muestra misericordia.

—Hago tratos constantemente —doy otro paso. Ahora estoy a quince pies, lo bastante cerca como para abalanzarme sobre él si fuera necesario. Pero es demasiado arriesgado con el cuchillo en la garganta de Katya—. Así es como he sobrevivido tanto tiempo. Así

que le hago una oferta: suelte a la chica y podrá irse. Incluso le daré ventaja.

El hombre mayor escupe al suelo. —¿Cree que somos estúpidos? En cuanto la suelte, sus hombres nos matarán.

—Puede ser —admito encogiéndome de hombros—. Pero no pueden ganar esta pelea.

—Entonces moriremos luchando —la voz del hombre mayor es desafiante, pero percibo un dejo de miedo—. Mejor que lo que usted nos haría.

Desvío mi atención hacia él y le dejo ver el frío cálculo en mis ojos. El Pakhan despiadado que ha construido un imperio con sangre y miedo. —Tiene razón. Si le hacen daño a esa chica, les haré sufrir de formas que no pueden imaginar. Haré que dure días. Semanas. Me aseguraré de que supliquen la muerte mucho antes de concedérsela.

La amenaza queda suspendida en el aire, pesada y absoluta. Veo cómo la confianza del hombre mayor flaquea.

Pero no he terminado. Me vuelvo hacia el joven y suavizo la voz. —Pero si la suelta, si demuestra sabiduría y misericordia, lo recordaré. La Bratva siempre necesita buenos soldados. Hombres que sepan cuándo luchar y cuándo rendirse. Hombres que entiendan que sobrevivir es más importante que el orgullo.

—¿Nos contrataría? —su voz es incrédula—. ¿Después de esto?

—Lo consideraría —no es del todo mentira. He reclutado de organizaciones enemigas antes. La lealtad se puede comprar, y un hombre lo bastante inteligente para saber cuándo está vencido tiene valor—. Pero primero tiene que demostrar que vale la inversión. Suelte a la chica.

El cuchillo tiembla ligeramente, separándose de la garganta de Katya una fracción de pulgada. No mucho, pero suficiente para darme esperanza.

Por el rabillo del ojo, veo a Alina. Me observa con una expresión que no logro descifrar. Sorpresa, quizá. O algo más profundo. Está viendo una faceta mía que no muestro a menudo. El hombre que elige la negociación sobre la violencia cuando le conviene.

—No le escuche —silba el hombre mayor—. Miente. Nos matará a los dos en cuanto la soltemos.

No digo nada.

Los ojos del joven se encuentran con los míos, y veo la lucha que se libra tras ellos. Miedo y desesperación y un tenue destello de esperanza. Su mano sigue temblando, pero el cuchillo se ha separado otra fracción.

—Puede irse —digo con suavidad—. Empezar de nuevo. Encontrar otro empleo. Vivir.

Los segundos se alargan, cada uno parece una eternidad. Katya llora en silencio, con lágrimas que le resbalan por el rostro juvenil. Alina permanece inmóvil, con las manos aún levantadas, sus ojos verdes clavados en su hermana.

Y espero. Paciente. Controlado. Dando a los hombres el espacio para tomar esta decisión.

Por fin, los hombros del joven se desploman. La lucha lo abandona de repente, y veo el momento en que se rinde. —Lo siento —susurra —. Lo siento mucho.

Empuja a Katya hacia delante, con fuerza, y la chica se tambalea hacia Alina. Al mismo tiempo, ambos hombres giran y corren hacia el jet.

—Acabad con ellos —digo con calma por el comunicador.

El primer disparo derriba al joven antes de que dé tres pasos. El segundo acaba con su compañero un instante después. Ambos hombres caen sobre el asfalto y no vuelven a moverse.

29

ALINA

Katya avanza tambaleándose, y la atrapo antes de que golpee el asfalto. Nos desplomamos juntas, mis brazos rodean su frágil cuerpo mientras sollozos desgarradores brotan de ambas gargantas. Tiembla tan fuerte que lo siento hasta en los huesos, con sus dedos aferrándose a mi suéter como si pudiera desaparecer si me soltara.

—Te tengo —susurro en su pelo oscuro, inhalando el familiar aroma de su champú bajo el olor a miedo y sudor—. Te tengo, Katya. Ahora estás a salvo.

Ella emite un sonido entre risa y sollozo, y entierra su cara en mi hombro. La abrazo con más fuerza, una mano acunando su nuca, la otra presionando su espalda. El frío del hormigón bajo nos cala los vaqueros, pero no me importa. Nada importa excepto que mi hermana está viva, respirando, aquí entre mis brazos.

A nuestro alrededor, los hombres de Dimitri están asegurando la zona. Oigo sus voces hablando en ruso bajo, el sonido de cuerpos siendo movidos, vehículos arrancando. Pero todo parece lejano, amortiguado, como si estuviéramos en una burbuja donde solo existimos nosotras dos.

Tras lo que parecen horas pero probablemente sean solo minutos, me aparto lo suficiente para mirar su rostro. Mis manos enmarcan sus mejillas, y la estudio bajo las duras luces de seguridad. Un cardenal morado e inflamado florece en su pómulo izquierdo. Su labio inferior está partido, con costras de sangre seca. Más moratones rodean sus muñecas donde las bridas de plástico le cortaron la piel.

La rabia arde en mi pecho, pero la reprimo. Luego. Podré enfadarme luego. Ahora Katya me necesita serena.

—¿Te has hecho daño en algún otro sitio? —pregunto, mis manos revisan sus brazos, sus costillas, buscando heridas que no veo—. ¿Ellos... ellos te hicieron algo?

Niega rápidamente, entendiendo lo que realmente pregunto. —No. Solo... me tenían encerrada en una habitación. Me golpeaban cuando intentaba luchar, pero no... —Su voz se quiebra—. Decían que me guardaban para algo. No sabía qué significaba.

Un alivio tan intenso me inunda que me marea. —Ya no importa. Estás a salvo. Te lo prometo, Katya, nadie volverá a hacerte daño.

Me mira con esos ojos marrones tan parecidos a los de nuestro padre, y la pregunta que temía brota de sus labios. —¿Dónde está papá? ¿Dónde está mamá? ¿Qué pasó en la iglesia? Todo el mundo decía que habías muerto, que Dimitri Morozov te había matado, pero luego vinieron esos hombres y me llevaron y no sabía qué creer.

No sé cómo responder. ¿Cómo le digo a mi hermana de dieciséis años que nuestro padre orquestó una masacre en mi boda? ¿Que me vendió a sus enemigos? ¿Que intentó que me mataran? ¿Que le disparé tres veces en el pecho y lo vi morir?

¿Cómo le digo que nuestra madre lo sabía, o al menos lo sospechaba, y no hizo nada?

—Es complicado —digo al fin, las palabras se sienten insuficientes—. Papá... Papá tomó malas decisiones. Se involucró con gente

peligrosa, y las cosas salieron mal.

—¿Está muerto? —Su voz es débil, temerosa.

No puedo mentirle. No le mentiré. Se merece la verdad, aunque sea fea. —Sí.

Me mira fijamente durante un largo momento, y la veo procesando la información. Las lágrimas asoman a sus ojos, pero no parece sorprendida. Quizá ya lo sabía, en algún nivel. Quizá había visto la oscuridad en nuestro padre que yo fui demasiado ciega para reconocer hasta que fue demasiado tarde.

—¿Y mamá?

—Sigue viva, que yo sepa. —Trago saliva con dificultad.

El rostro de mi hermana se descompone, y nuevos sollozos sacuden su cuerpo. La atraigo de nuevo hacia mis brazos, meciéndola suavemente como solía hacer cuando era pequeña y tenía pesadillas. Cuando nuestros mayores miedos eran monstruos bajo la cama, no el monstruo que vivía en nuestra propia casa.

—Lo siento mucho —susurré—. Siento mucho que hayas tenido que pasar por esto. Pero te prometo que todo va a estar bien. Ahora vas a vivir conmigo, donde estarás a salvo, protegida y querida.

—Contigo y… —Ella se apartó, sus ojos se desviaron más allá de mí hacia donde Dimitri estaba de pie, a unos metros, dándonos espacio pero observando con atención—. ¿Con él?

Seguí su mirada. Dimitri parecía completamente el peligroso jefe de la Bratva que era. Su chaleco táctico estaba manchado de sangre y residuos de pólvora. El tatuaje del dragón en su pecho era visible a través de la camisa desabrochada parcialmente, una marca de su rango y poder. Sus ojos verdes eran duros mientras inspeccionaba la escena, asegurándose de que cada amenaza estuviera neutralizada.

Pero cuando esa mirada se posó en mí, se suavizó. Solo un poco, lo suficiente para que pudiera ver al hombre bajo el monstruo que

todos temían.

—Sí —dije, volviéndome hacia Katya—. Con él. Ahora es mi marido.

Sus ojos se abrieron de par en par. —¿*Te casaste* con él?

Tomé sus manos entre las mías, sintiendo lo fríos que estaban sus dedos. —Sé que has oído historias sobre Dimitri. Sé que tiene cierta reputación. Pero me salvó la vida, Katya. Vino a buscarme. Y esta noche vino a por ti. Él es la razón por la que estás viva.

Dimitri eligió ese momento para acercarse, con pasos cuidadosos y medidos. Katya se tensó, apretándose contra mí, y sentí cómo aumentaba su temblor. Mantuve un brazo alrededor de sus hombros mientras lo miraba.

Se detuvo a una distancia respetuosa y se agachó para quedar a nuestra altura. El gesto me sorprendió. Este hombre que comandaba ejércitos, que mataba sin dudar, se hacía más pequeño, menos amenazante, para mi aterrorizada hermana.

—Katya —dijo, con una voz más suave de lo que jamás había oído—. Soy Dimitri. Sé que estás asustada, y tienes todo el derecho a estarlo. Pero te doy mi palabra de que nadie te hará daño mientras estés bajo mi protección. Ahora eres familia.

Katya lo miró fijamente, sus ojos marrones muy abiertos. La vi fijarse en los detalles: la cicatriz sobre su ceja izquierda, las canas plateadas en sus sienes entre el pelo oscuro, el tatuaje del dragón en el lado izquierdo de su cuello que lo marcaba como hostil a la autoridad. Todo en él gritaba peligro.

Pero entonces me miró a mí, vio cómo me inclinaba ligeramente hacia él, cómo mi cuerpo se relajaba en su presencia a pesar de todo. Siempre había sido perspicaz, mi hermana pequeña. Sabía leer a las personas mejor que nadie que conociera.

—Vale —susurró—. Vale.

Dimitri asintió una vez, luego se levantó y extendió la mano para ayudarnos a levantarnos. La tomé, sintiendo el calor y la fuerza de su agarre, y levanté a Katya conmigo. Ella se balanceó ligeramente, el agotamiento y el shock alcanzándola, y Dimitri la estabilizó con una mano en su codo.

—Vamos a llevaros a casa a las dos —dijo.

Casa. La palabra debería sonar extraña, pero no lo hizo. La finca se había convertido en mi hogar en el poco tiempo que llevaba allí. O quizás no era el lugar, sino el hombre a mi lado lo que la hacía sentir como un hogar.

El viaje de vuelta fue silencioso. Katya se sentó apretada contra mí en el asiento trasero, con la cabeza sobre mi hombro, su mano agarrando la mía. Acaricié su pelo con la mano libre, el movimiento repetitivo calmándonos a ambas. Dimitri se sentó en el asiento delantero del pasajero, con el teléfono pegado a la oreja mientras coordinaba la limpieza y el control de daños. Capté fragmentos de su conversación: eliminación de cadáveres, gestión de testigos, consecuencias políticas.

Esta era mi vida ahora, este mundo de violencia y estrategia, de sangre y poder. Pero al mirar el rostro magullado de mi hermana, sentir el constante subir y bajar de su respiración mientras el agotamiento la arrastraba hacia el sueño, supe que había tomado la decisión correcta. En el mundo de Dimitri, estamos protegidas. Estamos a salvo. Estamos juntas.

El amanecer rompía sobre la ciudad cuando nos acercábamos a la finca, pintando el cielo en tonos rosados y dorados. Katya se había dormido contra mí, su respiración profunda y regular. Le agradecí que fuera así. Necesitaba descansar, necesitaba tiempo para procesar todo lo ocurrido.

Las puertas se abrieron y entramos en el terreno familiar. La fuente brillaba con la luz del amanecer. Los jardines estaban perfectamente

cuidados. Todo parecía pacífico, normal, como si las últimas horas de violencia y terror nunca hubieran sucedido.

Entonces lo vi.

Un Mercedes plateado aparcado en la entrada circular, reluciendo con la luz del alba. Conocía ese coche. Había viajado en él cientos de veces, sentada en el asiento trasero mientras mi madre me llevaba a clases de ballet y recitales de piano, a todas las actividades destinadas a convertirme en una hija adecuada de la Bratva.

El coche de mi madre.

Se me heló la sangre.

30

DIMITRI

El Mercedes plateado brilla bajo la luz del amanecer como un mal presagio. Mi mano se mueve instintivamente hacia la Glock en mi cadera, los dedos cerrándose alrededor de la empuñadura mientras asimilo lo que estoy viendo. El coche de Irina Popov. Aquí. En mi finca.

A mi lado, Alina se pone rígida. Siento la tensión que irradia de su cuerpo, veo cómo aprieta los puños a los lados. El agotamiento que había suavizado sus facciones momentos antes desaparece, sustituido por algo más duro. Más frío.

—Llévate a Katya adentro —ordeno por el comunicador, con voz baja y controlada—. Por la entrada trasera. Mantenla alejada de la casa principal hasta que dé la señal de que todo está bien.

—Entendido, Pakhan —la respuesta de Borge es inmediata. Se acerca al coche y levanta con cuidado a Katya, que sigue dormida, y la lleva a su vehículo. Por el retrovisor, observo cómo él y otros dos hombres se separan de nuestra caravana, llevando a la hermana de Alina por el lateral de la finca.

La respiración de Alina ha cambiado. Superficial. Rápida. Reconozco las señales de un ataque de pánico inminente. He visto suficientes

en mis años para saberlo.

—Mírame —me giro en el asiento, sujetando su cara con una mano. Sus ojos verdes están muy abiertos, las pupilas dilatadas—. Respira, Alina. Inspira por la nariz, espira por la boca.

Obedece, su pecho sube y baja con un ritmo más controlado. Un poco de color vuelve a sus pálidas mejillas.

—No quiero verla —susurra—. No puedo. Después de todo lo ocurrido.

—No tienes que hacerlo —acaricio su pómulo con el pulgar, sintiendo la delicada estructura ósea bajo la piel suave—. Yo puedo encargarme. Puedes subir, estar con Katya.

Cierra los ojos un momento, y observo cómo la guerra se libra en sus facciones. La chica que quiere esconderse, evitar el enfrentamiento. Y la mujer en la que se está convirtiendo, la que se enfrentó a su padre y apretó el gatillo sin dudar.

Cuando vuelve a abrir los ojos, están claros. Decididos.

—No. Es mi madre. Tengo que hacer esto.

El orgullo brota en mi pecho, inesperado y feroz. Esta mujer. Mi esposa. Es más fuerte de lo que cree.

Salimos del todoterreno juntos, y mantengo mi mano en la parte baja de su espalda mientras caminamos hacia la entrada principal. Mis hombres ya están apostados alrededor de la propiedad, las armas visibles. Saben que el nivel de amenaza acaba de aumentar. Una visita de Irina Popov, viuda del hombre al que Alina mató, nunca es solo una visita social.

La puerta principal se abre antes de que lleguemos. Una criada está en el umbral. Su rostro es cuidadosamente neutro, pero percibo la tensión en sus hombros.

—Está en el salón principal, Pakhan. Llegó hace veinte minutos e insistió en esperar.

—¿Vino sola?

—Sí, señor. Sin escolta visible.

Eso es interesante. Y sospechoso. Mujeres como Irina Popov no viajan sin protección, especialmente en el clima actual. Lo que significa que o es increíblemente tonta, o está haciendo una declaración.

Asiento a la criada y guío a Alina a través del recibidor. La casa está en silencio, la mayoría del personal se ha retirado para darnos intimidad. Inteligente. Sea lo que sea que ocurra en los próximos minutos, cuantos menos testigos, mejor.

El salón es uno de los pocos espacios de esta casa que parece habitado. Muebles de cuero cómodos, una chimenea que realmente se usa, estanterías llenas de volúmenes que he leído de verdad. Es adonde vengo cuando necesito pensar, planear, recordar que soy algo más que el Pakhan.

Irina Popov está sentada en mi sillón favorito, con una delicada taza de té equilibrada sobre su rodilla. Viste impecablemente un traje negro de Chanel, su cabello rubio recogido en un perfecto moño. Ropa de luto, pero de alta costura. Su maquillaje es impecable, aunque puedo ver el enrojecimiento alrededor de sus ojos que sugiere lágrimas recientes.

Se levanta cuando entramos, dejando la taza con un suave clic de porcelana contra porcelana. Sus movimientos son elegantes, estudiados. Toda una vida interpretando a la esposa perfecta de la Bratva.

—Alina —su voz es cálida, maternal. Avanza con los brazos extendidos—. Oh, mi niña querida.

Alina se pone tensa cuando su madre la abraza, pero no se aparta. No inmediatamente. Observo la interacción con atención, registrando cada detalle. La forma en que las manos de Irina agarran los hombros de Alina con un apretón ligeramente demasiado fuerte. Cómo sus ojos, cuando se encuentran con los míos sobre el hombro de Alina, son calculadores en lugar de afligidos.

Esta mujer es peligrosa. No como Viktor, con su ambición y su disposición a sacrificar cualquier cosa por el poder. El peligro de Irina es más sutil. Es una superviviente, alguien que ha aprendido a navegar el mundo de la Bratva siendo exactamente lo que los hombres esperan que sea.

Hasta que deja de serlo.

Alina se separa primero, poniendo distancia entre ella y su madre—. ¿Qué haces aquí, Mamá?

La sonrisa de Irina es triste, comprensiva—. Me enteré de lo de tu padre. De la tragedia en la fábrica —se enjuga los ojos con un pañuelo de encaje, aunque no veo lágrimas reales—. Necesitaba verte. Asegurarme de que estabas a salvo.

—¿A salvo? —la voz de Alina es plana—. ¿Ahora te preocupa mi seguridad?

—Por supuesto que sí. Eres mi hija.

Me acerco para estar junto a Alina, lo bastante cerca para que nuestros hombros se rocen. Un frente unido. Los ojos de Irina se posan en mí, y la veo analizando los detalles. Mi postura protectora. La mano posesiva que coloco en la espalda baja de Alina.

—Señora Popov —mantengo mi voz neutra, profesional—. Esto es inesperado.

—Seguro que sí —vuelve a su asiento, cruzando las piernas con elegancia—. Pero comprenderás que una madre necesite ver a su hija tras sucesos tan traumáticos.

—Sucesos que orquestó tu marido —dice Alina. Su voz es ahora más firme, más segura—. Sucesos que casi acaban conmigo y con Katya.

La máscara de Irina se resquebraja durante una fracción de segundo. Lo noto en la tensión alrededor de sus ojos, en cómo sus dedos se aferran al pañuelo. Luego vuelve a su sitio, imperturbable y perfecta.

—Tu padre tomó decisiones difíciles —dice con cuidado—. Decisiones que creía necesarias para proteger a nuestra familia.

—¿Proteger? —la risa de Alina es amarga—. Me vendió a los Kozlov. Intentó que me mataran. Iba a matar a Katya.

—No entiendes las presiones que soportaba. Las amenazas que afrontábamos.

Observo este intercambio con certeza creciente. Irina lo sabía. Quizá no cada detalle de los planes de Viktor, pero sabía lo suficiente. Sabía de la alianza con los Kozlov. Sabía del ataque a la iglesia. Y no hizo nada para evitarlo.

—¿Lo sabías? —pregunta Alina, y oigo el dolor bajo la ira, la desesperada esperanza de que su madre lo niegue, de que demuestre que al menos un padre la quiso—. ¿Sabías lo que planeaba Papá?

El silencio de Irina es respuesta suficiente.

—Mamá —la voz de Alina se quiebra—. ¿Sabías lo de Sergei? ¿Lo de la iglesia?

—Sabía que tu padre hacía arreglos —la voz de Irina se pone a la defensiva—. Sabía que colaboraba con otras familias para asegurar nuestra posición. Pero no conocía los detalles. Nunca me contó los detalles.

—Porque no querías saber —hablo por primera vez desde que nos sentamos, y ambas mujeres se vuelven a mirarme—. Sabías lo

suficiente para entender lo que ocurría, pero elegiste no hacer preguntas. Negabilidad plausible.

Irina entrecierra los ojos—. No tiene derecho a juzgarme, señor Morozov. Usted, que construyó un imperio con sangre y violencia. Usted, que secuestró a mi hija y la forzó a casarse.

—Salvé la vida de su hija —mi voz es fría, controlada—. Mientras usted se quedaba de brazos cruzados y dejaba que su marido la vendiera a sus enemigos.

—¡Viktor protegía a nuestra familia!

—*Viktor* se estaba protegiendo a sí mismo —Alina se levanta de repente, con las manos temblorosas—. No le importábamos. Nunca le importamos. Y tú lo permitiste. Te quedaste ahí mirando mientras lo destruía todo.

Irina también se levanta, perdiendo la compostura. —¿Qué se supone que debía hacer? ¿Desafiarlo? No tienes ni idea de lo que es estar casada con un hombre como Viktor. Las cosas que tuve que soportar, los compromisos que tuve que aceptar.

—Podrías habernos protegido —las lágrimas corren ahora por el rostro de Alina, y yo resisto el impulso de atraerla hacia mis brazos. Necesita hacer esto, necesita enfrentarse a su madre—. Podrías haberme advertido. Podrías haberte llevado a Katya y huir. Podrías haber hecho algo.

—¿Y adónde íbamos a ir? —la voz de Irina se eleva—. ¿Crees que hay algún lugar en este mundo donde Viktor no nos hubiera encontrado? ¿Crees que alguna de las familias nos habría protegido contra él?

—Dimitri lo habría hecho.

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre ellas. La mirada de Irina se desplaza hacia mí, evaluadora. La veo fijarse en cómo observo a Alina, en la postura protectora que no logro ocultar del

todo. El tatuaje del dragón en mi cuello parece palpitar al ritmo de los latidos de mi corazón.

—Sí —dice Irina lentamente—. Supongo que lo habría hecho. Le has causado una gran impresión, ¿verdad?

Hay algo en su tono que hace que apriete la mandíbula. Una insinuación. Una sugerencia de que Alina ha usado su belleza, su cuerpo, para manipularme. Es insultante para ambas.

—Su hija es extraordinaria —digo con voz dura—. Ha sobrevivido a todo lo que le han arrojado con más valor y fuerza que la mayoría de mis soldados. Se ha ganado su lugar aquí.

—Su lugar —la sonrisa de Irina es fría—. Como su esposa. Su propiedad.

—Como mi compañera —la corrección es tajante—. Como alguien a quien respeto y valoro.

Alina me mira, con una chispa de sorpresa en sus facciones. No hemos hablado de lo que somos el uno para el otro, no hemos definido esta cosa que crece entre nosotros. Pero lo digo totalmente en serio.

Irina también lo ve. La observo recalcular, ajustar su estrategia. Es una superviviente, y las supervivientes saben cuándo cambiar de táctica.

—Me alegra que usted la quiera —dice, con la voz suavizada—. De verdad. Alina merece a alguien que la proteja. Pero necesita entender en lo que se ha metido. Viktor tenía enemigos, sí, pero también aliados. Familias que se beneficiaban de sus acuerdos. No van a aceptar su muerte sin luchar.

—¿Es una amenaza? —pregunto.

—Es una advertencia —Irina se dirige hacia la puerta, sus tacones repiqueteando en el suelo de madera—. La Bratva no perdona

fácilmente. La muerte de Viktor ha creado un vacío de poder, y la naturaleza aborrece el vacío. Habrá consecuencias.

Alina sigue a su madre hasta la puerta, y yo voy tras ambas. En el recibidor, Irina se detiene y se vuelve hacia su hija.

—Sé que me odias ahora mismo —dice en voz baja—. Sé que crees que debería haber hecho más. Quizá tengas razón. Pero hice lo que tenía que hacer para sobrevivir. Igual que tú estás haciendo ahora.

—No nos parecemos en nada —la voz de Alina es firme, definitiva—. Yo nunca sacrificaría a mis hijos por mi propia comodidad.

Irina retrocede como si la hubieran abofeteado. Por un momento, veo dolor genuino en sus ojos. Luego la máscara vuelve a colocarse, perfecta e impenetrable.

—Eso dices ahora —dice—. Pero espera a tener hijos propios. Espera a que te enfrentes a decisiones imposibles. Entonces veremos cuán diferentes somos en realidad.

Ella misma abre la puerta, sin esperar a que lo haga uno de mis hombres. Pero antes de cruzar, se vuelve una última vez. Su mirada va de Alina a mí, y veo algo calculador en su expresión.

—Las otras familias no aceptarán este matrimonio —dice, con voz clara en el silencioso recibidor—. Lo verán como un intento de Dimitri de hacerse con el poder, un intento de consolidar el territorio de Viktor con el suyo propio. Verán a Alina como una traidora a la memoria de su padre. Hace una pausa para que las palabras calen —. Se acerca una guerra, les guste o no. Y cuando llegue, ambos tendrán que decidir qué están dispuestos a sacrificar para sobrevivir.

31

ALINA

La puerta se cierra tras mi madre con un suave clic que suena a finalidad. Me quedo en el recibidor, mirando la madera pulida, y siento que algo se quiebra dentro de mí. No se rompe del todo. Solo… se resquebraja. Como el hielo de un lago helado cuando cambia la temperatura.

La mano de Dimitri encuentra mi espalda baja, cálida y firme. —Ven —dice en voz baja—. Vamos a ver cómo está Katya.

Asiento porque aún no puedo hablar, no puedo confiar en que mi voz no se haga añicos junto con todo lo demás.

Subimos juntos la gran escalera, su mano nunca abandona mi espalda. El gesto es posesivo pero también protector, y me descubro apoyándome ligeramente en él, necesitando el ancla que me brinda.

El dormitorio que le han dado a Katya está dos puertas más allá del nuestro, decorado en azules suaves y cremas. Una criada está sentada en una silla junto a la ventana, leyendo a la luz de la lámpara. Se levanta cuando entramos, con expresión respetuosa.

—¿Cómo está? —susurro.

—Duerme profundamente, señora Morozov —responde la criada—. Se despertó una vez preguntando por usted, pero se calmó cuando le dije que volvería pronto.

Señora Morozov. El nombre aún me resulta ajeno, como un abrigo que no me acaba de quedar. Pero lo llevo puesto ahora, para bien o para mal.

Me acerco a la cama donde Katya yace acurrucada de lado, su pelo oscuro extendido sobre la almohada. Dormida, parece incluso más joven que sus dieciséis años. Vulnerable. Inocente. Todo lo que yo ya no soy.

Me siento con cuidado en el borde del colchón, alargando la mano para apartar un mechón de pelo de su cara. Su piel está caliente bajo mis dedos, y siento que se me cierra la garganta. Está viva. A salvo. Aquí.

Los hematomas de su cara se han oscurecido hasta volverse morados y amarillos, marcados sobre su piel pálida. Prueba de lo que sufrió. De lo que nuestro padre permitió que le ocurriera.

No. Lo que nuestro padre orquestó.

Recorro con dedos suaves la curva de su mejilla, con cuidado de no despertarla. —Lo siento mucho —susurro—. Siento mucho no haber podido protegerte antes.

Pero puedo protegerla ahora. La protegeré ahora.

Hago una promesa silenciosa mientras la veo dormir. Katya tendrá la vida que se merece. Irá a la universidad, estudiará arte como siempre soñó. Viajará a París y Roma y todos los lugares que ha dibujado en sus cuadernos. Se enamorará de alguien que la trate bien, alguien que vea su valor más allá de lo que pueda ofrecer a una alianza Bratva.

Tendrá opciones. Libertad. Un futuro que pueda moldear ella misma.

Aunque tenga que arrasar con cualquiera que intente arrebatárselo.

El pensamiento debería asustarme, la forma casual en que contemplo la violencia, la facilidad con que he aceptado la lógica brutal de este mundo. Pero estoy demasiado cansada para sentir miedo, demasiado entumecida para sentir otra cosa que no sea un amor feroz y protector por la chica que duerme ante mí.

Me inclino y dejo un beso en la frente de Katya. —Dulces sueños, hermanita —murmuro—. Estás a salvo ahora. Te lo prometo.

Cuando finalmente me levanto y me giro hacia la puerta, encuentro a Dimitri observándome. Está apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. El tatuaje del dragón en su cuello es visible por encima del cuello de la camisa, y a la suave luz de la lámpara casi parece moverse.

Sus ojos verdes son intensos, estudiándome con una expresión que no logro descifrar. No es lástima. Ni preocupación, exactamente. Algo más profundo. Algo que me corta la respiración.

Cruzo hasta él y él se endereza, su mano encuentra la mía. Sus dedos son cálidos, callosos, fuertes. La mano de un hombre que ha construido un imperio mediante violencia y estrategia. Pero también la mano que me sacó de una iglesia en llamas. Que me sostuvo mientras lloraba. Que deslizó un anillo de boda en mi dedo.

Me guía por el pasillo hacia nuestro dormitorio sin decir palabra. El silencio entre nosotros no es incómodo. Es pesado por todo lo que hemos vivido, todo lo que hemos sobrevivido. Las palabras parecen insuficientes para el peso de todo ello.

Dentro de nuestra habitación, Dimitri cierra la puerta y la echa el cerrojo. El clic del cerrojo resuena en el silencio. Se vuelve para mirarme y veo el agotamiento en las arrugas alrededor de sus ojos, la tensión en sus anchos hombros.

—Deberías descansar —dice con voz ronca.

Casi me río. Descansar. Como si pudiera dormir después de todo lo ocurrido. Después de matar a mi padre. Después de descubrir que

mi madre lo sabía. Después de rescatar a Katya de hombres que querían usarla como moneda de cambio.

Pero no me río. Solo asiento con la cabeza.

Dimitri pasa a mi lado hacia el baño y oigo correr el agua. El sonido es relajante, normal, un recordatorio de que las cosas mundanas aún existen incluso en medio del caos.

Cuando vuelve, coge mi mano de nuevo y me guía al baño. La gran bañera se está llenando de agua humeante, y el aroma a lavanda llena el aire. Debe de haber añadido aceites esenciales.

—Déjame a mí —dice en voz baja, alargando la mano hacia el bajo de mi jersey.

Levanto los brazos, permitiéndole quitar la prenda. Sus movimientos son cuidadosos, casi reverentes. No sexuales, pese a la intimidad del acto. Solo... tiernos.

Me desviste pieza a pieza. Los vaqueros que cogí del armario. El sencillo sujetador y las bragas. Cada prenda es retirada con la misma delicadeza, y quedo ante él desnuda y vulnerable de formas que nada tienen que ver con mi falta de ropa.

Sus ojos recorren mi cuerpo, pero no con lujuria. Está catalogando heridas. Los moratones en mis muñecas de las bridas. Los rasguños en mis rodillas de cuando caí en el asfalto. El agotamiento escrito en cada línea de mi figura.

—Adentro —dice, señalando la bañera.

Entro en el agua caliente y me hundo con un suspiro que surge de lo más hondo de mi alma. El calor me envuelve y siento mis músculos empezar a relajarse. No me había dado cuenta de lo tensa que estaba hasta este momento.

Dimitri se arrodilla junto a la bañera, remangándose. El tatuaje de la estrella de ocho puntas en su pectoral derecho es visible a través de

su camisa entreabierta. Una marca de su rango. Su poder. Todo lo que representa en este mundo.

Coge una toallita y jabón, enjabonándolo entre sus manos. Luego, con sorprendente suavidad, empieza a lavarme los brazos. Su tacto es metódico, minucioso. Lava la suciedad, la sangre y los restos de pólvora, dejando al descubierto la piel limpia.

Observo su rostro mientras trabaja. La concentración en sus ojos verdes. La tensión de su mandíbula. Las canas plateadas en sus sienes atrapan la luz del baño.

Tiene cuarenta y dos años. Veinte más que yo. Una vida de violencia y supervivencia está escrita en las cicatrices de su cuerpo, en la dureza de su mirada. Pero ahora, arrodillado junto a esta bañera y lavándome con tanto cuidado, parece casi... blando.

No. No blando. Dimitri Morozov nunca será blando. Pero humano. Vulnerable de una manera que no había visto antes.

Pasa a mis hombros, espalda y piernas. Cada contacto es gentil pero firme. Purificador. Cuando llega a mis pies, los masajea brevemente, y siento lágrimas asomar ante la inesperada bondad.

—Inclínate hacia delante —dice.

Lo hago, y lava mi espalda, sus dedos trabajando la tensión de mi columna. Luego pasa a mi pelo, mojándolo con un vaso, añade champú y lo extiende por mis rizos con dedos pacientes.

No hablamos. Hay demasiado que decir y ninguna palabra adecuada. ¿Cómo decirle que estoy igual de agradecida que aterrada? ¿Que maté a mi padre y siento culpa y alivio a la vez? ¿Que me estoy enamorando de él aunque apenas lo conozco?

¿Cómo decirle que este momento, este simple acto de cuidado, significa más para mí que cualquier gesto grandioso?

Así que no digo nada. Solo dejo que lave la violencia del día, que el agua caliente y sus manos suaves alivien las heridas abiertas de mi

alma.

Cuando termina, me ayuda a salir de la bañera y me envuelve en una toalla gruesa. Me seca con cuidado y me lleva de vuelta al dormitorio. Un camisón espera en la cama, de suave algodón azul pálido. Me ayuda a ponérmelo, sus dedos rozando mi piel.

Luego se desviste, y observo cómo revela el cuerpo que aún estoy conociendo. Los tatuajes que lo marcan como realeza Bratva. Las cicatrices que cuentan historias de supervivencia. La fuerza en cada línea de su ser.

Se pone un pantalón de pijama y se mete en la cama junto a mí, atraviéndome contra su pecho. Encajo perfectamente, mi cabeza bajo su barbilla, sus brazos rodeándome.

—Duerme —murmura en mi pelo—. Te tengo.

Y a pesar de todo, pese al caos, la violencia y la situación imposible en que estamos, me siento segura. Protegida. Querida.

Mis ojos se cierran, vencidos por el agotamiento. Floto en ese espacio entre la vigilia y el sueño cuando lo oigo.

Gritos desde abajo. Voces urgentes hablando ruso a toda velocidad. El sonido de varios vehículos llegando, motores apagándose, portazos.

Dimitri se pone rígido contra mí, apretando sus brazos.

—Quédate aquí —dice, mientras ya se mueve.

Pero yo también me incorporo, con el corazón acelerado. —¿Qué pasa?

Se está poniendo una camisa, revisando el arma que guarda en la mesilla. Su rostro ha pasado de tierno a frío en segundos. El Pakhan ha vuelto.

—Reunión de emergencia —dice lacónico—. Mi círculo íntimo. Ha pasado algo.

Los gritos crecen. Oigo la voz de Alexei, aguda por la urgencia. Otras voces que reconozco de los hombres de Dimitri.

Dimitri se dirige a la puerta, pero se detiene y me mira. —Cierra con llave tras de mí. No abras a nadie excepto a mí.

Luego se marcha, y me quedo sola en el repentino silencio, escuchando el caos que estalla abajo.

32

DIMITRI

Me pongo unos vaqueros y una camisa negra, mis movimientos automáticos. El tatuaje del dragón en mi cuello se refleja en el espejo mientras me abrocho el cuello, un recordatorio de lo que soy. Lo que siempre he sido. Hostil a la autoridad. Peligroso. Un depredador en un mundo de depredadores.

Pero ahora tengo algo que perder.

El pensamiento me acompaña bajando la gran escalinata, a través de la casa silenciosa donde la mayoría del personal ya se ha retirado por la noche. Mis botas no hacen ruido sobre los suelos de mármol. He caminado por estos pasillos durante años, construí esta fortaleza, la llené de objetos caros que nunca la hicieron sentir como un hogar.

Hasta ella.

La puerta del despacho ya está abierta, la luz cálida derramándose en el pasillo oscuro. Oigo voces dentro, hablando con urgencia. Mis hombres. Mis hermanos de sangre y violencia. La familia que elegí cuando mi propio padre no fue más que un borracho con puños pesados.

Entro y la conversación cesa de inmediato. Seis rostros se vuelven hacia mí, y leo la tensión en cada línea de sus cuerpos. Alexei está sentado en el sillón de cuero más cercano a mi escritorio, su hombro aún vendado por la herida de bala que recibió en la casa de los Popov. Su rostro está pálido pero sus ojos azules son agudos, alerta. El pequeño tatuaje de calavera y huesos en su sien izquierda parece más oscuro a la luz de la lámpara.

Borge está de pie junto a la ventana, su enorme figura bloqueando la vista de los jardines. El resto de los hombres están dispersos, pero todos tienen la misma expresión sombría.

—Pakhan —Alexei se levanta, haciendo una mueca leve con el movimiento—. Tenemos que hablar.

Me acerco al carrito del bar y me sirvo vodka. El Beluga Noble quema al bajar, pero no alcanza el nudo frío que se forma en mis entrañas. —Entonces hablad.

Alexei saca su tableta, pasando lo que parecen informes de inteligencia. —Tres familias han formado una alianza contra vos. Dicen que vuestro matrimonio con Alina viola los códigos tradicionales. Afirman que matasteis a Viktor Popov para robar su territorio y a su hija.

Me sirvo otra copa. —Viktor Popov orquestó una masacre en la boda de mi sobrino. Vendió a su propia hija a los Kozlov. Obtuvo exactamente lo que se merecía.

—Lo sabemos —la voz de Borge es un retumbar bajo—. Pero lo están tergiversando. Dicen que manipulasteis la situación, que queríais a Sergei muerto para poder quedaros con Alina.

La acusación es tan absurda que casi me río. Casi. Pero llevo suficiente tiempo en este mundo para saber que la verdad no importa. Solo importa la percepción. Solo importa el poder.

—¿Qué exigen? —pregunto, aunque ya lo sé.

—Que renunciéis como cabeza de la familia Morozov —la voz de Alexei es cuidadosamente neutra—. Que os sometáis a un tribunal para responder por la muerte de Viktor. Que anuléis vuestro matrimonio con Alina y la devolváis a las propiedades de la familia Popov.

Mi mano aprieta el vaso hasta que oigo crujirlo. Lo dejo con cuidado antes de destrozarlo. —¿Y si me niego?

—Guerra —Borge habla desde su puesto junto a la ventana—. Ya están moviendo soldados a posición, tomando territorio neutral. Quieren que reaccionéis, que les deis una excusa para atacaros con todo lo que tienen.

Me acerco a mi escritorio y abro el mapa de la ciudad en mi ordenador, estudiando los territorios. Una familia controla los muelles y la mayor parte del transporte marítimo. Otra tiene los sindicatos de la construcción y varios negocios legítimos. Y la tercera dirige esquemas de protección y juegos de azar clandestinos. Juntos, son formidables.

Pero no invencibles.

—Les golpeamos primero —dice Borge, su voz ansiosa—. Fuerte y rápido. Eliminamos a sus líderes antes de que puedan movilizarse por completo. Que vean lo que pasa cuando desafían a la familia Morozov.

—Eso es exactamente lo que quieren —Alexei niega con la cabeza—. Os están provocando, Dimitri. Si os ponéis a la ofensiva, las familias neutrales os verán como el agresor. Se pondrán en vuestra contra por pura supervivencia.

—¿Entonces no hacemos nada? —el rostro de Borge se enrojece de ira—. ¿Dejamos que insulten a nuestro Pakhan, amenacen a nuestra familia, y nos quedamos aquí sentados?

—No he dicho eso —la voz de Alexei es calmada, mesurada. La voz de un hombre que ha sido mi sovietnik durante años, que me ha

disuadido del abismo más veces de las que puedo contar—. Pero debemos ser inteligentes. Una guerra prolongada debilita a todos. Nos hace vulnerables a amenazas externas.

Pienso en Alina durmiendo arriba, en Katya en la habitación del pasillo. En la vida que intento construir desde las cenizas de todo lo que ha sido destruido.

—¿Cuántos soldados tienen en total? —pregunto.

Pavel consulta sus notas. —¿La mejor estimación? Doscientos, quizá doscientos cincuenta. Nosotros tenemos unos ciento veinte, pero los nuestros están mejor entrenados y equipados.

—Los números no importan si luchamos en múltiples frentes. —Me reclino en la silla, crujiendo el cuero. La estrella de ocho puntas tatuada en mi pecho pesa bajo la camisa, recordándome el rango que he ganado, el respeto que he impuesto—. ¿Y las familias neutrales? ¿Quiénes no han elegido bando?

Alexei abre otro archivo. —Están observando, esperando ver hacia dónde sopla el viento. Si logramos que se unan a nosotros, los números cambiarán a nuestro favor.

Estudio la información, mi mente analizando ángulos y posibilidades. Algunos son de la vieja guardia, tradicionales. No les gustarán los cambios que propongo, pero respetan la fuerza. Otros son más jóvenes, progresistas. Quizá estén abiertos a reestructuraciones. Luego están los pragmáticos por encima de todo. Se aliarán con quien les ofrezca el mejor trato.

—Nos acercaremos a ellos —digo, tomando la decisión al hablar—. No con amenazas, sino con oportunidades. Les ofreceremos más autonomía, mayor participación en los beneficios. Les mostraremos que las viejas costumbres están muriendo, y pueden evolucionar con nosotros o hundirse con las familias aferradas al pasado.

Borge emite un sonido de disgusto. —¿Vas a negociar? ¿Regalar nuestro poder?

—Voy a consolidar nuestra posición. —Miro sus ojos, dejando que vea el acero en mi interior—. El poder no solo son soldados o territorio controlado. Son alianzas. Saber cuándo luchar y cuándo pactar.

—El Pakhan tiene razón. —Alexei asiente lentamente—. Si atraemos a las familias neutrales, los demás quedarán aislados. Tendrán que retroceder o enfrentar la destrucción.

—¿Y si no retroceden? —pregunta Yuri.

—Entonces los destruimos. —Mi voz es fría, plana—. Pero desde una posición de fuerza, con aliados a nuestra espalda y la superioridad moral. Les haremos parecer agresores, aferrados a códigos anticuados que mataron a Viktor Popov.

El cuarto enmudece mientras mis hombres procesan la información. Los veo sopesando la estrategia, considerando enfoques. Son buenos soldados, leales, que me han seguido por el infierno. Pero también están acostumbrados a resolver problemas con violencia, con fuerza directa.

Les pido que confíen en un enfoque distinto.

—Yo me encargaré —dice Alexei finalmente—. Tengo contactos, gente que me debe favores. Puedo organizar una reunión.

—Yo trataré con los Kuznetsov. —Yuri se aparta de la estantería—. Su hijo menor y yo servimos juntos. Me escuchará.

—Los Románov son míos. —Me levanto y me acerco a la ventana donde Borge sigue erguido. Pongo una mano en su enorme hombro, sintiendo la tensión—. Sé que quieres sangre, Hermano. Yo también. Pero ahora tengo más que proteger que territorio y reputación.

La expresión de Borge se suaviza levemente. —La chica. Tu esposa.

—Mi esposa —confirmo—. Y su hermana. Y el futuro que intentamos construir. No sacrificaré eso por orgullo o tradición.

Asiente lentamente, aceptando aunque no totalmente de acuerdo. —¿Qué necesitas de mí?

—Duplica la seguridad de la finca. Quiero ojos en cada acceso, cada posible entrada. Si alguien intenta algo, quiero saberlo antes de que esté a menos de una milla de esta casa.

—Hecho.

Pasamos la siguiente hora planeando, coordinando, asignando tareas. Es una apuesta. Enorme. Pero mejor que la alternativa.

Estoy sirviendo otra ronda de vodka cuando la puerta del estudio se abre de golpe. Uno de los guardias del perímetro, rostro enrojecido, ojos desorbitados, entra casi resbalando. Es joven, quizá veinticinco años, y noto el pánico apenas contenido bajo su exterior profesional.

—Pakhan. —Jadea como si hubiera corrido—. Acabamos de recibir noticias. Los líderes restantes de la familia Kozlov han aparecido muertos. Todos ellos. Ejecutados en sus casas en las últimas horas.

La habitación queda en silencio. Siento todas las miradas sobre mí, esperando mi reacción.

—¿Cómo? —Mi voz es firme, controlada, aunque mi mente ya calcula las implicaciones.

—Asesinatos profesionales. Limpios. Eficientes. —El guardia traga saliva con fuerza—. Pero eso no es lo peor. Hay pruebas. Testigos que aseguran haber visto soldados Morozov en la zona. Cascabillos que coinciden con armas de nuestro arsenal. Un rastro de papeles que vincula los asesinatos con usted.

La copa de vodka se hace añicos en mi mano.

33

ALINA

La pálida luz matutina se intensifica a medida que los minutos se convierten en horas, y aún nada de Dimitri. Puedo oír voces apagadas procedentes de algún lugar de la planta baja. El murmullo grave de una conversación masculina, urgente y tensa.

Algo va mal.

No puedo esperar más en este dormitorio. Necesito encontrar a Dimitri y averiguar qué ocurre.

Aparto las sábanas y cojo la bata de seda que cuelga sobre la silla, luego voy al baño, me ducho rápidamente y me visto para el día.

El pasillo está en silencio mientras bajo la escalera, mis botas planas apenas hacen ruido sobre el mármol. Las voces se vuelven más fuertes al acercarme al despacho, y reconozco la voz de Alexei, aguda por la frustración. Luego el retumbo más grave de Borge. Y Dimitri, con un tono controlado pero con un filo que me hace retorcerse el estómago.

Me detengo ante la puerta, con la mano en el pomo. Una parte de mí quiere respetar su intimidad, dejar que Dimitri maneje la crisis que haya estallado. Pero ahora soy su esposa. Su *compañera*, como

le dijo a mi madre anoche. Tengo derecho a saber qué amenaza a nuestra familia.

Empujo la puerta y la abro.

Seis pares de ojos se vuelven hacia mí. Dimitri está de pie tras su escritorio, con las manos apoyadas en la superficie pulida de madera. Su pelo oscuro está desaliñado, y el cansancio marca su rostro. Alexei está sentado en el sillón de cuero más cercano al escritorio, con el hombro aún vendado. Borge se recorta junto a la ventana, su enorme figura bloqueando el sol de la mañana. Otros tres hombres que reconozco del círculo íntimo de Dimitri están dispersos por la habitación.

Todos parecen sombríos.

—Alina —la voz de Dimitri es cuidadosamente neutra—. Deberías estar descansando.

Cierro la puerta tras de mí y avanzo hacia la habitación.

—¿Qué ocurre?

Intercambia una mirada con Alexei, algún mensaje silencioso pasa entre ellos. Luego suspira y señala la silla junto a su escritorio.

—Siéntate.

Las palabras me hacen correr un hielo por las venas, pero hago lo que me pide. Me retuerzo las manos en el regazo mientras espero a que hable.

—Los líderes restantes de la familia Kozlov aparecieron muertos anoche —dice Dimitri, con sus ojos verdes fijos en los míos—. Todos ellos. Ejecutados en sus casas con horas de diferencia.

Asimilo esta información lentamente. Los Kozlov, la familia que orquestó el ataque de la iglesia con mi padre. Los que secuestraron a Katya.

—Eso es... bueno, ¿no?

—Lo sería —dice Alexei con voz tensa— si lo hubiéramos hecho nosotros.

La comprensión llega, fría y terrible.

—Pero no lo hicisteis.

—No —Dimitri rodea el escritorio para ponerse a mi lado, y su mano encuentra mi hombro. El calor de su contacto me ancla—. Pero alguien quiere que parezca que lo hicimos. Hay pruebas. Testigos que afirman haber visto soldados Morozov en la zona. Cascos de bala que coinciden con armas de nuestro arsenal. Un rastro de papel que vincula los ataques conmigo.

Mi mente se acelera, intentando encontrarle sentido.

—Alguien te está tendiendo una trampa.

—Sí —aprieta suavemente mi hombro—. Y lo está haciendo de forma condenadamente buena. Las otras familias ya piden mi cabeza. Dicen que estoy eliminando toda oposición, consolidando el poder mediante asesinatos.

Lo miro, viendo la tensión en su mandíbula, cómo su mano libre se ha cerrado en un puño a su lado. El tatuaje del dragón en el lado izquierdo de su cuello parece palpitar con cada latido.

—¿Qué pasa si se lo creen?

—Guerra —la palabra sale de Borge, plana y segura—. Las familias se unirán contra nosotros. Estaremos en inferioridad numérica de tres a uno, quizá peor.

Me levanto de repente, necesitando moverme, pensar. Camino hacia la ventana y miro los jardines cuidados sin verlos realmente.

—¿Quién se beneficia de esto? ¿Quién quiere que las familias Bratva se destruyan entre sí?

—Eso es lo que intentábamos averiguar —Dimitri se une a mí en la ventana, su reflejo visible en el cristal junto al mío—. Esto no es

obra de otra familia Bratva. Es demasiado sofisticado, demasiado bien coordinado. La sincronización, la colocación de pruebas, los testigos. Alguien sabía exactamente cómo hacer que esto pareciera real.

Me vuelvo hacia él, formándose una idea.

—Alguien fuera de tu mundo.

Sus ojos verdes se agudizan.

—¿Qué estás pensando?

—Lo dijiste tú mismo. Esto es demasiado sofisticado para una operación Bratva típica. Las familias luchan entre sí, sí, pero son directas. Esto es manipulación. Estrategia —vuelvo al escritorio, mi mente trabajando en las posibilidades—. Alguien quiere que os destrocéis entre vosotros. Alguien que saldrá ganando con el caos.

Alexei se inclina hacia adelante en su silla. —Tiene razón. Esto tiene pinta de una operación externa. Pero ¿quién? ¿Y por qué?

—¿Promotores inmobiliarios? —sugiero—. Si las familias Bratva se van a la guerra, los valores de las propiedades bajan. Los negocios cierran. Alguien podría comprar media ciudad por cuatro perras.

La expresión de Dimitri cambia, algo parecido al orgullo le ilumina el rostro. —Exactamente el tipo de razonamiento que necesitamos. — Se vuelve hacia sus hombres—. Empezad a recopilar registros. Todas las transacciones inmobiliarias importantes en territorio Bratva de los últimos seis meses. Buscad patrones, empresas pantalla, cualquier cosa que no encaje.

Los hombres se dispersan al instante, sacando teléfonos y portátiles. Los observo trabajar, sintiéndome extrañamente útil a pesar de mi falta de experiencia en este mundo. La mano de Dimitri encuentra la mía, entrelazando sus dedos con los míos.

—Gracias —dice en voz baja, solo para mí.

—¿Por qué?

—Por no entrar en pánico. Por pensar con claridad. —Su pulgar acaricia mis nudillos—. Por estar aquí.

Aprieto su mano. —¿Dónde iba a estar si no?

Las horas siguientes pasan como un borrón. Dimitri hace llamadas mientras yo me siento a su lado, escuchando conversaciones en ruso rápido. Alexei coordina con informantes por toda la ciudad. Borge se ocupa de la seguridad, duplicando los guardias alrededor de la finca y comprobando cada hora cómo está Katya.

Me hago útil donde puedo. Traigo café, tomo notas y pregunto cuando algo no tiene sentido. Entre recado y recado, voy a ver a Katya, que está despierta pero un poco retraída. Dimitri me incluye en todas las discusiones, valora mi opinión incluso cuando me siento perdida. Es extraño y empoderante a la vez.

Al mediodía, tenemos fragmentos de información pero ningún panorama claro. Varias empresas pantalla han estado comprando propiedades en zonas controladas por la Bratva. Las compras se aceleraron tras el ataque a la iglesia, como si alguien supiera que se avecinaba el caos.

—Mirad. —Uno de los especialistas técnicos de Dimitri abre una hoja de cálculo en su portátil—. He estado rastreando el dinero. Todas las empresas pantalla llevan a una sociedad holding registrada en las Islas Caimán.

Dimitri se inclina sobre su hombro, estudiando la pantalla. Yo me coloco al otro lado, intentando seguir la compleja red de transacciones financieras.

—¿Podéis rastrearlo más allá? —pregunta Dimitri.

—Lo intento, pero quien montó esto sabía lo que hacía. Múltiples capas de protección, cuentas offshore, empresas ficticias. —Sus

dedos vuelan sobre el teclado—. Pero siempre hay un rastro. Siempre alguien que cometió un error.

Esperamos mientras trabaja, la tensión en la habitación es tan espesa que se podría cortar. Me sorprendo conteniendo la respiración, observando la pantalla mientras el tío navega por bases de datos y registros financieros.

—Tengo algo —dice de repente—. La sociedad holding tiene un agente registrado. Exigido por ley, incluso para entidades offshore. —Hace clic en varias pantallas más—. El agente es un bufete de Miami. Exclusivo, especializado en clientes internacionales.

—¿Podéis conseguir su lista de clientes? —pregunta Alexei.

—Legalmente, no. —Sonríe—. Pero ¿cuándo nos ha detenido eso?

Pasa otra hora, pero consigue hackear la base de datos del bufete. La lista de clientes es extensa, llena de corporaciones e individuos adinerados que buscan privacidad para sus operaciones financieras.

Pero un nombre destaca.

El joven lo resalta, y observo cómo el rostro de Dimitri palidece. Su mano se aprieta en el respaldo de la silla hasta que los nudillos se le ponen blancos.

—¿Pakhan? —La voz de Alexei denota preocupación—. ¿Qué ocurre?

Dimitri no responde de inmediato. Mira fijamente la pantalla, al nombre resaltado en amarillo, y veo algo en su expresión que nunca había visto antes.

Miedo.

—¿Dimitri? —Le toco el brazo con suavidad—. ¿Quién es?

Se vuelve para mirarme, y la expresión atormentada en sus ojos verdes me corta la respiración.

—Mikhail Volkov —dice, con voz apenas audible—. Un antiguo jefe de la Bratva. Mi mentor. —Hace una pausa, apretando la mandíbula —. Se suponía que murió en un motín carcelario hace cinco años.

La habitación queda en silencio. Siento la conmoción que irradia de cada hombre presente.

—Eso es imposible —dice Alexei por fin—. Vimos el cuerpo. Asistimos al funeral.

—¿De verdad? —La voz de Dimitri es ahora dura, controlada—. ¿O vimos lo que querían que viéramos?

Se dirige al carrito del bar y se sirve vodka, bebiéndolo de un trago. Cuando se vuelve hacia nosotros, el Pakhan ha reaparecido por completo, el momento vulnerable queda encerrado.

—Si Mikhail está vivo —dice con voz fría y segura—, entonces todo cobra sentido. El ataque a la iglesia. La traición de Viktor. El montaje. Todo es venganza.

—¿Venganza por qué? —pregunto.

Los ojos de Dimitri se encuentran con los míos, y veo décadas de historia, de decisiones tomadas y precios pagados.

—Por el testimonio que lo mandó a prisión —responde—. Por elegir mis principios sobre nuestra amistad. Por ser la razón por la que supuestamente murió.

Deja la copa con un golpe seco.

—Mikhail Volkov está vivo. Y viene a por todo lo que he construido.

34

DIMITRI

El nombre en la pantalla se me graba en la retina como una marca. Mikhail Volkov. Lo miro fijamente, con la mano congelada sobre el ratón, y siento cómo los últimos veinte años se colapsan en este único instante.

—¿Dimitri? —la voz de Alina llega desde mi lado, preocupada—. ¿Quién es?

No puedo responder de inmediato. Se me ha cerrado la garganta, los recuerdos vuelven con tal fuerza que tengo que agarrarme al borde del escritorio para mantener el equilibrio. El especialista técnico que encontró la conexión se remueve incómodo, percibiendo la tensión que irradia mi cuerpo.

—Salid —digo con voz ronca—. Todos vosotros. Ahora.

Alexei duda, sus ojos azules agudos de preocupación, pero asiente y guía a los demás hacia la salida. La puerta se cierra con un clic suave y, de repente, solo quedamos Alina y yo en el estudio, el nombre brillando en la pantalla entre nosotros como una acusación.

—Dimitri —me toca el brazo, con los dedos cálidos contra mi piel—. Háblame. ¿Quién es Mikhail Volkov?

Me obligo a respirar, a pensar más allá de la rabia, el dolor y la traición que revolotean en mis entrañas. Cuando finalmente hablo, mi voz suena distante, como si viniera de otra persona.

—Mi mentor. Mi hermano. El hombre que me enseñó todo lo que sé sobre la Bratva —me giro para mirarla, viendo la confusión en sus ojos verdes—. El hombre al que envié a prisión hace quince años. El hombre que supuestamente murió en un motín cinco años después.

La mano de Alina aprieta mi brazo.

—Pero no está muerto.

—No —la palabra sabe a ceniza—. Está muy vivo. Y debe haber estado planeando esto durante cinco años.

Me acerco al carrito del bar y sirvo vodka con manos temblorosas. El Beluga Noble quema al bajar, pero no alcanza a tocar el frío que se expande por mi pecho. Sirvo otro y me lo bebo igual de rápido.

—Cuéntame —dice Alina suavemente. Se ha movido para ponerse a mi lado, y su presencia me ancla incluso cuando mi mundo se desequilibra—. Cuéntame sobre él.

Y así lo hago.

Los recuerdos llegan en fragmentos, afilados y dolorosos. Mikhail encontrándome cuando tenía diecisiete años, ensangrentado y desesperado tras la última paliza de mi padre. Acogiéndome. Enseñándome a pelear, a pensar, a sobrevivir en un mundo que devora a los débiles. Era todo lo que mi padre no fue: fuerte, controlado, brillante. Vio potencial en mí cuando todos los demás veían solo a otro chico de la calle.

—Lo amé —admito, con las palabras arañándome la garganta—. Como a un hermano. Como al padre que nunca tuve.

La mano de Alina encuentra la mía, sus dedos entrelazándose con los míos. El simple gesto me da suficiente estabilidad para continuar.

—Trabajamos juntos durante años. Convertimos a la familia Morozov en algo poderoso. Pero la ambición de Mikhail creció. Empezó a hacer movimientos que amenazaban toda la estructura de la Bratva, tratos con cárteles extranjeros que habrían atraído la atención federal sobre todos nosotros. Estaba dispuesto a sacrificarlo todo por más poder.

Recuerdo las discusiones, las noches en vela intentando hacerle entrar en razón. La forma en que sus ojos azules se volvían fríos cuando cuestionaba sus decisiones. El momento en que me di cuenta de que el hombre al que amaba como a un hermano se había convertido en algo monstruoso.

—Las otras familias vinieron a mí —continúo con voz monótona—. Dijeron que si no lo detenía, ellos lo harían. Habría guerra. Cientos morirían. Así que tomé una decisión.

—Testificaste contra él —dice Alina sin juzgar, solo con comprensión.

—Sí. Les di a las autoridades todo lo que necesitaban para encerrarlo. Registros financieros, declaraciones de testigos, pruebas de sus crímenes. Lo condenaron a veinticinco años —toco el tatuaje de la estrella de ocho puntas en el pecho a través de la camisa, sintiendo el peso de lo que representa esa marca—. Me miró en aquel juzgado, y vi el momento exacto en que dejó de verme como un hermano y empezó a verme como un traidor.

El recuerdo es vívido. El rostro de Mikhail al otro lado de la sala, su pelo plateado perfectamente peinado incluso con el mono naranja de prisión, sus ojos azules ardiendo de odio y algo peor. Traición. La clase que corta más profundo que cualquier cuchillo.

—A los cinco años de su condena, hubo un motín. Mataron a Mikhail, o eso nos dijeron. Vi el cuerpo en la morgue. Asistí al funeral. Vi cómo bajaban el ataúd a la tumba —me río con amargura—. Excepto que no era él, ¿verdad? Todo fue un montaje. Ha estado ahí fuera durante cinco años, planeando esto. Planeando destruir todo lo que he construido, todos los que me importan.

¿Por qué mi familia intenta destruirme? ¿Las personas a las que amé, admiré y respeté? Primero mi tío Lorenzo, y ahora Mikhail. Mi corazón sangra con ese conocimiento.

Alina guarda silencio un largo momento, procesando. Luego hace la pregunta que yo mismo me he estado haciendo desde que vi ese nombre en la pantalla.

—El ataque a la iglesia. La traición de mi padre. El montaje de los asesinatos de los Kozlov. ¿Todo es obra suya?

—Sí —la certeza se asienta en mis huesos como hielo—. Todo es venganza. Mikhail es un estratega, siempre piensa tres movimientos por delante. Orquestó todo para llevarme a este momento. Aislado. Vulnerable. Viendo cómo todo lo que he construido se desmorona a mi alrededor.

Pienso en la precisión de todo ello. Cómo abordaron a Viktor, cómo explotaron su ambición. Cómo manipularon a los Kozlov para el ataque en la iglesia. Cómo plantaron pruebas para inculparme de asesinatos que no cometí. Es brillante y brutal, exactamente el estilo de Mikhail.

Y Lorenzo. —Aunque mi tío Lorenzo actuó por rabia y celos, apuesto a que Mikhail le ayudó a seguir ese camino. Sin Mikhail, quizás Lorenzo no habría perdido la maldita cabeza.

Respiro hondo y paso la mano por el pelo; el peso de tal traición resulta casi insoportable.

—Mikhail quería que sufriera primero —digo, mientras las piezas encajan—. Que perdiera a Sergei, que me acusaran de crímenes que no cometí, que viera cómo las familias Bratva se volvían contra mí. Y luego, cuando estuviera más débil, se revelaría y lo tomaría todo.

El rostro de Alina se ha puesto pálido, pero su voz es firme. —Excepto que no contó conmigo.

La miro, realmente la observo. Mi esposa. La mujer que lo ha cambiado todo. Su pelo rojo atrapa la luz de la lámpara y veo la fuerza en sus ojos verdes, el acero bajo la suavidad. Tiene razón. El plan de Mikhail no tuvo en cuenta a Alina, ni lo que ella significa para mí.

—No —asiento, acercándola más—. No contó contigo. Ni con nosotros.

Se inclina hacia mí y huelo el aroma de su pelo, jazmín y algo único en ella. Por un instante, permito sentir el miedo que he estado reprimiendo. Miedo a perderla, a ver cómo Mikhail destruye todo lo que amo.

Luego lo aparto y vuelvo a ser el Pakhan.

—Si Mikhail está vivo, ¿dónde está? —pregunta Alina, con la voz apagada contra mi pecho.

—No lo sé. Pero tengo recursos. —Saco el móvil y empiezo a hacer llamadas. Primero a Alexei, luego a mi red de informantes por toda la ciudad. Ofrezco una recompensa sustanciosa por información sobre el paradero de Mikhail Volkov. Medio millón de dólares a quien me dé una ubicación.

La respuesta es inmediata. Mi móvil empieza a vibrar con mensajes entrantes, llamadas, pistas. La mayoría son inútiles, gente intentando reclamar la recompensa con información falsa. Pero algunas son prometedoras.

Alina se sienta en el sillón de cuero junto a mi escritorio, observándome trabajar. Soy consciente de su presencia, de cómo me estudia con esos perspicaces ojos verdes. Está aprendiendo a leerme, a ver más allá del exterior frío, al hombre que hay debajo.

—Tienes miedo —dice suavemente.

Quiero negarlo, mantener la fachada del Pakhan despiadado que no teme a nada. Pero le he prometido sinceridad, y no romperé esa

promesa ahora.

—Sí —admito—. Mikhail me conoce mejor que nadie. Sabe mis debilidades, mis estrategias, cómo pienso. Luchar contra él es como luchar contra mí mismo.

—Pero no eres el mismo hombre que eras hace cinco años —señala Alina—. Has cambiado. Has crecido. Ahora tienes cosas por las que luchar que no tenías entonces.

Tiene razón. Hace cinco años, construía un imperio por poder, por supervivencia. Ahora lucho por Alina y el futuro que intentamos crear. Eso lo cambia todo.

Cuando el sol comienza a ponerse, tiñendo el estudio de tonos dorados y ámbar, tenemos una pista. Uno de mis informantes más fiables llama con información que parece sólida. Una finca privada en el campo, a unas dos horas de la ciudad. Es propiedad de un viejo socio de Mikhail, un hombre que supuestamente se retiró de la Bratva hace años.

—Tiene sentido —dice Alexei cuando le llamo de vuelta al estudio—. Mikhail necesitaría una base de operaciones, un lugar seguro donde planear sin ser detectado. Y Anatoly Volkov siempre le ha sido leal.

Anatoly. Lo recuerdo, un primo lejano de Mikhail. Callado, metódico, el tipo de hombre que pasa desapercibido. Perfecto para esconder a un fantasma.

—Necesitamos confirmarlo antes de actuar —digo, ya planeando—. Envía un equipo de reconocimiento. Quiero ojos en esa finca, fotos de todo el que entre y salga. Si Mikhail está allí, quiero saber su dispositivo de seguridad, sus rutinas, todo.

Alexei asiente y empieza a coordinar por teléfono. Me vuelvo hacia Alina, que ha estado escuchando en silencio.

—Deberías descansar —le digo.

—No —me interrumpe, con voz firme—. No intentes protegerme excluyéndome. Estoy contigo en esto, Dimitri. Pase lo que pase, lo enfrentamos juntos.

Quiero discutir, quiero encerrarla en nuestro dormitorio donde estará a salvo. Pero veo la determinación en su rostro, la misma fuerza que la llevó a apuntarme con una pistola, a matar a su propio padre.

—Juntos —convengo, atrayéndola hacia mis brazos.

Pasamos las siguientes horas planeando. Alexei coordina el equipo de reconocimiento mientras yo repaso todo lo que sabemos sobre las tácticas de Mikhail, sus preferencias, sus debilidades. Alina se sienta a mi lado, haciendo preguntas, ofreciendo perspectivas. Tiene una mente aguda para la estrategia, viendo ángulos que yo podría haber pasado por alto.

Cae la noche y aún no hay noticias del equipo de reconocimiento. Empiezo a caminar de un lado a otro, sintiendo que el dragón tatuado en mi cuello me oprime la piel, cuando mi móvil vibra.

Pero no es una llamada de mi equipo. Es un mensaje de vídeo de un número desconocido.

Se me hiela la sangre.

—¿Dimitri? —la voz de Alina denota preocupación—. ¿Qué pasa?

No respondo. Solo pulso la pantalla para reproducir el vídeo y, de repente, el estudio se llena con una voz que no había oído en cinco años. Una voz que pensé que nunca volvería a oír.

El vídeo muestra una habitación lujosa, con madera oscura y muebles caros. Y allí, sentado en un sillón de cuero con una copa de lo que parece un whisky caro, está Mikhail Volkov.

Parece mayor de lo que recordaba, con el pelo plateado más largo, el rostro más surcado de arrugas. Pero esos ojos azules son los mismos, fríos, calculadores y llenos de inteligencia. Viste un traje caro, perfectamente ajustado, y parece completamente relajado.

Cuando sonríe a la cámara, es la sonrisa que recuerdo de nuestros primeros tiempos juntos. Cálida, casi paternal. Me hace sentir escalofríos.

—Hola, viejo amigo —dice Mikhail, con su acento ruso suave y culto.

35

ALINA

Me quedo detrás de la silla de Dimitri, con las manos agarrando sus hombros mientras vemos el vídeo reproducirse en la pantalla de su teléfono. El hombre que aparece es guapo de un modo que me da escalofríos. Pelo plateado perfectamente peinado, ojos azules fríos que contienen inteligencia y crueldad en igual medida, un traje caro que probablemente cuesta más de lo que la mayoría gana en un mes. Parece que podría ser un director ejecutivo o un político. En cambio, es el fantasma que ha estado orquestando nuestra pesadilla.

Mikhail Volkov.

—Hola, viejo amigo —dice con una voz suave, culta, su acento ruso refinado en lugar de áspero. Habla el idioma como poesía, cada palabra cuidadosamente elegida—. Espero que este mensaje le encuentre bien. Y felicidades por su reciente matrimonio. He estado siguiendo sus… aventuras con gran interés.

Los hombros de Dimitri se tensan bajo mis manos, los músculos se vuelven piedra. Puedo sentir la rabia irradiando de él, apenas contenida.

—Su novia es bastante hermosa, Dimitri. Esos ojos verdes, ese pelo rojo. Entiendo por qué se apresuró a reclamarla tras la desafortunada muerte del pobre Sergei —su sonrisa no llega a los ojos—. Y he oído que también ha acogido a su hermana pequeña. Katya, ¿verdad? Dieciséis años. Una edad tan vulnerable.

Mi sangre se hiela. La amenaza implícita es clara, y mis manos se aprietan en los hombros de Dimitri. Él alza la mano y cubre una de las mías con la suya, apretando suavemente. Un gesto de tranquilidad silencioso, aunque puedo sentir el temblor en sus dedos.

—Imagino que se estará preguntando cómo sigo vivo —continúa Mikhail, haciendo girar el whisky en su vaso—. El motín en la prisión fue bastante convincente, ¿verdad? El cadáver, el funeral, el duelo. Representó su papel a la perfección, *Dima* —dice, usando la versión abreviada del nombre de Dimitri—. Siempre se le dio bien interpretar papeles.

—Cinco años —continúa Mikhail, con un tono más duro en la voz—. Cinco años he pasado planeando este momento. Reuniendo recursos, estableciendo contactos, colocando piezas en el tablero. El ataque a la iglesia, la ambición conveniente de Viktor Popov, el afán de venganza de la familia Kozlov. El odio de Lorenzo, tan fácil de manipular. Todo orquestado para llevarle exactamente adonde está ahora.

Se inclina hacia delante, sus ojos azules parecen mirarnos directamente a través de la pantalla.

—Aislado. Vulnerable. Viendo cómo todo lo que ha construido se desmorona a su alrededor. ¿Cómo se siente, viejo amigo? ¿Saber que el imperio que me robó se está desintegrando? ¿Que las familias se vuelven contra usted? ¿Que todos los que le importan están en peligro?

La mandíbula de Dimitri se aprieta con tanta fuerza que oigo cómo le crujen los dientes. Quiero decirle que pare el vídeo, que no

necesitamos oír esto. Pero sé que debemos hacerlo. Necesitamos entender a qué nos enfrentamos.

—La incriminación por los asesinatos de los Kozlov fue especialmente elegante, ¿no le parece? —vuelve a sonreír Mikhail, frío y satisfecho—. Cascos de bala de su armería, testigos que vieron a soldados de Morozov, un rastro de papel que lleva directamente a usted. Las otras familias ya piden su cabeza. Algunos quieren un tribunal. Otros prefieren soluciones más… directas.

Toma otro sorbo de whisky, saboreándolo.

—Pero no soy irrazonable, Dimitri. A pesar de todo, a pesar de la traición, a pesar de los años que pasé en esa jaula por su testimonio, estoy dispuesto a negociar. Fuimos hermanos una vez. Eso tiene que contar para algo.

La palabra «hermanos» hace que algo se retuerza en mi pecho. Pienso en la historia que Dimitri compartió conmigo, sobre el joven que lo encontró ensangrentado y desesperado, que le enseñó a sobrevivir. El mentor que se convirtió en monstruo.

—Le propongo una reunión —dice Mikhail—. Solo nosotros dos. Sin soldados, sin armas, sin juegos. Hablaremos como hombres civilizados y encontraremos una solución que no termine con toda la ciudad ardiendo. Incluso endulzaré el trato. Proporcionaré pruebas que le limpien de los asesinatos de los Kozlov. Retiraré a las familias que se mueven contra usted. Desapareceré de nuevo, y podrá conservar su preciado imperio.

Se detiene y veo cálculo en esos fríos ojos azules.

—Lo único que tienes que hacer es reunirte conmigo. Mañana por la noche. A medianoche. Hay un monasterio abandonado fuera de la ciudad, a una hora en coche hacia el norte. Te enviaré las coordenadas. Ven solo, Dimitri. Si veo a alguno de tus hombres, si sospecho cualquier tipo de trampa, el trato se cancela. Y la guerra que he estado preparando devorará todo lo que amas.

La amenaza queda suspendida en el aire, pesada y absoluta.

—Tienes hasta mañana a medianoche para decidir —continúa Mijail —. Pero ambos sabemos que vendrás. Eres demasiado orgulloso para esconderte, demasiado obstinado para huir. Y te importa demasiado esa preciosa esposa tuya como para arriesgarte a lo que haré si te niegas.

Sus ojos parecen encontrarme a través de la pantalla, y me siento violada por su mirada.

—Espero con ilusión nuestro reencuentro, viejo amigo. Tenemos mucho que discutir.

El vídeo termina, la pantalla se queda negra. Por un momento, ninguno de nosotros se mueve. El estudio está en silencio excepto por el tictac del reloj antiguo sobre la repisa y el sonido lejano de la música de Katya sonando arriba.

Entonces Dimitri deja el teléfono con precisión milimétrica y se pone de pie.

—Es una trampa —digo, con una voz que suena extraña en el silencio—. Sabes que es una trampa.

—Por supuesto que es una trampa —no se vuelve para mirarme—. Mijail no hace nada sin tres planes de respaldo y una estrategia de salida. Ha tenido cinco años para preparar este momento.

Rodeo el escritorio para plantarme frente a él, obligándole a mirarme a los ojos. —Entonces no puedes ir. Encontraremos otra forma. Conseguiremos pruebas de su manipulación, mostraremos a las otras familias lo que ha hecho.

—No hay tiempo —la voz de Dimitri es plana, controlada. El Pakhan hablando—. Las familias ya se están movilizando. Algunas quieren verme muerto. Otras esperan para ver de qué lado sopla el viento. Si no me reúno con Mijail, si parezco débil o asustado, se moverán contra mí. Contra nosotros.

—¿Y qué? —le agarro la camisa, sintiendo el músculo sólido debajo —. Que vengan. Lucharemos. Sobreviviremos. Siempre lo hacemos.

Algo parpadea en sus ojos verdes. Dolor, quizás. O miedo. —Esta vez no. Mijail ha estado planeando esto durante cinco años. Sabe cada movimiento que haré, cada estrategia que emplearé. Él me enseñó la mayoría.

—Entonces hacemos algo inesperado —estoy aferrándome a un clavo ardiendo, y ambos lo sabemos—. Traemos ayuda externa. Acudimos a las autoridades.

—¿Las autoridades? —Dimitri ríe, pero sin rastro de humor—. La mitad está en nómina de la Bratva. La otra mitad adoraría vernos destruirnos mutuamente. No, Alina. Este es nuestro mundo, nuestras reglas. Y en nuestro mundo, cuando un hombre como Mijail Volkov te reta, respondes.

—Entonces no vayas —me coloco frente a él, obligándole a mirarme a mí en lugar del teléfono—. Buscamos otra forma. Usamos tu red, tus recursos. Le cazamos en nuestros términos, no en los suyos.

La mano de Dimitri se alza para acariciar mi rostro, su pulgar rozando mi pómulo. El gesto es tierno, en contraste con el frío cálculo en sus ojos verdes. —Si no voy, escalará. Le has oído. Se centrará en todos los que me importan. Empezando por ti y Katya.

—Entonces aumentamos la seguridad. Nos trasladamos a una casa segura. Desaparecemos hasta que esto amaine.

—No amainará —su voz es suave pero firme—. Mijail ha pasado cinco años planeando esto. Tiene recursos, conexiones, paciencia. Nos esperará, nos eliminará uno a uno. La única forma de terminar esto es enfrentándonos a él.

Dimitri me atrae hacia sus brazos y siento que tiembla. Este hombre que ha sobrevivido décadas en la Bratva, que ha matado sin dudar, que ha construido un imperio sobre sangre y miedo, está temblando.

—Tengo que hacer esto —murmura en mi pelo—. Tengo que terminarlo. Por ti, por Katya, por todos los que dependen de mí. Mijail me conoce demasiado bien. Sabe mis debilidades, mis estrategias, cómo pienso. La única forma de vencerle es darle lo que quiere.

—¿Tu muerte? —mi voz se quiebra—. Eso es lo que quiere, Dimitri. Quiere verte muerto.

—Quizá —se separa lo suficiente para mirar mi cara—. Pero también quiere regodearse. Demostrar que es más listo, mejor, más merecedor de poder. Ese ego es su debilidad. Si puedo explotarlo, si consigo que hable, quizá encuentre una oportunidad.

Veo el plan formándose tras sus ojos, el frío cálculo del Pakhan tomando el control. Pero también veo el miedo subyacente. La certeza de que quizá no regrese de esto.

Los ojos de Dimitri se estrechan, y puedo verle procesándolo, su mente táctica trabajando los ángulos. Observo la guerra desarrollarse tras sus ojos. Finalmente, habla, y sus palabras hacen que mi sangre se hiele y mi corazón se eleve al mismo tiempo.

—Vienes conmigo —dice, su voz ronca por la emoción—. Porque Mijail esperará que intentes detenerme, y tu presencia quizá sea lo único que le impida matarme al verme.

36

DIMITRI

Paso todo el día preparando la reunión de mañana por la noche con Mikhail, pero mi mente no deja de divagar hacia la mujer de arriba. Cada decisión estratégica, cada plan de contingencia, cada disposición de seguridad — todo se reduce a proteger a Alina.

—Cometes un error al traerla —dice Alexei por tercera vez, sus ojos azules agudos de preocupación. Estamos en mi estudio, con mapas y planes tácticos desplegados sobre el escritorio—. Mikhail la usará contra ti.

—Mikhail esperará que la deje aquí, donde pueda llegar a ella —me recuesto en la silla, y el cuero cruje—. Traerla es inesperado. En nuestro mundo, lo inesperado es una ventaja.

—O es un suicidio —Alexei cruza los brazos sobre el pecho. Estudia mi rostro durante un largo momento, luego asiente lentamente—. La amas.

No respondo. No puedo responder. Porque admitirlo en voz alta lo hace real, lo convierte en una debilidad que puede ser explotada. Además, ni siquiera he desentrañado mis sentimientos aún.

—Solo ten cuidado —dice en voz baja—. El amor nos hace hacer tonterías.

Tras su marcha, termino los preparativos para la seguridad de Katya. Si las cosas salen mal mañana por la noche, si Mikhail logra matar tanto a Alina como a mí, necesito saber que su hermana estará protegida. He creado un fondo fiduciario, organizado su educación, asignado guardaespaldas que la llevarán a algún lugar seguro. Es lo mejor que puedo hacer.

Para cuando termino, es casi medianoche. La casa está en silencio, la mayoría del personal se ha retirado por la noche. Mis hombres están en sus puestos, vigilantes como siempre. Pero siento el peso del mañana presionándome como algo físico.

Subo las escaleras hacia nuestro dormitorio, mis botas silenciosas sobre el mármol. La puerta está entreabierta, y una luz cálida se derrama en el pasillo. La empujo y encuentro a Alina sentada al borde de la cama, vistiendo una de mis camisas y nada más. Su pelo rojo cae en ondas sobre sus hombros, y cuando levanta la vista hacia mí, veo miedo y determinación en igual medida en sus ojos verdes.

—¿Está todo listo? —pregunta.

—Sí —cierro la puerta tras de mí y la aseguro—. Katya estará a salvo pase lo que pase.

Se levanta y se acerca a mí, sus pies descalzos silenciosos sobre el suelo de madera—. ¿Y nosotros? ¿Estaremos a salvo?

Quiero mentir, decirle que todo irá bien. Pero le he prometido honestidad. —No lo sé. Mikhail es peligroso, pero haré todo lo que esté en mi mano para protegerte.

—Lo sé —ella alza las manos y me acaricia la cara, sus palmas cálidas contra mi barba—. Confío en ti, Dimitri.

Esas palabras rompen algo dentro de mí. Esta mujer, que tiene todas las razones para odiarme, para temerme, confía en mí con su vida.

La atraigo hacia mí y la beso con fuerza, vertiendo todo lo que no puedo decir en la presión de mis labios contra los suyos. Ella responde de inmediato, sus dedos aferrándose a mi camisa, su cuerpo moldeándose al mío. Cuando finalmente me aparto, los dos respiramos con dificultad.

La levanto con facilidad y la llevo a la cama. Ella envuelve sus piernas alrededor de mi cintura, y puedo sentir el calor de ella a través de mi ropa. La acuesto sobre las sábanas azules y retrocedo, tomándome un momento para mirarla. Su pelo rojo extendido sobre la almohada, mi camisa subida revelando la curva de su cadera, sus labios hinchados por mi beso.

—Eres jodidamente sexy —le digo, mis manos ya trabajando en los botones de mi camisa—. ¿Tienes idea de lo que me haces?

—Muéstrame —su voz es entrecortada, desafiante.

Me desnudo rápidamente, con eficacia, mi ropa cayendo al suelo. Cuando estoy desnudo, veo que sus ojos se abren ligeramente mientras recorren mi cuerpo. Los tatuajes que me marcan como realeza de la Bratva. Las cicatrices que cuentan historias de supervivencia. La evidencia de lo mucho que la deseo.

Me subo a la cama, cubriendo su cuerpo con el mío, y la beso de nuevo. Esta vez más lento, más profundo. Mi lengua recorre la línea de sus labios, y cuando se abre para mí, la saboreo a fondo. Ella emite un pequeño sonido en la garganta que va directo a mi polla.

Mis manos se deslizan bajo mi camisa que lleva puesta, encontrando piel cálida y suave. Empujo la tela hacia arriba, interrumpiendo el beso el tiempo justo para quitársela por la cabeza. Entonces está desnuda bajo mí, y tengo que cerrar los ojos un momento para mantener el control.

—Dimitri —su voz suena suplicante, necesitada—. Por favor.

Abro los ojos y la miro. —¿Por favor qué? Dime qué quieres, Alina.

—A ti. Te quiero a ti. A todo de ti.

Bajo mis besos por su cuello hasta encontrar el punto que la hace jadear. Mis manos moldean sus pechos, siento su peso, cómo sus pezones se endurecen bajo mis palmas. Cuando tomo uno con mi boca, arquea la espalda sobre la cama con un grito.

—Así —murmuro contra su piel—. Déjame oírte.

Adoro sus pechos con boca y manos, alternando suavidad y rudeza, aprendiendo qué la hace gemir, qué la hace retorcerse. Sus dedos se enredan en mi pelo, manteniéndome cerca, y siento su temblor bajo mí.

Mi mano desciende por su vientre, avanzo más abajo besando sus costillas, su estómago, la curva de su cadera. Cuando me sitúo entre sus muslos, intenta cerrarlos súbitamente, tímida.

—No —digo con voz firme—. Déjame verte. Déjame saborearte.

Se relaja, separo sus muslos más abiertos contemplando su visión. Rosada y reluciente, ya húmeda para mí. Me inclino y paso la lengua por su raja, grita mientras sus caderas se arquean.

—¡Dimitri!

Sujeto sus caderas y repito, más lento esta vez, saboreando su esencia. Dulce y almizclada, no me sacio. Localizo su clítoris con la lengua y trazo círculos, sintiendo temblar sus muslos.

—Por favor —jadea—. Necesito...

Sé qué necesita. Deslizo dos dedos dentro, sintiendo su estrechez, su humedad. Los curvo hallando ese punto que la hace ver estrellas, mientras mi lengua continúa su asalto al clítoris.

Se deshace bellamente: espalda arqueada, manos aferrando las sábanas, mi nombre gritado en sus labios. No ceso, prolongando su orgasmo hasta que tiembla hipersensible.

Al retirarme finalmente, está sonrojada y jadeante, sus ojos verdes velados de placer. Asciendo por su cuerpo y la beso profundamente, dejándola saborearse en mi lengua.

—Quiero estar dentro de ti —le digo, mi polla presionando su muslo —. Quiero sentirte venir alrededor mío.

—Sí —envuelve mis caderas con sus piernas acercándome—. Por favor, Dimitri. Te necesito.

Me posiciono en su entrada y empujo lentamente, sintiéndola ceder. Tan estrecha, caliente, perfecta. Cuando estoy completamente dentro, hago una pausa dándole tiempo.

—¿Bien? —pregunto con voz tensa por contenerme.

—Más que bien —mueve sus caderas y gimo—. Muévete. Muévete, por favor.

Comienzo despacio, retirándome casi por completo antes de penetrar. Embestidas largas y profundas que la hacen jadear. Sus uñas clavan en mis hombros, siento su ardor, su marca en mi piel.

—Más fuerte —exige, y obedezco acelerando. El sonido de nuestros cuerpos llena la habitación entre sus gemidos y mi respiración agitada.

Cambio el ángulo, alcanzando ese punto interno que la hace gritar. Sus paredes palpitan alrededor, sé que está cerca otra vez.

—Así —animo, deslizando una mano entre nosotros hacia su clítoris —. Ven por mí, Alina. Déjame sentirlo.

Se desmorona, su orgasmo la arrasa con tal fuerza que casi grita. Su contracción alrededor mío, su cuerpo entero tensándose y relajándose, me empuja al límite. Embisto profundamente una última vez y corro con fuerza, llenándola, marcándola como mía del modo más primario.

Permanecemos unidos un largo momento, ambos temblando, recuperando el aliento. Finalmente ruedo de lado llevándola conmigo sobre mi pecho.

—Te quiero —susurra contra mi piel—. Sé que es rápido, sé que es una locura, pero te quiero, Dimitri.

Las palabras atraviesan todas mis defensas. Quiero devolvérselas, decirle que también la quiero, que lo ha cambiado todo. Pero las palabras se atascan en mi garganta, atrapadas por décadas aprendiendo que el amor es debilidad.

En cambio, la estrecho más fuerte y beso su cabeza. —Duerme —le digo—. Mañana será difícil.

Asiente y se acomoda contra mí, su respiración igualándose mientras el cansancio la vence. Permanezco despierto mirando al techo, sintiendo su peso sobre mí.

Y mientras pasan las horas, viéndola dormir pacíficamente en mis brazos, finalmente me admito la verdad.

La quiero. Completamente. Irrevocablemente. De un modo que me aterra porque me hace vulnerable como nunca antes.

Quiero a Alina Morozov. Y mañana enfrentaré al fantasma de mi pasado para protegerla.

Porque eso se hace cuando quieres a alguien.

Luchas por ellos. Matas por ellos. Quemarías el mundo entero para mantenerlos a salvo.

Y que Dios ayude a quien intente arrebatármela.

37

ALINA

Me despierto con náuseas que me recorren el estómago como olas estrellándose contra rocas. La sensación es inmediata y abrumadora, dándome apenas tiempo para apartar las sábanas y tambalearme hacia el baño.

Llego al váter justo a tiempo, mi cuerpo se sacude mientras vacío lo poco que tengo en el estómago. Mis manos se aferran a la porcelana fría y cierro los ojos contra el cuarto que gira. Es la tercera mañana consecutiva.

Cuando las náuseas por fin remiten, me incorporo sobre mis talones y me limpio la boca con manos temblorosas. Mis pechos duelen bajo el fino camisón, sensibles de un modo que no tiene que ver con el tacto de Dimitri. Mi regla está retrasada, aunque con todo lo ocurrido, me había convencido de que era solo estrés.

¿Pero tres mañanas de vómitos?

Me levanto con piernas inestables y me acerco al lavabo, salpicándome la cara con agua fría. Mi reflejo me devuelve la mirada, pálida y ojeroso. Parezco haber envejecido años en las últimas semanas, pero hay algo más. Un suave resplandor en mi piel.

Alargo la mano bajo el lavabo, mis dedos encuentran el test de embarazo que escondí allí hace tres días. Lo compré por impulso durante una visita a la farmacia con uno de los guardias de Dimitri, guardándolo en el bolso antes de que nadie lo viera. He tenido demasiado miedo para usarlo, demasiado miedo de lo que podría confirmar.

Pero ya no puedo ignorarlo más.

Me tiemblan las manos mientras abro la caja y leo las instrucciones, aunque ya sé qué hacer. El test es sencillo. Orinar en el palito, esperar tres minutos, y mi vida entera cambiará de una manera u otra.

Hago el test y lo dejo en el mármol, luego me lavo las manos y miro mi reflejo mientras espero. Los segundos pasan con lentitud agonizante. Pienso en Dimitri, en la reunión con Mikhail que se acerca, en toda la violencia y el caos que han consumido nuestras vidas desde aquella iglesia en llamas.

¿Es este realmente el mundo en el que quiero traer un niño?

Pero incluso mientras se forma el pensamiento, conozco la respuesta. Sí. Porque este niño sería nuestro. Mío y de Dimitri. Un símbolo de algo hermoso nacido de toda esta oscuridad.

Pasan tres minutos.

Cojo el test con dedos temblorosos y miro la ventana de resultados.

Dos líneas rosas. Claras e inconfundibles.

Positivo.

Estoy embarazada.

El test se me escapa de los dedos y cae en el lavabo con estrépito. Me agarro al borde del mármol, mis rodillas de repente flojas. Un bebé. Voy a tener un bebé. El bebé de Dimitri.

La alegría y el terror libran una batalla en mi pecho en igual medida. Presiono una mano contra mi vientre aún plano, tratando de imaginar la pequeña vida que crece allí. Nuestro hijo. El pensamiento me llena de una ferocidad protectora que nunca antes había sentido.

Pero entonces la realidad irrumpe. Estamos a punto de reunirnos con Mikhail, un hombre que quiere destruir todo lo que Dimitri ha construido. Un hombre que ha orquestado masacres y montajes. Un hombre que no dudará en usar este embarazo contra nosotros si se entera.

No puedo decírselo a Dimitri. Todavía no. No antes de la reunión. Ya está lo bastante preocupado por mi seguridad sin añadir esto a sus preocupaciones.

Escondo el test en el fondo de la papelera del baño, cubriéndolo con pañuelos, luego me cepillo los dientes y me salpico más agua en la cara. Cuando vuelvo al dormitorio, Dimitri está despierto, apoyado en un codo y observándome con ojos preocupados.

—¿Estás bien? —Su voz es ronca por el sueño, su pelo oscuro despeinado de un modo que me hace encogerse el corazón.

Asiento con la cabeza. —Solo un poco cansada.

Estudia mi rostro durante un largo momento, y me pregunto si podrá ver la verdad escrita allí. Pero solo asiente y aparta las sábanas en invitación. —Vuelve a la cama. Tenemos unas horas antes de empezar a prepararnos.

Me deslizo a su lado, y él me rodea con sus brazos, acercándome contra su pecho. Puedo oír sus latidos, firmes y fuertes, y presiono mi mano sobre el tatuaje de la estrella de ocho puntas en su pectoral derecho. Este hombre. Este hombre peligroso, complicado y hermoso va a ser padre.

—Dimitri —susurro.

—¿Mmm?

Casi se lo digo. Las palabras están ahí, presionando contra mis labios. Pero entonces pienso en la reunión que se avecina, en las amenazas de Mikhail, en todas las formas en que esto podría salir mal. Así que, en cambio, digo: —Te quiero.

Sus brazos se aprietan alrededor de mí. —Yo también te quiero.

Permanecemos tumbados en silencio un rato, y memorizo su tacto. Por si acaso. Por si acaso esta noche no sale como esperamos.

Finalmente, besa mi coronilla y me suelta. —Necesito contactar con Alexei. ¿Estarás bien?

—Voy a visitar a Katya —digo—. Pasar un rato con ella.

Asiente y desaparece en el cuarto de baño. Me visto rápido con unos vaqueros y un suéter suave, luego recorro el pasillo hasta la habitación de Katya.

Llamo suavemente y su voz me invita a entrar. Está sentada en su cama, con un cuaderno de dibujo abierto sobre su regazo, su pelo oscuro cayendo alrededor del rostro. Al verme, aparta el cuaderno y sonríe, pero la sonrisa no le llega a los ojos.

—Hola —dice.

—Hola —cierro la puerta tras de mí y me siento a su lado en la cama —. ¿Cómo estás?

Se encoge de hombros, un gesto que me recuerda mucho a cuando era pequeña. —Bien, supongo. Las pesadillas van mejorando.

Le cojo la mano, notando lo fríos que tiene los dedos. —Me alegro de que estés aquí. De que estés a salvo.

—Yo también —baja la mirada hacia nuestras manos unidas—. Alina, ¿puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras.

—Papá —su voz se quiebra al pronunciar la palabra—. ¿De verdad está muerto?

La pregunta flota entre nosotras, cargada de dolor y confusión. Pienso en mentir, en suavizar la verdad, pero Katya merece honestidad.

—Sí —digo en voz baja—. Está muerto.

Asiente lentamente, con lágrimas acumulándose en sus ojos marrones. —¿Lo mató Dimitri?

Este es el momento. El momento en que debo decidir entre protegerla de la verdad o confiar en ella. Miro a mi hermana, a la chica que sobrevivió a un secuestro y al terror, que es más fuerte de lo que nadie cree.

—No —digo con voz firme—. Fui yo.

Los ojos de Katya se abren como platos, y por un instante creo que va a apartarse de mí. Pero entonces aprieta más mi mano. —¿Por qué?

—Porque mató a Sergei. Porque intentó que me mataran a mí. Porque iba a matarte a ti —las palabras salen en un torrente, y siento lágrimas ardiendo en mis propios ojos—. Porque era un monstruo, Katya. Y no podía permitir que siguiera haciendo daño.

Guarda silencio un largo momento, procesándolo. Entonces dice algo que me parte el corazón. —Lo sé. Quiero decir, no sabía que lo habías matado tú, pero sabía que era un monstruo. Hace mucho que lo sé.

La atraigo hacia mis brazos y lloramos juntas. No por el hombre que fue Viktor, sino por el padre que debería haber sido. Por la infancia que merecimos pero nunca tuvimos. Por la familia que se rompió mucho antes de que aquella iglesia ardiera.

—Lo siento —susurro en su pelo—. Siento mucho que tuvieras que crecer con él.

—No es culpa tuya —se separa y se seca los ojos—. Me protegiste. Siempre me has protegido. Incluso cuando significaba sacrificarte tú.

—Eres mi hermana. Siempre te protegeré.

Permanecemos sentadas en un silencio cómodo un rato, y la veo coger de nuevo su cuaderno de dibujo. Está dibujando los jardines tras su ventana, capturando cómo la luz matinal baña las flores. Tiene talento, siempre lo ha tenido.

—Katya —digo—, quiero que sepas que ahora todo será distinto. Vas a ir a la universidad, estudiar arte como siempre quisiste. Vas a viajar y ver mundo. Vas a tener opciones.

Me mira con esperanza brillando en sus ojos. —¿En serio?

—En serio. Te lo prometo.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Qué vas a hacer tú?

Pienso en el bebé que crece dentro de mí, en la vida que estoy construyendo con Dimitri, en el futuro por el que luchamos. —Voy a asegurarme de que tengas todo lo que mereces. Y voy a construir algo mejor que lo que tuvimos.

Sonríe, y esta vez la sonrisa sí le llega a los ojos. —Ya lo has hecho.

Pasamos otra hora juntas, hablando de sus planes de estudios, de los lugares que quiere visitar. Me enseña sus bocetos y me asombra su talento. Ha capturado la finca con cariñoso detalle, pero también imágenes más oscuras de su cautiverio. El arte como terapia, procesando el trauma mediante la creación.

Cuando finalmente me levanto para irme, me abraza con fuerza. —Ten cuidado esta noche —susurra—. Con Mikhail. Oí hablar a los guardias.

—Lo tendré. Dimitri me protegerá.

—Lo sé. Pero aun así. Ten cuidado.

Le beso la frente y la dejo con sus dibujos. Mientras vuelvo por el pasillo hacia mi dormitorio, apoyo una mano en mi vientre de nuevo. Este secreto que llevo dentro pesa más con cada minuto que pasa.

Encuentro a Dimitri en nuestra habitación, vestido con vaqueros oscuros y una camisa negra, revisando armas con la eficiencia de quien ha hecho esto mil veces. Alza la vista cuando entro, y algo en su expresión me corta la respiración.

—Es la hora —dice con voz grave—. Tenemos que irnos a la reunión con Mikhail.

38

DIMITRI

Los faros cortaban la oscuridad mientras conducía por la sinuosa carretera hacia el monasterio abandonado. En el asiento del pasajero, Alina permanecía rígida, con las manos fuertemente entrelazadas sobre su regazo. Podía ver cómo sus nudillos se ponían blancos incluso en la tenue luz del salpicadero.

Detrás de nosotros, dos todoterrenos seguían a prudente distancia. Alexei dirigía un equipo, Borge el otro. Mis mejores hombres, armados y listos. Pero tenían órdenes estrictas de mantenerse atrás a menos que yo diera la señal. Mikhail estaría vigilando cualquier indicio de trampa.

El monasterio apareció en la cima de la colina ante nosotros, sus antiguos muros de piedra recortados contra el cielo nocturno. Incluso derruido y abandonado, resultaba imponente. El lugar perfecto para una reunión así. Aislado. Dramático. Justo el estilo de Mikhail.

Salí de la carretera principal hacia el estrecho camino que ascendía la colina. El todoterreno saltaba sobre surcos y piedras, y oí la brusca inspiración de Alina.

—Ya casi llegamos —dije, con voz queda—. Recuerda el plan.

Asintió sin mirarme. —Quédate cerca. No hables a menos que te pregunten. Si das la señal, corre.

—Bien —me incliné y le apreté brevemente la mano. Sus dedos estaban helados—. Alina, mírame.

Se volvió, y en la oscuridad, sus ojos verdes se abrían desmesuradamente por el miedo. Pero bajo eso había acero. Esta mujer que mató a su propio padre, que se enfrentó a hombres armados para salvar a su hermana, que se casó conmigo sabiendo exactamente qué clase de monstruo soy.

—No tienes que hacer esto —le dije—. Todavía puedo dar media vuelta. Llevarte de vuelta a la finca, donde estarás a salvo.

—No —su voz era firme—. Terminamos esto juntos. Eso acordamos.

Quería decirle lo que comprendí anoche mientras la observaba dormir. Que en algún punto entre la iglesia en llamas y este momento, entre ella apuntándome con un arma y permaneciendo a mi lado en nuestra boda, me había enamorado de ella. Completamente. Irreversiblemente. De una manera que me aterra porque me hace vulnerable como nunca antes.

Pero las palabras se atascaron en mi garganta. Los hombres como yo no pueden decir esas cosas, no pueden permitirse tales debilidades. El amor es un lujo que no me puedo permitir, especialmente esta noche.

Así que, en su lugar, llevé su mano a mis labios y besé sus nudillos. —Quédate cerca de mí. Pase lo que pase.

—Lo haré.

Solté su mano y continué colina arriba. El monasterio se hacía más grande con cada segundo que pasaba. Al tomar la última curva, vi el patio iluminado por antorchas. Las llamas parpadeantes proyectaban sombras danzantes sobre las antiguas piedras, creando una atmósfera casi medieval.

Y allí, en el centro de todo, estaba Mikhail Volkov.

Mis manos se apretaron sobre el volante. Cinco años. Cinco años desde que los vi bajar su ataúd a la tierra. Cinco años creyéndolo muerto, cargando con la culpa de su supuesto fallecimiento. Y todo ese tiempo, él estuvo vivo. Planeando. Esperando.

Aparqué el todoterreno y apagué el motor. Por un instante, ninguno se movió. Nos quedamos sentados, contemplando al hombre que había orquestado tanta destrucción.

Mikhail se veía exactamente igual que en el vídeo. Cabello plateado perfectamente peinado pese a la hora avanzada. Traje caro que probablemente costaba más de lo que la mayoría gana en un mes. Ojos azules fríos que contenían inteligencia y crueldad en igual medida. Lo flanqueaban al menos una docena de hombres armados, todos observándonos con interés depredador.

—¿Lista? —le pregunté a Alina.

Ella respiró hondo y asintió.

Salimos del vehículo juntos. El aire nocturno era fresco, cargado con olor a piedra vieja y alquitrán ardiente de las antorchas. Mantuve mi mano en la espalda baja de Alina mientras caminábamos hacia Mikhail, sintiendo el leve temblor que recorría su cuerpo. Estaba aterrada, pero no lo mostraba. Su espalda recta, la barbilla alta.

El orgullo me hinchó el pecho. Mi esposa. Mi compañera.

La sonrisa de Mikhail se ensanchó al acercarnos. —Dimitri. Ha pasado demasiado tiempo, viejo amigo —su acento ruso era suave, culto. Cambió al inglés, probablemente por Alina—. Y has traído a tu novia. Qué romántico.

No respondí a la pulla. Seguí caminando hasta estar a unos tres metros, suficiente para hablar pero con margen para reaccionar si sus hombres actuaban.

Mikhail nos rodeó lentamente, como un depredador evaluando a su presa. Su mirada se demoró en Alina, recorriendo su cuerpo de un modo que me hizo apretar la mandíbula. —Es incluso más hermosa de cerca. Esos ojos verdes. Ese pelo rojo. Entiendo por qué te apresuraste a reclamarla tras la desgraciada muerte del pobre Sergei.

—Ve al grano, Mikhail —dije con voz fría y controlada—. ¿Qué quieres?

Deja de dar vueltas y se enfrenta a mí directamente. —Directo al grano. Has cambiado, *Dima*. El joven que conocí al menos habría intercambiado algunas palabras de cortesía primero. Cinco años en una tumba le hacen eso a una persona, supongo. Te hacen apreciar el valor del tiempo.

—Tú nunca estuviste en una tumba.

—No. —Su sonrisa no llega a los ojos—. Pero tú creíste que sí. Me lloraste. Asististe a mi funeral. Derramaste lágrimas sobre mi ataúd. Debió de ser toda una actuación, teniendo en cuenta que fuiste tú quien me metió en la cárcel.

La acusación flota en el aire entre nosotros. No lo niego. No puedo negarlo. —Estabas haciendo movimientos que habrían atraído la atención federal sobre todos nosotros. Estabas dispuesto a sacrificar toda la estructura de la Bratva por tu propia ambición.

—Y tú estabas dispuesto a sacrificar a tu hermano para preservarla. —La voz de Mikhail se endurece—. Éramos familia, Dimitri. Más cercanos que la sangre. Y me traicionaste.

—Te traicionaste a ti mismo. —Mantengo el tono sereno, negándome a entrar en una discusión emocional—. Conocías las reglas. Las rompiste. Hice lo que tenía que hacerse.

Mikhail se ríe, pero sin rastro de humor. —Siempre tan justiciero. Tan seguro de tu superioridad moral. Dime, *Dima*, ¿cómo se siente estar

en ese pedestal que has construido con los cuerpos de todos los que confiaron en ti?

Noto que Alina se mueve ligeramente a mi lado, y presiono mi mano con más firmeza contra su espalda. Un recordatorio silencioso de que se mantenga tranquila, en silencio.

—No me trajiste aquí para remover el pasado —digo—. Quieres algo. Así que dime qué es y terminemos con esto.

La expresión de Mikhail cambia, se vuelve más profesional. —Tienes razón. El pasado es pasado. Lo que importa ahora es el futuro. —Abre las manos en un gesto casi magnánimo—. Quiero lo que me quitaste, Dimitri. Mi territorio. Mis negocios. Mi reputación. Todo lo que construiste sobre los cimientos que yo puse.

—Eso no va a pasar.

—Escúchame. —Empieza a caminar de un lado a otro, sus caros zapatos crujiendo en la gravilla—. Estoy dispuesto a ser razonable. Detendré la guerra entre las familias. Proporcionaré pruebas que te limpien de los asesinatos de los Kozlov. Incluso desapareceré de nuevo, te dejaré conservar tu vida, tu libertad. Todo lo que tienes que hacer es renunciar como jefe de la familia Morozov y cederme el control.

Estudio su rostro, buscando la trampa. Porque siempre hay una trampa con Mikhail. —¿Eso es todo? ¿Simplemente me voy y me dejas vivir?

—Bueno. —Su sonrisa regresa, más afilada ahora—. Hay una cosa más.

La forma en que lo dice me pone instantáneamente en alerta.

—La quiero a ella. —Los ojos de Mikhail se clavan en Alina—. Tu hermosa novia. No permanentemente, por supuesto. Solo por una noche. Para demostrar que te has rendido de verdad. Que entiendes el precio de la traición.

El mundo se reduce a un solo punto. El rostro de Mikhail. Su sonrisa fría. La manera casual en que acaba de exigir a mi esposa como si fuera una propiedad para intercambiar.

La rabia quema mis venas como ácido, pero la reprimo, me obligo a mantener la calma, a pensar estratégicamente. Esto es lo que él quiere. Quiere que pierda el control, que reaccione emocionalmente. Que demuestre que me he vuelto débil.

Noto que Alina se pone rígida a mi lado. Su temblor ha cesado, reemplazado por otra cosa. Algo más duro.

—No —digo, con voz plana y absoluta.

—¿No? —Las cejas de Mikhail se alzan—. ¿Así sin más? ¿Ni siquiera lo vas a considerar?

—No hay nada que considerar. —Acerco más a Alina, dejando clara mi posesión—. Es mi esposa. No forma parte de ninguna negociación.

—Qué conmovedor. —La sonrisa de Mikhail se ensancha—. Realmente te has ablandado, ¿verdad? El Dimitri que yo conocía habría entendido que todo tiene un precio. Cualquiera puede ser intercambiado.

—Entonces no me conocías tan bien como creías.

—Oh, creo que te conocía perfectamente. —Mikhail da un paso adelante, y veo que sus hombres se tensan, listos para actuar—. Sabía que eras ambicioso. Despiadado. Dispuesto a sacrificar cualquier cosa por el poder. Por eso te elegí como mi sucesor. Por eso tu traición me dolió tanto.

—Nunca iba a ser tu sucesor. —Mantengo la voz firme—. Iba a ser tu títere. Hay una diferencia.

La máscara de Mikhail se desliza por un instante, y veo la rabia debajo, el orgullo herido. Luego vuelve a su lugar, suave y controlada.

—Última oportunidad, *Dima*. —Su voz baja, se vuelve casi suave—. Dame lo que quiero, y esto terminará pacíficamente. Si te niegas, te quitaré todo. Tu territorio. Tu reputación. Tu vida. Y sí, a tu preciosa mujercita. También me la llevaré, pero no será solo por una noche. Será por todo el tiempo que yo quiera. Y tú estarás muerto, así que no podrás detenerme.

La amenaza es clara. Absoluta. Y sé que habla en serio.

Estoy a punto de responder, a punto de decirle exactamente lo que puede hacer con sus exigencias, cuando Alina se mueve.

Da un paso adelante, apartándose de mi mano protectora, y antes de que pueda detenerla, antes de que pueda siquiera procesar lo que está sucediendo, su palma se estrella contra el rostro de Mikhail con un sonoro bofetón.

El sonido resuena en el patio como un disparo.

La cabeza de Mikhail gira bruscamente hacia un lado. Sus hombres levantan sus armas. El mundo parece congelarse por un instante.

Entonces Alina habla, con voz firme y fría como el hielo invernal. — Prefiero morir antes que permitir que me toque.

39

ALINA

El golpe de mi palma contra la cara de Mikhail resonó en el patio del monasterio como un disparo. Durante un instante suspendido, todo se congela. La luz de las antorchas parpadea sobre las antiguas paredes de piedra. Las sombras bailan. Y me doy cuenta con claridad cristalina de que acabo de cometer un error catastrófico.

El silencio es absoluto. Sofocante.

Los hombres de Mikhail levantan sus armas en perfecta sincronización; los chasquidos metálicos de los seguros al desbloquearse puntúan el silencio. Al menos una docena de cañones apuntan directamente hacia mí, hacia Dimitri, hacia el espacio entre nosotros donde nuestros cuerpos aún están apretados.

La mano de Dimitri se tensa en mi brazo, sus dedos se clavan en mi carne. Pero no me tira hacia atrás, no intenta protegerme ni disculparse por mis acciones. Simplemente permanece allí, sólido e inmóvil a mi lado, sus ojos verdes clavados en Mikhail con una intensidad que hace crepitar el aire.

Puedo sentir la rabia irradiando de Dimitri en oleadas. Está en la tensión de sus músculos, en la rigidez de su mandíbula, en cómo su

mano libre se cierne cerca del arma en su cadera. Pero su rostro permanece inexpresivo, sin revelar nada.

Mikhail se toca la mejilla enrojecida, su cabello plateado atrapa la luz de las antorchas. Sus ojos azules son fríos como el hielo invernal mientras me estudian. Espero la orden, las balas que terminarán esto. Mi corazón golpea contra mis costillas con tanta fuerza que estoy segura de que todos pueden oírlo.

Entonces Mikhail se ríe.

No es el sonido cruel y burlón que esperaba. Es genuino. De puro deleite. La clase de risa que surge desde lo profundo del pecho, llena de auténtica diversión. El sonido es tan inesperado, tan fuera de lugar en este momento de violencia y tensión, que de hecho me estremezco.

—Tiene fuego, esta —el acento ruso de Mikhail envuelve las palabras como seda. Todavía se toca la mejilla, pero ahora sonríe—. Entiendo por qué te casaste con ella, *Dima*.

El uso del apodo hace que la mandíbula de Dimitri se tense. Lo siento en cómo su cuerpo se vuelve aún más rígido a mi lado.

Mikhail nos rodea lentamente, como un depredador evaluando a su presa. Sus caros zapatos crujen sobre los antiguos adoquines. —He cambiado de opinión sobre las condiciones.

Se me hunde el estómago. Sea lo que sea que esté a punto de decir, sé que será peor que su exigencia original.

—No la quiero por una noche —Mikhail se detiene frente a nosotros, sus ojos azules se mueven entre Dimitri y yo con interés calculador —. La quiero permanentemente.

Las palabras quedan suspendidas en el aire como veneno.

—Puedes conservar tu territorio, Dima. Tus negocios. Tu reputación. Todo —la sonrisa de Mikhail se ensancha—. Pero Alina será mi esposa. Anularemos su matrimonio contigo. Estará a mi lado

mientras reconstruyo mi imperio. Un premio apropiado, ¿no crees? La mujer que derribó a Viktor Popov. La mujer que sobrevivió a la masacre de la iglesia. Será perfecta.

La bilis me sube por la garganta. Pienso en las manos de este hombre sobre mí, su boca sobre la mía, estar obligada a compartir su cama. El pensamiento me hace estremecer.

La rabia de Dimitri es palpable ahora. Puedo sentirla en cada línea de su cuerpo, en cómo ha cambiado su respiración, en el temblor que recorre su brazo donde toca el mío. Pero cuando habla, su voz es controlada, mortalmente serena.

—No.

La única palabra transmite una absoluta finalidad.

La sonrisa de Mikhail se desvanece. —No estás en posición de negarte, viejo amigo. Mira a tu alrededor —hace un gesto hacia sus hombres, hacia las armas que aún nos apuntan—. Estás en inferioridad numérica. Tus hombres están rodeados. No tienes ninguna ventaja aquí.

—La tengo a ella —Dimitri me acerca más, su brazo rodea mi cintura. La posesividad en el gesto es inconfundible—. Y eso es toda la ventaja que necesito.

Mi corazón da un vuelco. Me está eligiendo a mí. Por encima de su imperio, de sus negocios, de todo lo que ha construido. Está dispuesto a morir antes que permitir que Mikhail me lleve.

Pienso en la prueba de embarazo escondida en la basura del baño. En el secreto que crece dentro de mí y que Dimitri aún no conoce. En Katya, a salvo en la finca pero aún vulnerable si esto sale mal. En el futuro que se supone que debemos tener juntos.

No puedo permitir que lo sacrifique todo por mí. No lo haré.

Empieza a formarse un plan en mi mente. Es desesperado y peligroso, pero quizás sea nuestra única oportunidad. Necesito ganar

tiempo, crear una brecha para que los hombres de Dimitri actúen. Y necesito que Mikhail crea que me rindo.

Doy un paso al frente, liberándome del abrazo protector de Dimitri. Su mano se tensa, intentando mantenerme cerca, pero me separo con suavidad. Cuando lo miro, intento comunicarle todo con la mirada.

Confía en mí. Por favor, confía en mí.

Sus ojos verdes escrutan mi rostro, confusión y miedo luchando en sus profundidades. Pero me suelta.

Me vuelvo hacia Mikhail, la barbilla alta, los hombros erguidos. Concentro cada pizca de fuerza que he desarrollado estas últimas semanas. La mujer que mató a su padre. La mujer que sobrevivió al secuestro y la tortura. La mujer que se casó con un jefe de la Bratva y vivió para contarlo.

—Lo haré —mi voz es firme, clara—. Aceptaré convertirme en su esposa.

Detrás de mí, Dimitri emite un sonido entre gruñido y protesta. No me giro, no puedo girarme o perderé el valor.

Las cejas de Mikhail se arquean. —¿De veras?

—Pero tengo condiciones —doy otro paso hacia él, lo bastante cerca para ver la sorpresa destellar en sus fríos ojos azules—. Prometa no hacerle daño a Dimitri. Déjele conservar todo lo que posee: su territorio, sus negocios, su posición. Y prometa que mi hermana Katya permanecerá intacta. Es inocente en todo esto. Debe vivir en paz.

Mikhail me estudia durante un largo momento. Lo veo calculando, sopesando la oferta, buscando la trampa. Porque tiene que haber una trampa. Ninguna mujer se intercambiaría así voluntariamente sin un motivo oculto.

Pero mantengo el rostro neutro, la expresión resignada. Como si hubiera aceptado lo inevitable.

—¿Y a cambio? —pregunta Mikhail en voz baja.

—A cambio, me casaré con usted. Estaré a su lado. Seré la esposa perfecta de la Bratva —las palabras saben a ceniza, pero las pronuncio—. Le ayudaré a reconstruir su imperio. Usaré todo lo que aprendí de Dimitri para hacerle más fuerte.

Detrás de mí, oigo la inhalación brusca de Dimitri. Cree que hablo en serio. Cree que realmente me rindo.

Bien. Si Dimitri se lo cree, Mikhail también lo hará.

Mikhail vuelve a rodearme, más despacio esta vez. Evaluando. —¿Traicionaría a su marido tan fácilmente?

—No lo estoy traicionando —lo miro a los ojos con firmeza—. Lo estoy salvando. Hay una diferencia.

—¿La hay? —Mikhail se detiene frente a mí, tan cerca que puedo oler su costosa colonia—. ¿O simplemente es una superviviente, Alina? ¿Una mujer que sabe leer la situación y tomar la decisión inteligente?

No respondo. Que piense lo que quiera.

—Alina —la voz de Dimitri corta la tensión. Cuando finalmente me giro hacia él, veo la devastación grabada en sus facciones—. No hagas esto.

—Tengo que hacerlo —intento poner todo lo que siento en esas tres palabras. El amor. El miedo. La desesperada esperanza de que entienda lo que realmente hago—. Por ti. Por Katya. Por nuestro futuro.

Sus ojos se abren ligeramente ante las últimas palabras. *Nuestro* futuro. ¿Capta el énfasis? ¿Entiende que no me rindo, solo gano tiempo?

Mikhail aplaude, el sonido agudo en el patio silencioso. —Bien, entonces. Parece que tenemos un trato —se vuelve hacia sus hombres—. Bajen las armas. La dama ha tomado su decisión.

Las armas bajan, pero los soldados permanecen alerta. Observando. Esperando.

Mikhail me tiende la mano. —Venga, querida. Hablemos de los términos de nuestro acuerdo con más intimidad.

Miro su mano extendida, los anillos de plata en sus dedos, las uñas perfectamente cuidadas. Todo en él grita riqueza, poder y crueldad.

Pienso en el bebé que crece dentro de mí. En la cara de Dimitri cuando le dije que lo amaba. En los sueños de Katya de estudiar arte y viajar por el mundo. En la vida que supuestamente vamos a construir juntos.

Y sé, con absoluta certeza, que jamás me casaré con Mikhail Volkov.

Esto es una distracción. Una demora. Una forma de crear caos y confusión mientras los hombres de Dimitri se posicionan. Solo necesito mantener la farsa el tiempo suficiente para que el plan funcione.

Pongo mi mano en la de Mikhail, sintiendo sus fríos dedos cerrarse sobre los míos.

—Acepto sus condiciones —digo con claridad, lo bastante alto para que todos oigan—. Seré su esposa. Pero debe prometer que Dimitri y Katya permanecerán a salvo. Júrelo por el honor que le quede.

La sonrisa de Mikhail es triunfal al acercarme. —Lo juro. Por mi vida, por mi imperio, por todo lo que aprecio. Su marido y su hermana permanecerán intactos.

Miente. Lo veo en sus ojos, en cómo su sonrisa no llega a ellos. No tiene intención de cumplir esa promesa. En cuanto obtenga lo que quiere, Dimitri y Katya serán eliminados.

Pero está bien. Porque yo también miento.

No tengo la más mínima intención de casarme jamás con este gilipollas.

40

DIMITRI

Las palabras que salen de la boca de Alina no tienen sentido. No pueden tenerlo. Mi esposa—mi *esposa*—se está ofreciendo a Mikhail Volkov como si fuera una moneda de cambio, y cada célula de mi cuerpo me grita que detenga esta locura.

—No —la palabra rasga mi garganta, cruda y absoluta—. El trato se cancela. Encontraremos otra forma.

Pero Mikhail ya no me mira. Sus fríos ojos azules se clavan en Alina con una intensidad que hace que mi dedo en el gatillo se crispe. La estudia como si fuera un rompecabezas, su pelo plateado atrapando la luz de las antorchas mientras inclina la cabeza.

—Fascinante —murmura, acercándose un paso—. Dime, Alina, ¿por qué renunciarías a todo por un hombre que apenas conoces? ¿Un hombre que te secuestró de tu propia boda? ¿Que te forzó a casarte? —Su sonrisa es afilada como una navaja—. Seguramente no puedes haber desarrollado sentimientos por tu captor en tan poco tiempo.

Siento el cuerpo de Alina tensarse a mi lado, pero cuando habla, su voz es firme. Clara. —Porque es mi marido. Porque salvó a mi hermana. Porque es un hombre mejor de lo que tú jamás serás.

Las palabras me golpean como un puñetazo. El orgullo y el terror libran una batalla en mi pecho. Me está defendiendo, enfrentándose a un hombre que ha orquestado masacres y montajes, y todo lo que quiero es echarla sobre mi hombro y huir.

La expresión de Mikhail se oscurece, perdiendo todo rastro de diversión calculada. —Ya veo —su voz se vuelve peligrosamente baja —. Realmente te has enamorado de él. Qué… inconveniente.

Levanta la mano, y veo la señal antes de que complete el gesto.

—¡Detenedla!

Todo sucede a la vez.

Los hombres de Mikhail avanzan, al menos seis convergiendo sobre Alina. Tengo mi Glock en la mano antes de pensar, la memoria muscular actuando. Disparo dos veces—al centro de la masa, como lo he hecho mil veces antes. Dos soldados de Mikhail caen antes de estar a metro y medio de mi esposa.

El patio estalla en el caos.

Los disparos estallan desde los muros del monasterio donde mis hombres estaban apostados, esperando este momento exacto. Los fogonazos iluminan la piedra antigua como relámpagos. El crepitar de los rifles resuena en las paredes derruidas, mezclándose con gritos en ruso y el golpe húmedo de cuerpos contra los adoquines.

Agarro a Alina y la atraigo contra mí, protegiendo su cuerpo con el mío mientras disparo de nuevo. Otro de los hombres de Mikhail cae, su arma resonando contra las piedras. Las balas silban junto a mi cabeza, tan cerca que siento el desplazamiento del aire.

—¡Vamos! —grito, arrastrándola hacia la vieja fuente de piedra en el centro del patio. Es la única cobertura al alcance, y mientras corremos, veo astillas de piedra antigua saltar donde impactan las balas.

Caemos con fuerza tras la fuente, y me coloco entre Alina y el fuego entrante. Mi espalda presiona la piedra fría mientras las balas astillan nuestra cobertura, haciendo llover fragmentos sobre nosotros.

—¡Dimitri! —la voz de Alexei resuena en mi auricular—. Tenemos la posición elevada. Danos treinta segundos para suprimir su fuego.

—Recibido —respondo, comprobando el cargador. Medio vacío. Tengo dos más en el cinturón, pero si esto se convierte en un tiroteo prolongado, estamos en problemas.

Me arriesgo a mirar a Alina. Su rostro está pálido bajo la luz de las antorchas, su pelo rojo salvaje alrededor de los hombros, pero sus ojos verdes están concentrados. Alertas. No entra en pánico, no se paraliza. Está evaluando, pensando, sobreviviendo.

Mi esposa es magnífica.

—¿Estás bien? —pregunto, pasando mi mano libre por sus brazos, sus costados, buscando heridas que podría haber pasado por alto en el caos.

—Estoy bien —ella agarra mi muñeca, deteniendo mi frenética inspección—. Dimitri, estoy bien.

Más disparos estallan, pero ahora son diferentes. Controlados. Precisos. Mis hombres están eliminando a los soldados de Mikhail con la eficiencia de los profesionales que son. Oigo cuerpos cayendo, oigo los gritos de los heridos.

A través de una grieta en la mampostería de la fuente, veo a Mikhail retirándose hacia la entrada del monasterio, mientras los hombres que le quedan proporcionan fuego de cobertura. Se mueve rápido, ya desapareciendo entre las sombras del antiguo edificio.

—¡Maldita sea! —activo el radio—. Alexei, Mikhail se dirige al monasterio. Corta las salidas.

—Estoy en ello, Pakhan.

Los disparos están amainando ahora. La mayoría de los hombres de Mikhail están muertos o se rinden. Pero él mismo está escapando, y si se escapa, esta pesadilla continuará. Se reagrupará, planeará otro ataque, y la próxima vez podría tener éxito en arrebatarme todo lo que amo.

Me giro hacia Alina, preparado para decirle que se quede aquí donde está a salvo, donde mis hombres pueden protegerla mientras voy tras Mikhail. Pero cuando miro sus ojos, veo la misma determinación que la llevó a apuntarme con una pistola en aquella habitación de invitados. La misma fuerza que la llevó a matar a su propio padre para proteger a su hermana.

—No —dice ella antes de que pueda hablar—. No me digas que me quede aquí mientras tú entras allí solo.

—Alina, es demasiado peligroso. Mikhail podría haber minado todo el edificio. Ha tenido cinco años para planear esto.

—Exactamente —agarra mi brazo, sus dedos se clavan en mi chaleco táctico—. Por eso necesitas a alguien que te cubra las espaldas. Alguien que no se espere. —Su voz baja, se vuelve casi suplicante—. Voy contigo, Dimitri. Terminamos esto juntos.

Todos mis instintos protectores me gritan que me niegue. Que la encierre en el todoterreno y asalte el monasterio con mis hombres. Pero miro su rostro, la feroz determinación que hay en él, y recuerdo lo que le dijo a Mikhail.

Porque es un hombre mejor de lo que tú jamás serás.

Un hombre mejor no trataría a su esposa como una cosa frágil que proteger y esconder. Un hombre mejor confiaría en su fuerza, su coraje, su derecho a estar a su lado.

—Nunca tuviste intención de casarte con él —digo, mientras la comprensión me golpea—. La rendición, la oferta. Todo fue una distracción.

Una sombra de sonrisa cruza sus labios. —Factor sorpresa. Necesitaba ganar tiempo para que tus hombres se pusieran en posición. Y necesitaba que Mikhail se centrara en mí en lugar de estar pendiente de una emboscada.

El orgullo me inunda el pecho, tan intenso que casi duele. —Eres brillante. Y una loca. Pero sobre todo, brillante.

—Aprendí de los mejores —toca mi cara, su palma cálida contra mi barba—. Ahora vamos a terminar con esto antes de que se escape.

Quiero besarla, quiero atraerla hacia mí y saborear sus labios, recordarme que está viva, que ambos estamos vivos. Pero no hay tiempo. Mikhail está escapando, y cada segundo que perdemos le da más oportunidad de poner trampas o pedir refuerzos.

Compruebo mi arma una vez más, luego asiento. —Quédate cerca. Si te digo que corras, corres. Sin discusiones.

—Sin discusiones —acepta, pero veo la mentira en sus ojos. Si llega el momento, hará lo que crea que me mantendrá con vida, igual que yo haré lo que sea para protegerla.

Los dos somos unos idiotas enamorados, y probablemente vamos a conseguir que nos maten el uno al otro.

Pero al menos moriremos juntos.

Le hago una señal a Alexei, y él lo reconoce con dos clics en el radio. Mis hombres se están moviendo a sus posiciones, rodeando el monasterio, cortando las rutas de escape. Pero no voy a esperar a que registren el edificio. Mikhail conoce estas estructuras antiguas, sabe cómo desaparecer en las sombras. Si no actuamos ahora, lo perderemos.

Me levanto desde detrás de la fuente, llevando a Alina conmigo. El patio está sembrado de cuerpos, tanto de hombres de Mikhail como de algunos de los míos. Veo a Borge dirigiendo la limpieza, su

enorme figura inconfundible incluso a la luz parpadeante de las antorchas.

Nos movemos hacia la entrada del monasterio, con mi arma levantada, Alina pegada detrás de mí. Las antiguas puertas de madera están abiertas de par en par, la oscuridad se abre como un abismo más allá. Cada instinto que he perfeccionado durante cuarenta y dos años de supervivencia me grita que esto es una trampa.

Pero a veces hay que entrar en la trampa para activarla.

Estamos a tres pasos de la entrada cuando lo oigo. Un sonido como de trueno lejano, pero extraño. Demasiado rítmico. Demasiado deliberado.

—¡Atrás! —grito, agarrando a Alina y arrojándonos a un lado.

La explosión es enorme.

La entrada del monasterio estalla en una bola de fuego y escombros. La onda expansiva nos golpea como un impacto físico, levantándonos del suelo y estrellándonos contra los adoquines. Me zumban los oídos, la visión se me nubla, y por un momento no puedo respirar, no puedo pensar, solo puedo sentir el cuerpo de Alina debajo del mío, donde la he cubierto.

Siguen más explosiones, una tras otra, destrozando la antigua estructura. Mikhail ha minado todo el edificio con cargas, y lo está derribando todo.

Piedra y madera llueven del cielo. Un trozo de mampostería del tamaño de un coche se estrella a diez pies de donde estamos tumbados. La torre de la campana del monasterio, de siglos de antigüedad, se inclina y luego se derrumba en una nube de polvo y destrucción.

A través del zumbido en mis oídos, oigo a Alina gritar mi nombre.

41

ALINA

El mundo no es más que polvo y caos.

No puedo ver. No puedo respirar. La explosión ha convertido el antiguo monasterio en un paisaje infernal de piedras desmoronándose y humo asfixiante. Mis oídos zumban por la explosión, un pitido agudo que ahoga cualquier otro sonido. Estoy a cuatro patas sobre los adoquines, tosiendo, intentando orientarme.

—¡Dimitri! —Su nombre sale de mi garganta, ronco y desesperado—. ¡Dimitri!

El polvo es tan denso que apenas veo mis propias manos delante de mí. El pánico me araña el pecho. ¿Y si estaba más cerca de la explosión? ¿Y si está enterrado bajo los escombros? ¿Y si lo he perdido antes de poder contarle lo del bebé, antes de que pudiéramos construir la vida por la que hemos luchado?

—Estoy aquí. —Su voz corta el zumbido de mis oídos, y entonces sus manos están sobre mí, sólidas y reales—. Te tengo, Alina. Estoy aquí.

Un alivio tan intenso me inunda que me marea. Me ayuda a levantarme, con el brazo alrededor de mi cintura, soportando mi

peso. A través del polvo que se asienta, puedo ver su rostro, manchado de tierra y sangre por un corte sobre la ceja. Pero sus ojos verdes están concentrados, alerta, escaneando en busca de amenazas.

—¿Estás herida? —Sus manos se mueven sobre mí rápidamente, buscando lesiones.

—Estoy bien. —Me aferro a su chaleco táctico, necesitando el ancla de su presencia.

Me atrae hacia él por un instante, con la frente apoyada contra la mía—. Tenemos que movernos. Toda la estructura es inestable.

A nuestro alrededor, el monasterio agoniza. Las llamas lamen lo que queda de las vigas de madera. Los muros de piedra que han resistido siglos se desmoronan como arena. A través del humo y el polvo, veo a los hombres de Dimitri moviéndose por el patio, asegurando el perímetro, buscando supervivientes entre los soldados de Mijaíl.

Pero Mijaíl no se ve por ninguna parte.

—Sigue dentro —digo, con la certeza asentándose en mis huesos—. No huiría.

Dimitri aprieta la mandíbula—. Entonces terminemos con esto.

Desenfunda su arma y se dirige a una entrada lateral que sigue parcialmente intacta. Lo sigo sin dudar, sacando la pequeña pistola que me dio antes de salir de la finca. Mis manos están firmes a pesar de la adrenalina que recorre mis venas. He llegado demasiado lejos, sobrevivido a demasiado, para que el miedo me detenga ahora.

El interior del monasterio es peor que el patio. El humo cuelga espeso en el aire, haciendo que cada respiración arda. Los escombros cubren el suelo, obligándonos a abrirnos camino con cuidado entre los cascotes. Las paredes están agrietadas, y trozos

de piedra caen periódicamente con estruendos que me hacen saltar el corazón.

Dimitri se mueve con la confianza de un hombre que ha navegado situaciones peores. Me mantiene cerca, con una mano en mi espalda baja, guiándome alrededor de los obstáculos. Pasamos por lo que fue un corredor con frescos, ahora ennegrecidos y descascarillados. Los rostros de los santos nos miran a través del humo, sus expresiones pareciendo juzgar la violencia que hemos traído a este lugar sagrado.

Pienso en el bebé que crece dentro de mí. En la pequeña vida que aún no sabe nada del mundo en el que nacerá. En si estoy siendo temeraria, siguiendo a Dimitri dentro de un edificio derrumbándose cuando debería proteger a nuestro hijo.

Pero también pienso en Katya, esperando en la finca. En el futuro que intentamos construir. En todas las mujeres y niños que sufrirán si Mijaíl escapa y continúa su campaña de manipulación y venganza.

Algunas cosas merecen el riesgo.

Llegamos a lo que fue la capilla principal, y dejo de respirar.

El espacio es enorme, con la bóveda elevándose sobre nuestras cabezas. O lo era. Ahora la mitad se ha derrumbado, dejando un boquete a través del cual veo el cielo nocturno. La luz de la luna entra por la abertura, iluminando la destrucción. El altar al fondo se desmorona, la antigua piedra agrietada y rota. Y de pie ante él, recortado contra la luz de la luna, está Mijaíl Volkov.

Se gira al oírnos entrar, y hasta desde esta distancia puedo ver la sangre que mancha su traje caro. Manchas oscuras se extienden por su pecho y hombro. Ha sido herido, probablemente en el tiroteo exterior. Pero sigue en pie, sonriendo aún con esa sonrisa fría y calculadora.

—Dimitri —su voz resuena en la capilla en ruinas, culta y suave a pesar de sus heridas—. Sabía que vendrías. Siempre fuiste

predecible.

Dimitri levanta su arma, apuntando directamente al pecho de Mijaíl —. Se acabó, Mijaíl. Tus hombres están muertos o capturados. Las familias conocerán la verdad sobre tu manipulación. Has perdido.

Mikhail se ríe, y el sonido rebota en las paredes desmoronadas. —¿De verdad? —extiende los brazos, señalando la destrucción que nos rodea—. Mira lo que he conseguido. Las familias Bratva están en guerra. Tu reputación está destruida. El imperio que construiste se está desmoronando. Incluso si me matas, el daño ya está hecho.

Siento que Dimitri se tensa a mi lado, veo cómo su dedo aprieta el gatillo. Pero algo me hace tender la mano y tocar su brazo. No para detenerle, solo una leve presión. Un recordatorio de que estamos juntos en esto.

Doy un paso adelante, con mi arma bajada pero lista. —Te equivocas.

Los fríos ojos azules de Mikhail se clavan en mí, y veo un destello de sorpresa en sus facciones. —¿Ah, sí? Dime, pequeña novia, ¿en qué me equivoco?

—En todo. —Me acerco más, mis botas crujen sobre piedras rotas—. Crees que has destruido a la Bratva, pero solo has expuesto sus debilidades. Las viejas costumbres están muriendo, sí. Pero algo nuevo está naciendo.

—Qué poético. —Su sonrisa se ensancha, pero ahora tiene algo de frágil—. ¿Y qué exactamente está naciendo?

—Una Bratva que no sacrifica a sus hijos por poder. —Pienso en mi padre, en Sergei, en todas las vidas destruidas por hombres como Mikhail—. Una que no trata a las mujeres como propiedades para comerciar. Una que no se destruye desde dentro por orgullo y venganza.

La expresión de Mikhail se ensombrece. —Eres ingenua. La Bratva ha sobrevivido generaciones gracias a esas tradiciones. Sin ellas, no es nada. Solo otra organización criminal que aplastarán las autoridades o devorarán los rivales.

—Quizás. —Me detengo a unos tres metros de él, lo bastante cerca para ver el dolor en sus ojos, cómo favorece su costado herido—. O quizás será algo más fuerte. Algo que pueda adaptarse y sobrevivir porque no está atado por códigos anticuados que no sirven a nadie.

Por un instante, algo brilla en los ojos de Mikhail. No es duda exactamente, pero algo parecido. Arrepentimiento, quizás. O el reconocimiento de que el mundo ha cambiado mientras él planeaba su venganza.

—¿De verdad crees eso? —Su voz ahora es más suave, casi curiosa —. ¿Crees que puedes cambiar siglos de tradición?

—Creo que debemos intentarlo. —Miro a Dimitri, viendo el orgullo en sus ojos verdes—. Por nuestros hijos. Por la próxima generación. Para que no tengan que crecer en un mundo donde sean peones en el juego de otro.

Mikhail guarda silencio un largo rato, estudiándome con esos ojos azul calculadores. Luego vuelve a reír, pero esta vez suena hueco. —Eres igual que él era. Dimitri, quiero decir. Cuando era joven, antes de que el mundo le enseñara. Lleno de ideales y esperanza. —Se toca el pecho herido, y su mano sale manchada de sangre—. Intenté enseñarle que la esperanza es una debilidad. Que el sentimentalismo te mata. Pero nunca aprendió esa lección, ¿verdad?

—No —dice Dimitri, con voz ronca por la emoción—. Aprendí algo mejor. Aprendí que algunas cosas merecen la pena luchar por ellas. Merecen la pena morir por ellas.

—¿Como ella? —La mirada de Mikhail oscila entre nosotros—. ¿Como esta mujer que conoces desde qué, ¿unas semanas? ¿Estás dispuesto a tirar por la borda todo lo que construimos por ella?

—Sí. —La respuesta de Dimitri es inmediata, absoluta—. Sin dudarlo.

Siento que se me llenan los ojos de lágrimas ante la certeza de su voz. Este hombre que pasó décadas levantando muros alrededor de su corazón, que sobrevivió siendo despiadado y calculador, me está eligiendo a mí. Eligiendo nuestro amor. Eligiendo el amor sobre el poder.

Mikhail niega lentamente. —Entonces ya has perdido, viejo amigo. Porque el amor te debilita. Te hace vulnerable. Les da a tus enemigos un blanco.

—Quizás —digo, atrayendo de nuevo su atención hacia mí—. O quizás nos hace más fuertes. Porque tenemos algo que merece la pena proteger. Algo que merece la pena construir.

Sobre nosotros, el techo cruje de forma ominosa. Polvo y pequeñas piedras llueven, repiqueteando contra el suelo como lluvia mortal. Toda la estructura es inestable, a punto de derrumbarse en cualquier momento.

—Tenemos que irnos —dice Dimitri, con los ojos puestos en el techo agrietado.

Pero Mikhail no se mueve. Permanece ante el altar arruinado, la sangre extendiéndose por su costoso traje, aquella fría sonrisa aún en su rostro.

—Marchaos —dice en voz baja—. Para mí esto termina aquí. Donde siempre iba a terminar.

Lo veo entonces, la resignación en sus ojos. No planea escapar. Planea morir aquí, en este monumento desmoronado a todo lo que intentó destruir.

—Mikhail —empieza Dimitri, pero el hombre mayor le interrumpe.

—No hay discursos, *Dima*. Ni últimas palabras de sabiduría o arrepentimiento. —Su sonrisa se vuelve triste—. Tomé mis decisiones. Viví según las viejas costumbres, y moriré por ellas. Pero

tú... —Me mira, y por un instante veo al hombre que pudo ser antes de que la venganza le consumiera—. Cuida de él. Asegúrate de que no olvide esa esperanza que te sobra.

El techo cruja más fuerte, un sonido como un trueno. Una viga enorme se desprende y se estrella veinte pies a nuestra izquierda, levantando una nube de polvo y escombros.

—Nos vamos —dice Dimitri, tendiéndome la mano.

Pero Mikhail se mueve.

Sucede tan rápido que apenas lo proceso. Un momento está quieto, resignado a su destino. Al siguiente, se abalanza hacia adelante, su mano emergiendo de su costado. La luz de la luna brilla en el acero cuando un cuchillo aparece en su puño, la hoja apuntando directamente a mi pecho.

42

DIMITRI

El tiempo se fractura en esquirlas cristalinas de conciencia.

Mi Glock ya se alza, mi dedo encuentra el gatillo con la memoria muscular de décadas. El mundo se reduce a un solo punto: el espacio entre los fríos ojos azules de Mikhail.

Disparo.

El estampido resuena por la capilla en ruinas como la voz del mismísimo Dios, reverberando en muros de piedra ancestrales que han presenciado siglos de oraciones y confesiones. La bala alcanza su objetivo con precisión perfecta: justo entre esos ojos calculadores que una vez me miraron con algo parecido al orgullo paternal.

El impulso hacia adelante de Mikhail se detiene como si hubiera chocado contra un muro invisible. El cuchillo se desliza de sus dedos, repiqueteando contra la piedra con un sonido que parece increíblemente alto en el repentino silencio. Sus ojos se abren desmesuradamente, conmoción e incredulidad grabadas en unos rasgos que ya se aflojan. Un agujero perfecto afea su frente, oscuro y definitivo.

Tambalea hacia atrás, su traje caro ahora solo tela cubriendo un cadáver. Su cuerpo golpea el suelo con un pesado golpe sordo, miembros desparramados en ángulos antinaturales. Esos ojos azules que me enseñaron todo sobre la Bratva, sobre el poder y la supervivencia, miran sin ver el techo desmoronado sobre nosotros.

Muerto.

Mikhail Volkov está finalmente, verdaderamente muerto.

Debería sentir algo. Dolor por el hombre que una vez fue como un hermano. Arrepentimiento por lo que podríamos haber sido si la ambición no lo hubiera envenenado. Pero solo siento fría certeza y un alivio abrumador.

—Alina —su nombre rasga mi garganta mientras enfundo el arma y me dirijo hacia ella. Mis manos encuentran sus hombros, sus brazos, su rostro, comprobando frenéticamente si tiene heridas. La atraigo hacia mí por solo un latido, sintiendo el martilleo rápido de su pulso, el calor de su cuerpo. Viva. Ella está viva.

Sobre nosotros, el techo gime como una bestia moribunda. Polvo y pequeñas piedras llueven, golpeteando contra el suelo como un granizo mortal. Una enorme grieta parte el techo abovedado, extendiéndose como un relámpago sobre yeso y piedra antiguos.

—Salgamos de aquí —agarro su mano, mis dedos entrelazándose con los suyos, y echamos a correr.

Las puertas de la capilla están bloqueadas por escombros caídos, así que nos dirigimos a un pasaje lateral que vi antes. Detrás de nosotros, oigo el chirrido de la piedra estresada, el estruendo de la mampostería derrumbándose. Toda la estructura se viene abajo, siglos de historia colapsando sobre sí misma.

Corremos por pasillos espesos de polvo y humo. Una viga se desploma frente a nosotros, y tiro de Alina hacia un lado, protegiendo su cuerpo con el mío mientras astillas y fragmentos de piedra salpican mi espalda. El tatuaje de la estrella de ocho puntas

en mi pecho arde como si quemara mi camisa, un recordatorio de todo lo que soy, todo lo que he sobrevivido.

—¡Sigue moviéndote! —grito por encima del rugido de la destrucción.

Saltamos sobre piedras caídas, nos agachamos bajo marcos de puertas combadas. El monasterio es un laberinto de pasadizos derrumbándose, y navego por instinto y memoria, rezando para que los esté guiando hacia la seguridad y no más adentro de la trampa mortal.

La mano de Alina está apretada en la mía, su agarre nunca flaquea aunque su respiración llega en jadeos. Mantiene el ritmo, confiando en que los saque de allí. Esa confianza es más preciosa que cualquier cosa que haya poseído.

Y más aterradora. ¿Y si fracaso?

Una sección del muro estalla hacia adentro a nuestra izquierda, y siento el calor de las llamas. Las antorchas del patio deben haber prendido algo. Ahora corremos no solo contra piedras derrumbándose sino contra el fuego.

El pasadizo adelante se ilumina. Luz de luna. Aire fresco. La salida.

Salimos al patio justo cuando el monasterio implosiona detrás de nosotros. El sonido es ensordecedor, un rugido como el fin del mundo. Arrojo a Alina al suelo y cubro su cuerpo con el mío mientras una ola de polvo y escombros nos envuelve.

Por un momento, solo hay ruido y caos. Luego cae el silencio, roto únicamente por el asentamiento de los escombros y el lejano aullido de las sirenas.

Me incorporo sobre los codos, mirando a Alina debajo de mí. Su pelo rojo está gris por el polvo, su cara surcada de suciedad y lágrimas. Pero sus ojos verdes son brillantes, vivos, enfocados en mí con una intensidad que me oprime el pecho.

—¿Estás bien? —pregunto con voz ronca.

Ella asiente, tosiendo levemente. —¿Y tú?

—Estoy bien. —La ayudo a levantarse y nos volvemos para contemplar lo que queda del monasterio.

Ha desaparecido. Reducido a un montón de escombros y humo. Siglos de historia, de oraciones y secretos, ahora solo piedras rotas. Y en algún lugar bajo todo eso, yace enterrado el cuerpo de Mikhail Volkov.

Una tumba apropiada para un fantasma.

—¡Pakhan! —La voz de Alexei corta mis pensamientos. Cojea hacia nosotros, su hombro aún vendado por la herida anterior, pero su rostro rebosa alivio. —Gracias a Dios. Pensamos que estabais dentro cuando se derrumbó.

Miro alrededor del patio. Mis hombres han asegurado el perímetro, armas aún desenfundadas pero sin disparar. Los soldados supervivientes de Mikhail están de rodillas, manos tras la nuca, rodeados por mi gente. Cuerpos esparcidos por los antiguos adoquines, pero menos de lo que temía.

—Informe —ordeno, mi voz adoptando automáticamente el tono frío del Pakhan.

—Bajas mínimas en nuestro bando. Borge recibió metralla, pero sobrevivirá. Tenemos ocho prisioneros. —Los ojos azules de Alexei se dirigen a los escombros. —¿Mikhail?

—Muerto. —La palabra es definitiva, absoluta. —Enterrado por ahí.

Alexei asiente lentamente, asimilándolo. —Entonces se acabó. Por fin se acabó.

¿Lo está? Quiero creerle, pero llevo demasiado tiempo en este mundo para pensar que ninguna victoria es permanente. Siempre

habrá otra amenaza, otro desafío, otro hombre que crea que puede arrebatarme lo que es mío.

Pero por ahora, en este momento, se acabó.

Me vuelvo hacia Alina, y algo en mi pecho se resquebraja. Esta mujer que abofeteó a Mikhail Volkov. Que se ofreció como sacrificio para salvarme. Que permaneció a mi lado a través del fuego, la sangre y edificios derrumbándose.

Mi esposa.

—Dános un momento —le digo a Alexei.

Asiente y se aleja, dando órdenes a los hombres, coordinando la limpieza y el transporte de prisioneros. El patio se vacía mientras mis soldados nos dan espacio, comprendiendo sin que se lo digan que su Pakhan necesita intimidad.

Atraigo a Alina hacia mis brazos, abrazándola tan fuerte que la oigo jadear. Pero no puedo aflojar el abrazo. No puedo soltarla. Todavía no. Quizás nunca.

Ella tiembla, o quizás tiemblo yo. Quizás ambos. La adrenalina se desvanece, dejando atrás la realidad de lo cerca que estuvimos de morir. Lo cerca que estuve de perderla.

Hundo mi rostro en su pelo, inhalando su aroma bajo el polvo y el humo. Jazmín y algo único de Alina. El aroma que se ha convertido en mi hogar.

—Te quiero. —Las palabras surgen de algún lugar profundo de mi pecho, un lugar que creí sellado hace décadas. —Te quiero, Alina. Te quiero y casi te pierdo.

La siento quedarse quieta en mis brazos, y por un instante me pregunto si cometí un error. Si revelé demasiado, mostré demasiada debilidad. Hombres como yo no pueden decir esas cosas, no pueden tener esas vulnerabilidades.

Pero entonces ella se separa, lo justo para mirarme. Lágrimas corren por su rostro, trazando surcos limpios en el polvo y la mugre. Sus ojos verdes brillan con emoción, con algo que parece alegría, alivio y amor mezclados.

—Yo también te quiero —susurra con voz quebrada. —No vas a perderme. No vas a perder a nosotros.

Coge mi mano y la coloca sobre su vientre. Su vientre plano.

Por un momento, no comprendo. Entonces el entendimiento me golpea como una ola, robándome el aliento, debilitándome las rodillas.

Nosotros.

—Estás... —No puedo terminar la frase. No logro que mi voz funcione correctamente.

Ella asiente, nuevas lágrimas derramándose por sus mejillas. —Estoy embarazada, Dimitri. Vamos a tener un bebé.

43

ALINA

La mano de Dimitri tiembla contra mi estómago, su palma cálida a través de la fina tela de mi jersey. A nuestro alrededor, sus hombres se mueven por las ruinas del monasterio con eficiencia entrenada, asegurando el perímetro y buscando supervivientes entre los soldados caídos de Mijaíl. Pero nosotros existimos en nuestra propia burbuja, el caos desvaneciéndose hasta convertirse en ruido de fondo mientras él me mira con una expresión que nunca antes había visto.

Sus ojos verdes están húmedos por lágrimas contenidas.

—¿Cuánto tiempo? —su voz se quiebra al pronunciar las palabras—. ¿Cuánto tiempo lo has sabido?

—Me hice la prueba esta mañana —cubro su mano con las dos mías, presionando su palma con más firmeza contra mi vientre aún plano —. Antes de salir para la reunión. Quería decírtelo, pero temía que te distrajera. Que te negarías a dejarme venir.

—Joder, sí que me habría negado —su otra mano se alza para acariciar mi rostro, su pulgar rozando mi pómulo—. Alina, podrías haber muerto. Nuestro bebé podría haber muerto. Cuando Mijaíl se lanzó contra ti con ese cuchillo, cuando lo vi avanzar hacia ti, yo...

Su voz se quiebra por completo, y observo asombrada cómo las lágrimas ruedan por sus mejillas. Dimitri Morozov, el despiadado *Pakhan* que ha sobrevivido décadas en la Bratva, que mata sin dudar, que ha construido un imperio sobre sangre y miedo, está llorando. Por mí. Por nuestro bebé.

—Pero no hemos muerto —me inclino hacia su contacto, sintiendo la aspereza de su barba contra mi palma mientras imito su gesto, acunando su rostro—. Ambos estamos bien. El bebé está bien. Todos estamos bien.

—Esta vez —me atrae contra su pecho, abrazándome con tanta fuerza que apenas puedo respirar. Su corazón late contra mi oído, aún acelerado por la adrenalina del combate—. ¿Pero y la próxima vez? ¿Y todos los enemigos que vendrán tras nosotros, tras nuestro hijo? ¿Cómo puedo protegeros a ambos cuando insistes en arrojarte al peligro?

Me separo lo suficiente para mirarle. —Igual que me has protegido hasta ahora. Siendo inteligente. Siendo fuerte. Sin dejar que el miedo nos controle —presiono mi mano sobre su corazón, sintiendo el latido constante bajo mis dedos—. No soy frágil, Dimitri. Maté a mi propio padre. Sobreviví a un secuestro y tortura. Me mantuve a tu lado entre fuego, balas y edificios derrumbados. No me convertiré en una flor delicada solo porque esté embarazada.

Un esbozo de sonrisa cruza sus labios. —No, desde luego que no eres delicada —se inclina y me besa, suave y tiernamente, tan diferente de los besos apasionados y posesivos que hemos compartido antes. Este es reverente. Adorador—. Eres magnífica. Aterradora. La mujer más fuerte que he conocido.

—*Pakhan* —la voz de Alekséi interrumpe nuestro momento, disculpándose pero urgente—. Tenemos que irnos. Las autoridades llegarán pronto, y debemos estar fuera antes de que aparezcan.

Dimitri asiente, su brazo rodeando mi cintura mientras nos dirigimos hacia los vehículos esperando. El monasterio es ahora un montón de

escombros, el humo aún elevándose desde las ruinas.

El viaje de vuelta a la propiedad transcurre como un borrón. Estoy agotada más allá de lo imaginable, mi cuerpo finalmente registrando toda la adrenalina, el miedo y la violencia de las últimas horas. Dimitri mantiene una mano en mi muslo todo el tiempo, como si necesitara el contacto físico para asegurarse de que soy real, de que estoy aquí, de que ambos estamos vivos.

—Un bebé —murmura, casi para sí mismo—. Vamos a tener un bebé.

Cubro su mano con la mía, entrelazando nuestros dedos. —¿Estás contento con el embarazo?

Me mira como si hubiera hecho la pregunta más absurda del mundo. —Contento no alcanza para describirlo. Aterrorizado, sí. Abrumado, absolutamente. ¿Pero contento? —su agarre se tensa sobre mi mano —. Alina, me lo has dado todo. Una razón para construir algo mejor que lo que heredé. Un futuro por el que valga la pena luchar. Y ahora un hijo —su voz baja hasta un susurro—. Una familia.

La palabra queda suspendida entre nosotros, cargada de significado. Familia. No la versión retorcida y tóxica en la que ambos crecimos, sino algo nuevo. Algo que estamos construyendo juntos desde las cenizas de todo lo que vino antes.

Cuando atravesamos las puertas de la propiedad, veo a Katya de pie en los escalones de entrada, su pelo oscuro ondeando al viento. Lleva uno de los jerséis que le compré la semana pasada, y parece tan joven, tan vulnerable. En cuanto nuestro todoterreno se detiene, corre hacia nosotros.

—¡Alina! —se arroja sobre mí al salir del vehículo, sus brazos rodeando mi cuello—. ¡Dios mío, estaba tan preocupada! Los guardias no me decían nada, solo que había una situación y que debía quedarme dentro. ¿Estás bien? ¿Dimitri está bien? ¿Qué ha pasado?

La sostengo con fuerza, aspirando el familiar olor de su champú. Mi hermana pequeña. A salvo. Viva. Aquí conmigo. —Estamos bien. Todo está bien. Se acabó, Katya. Mikhail ha muerto. La amenaza ha desaparecido—.

Ella se aparta, sus ojos marrones escudriñan mi rostro. —¿De verdad? ¿Se ha acabado de verdad?—

—De verdad—. Le cojo la mano y la guío hacia la casa, Dimitri sigue de cerca. —Entra. Tenemos algo que decirte—.

Nos instalamos en el salón principal, la misma habitación donde mi madre se sentó hace solo unos días con su dolor cuidadosamente ensayado. Pero esto se siente diferente. Esto se siente como en casa. Dimitri se sienta a mi lado en el sofá de piel, su mano encuentra la mía automáticamente. Katya se sienta al borde de la silla frente a nosotros, sus ojos saltan de un rostro al otro.

—¿Qué pasa?— Suena nerviosa. —Me estás asustando—.

Miro a Dimitri, y él asiente, dándome permiso para compartir nuestra noticia. Tomo una respiración profunda. —Katya, vas a ser tía—.

Por un momento, se queda mirándonos, su expresión inexpresiva. Entonces la comprensión ilumina su rostro, y su cara se transforma. —¿Estás embarazada? ¿Vas a tener un bebé?—

—Sí—. No puedo evitar que una sonrisa se extienda por mi rostro. —Me acabo de enterar esta mañana—.

Katya se lanza sobre nosotros, lágrimas corriendo por su cara mientras nos abraza a los dos. —¡Dios mío, ¡Dios mío! ¡Esto es increíble! ¡Voy a ser tía!— Se aparta, con las manos en mis hombros. —¿De cuánto estás? ¿Cuándo nacerá? ¿Sabes si es niño o niña?—

Me río de sus preguntas rápidas. —No sé nada de eso todavía. Es muy pronto—.

Se vuelve hacia Dimitri, y la veo dudar un instante. Todavía se está acostumbrando a él, todavía aprendiendo a confiar en el hombre

que es tan diferente de nuestro padre. Pero entonces le echa los brazos al cuello, y veo su rostro suavizarse por la sorpresa.

—Gracias —susurra—. Por salvar a Alina. Por salvarme a mí. Por darnos una familia de verdad—.

Los brazos de Dimitri se levantan para devolver el abrazo, torpes al principio, luego más seguros. —De nada, Katya. Ahora formas parte de esta familia. Los dos. Y yo protejo lo que es mío—.

El tono posesivo de su voz debería molestarme, pero no lo hace. Porque sé lo que quiere decir. No somos posesiones para él. Somos preciosas. Valoradas. Amadas.

Katya se aparta, secándose los ojos. —¿Puedo decírselo a la gente? ¿A mis amigos del colegio? ¡Se van a poner muy contentos!—

—Todavía no —dice Dimitri con suavidad—. Es muy pronto y tenemos que ser cuidadosos. Cuanta menos gente lo sepa, más seguras estarán Alina y el bebé—.

La cara de Katya se descompone ligeramente, pero asiente. —Lo entiendo. Pero ¿puedo al menos ayudar a planear la habitación del bebé? ¿Elegir la ropita? Quiero participar—.

—Por supuesto —le digo mientras extiendo la mano y le aprieto la suya—. Vas a ser la mejor tía del mundo—.

Pasamos la siguiente hora hablando del futuro, sobre nombres y colores para la habitación y todos los detalles mundanos y maravillosos de traer una nueva vida al mundo. Es la primera conversación que no está ensombrecida por la violencia, el miedo o el dolor. Somos solo nosotros, una familia, planeando algo hermoso.

Dimitri escucha la mayor parte del tiempo, su mano nunca abandona la mía, su pulgar trazando círculos en mi palma. Pero le pillo sonriendo ante el entusiasmo de Katya, ante sus sugerencias de nombres para el bebé que van desde los tradicionales rusos hasta

los completamente absurdos. Cuando sugiere —Libélula— si es niña, en referencia a mi tatuaje de la muñeca, hasta Dimitri se ríe.

—Lo tomaremos en consideración —dice diplomáticamente—.

El momento es tan perfecto, tan normal, que casi me olvido del mundo fuera de estas paredes. Casi me olvido de las familias Bratva y las luchas de poder y los enemigos que siempre estarán al acecho. Casi.

Pero entonces Alexei aparece en la puerta, con expresión de disculpa pero urgente.

—Pakhan —dice en voz baja—. Siento interrumpir, pero tenemos una situación—.

La mano de Dimitri aprieta la mía. —¿Qué pasa ahora?—

—Las familias neutrales —dice Alexei mientras entra en la habitación con su tableta en la mano—. Han estado llamando toda la tarde. Quieren reunirse con usted. Inmediatamente—.

—¿Sobre qué?— Pero veo por la cara de Dimitri que ya lo sabe.

—Sobre la reestructuración de toda la organización —dice Alexei mientras saca algo en su tableta y se lo enseña a Dimitri—. Con Mikhail muerto y las pruebas de su manipulación reveladas, quieren discutir el futuro de la Bratva. Piden una reunión de emergencia del consejo. Mañana por la noche—.

La mandíbula de Dimitri se tensa, y siento la tensión que irradia de su cuerpo. Este es el momento. El momento que determinará si nuestra visión de una nueva Bratva puede hacerse realidad o si la vieja guardia reafirmará su control.

—Diles que estaré allí —dice finalmente—. Pero en mis términos. En un lugar neutral, con todos los protocolos de seguridad—.

Alexei asiente y se va a hacer los preparativos. La habitación queda en silencio, la alegría de hace unos momentos reemplazada por el

peso de lo que se avecina.

Katya nos mira a uno y otro, su anterior emoción apagada. —¿Qué significa esto?—

—Significa —dice Dimitri lentamente— que todo cambia. Otra vez—.

44

DIMITRI

La sala de conferencias del hotel donde hemos acordado reunirnos está en pleno centro, territorio neutral que ninguna familia controla en exclusiva. La he elegido a propósito. Llevo veinte años navegando por las políticas de la Bratva, y conozco la importancia de los símbolos. Esta reunión no puede celebrarse en territorio Morozov ni en el de otra familia ni en ningún sitio que parezca dar ventajas.

Alina va sentada a mi lado en la parte trasera del todoterreno cuando llegamos a la entrada privada del hotel. Lleva un traje negro a medida que la hace parecer hasta la médula la mujer poderosa en que se ha convertido, con su pelo rojo recogido en un elegante moño. El colgante de esmeralda que le regalé captura la luz de la tarde, ese mismo que tiene el botón del pánico que le salvó la vida.

—No tienes que hacer esto —le digo, aunque ya hemos tenido esta conversación tres veces—. Puedo manejar yo solo a las familias.

Ella me dirige sus ojos verdes, y percibo el acero bajo la superficie. —Ya hemos hablado de esto, Dimitri. Soy tu esposa. Tu compañera. Si queremos cambiar las cosas, necesitan ver que no soy solo un trofeo que reclamaste.

En mi pecho crece el orgullo, mezclado con el miedo constante de que le pase algo. A nuestro bebé. Mi mano se dirige a su vientre, todavía plano bajo la tela cara, pero sé lo que crece allí. Nuestro futuro.

—Pakhan —la voz de Alexei cruje en mi auricular. Ya está dentro, coordinando la seguridad—. Las familias están llegando. Quince minutos para que empiece la reunión.

Contesto con dos clics y vuelvo hacia Alina. —Quédate cerca de mí. No te relaciones con nadie si no estoy justo a tu lado. Algunos de estos hombres son de la vieja escuela. No les gustará verte aquí.

—Lo sé —cubre mi mano con la suya y la aprieta con suavidad—. Pero precisamente por eso debo estar aquí.

Salimos del vehículo y mantengo la mano en la espalda baja de ella mientras caminamos por la entrada privada. Mis hombres están posicionados en todo el hotel, lo bastante visibles como disuasión pero no tanto como para parecer una amenaza. Es un equilibrio delicado.

La sala de conferencias está en el último piso, accesible por un ascensor privado. Cuando las puertas se cierran y nos encierran en ese espacio reducido, Alina se recuesta contra mí. Noto que tiembla levemente.

—¿Nerviosa? —pregunto.

—Aterrorizada —admite—. Pero lo haré de todas formas.

Así es mi esposa. Valiente incluso cuando tiene miedo.

El ascensor se abre directamente a la sala de conferencias, y siento que todas las miradas se dirigen hacia nosotros. El espacio es grande, dominado por una mesa inmensa con treinta asientos. Las ventanas de suelo a techo tienen vistas a la ciudad, y puedo ver mi territorio extendiéndose bajo nosotros. Un recordatorio de lo que está en juego.

Aquí están representadas doce familias. Algunas son aliadas, otras son neutrales y unas pocas son abiertamente hostiles. Reconozco la mayoría de los rostros. Ivan Volkov sentado al otro extremo de la mesa, con su pelo plateado y fríos ojos azules tan parecidos a los de su primo Mikhail que se me tensa la mandíbula.

Alexei está cerca de las ventanas, con su hombro todavía vendado pero alerta en su postura. Me hace un leve gesto con la cabeza. Todo está asegurado.

Guío a Alina al cabecero de la mesa, le quito la silla antes de ocupar la mía. El gesto es deliberado. Quiero que vean que la trato como a una igual, no como a una propiedad.

—Caballeros —comienzo, mi voz resonando en la habitación—. Gracias por venir.

—Lo que discutamos hoy nos afecta a todos. —Me inclino hacia adelante, con las manos apoyadas sobre la madera pulida—. Mikhail Volkov pasó cinco años manipulándonos, enfrentándonos entre nosotros. Orquestó la masacre de la iglesia. Me incriminó por los asesinatos de los Kozlov. Explotó la ambición de Viktor Popov y casi desencadena una guerra que nos habría destruido a todos.

—Mikhail ha muerto —dice Anatoly Romanov, uno de los jefes neutrales. Tiene sesenta años, tradicional pero pragmático—. ¿Por qué estamos aquí?

—Porque el daño que causó sigue presente. —Le hago una seña a Alexei, que proyecta una presentación en la gran pantalla detrás de mí. Registros financieros, comunicaciones, pruebas de la manipulación de Mikhail—. Esto es lo que hizo. Cómo nos utilizó. Y si no cambiamos, si no nos adaptamos, alguien más hará lo mismo.

La habitación queda en silencio mientras estudian las pruebas. Observo sus rostros, viendo ira, reconocimiento y, en algunos casos, vergüenza. Todos fueron peones en el juego de Mikhail, aunque no lo supieran en su momento.

—¿Qué nos propone? —pregunta Yuri Kuznetsov, un jefe más joven que heredó las operaciones de su familia hace dos años. Ha sido más abierto a reformas que la generación anterior.

—Una nueva estructura. —Me pongo de pie y me acerco a la pantalla—. Menos poder centralizado. Cada familia mantiene autonomía sobre su territorio y operaciones. Pero las decisiones importantes, las que nos afectan a todos, pasan por un consejo. Ninguna familia puede tomar medidas que pongan en peligro a las demás.

—Eso es debilidad —escupe Ivan Volkov—. La Bratva siempre ha tenido un liderazgo fuerte. Un Pakhan, una visión.

—Y miren dónde nos llevó eso. —Mantengo su fría mirada sin pestañear—. Mikhail era un líder fuerte. También lo era Viktor Popov. Ambos usaron esa fuerza para servir a sus propias ambiciones a costa de los demás.

—¿Así que quiere democracia? —Ivan ríe con un sonido áspero—. Esto no es el gobierno estadounidense, Morozov. Esto es la Bratva. No votamos las cosas.

—No propongo democracia. Propongo pragmatismo. —Vuelvo a mi asiento, sintiendo la presencia de Alina a mi lado como un ancla—. Somos más fuertes unidos que divididos. Pero esa fuerza solo funciona si confiamos unos en otros. Y la confianza requiere transparencia.

Anatoly Romanov se recuesta en su silla, estudiándome. —¿Qué más nos propone?

Este es el momento. El punto donde o gano apoyo o lo pierdo todo.

—Terminamos con los matrimonios forzados —digo, con voz firme—. Dejamos de tratar a las mujeres como propiedades para intercambiar por alianzas. Damos a las familias la opción de arreglar matrimonios si lo desean, pero nadie será obligado.

La habitación estalla. La mitad de los jefes grita, algunos de acuerdo, otros indignados. Ivan Volkov está de pie, con el rostro enrojecido por la ira.

—¡Esto es exactamente de lo que hablaba! —ruge—. Ha dejado que su esposa lo corrompa, Morozov. Se ha ablandado.

Siento que Alina se tensa a mi lado, pero mantengo una expresión neutra. —Me he vuelto inteligente. ¿Cuántos de ustedes tienen hijas? ¿Hermanas? ¿Cuántos quieren que las vendan a hombres que no conocen, atrapadas en matrimonios que no desean?

—Así siempre se ha hecho —dice Boris Petrov, uno de los aliados de Ivan—. La tradición importa.

—La tradición también puede matarnos. —Me inclino hacia adelante —. Viktor Popov vendió a su hija a mi sobrino, sabiendo que Sergei moriría en la boda. Estuvo dispuesto a sacrificar a su propio hijo por poder. ¿Es esa la tradición que quieren preservar?

La habitación se queda en silencio. Todos saben lo que ocurrió en la iglesia. Todos perdieron gente ese día.

La mano de Alina encuentra la mía bajo la mesa, apretándola suavemente. La miro y ella asiente ligeramente. Quiere hablar.

Debería detenerla. Debería protegerla del vitriolo que está por venir. Pero recuerdo lo que dijo en el coche. Es mi compañera. Y los compañeros confían el uno en el otro.

—Mi esposa tiene algo que decir —anuncio, y la habitación vuelve a estallar.

—¡Esto es indignante! —Ivan Volkov golpea la mesa con la mano—. ¡Las mujeres no hablan en estas reuniones!

—Esta mujer sí. —Mantengo la voz serena, peligrosa—. Quien tenga un problema con eso puede marcharse ahora mismo.

Nadie se mueve. Son demasiado curiosos, o demasiado listos, para desafiarme directamente.

Alina se pone de pie, y veo que sus manos tiemblan ligeramente mientras agarra el borde de la mesa. Pero su voz es firme cuando habla.

—Me llamo Alina Morozova. Algunos me conocíais como Alina Popov. —Hace una pausa, dejando que lo asimilen—. Iba a casarme con Sergei Morozov en una boda que en realidad fue una masacre. Vi morir a mi prometido. Mi propio padre me secuestró y me entregó a los Kozlov. Maté a Viktor Popov porque asesinó a gente inocente e intentó matar a mi hermana.

Ahora reina un silencio absoluto en la sala. Todas las miradas están puestas en ella.

—No os pido que sintáis lástima por mí —continúa—. Os pido que penséis en vuestras propias familias. En vuestras hijas, vuestras hermanas, vuestras esposas. ¿Queréis que vivan con miedo? ¿Que las intercambien como ganado? ¿O preferís que tengan opciones?

—Esto es debilidad —vuelve a decir Ivan Volkov, pero a su voz le falta convicción.

—No. —La voz de Alina cobra fuerza—. Esto es evolución. El mundo está cambiando. Las fuerzas del orden son cada vez más inteligentes. Las viejas costumbres nos hacen vulnerables. Pero si nos adaptamos, si llegamos a ser algo más que simples criminales, podremos construir algo duradero.

Observo los rostros alrededor de la mesa. Algunos de los jefes más veteranos parecen escandalizados, pero veo que Yuri Kuznetsov asiente. Anatoly Romanov se acaricia la barba pensativo. Incluso algunos aliados de Ivan parecen dubitativos.

—Estoy esperando un hijo de Dimitri —dice Alina, y siento que el pecho se me oprime de orgullo y temor—. Quiero que mi hijo o hija crezca en un mundo donde tenga opciones. Donde se le valore por

quien es, no solo por lo que pueda aportar en una alianza. ¿No deseáis eso para vuestros hijos?

Se sienta, y esta vez le cojo la mano abiertamente. Que lo vean. Que entiendan que así es el aspecto de la fortaleza.

—Pido que se vote —digo—. Los que estén a favor de la nueva estructura, el sistema de consejo y el fin de los matrimonios forzados, que levanten la mano.

La mano de Yuri Kuznetsov se alza al instante. Luego la de Anatoly Romanov. Lentamente, otros les siguen. Las cuento. Ocho manos levantadas. No suficientes para un mandato claro, pero más de lo que esperaba.

—¿En contra?

La mano de Ivan Volkov se dispara, seguida por las de Boris Petrov y otros tres. Cinco en contra.

Eso deja a cuatro familias absteniéndose. Neutrales. Esperando a ver de qué lado sopla el viento.

—La moción se aprueba —anuncio—. Redactaremos la nueva estructura y la presentaremos en la próxima reunión. Quienes quieran participar son bienvenidos. Quienes no, podrán mantener sus operaciones actuales, pero no tendrán voz en las decisiones del consejo.

Ivan Volkov se levanta lentamente, arrastrando su silla contra el suelo. Su rostro está contraído por la rabia y algo más. Asco.

—Ésta no es la Bratva que yo conozco —dice, con voz gélida—. Ésta no es la organización que construyó mi primo. Mikhail tenía razón sobre usted, Morozov. Se ha ablandado. Ha dejado que una mujer lo corrompa, y ahora intenta corrompernos a todos.

Mira alrededor de la mesa. —No seré parte de esta debilidad —continúa Ivan—. No veré cómo la Bratva se convierte en una especie de democracia donde las mujeres tienen voz y se tiran las

tradiciones por la borda. Mikhail murió intentando evitar esto, y no deshonraré su memoria aceptándolo.

Se dirige hacia la puerta, y Boris Petrov se levanta para seguirlo. Luego Gregor Sokolov.

—Comete un error —digo, con una voz que cruza la sala—. Marcharse no cambia lo que se avecina. Solo los dejará aislados.

Ivan Volkov se vuelve, y la mirada en sus ojos hace que mi mano se mueva instintivamente hacia mi arma. —Veremos quién queda aislado, Morozov. Veremos quién queda en pie cuando esto termine.

Sale, seguido por Boris y Gregor. La puerta se cierra tras ellos con una definitividad que resuena por la sala de conferencias.

Las familias restantes permanecen sentadas en un silencio atónito. Siento que la mano de Alina aprieta la mía, y sé lo que está pensando. Acabamos de crearnos enemigos poderosos. Hombres que no aceptarán los cambios que proponemos. Hombres que lucharán por preservar las viejas costumbres.

45

ALINA

La finca se siente diferente al regresar de la reunión con las familias Bratva. Más silenciosa de algún modo, a pesar de los guardias apostados en cada entrada y las cámaras de seguridad que siguen nuestros movimientos. O quizá solo sea yo. Quizá yo sea la que ha cambiado, cargando con el peso de todo lo ocurrido en las últimas semanas como piedras en los bolsillos.

Dimitri me ayuda a salir del todoterreno, con la mano posada en mi espalda baja. —Necesitas descansar —dice, sus ojos verdes escudriñando mi rostro con preocupación—. Pareces agotada.

Lo estoy. Agotada hasta los huesos, rendida de alma. El tipo de cansancio que el sueño no puede reparar. Pero asiento porque discutir requiere energía que no tengo. —Quiero ver primero cómo está Katya.

Me estudia un momento, luego asiente. —Estaré en mi estudio si me necesitas. Hay que controlar los daños tras la reunión.

Lo observo alejarse, sus anchos hombros tensos bajo la camisa negra. La reunión no salió tan bien como esperábamos. La dramática salida de Ivan Volkov, llevándose consigo a otras dos familias, ha creado una fractura en la Bratva que no será fácil de reparar. Pero

ese es el problema de Dimitri ahora. El mío es asegurarme de que mi hermana está bien.

Encuentro a Katya en su dormitorio, sentada con las piernas cruzadas sobre la cama y su cuaderno de dibujo abierto en el regazo. Alza la vista cuando entro, y el alivio inunda su joven rostro. —¡Alina! ¿Cómo ha ido?

Cierro la puerta y me desplomo en la cama junto a ella, repentinamente agradecida por el suave colchón bajo mi cuerpo. —Fue complicado. Algunas familias apoyan los cambios que propuso Dimitri. Otras se marcharon.

Katya aparta el cuaderno de dibujo, sus ojos marrones preocupados. —¿Es eso malo?

—No es bueno. —Me recuesto contra el cabecero—. Pero lo resolveremos. Siempre lo hacemos.

Permanece callada un momento, luego formula la pregunta que temía. —¿Has tenido noticias de mamá?

La palabra suena extraña. Mamá. Como si Irina Popov mereciera ese título después de todo lo que ha hecho. O más bien, todo lo que ha dejado de hacer. —No. No ha intentado contactarnos desde su visita.

Katya asiente lentamente, sus dedos trazando patrones sobre el cubrecama. —Me siento aliviada, en realidad. ¿Es eso terrible?

—No. —Alargo la mano y tomo la suya, apretando con suavidad—. Es honesto. Mamá tomó sus decisiones, Katya. Eligió a papá por encima de nosotras, cada vez. Incluso cuando sabía lo que él hacía, lo que planeaba, lo eligió a él.

—Solía pensar que solo le tenía miedo —dice Katya en voz baja—. Que se quedaba porque estaba asustada. Pero no era eso, ¿verdad?

Pienso en el pelo perfectamente peinado de mi madre, su ropa de diseñador, su vida cómoda construida sobre sangre y mentiras. —No.

Se quedaba porque le gustaba lo que él le daba. El dinero, el estatus, el poder. Nosotras solo éramos accesorios de esa vida.

Los ojos de Katya se llenan de lágrimas, y la atraigo hacia mis brazos, sosteniéndola mientras llora. No por la madre que perdimos, sino por la madre que nunca tuvimos realmente. La que debería habernos protegido, la que debería habernos elegido, la que debería haber sido lo bastante valiente para marcharse.

Cuando finalmente sus lágrimas amainan, me separo y le enjugo las mejillas con los pulgares. —¿Pero sabes qué? Vamos a estar bien. Mejor que bien. Vas a tener la vida que mereces, Katya. La que siempre has soñado.

Ella sorbe, logrando una pequeña sonrisa. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que vas a terminar el instituto. Luego irás a la universidad a estudiar arte, como siempre has querido. —Observo cómo sus ojos se abren con esperanza—. Vas a viajar a París y Roma y todos esos lugares que has dibujado en tus cuadernos. Vas a enamorarte de alguien que te trate bien, alguien que vea tu valor más allá de lo que puedas ofrecer en una alianza.

—¿En serio? —Su voz es débil, incrédula—. ¿Dimitri permitirá eso?

—Dimitri quiere que seas feliz. Quiere que tengas opciones. —Pienso en mi marido, en el hombre tan diferente de lo que esperaba—. No es como papá, Katya. No va a usarte como un peón.

Pasamos la siguiente hora hablando de su futuro. Quiere solicitar plaza en escuelas de arte de Nueva York y California. Me enseña su portafolio, bocetos y pinturas que me quitan el aliento por su belleza y emoción. Tiene talento, verdadero talento, y estoy decidida a que el mundo lo vea.

Me dirijo al dormitorio que comparto con Dimitri, agradecida al encontrarlo vacío y silencioso. Me quito los zapatos y me desplomo en la cama, sin molestarme en cambiarme de ropa. *Solo cinco minutos*, me digo. Solo cinco minutos de descanso.

Despierto con la sensación de unas manos suaves en mis pies. Abro los ojos y encuentro a Dimitri sentado al pie de la cama, quitándome los zapatos con cuidado. La habitación solo está iluminada por la lámpara de la mesilla.

—Me quedé dormida —digo con la voz ronca.

—Lo necesitabas. —Deja mis zapatos a un lado y sube por la cama; sus manos encuentran mis tobillos y comienzan a masajearlos con una presión firme y constante—. ¿Cómo te sientes?

—Cansada. Agobiada. Embarazada. —Cierro los ojos mientras sus pulgares hacen magia en mis pies doloridos—. ¿Cómo fue el control de daños?

—Fue. —Su voz es deliberadamente neutra, lo que significa que no fue bien—. Hablaremos de ello mañana. Esta noche es solo para nosotros.

Abro los ojos y estudio su rostro. Él también parece exhausto, con líneas de tensión alrededor de la boca y los ojos. Las canas plateadas en sus sienes, entre el cabello oscuro, parecen más pronunciadas a la luz de la lámpara. —Dimitri, si necesitas trabajar, lo entiendo.

—No necesito trabajar. —Sus manos pasan de mis pies a mis pantorrillas, amasando los músculos tensos—. Necesito estar con mi mujer. Necesito cuidar de ella.

Esas palabras hacen que algo cálido se despliegue en mi pecho. Sube por la cama hasta quedar tendido a mi lado, apoyado en un codo. Su mano libre descansa sobre mi vientre. Cubro su mano con la mía, sintiendo el calor de su palma a través de la camisa.

Su mano se desplaza de mi vientre a los botones de mi camisa y comienza a deshacerlos lentamente, uno a uno. No hay prisa en sus movimientos, ni exigencia. Solo una reverencia silenciosa que me corta la respiración.

Al apartar la tela para dejar al descubierto el sujetador, sus dedos trazan la curva de mi pecho con suavidad exploradora.

Alzo la mano y acaricio su rostro, sintiendo la aspereza de su barba en mi palma. —Hazme el amor, Dimitri. Despacio. Necesito sentirte, recordar que estamos vivos, juntos y a salvo.

Se inclina y me besa, sus labios suaves sobre los míos. Me desnuda con cuidado, como si fuera algo precioso que pudiera romperse. Cada prenda es retirada con veneración, sus manos y boca siguiendo el camino de la piel descubierta. Cuando por fin estoy desnuda bajo él, se detiene para mirarme; sus ojos verdes oscurecidos por el deseo y algo más profundo.

—Te quiero —dice, las palabras saliendo ahora con más facilidad que aquella primera vez—. Te quiero, Alina. Tú y nuestro bebé. Sois todo para mí.

Las lágrimas asoman a mis ojos. —Yo también te quiero. Tanto que a veces me asusta.

Se quita la ropa y cubre mi cuerpo con el suyo, con cuidado de no apoyar su peso en mi vientre. Cuando penetra en mí, es lento y suave, dándome tiempo para adaptarme, para sentir cada centímetro de él. Nos movemos al unísono en un ritmo que se ha vuelto familiar; nuestros cuerpos se conocen de formas que trascienden lo físico.

Esto no es solo sexo. Es conexión. Afirmación. Un recordatorio de que, pese a todo lo que hemos sobrevivido, seguimos aquí, juntos, construyendo algo hermoso desde las cenizas de todo lo anterior.

Después, yacemos enredados; mi cabeza sobre su pecho, sus brazos rodeándome. Su mano acaricia mi pelo con movimientos largos y calmantes, y siento que me sumerjo en el sueño.

—Quiero ser un buen padre —dice de repente, con la voz ronca por la emoción—. No como el mío. No como Viktor. Quiero que nuestro

hijo sepa que es amado, que se le valora por quien es, no por lo que pueda ofrecer.

Levanto la cabeza para mirarle. —Lo serás. Ya lo eres, Dimitri. La forma en que has cuidado de Katya, dándole opciones y oportunidades. Así serás de padre.

—Tengo miedo —admite, y la vulnerabilidad en su voz me parte el corazón—. ¿Y si fracaso? ¿Y si no puedo protegerles? ¿Y si este mundo en que vivimos les destruye como ha destruido a tantos otros?

Aprieto mi mano sobre su corazón, sintiendo el latido constante bajo mi palma. —Entonces construiremos algo mejor. Ya lo estamos haciendo, Dimitri. Los cambios que propusiste en la reunión, la forma en que estás reestructurando la Bratva. No es perfecto, pero es un comienzo.

Me atrae más cerca, hundiendo su rostro en mi pelo. —Nunca pensé que tendría esto. Una familia. Un futuro por el que valga la pena luchar. Lo has cambiado todo, Alina.

—*Lo hemos* cambiado todo —corrijo en voz baja—. Juntos.

Nos dormimos así, envueltos en los brazos del otro, soñando con el futuro que intentamos construir. No sé cuánto tiempo duermo antes de que algo me despierte. La habitación está oscura, la lámpara apagada, y por un momento estoy desorientada. Entonces me doy cuenta de lo que ocurre.

El lado de Dimitri en la cama está vacío.

Me incorporo, con el corazón empezando ya a acelerarse. Entonces lo oigo. Gritos desde abajo. Voces fuertes y apremiantes hablando en ruso rápido. El sonido de múltiples pasos, botas pesadas sobre suelos de mármol.

Algo va mal. Algo va muy mal.

Aparto las sábanas y alcanzo mi bata; mis manos tiemblan mientras me la anudo a la cintura. Los gritos crecen, más intensos, y oigo la voz de Dimitri cortando el caos, tajante y autoritaria.

Me acerco a la puerta, mis pies descalzos silenciosos sobre el suelo de madera, y apoyo la oreja contra la madera. No distingo las palabras, pero percibo la urgencia, el miedo bajo la ira.

Mi mano va a mi vientre, protectora e instintiva. Sea lo que sea lo que ocurre abajo, sea cual sea la crisis que ha estallado en mitad de la noche, sé con fría certeza que nuestro breve momento de paz ha terminado.

46

DIMITRI

El reloj de péndulo de mi estudio da las tres de la madrugada, su campanada resonando en el aire cargado de tensión. Estoy de pie junto a la ventana que da a los terrenos de la finca, mi reflejo se perfila en el cristal junto a las luces de seguridad que salpican el perímetro. Detrás de mí, Alexei pace como un lobo enjaulado, sus botas desgastando un camino en la alfombra persa.

—Tenemos que atacarles ahora — dice por tercera vez, con la voz tensa por la frustración —. Antes de que tomen más territorio.

No me doy la vuelta. Mis ojos siguen el movimiento de los guardias patrullando abajo, sus armas visibles incluso a esta distancia. — ¿Y empezar una guerra que devorará media ciudad?

—Ellos ya han empezado la guerra — la voz profunda de Borge retumba desde donde está sentado en el sillón de cuero, su corpachón hace que el mueble parezca de una casa de muñecas —. Ivan Volkov tomó los muelles anoche. Eso es territorio Morozov. Nuestro territorio.

Apretó la mandíbula. Los muelles representan millones en ingresos, sin mencionar la importancia estratégica de controlar las rutas marítimas. Ivan sabe exactamente lo que hace. Me está poniendo a

prueba, presionando para ver hasta dónde puede llegar antes de que responda.

—También ha estado visitando nuestros negocios protegidos — añade Borge, consultando algo en su tablet —. Tres restaurantes, dos constructoras y una naviera. Todos en las últimas cuarenta y ocho horas. No está pidiendo dinero por protección. Les dice que ahora trabajan para él.

Finalmente me volví de la ventana, dirigiéndome a mi escritorio. — ¿Cuántos han cambiado de lealtad?

—Ninguno todavía — dice Alexei —. Pero están asustados. Ivan deja claro que quien mantenga lealtad hacia ti sufrirá consecuencias.

Sirvo vodka en una copa de cristal. No ayuda. Nada ayuda cuando veo todo por lo que he trabajado siendo desmantelado pieza a pieza.

—Los rumores son peores — continúa Borge —. Ivan está extendiendo historias de que te has vuelto blando. Que tu mujer te ha corrompido, te ha debilitado. Que las viejas costumbres mueren porque estás demasiado ocupado jugando a las casitas para liderar como es debido.

Mi mano aprieta la copa hasta que oigo crujir el cristal. Alina. Por supuesto que la están atacando. Ella es el símbolo visible de todo lo que ha cambiado, de todo lo que amenaza su estructura de poder tradicional.

—Algunas familias neutrales empiezan a escuchar — dice Borge en voz baja —. Se preguntan si quizás Ivan tiene razón. Si las reformas que propusiste nos están haciendo vulnerables.

Dejé la copa antes de destrozarla del todo. — ¿Qué recomiendas?

Alexei deja de pasear y se enfrenta a mí directamente. — Atacamos las operaciones de Ivan. Con fuerza y rapidez. Eliminamos a sus lugartenientes, quemamos sus negocios, mostramos a todos que

sigues siendo el Pakhan al que deben temer. Recordarles lo que pasa cuando alguien desafía a la familia Morozov.

Es exactamente lo que habría hecho el viejo Dimitri. El hombre que era antes de Alina, antes de cuestionarme si la violencia era siempre la respuesta. Ese Dimitri ya habría movilizado a sus soldados, habría teñido las calles de rojo con la sangre de Ivan.

Pero intento construir algo distinto. Algo mejor.

—Si respondemos con violencia, demostramos el argumento de Ivan — digo, con la voz controlada a pesar de la rabia que arde en mi pecho —. Mostramos a las familias neutrales que nada ha cambiado, que seguimos siendo matones matándonos unos a otros por territorio.

—Y si no respondemos, parecemos débiles — replica Alexei.

Tiene razón. Sé que tiene razón. Pero también sé que empezar otra guerra destruirá todo lo que Alina y yo hemos estado intentando construir.

Estoy a punto de responder cuando oigo pasos suaves en el pasillo. Un momento después, Alina aparece en la puerta, envuelta en un albornoz de seda, su pelo rojo suelto sobre los hombros. Sus ojos verdes están alerta pese a lo avanzado de la hora, y veo la preocupación dibujada en su rostro.

—Vuelve a la cama — le digo, con un tono más cortante de lo que pretendía.

Sus ojos relampaguean de ira, y comprendo mi error al instante. Alexei y los demás se remueven incómodos. Todavía se están acostumbrando a la idea de que una mujer esté presente durante las reuniones estratégicas, todavía se adaptan a la realidad de que Alina es más que mi esposa.

—Alina, son las tres de la madrugada. Necesitas descansar. El bebé necesita descansar.

Entra en la habitación, sus pies descalzos silenciosos sobre el suelo de madera. — El bebé está bien. Y no me voy a ningún lado hasta que me digas qué está pasando.

Veo que Alexei abre la boca para protestar, pero alzo una mano para detenerle. No tiene sentido discutir con ella. Cuando Alina se decide sobre algo, es tan inamovible como una roca.

—Ivan Volkov está actuando contra nosotros —explico, señalando los mapas e informes desplegados sobre mi escritorio—. Está tomando territorio, intimidando a nuestros negocios, difundiendo rumores. Alexei quiere responder con fuerza.

Alina se acerca al escritorio, estudiando los documentos con la misma aguda inteligencia que me sorprendió la primera vez. Ha aprendido a leer los esquemas tácticos, a comprender las dinámicas de poder en juego. —¿Y tú no quieres?

—Sí quiero —admito—. Cada instinto que tengo me grita que vayamos a la guerra. Pero iniciar otra masacre socava todo lo que intentamos lograr.

Ella guarda silencio un momento, sus dedos recorren el mapa que muestra las adquisiciones recientes de Ivan. Luego alza la mirada hacia mí y percibo algo calculador en su expresión. —¿Y si no luchamos directamente contra Ivan?

—¿Qué quieres decir? —pregunta Borge con tono escéptico.

—La estrategia de Ivan es haceros parecer débiles forzándoos a retroceder o a iniciar una guerra —dice Alina, con voz cada vez más segura—. En ambos casos, él gana. Si retrocedéis, parecéis blandos. Si iniciáis una guerra, demostráis su punto de que nada ha cambiado realmente.

Me apoyo en el escritorio, observando a mi mujer. —Continúa.

—Así que no hacemos ninguna de las dos cosas. En lugar de centrarnos en Ivan, nos centramos en las familias que aún no han

elegido bando. —Abre la lista de familias neutrales en la tableta de Borge—. Estas son las que importan. Si podemos ganárnoslas, demostrarles que vuestro método realmente funciona, entonces Ivan quedará aislado. Irrelevante.

Alexei frunce el ceño. —¿Cómo demostramos que funciona cuando Ivan nos está arrebatando territorio activamente?

—Les enseñamos los números —responde Alina con sencillez—. Los negocios bajo vuestra protección son más rentables ahora que con el antiguo sistema. La violencia ha disminuido. Las familias que han adoptado las reformas ganan más dinero con menos riesgo. Lo convertimos en una cuestión de beneficios y estabilidad, no de tradición y orgullo.

Siento algo cambiar en mi pecho. Es brillante. Despiadado a su manera, pero sin derramamiento de sangre. —Convertimos esto en una decisión empresarial en lugar de una guerra.

—Exactamente. —Los ojos de Alina se encuentran con los míos y veo el acero bajo su belleza—. Ivan quiere que esto sea sobre fuerza y tradición. Nosotros lo hacemos sobre negocios inteligentes. Mostramos a las familias neutrales que hay más beneficio en la paz que en la guerra.

Yuri se inclina hacia adelante, pensativo. —Podríamos organizar reuniones. Privadas, individuales. Enseñarles nuestros libros, que vean las cifras reales.

—Y ofrecerles mejores condiciones que las que Ivan puede dar —añade Borge, entusiasmándose con la idea—. Más autonomía, mayores porcentajes de beneficios. Hacer que les sea imposible decir que no.

Alexei sigue pareciendo escéptico, pero le veo considerándolo. —¿Y qué hay de Ivan? ¿Simplemente le dejamos seguir tomando nuestro territorio?

—Defendemos lo que es nuestro —digo, mientras el plan se cristaliza en mi mente—. Pero lo hacemos con inteligencia. Presión legal, influencia económica, conexiones políticas. Hacemos que le resulte caro mantener lo que ha tomado. Le desangramos financieramente en lugar de literalmente.

—Es arriesgado —dice Alexei—. Si no funciona, habremos perdido terreno y parecido débiles.

—Y si vamos a la guerra, perderemos hombres y demostraremos el argumento de Ivan de que no somos diferentes de antes —replico—. De esta forma, tenemos la oportunidad de cambiar las cosas de verdad.

Miro a Alina, viendo la esperanza y determinación en su rostro.

—Lo haremos como dice Alina —decido—. Borge, empieza a contactar con las familias neutrales. Organiza reuniones, pero con discreción. Quiero análisis económicos de todas las adquisiciones recientes de Ivan. Encuentra los puntos débiles. Alexei, coordínate con nuestro equipo legal. Quiero conocer cada regulación, cada permiso, cada palanca que podamos usar.

Alexei asiente lentamente. —¿Y si esto no funciona? ¿Si Ivan sigue presionando?

—Entonces contraatacamos —digo con voz dura—. Pero primero intentamos esto.

Los hombres salen en fila, dejándome a solas con Alina. Ella se refugia en mis brazos y la estrecho contra mí, inhalando el aroma a jazmín de su cabello. —Gracias —murmuro contra su sien.

La beso, lento y profundo, vertiendo todo lo que siento en ese beso. Amor y gratitud y miedo mezclados. Cuando finalmente la libero, los dos respiramos con dificultad.

—Ven a la cama —dice—. Tú también necesitas descansar.

Estoy a punto de aceptar cuando mi teléfono vibra en el escritorio. Miro la pantalla y veo que es de uno de mis informantes más fiables. El mensaje es breve, pero hace que la sangre se me hiele.

Debo de palidecer porque Alina se pone tensa de inmediato. —¿Qué pasa?

Vuelvo a leer el mensaje, esperando haber entendido mal. Pero las palabras son claras, inequívocas y absolutamente aterradoras.

—¿Dimitri? —la voz de Alina es cortante de preocupación—. ¿Qué ocurre?

Miro a mi mujer, a la mujer que lleva a mi hijo, a la persona que se ha convertido en el centro de mi mundo entero. Y tengo que decirle que Ivan Volkov acaba de poner precio a su cabeza.

Medio millón de dólares para quien mate a la mujer que está corrompiendo a la Bratva.

47

ALINA

Me despierto con un silencio inquietante que pone mis nervios de punta al instante. La finca nunca está tan callada. Incluso en las primeras horas de la mañana, siempre hay sonidos lejanos de guardias cambiando de turno, el zumbido de los sistemas de seguridad, algún paso ocasional en el pasillo.

Este silencio se siente distinto. Opresivo.

Extiendo el brazo hacia el otro lado de la cama, pero el lado de Dimitri está frío. Lleva horas fuera. Mi mano se mueve instintivamente hacia mi vientre, aún plano pero que guarda el preciado secreto de nuestro hijo.

Aparto las sábanas y camino descalza hasta la ventana, apartando la pesada cortina. Lo que veo hace que la sangre se me hiele en las venas.

Guardias armados patrullan los terrenos en parejas, al menos el triple del número habitual. Se han instalado nuevas cámaras de seguridad en cada esquina de la propiedad. La puerta principal ha sido reforzada con barreras adicionales, y veo destellos de armas allá donde miro.

La finca se ha convertido en una fortaleza de la noche a la mañana.

La furia me brota en el pecho, ardiente e inmediata. Me pongo una bata y salgo de la habitación como un vendaval, mis pies descalzos chapoteando sobre el mármol mientras bajo las escaleras. Encuentro a Dimitri en su despacho, rodeado de monitores que muestran cada rincón de la propiedad. Está al teléfono, hablando en ruso a toda velocidad, con voz dura y autoritaria.

Levanta la mirada cuando entro, y veo el agotamiento en sus ojos verdes. No ha dormido.

—Te llamo más tarde —dice al teléfono, y luego lo deja con cuidado sobre el escritorio.

—¿Qué es esto? —hago un gesto hacia las ventanas, hacia el complejo armado en que se ha convertido nuestro hogar—. ¿Qué has hecho?

—Lo que tenía que hacer —su voz es calmada, pero percibo el acero bajo ella—. No vas a salir de la propiedad, Alina. No hasta que esto termine.

—¿Perdona? —la palabra sale más cortante de lo que pretendía—. ¿Me estás convirtiendo en una prisionera?

—Te estoy protegiendo —se pone de pie, acercándose a mí desde detrás del escritorio—. Ivan Volkov ha puesto medio millón de dólares por tu cabeza. ¿Entiendes lo que eso significa? Cada criminal desesperado de la ciudad busca una oportunidad.

—¿Así que tu solución es encerrarme? —cruzo los brazos sobre el pecho, sintiendo la ira palpitar en mí—. ¿Convertir nuestro hogar en una cárcel?

—Mi solución es mantenerte con vida —su mandíbula se tensa, y veo algo brillar en sus ojos. Algo que parece miedo—. A ti *y* a nuestro bebé.

La mención del bebé me ablanda un poco, pero me niego a ceder. —No podemos vivir así, Dimitri. No podemos escondernos eternamente.

—No te pido que te escondas eternamente —intenta cogerme las manos, pero yo retrocedo—. Solo hasta que pueda neutralizar la amenaza.

—¿Y cuánto tiempo llevará eso? ¿Semanas? ¿Meses? —niego con la cabeza, sintiendo que las lágrimas de frustración me pinchan los ojos—. No seré una prisionera en mi propia casa. No dejaré que Ivan Volkov controle mi vida mediante el miedo.

—Alina —su voz baja, se vuelve casi suplicante—. Por favor. No puedo perderte.

La emoción cruda en esas palabras me detiene en seco. Lo miro, realmente lo miro, y veo más allá del poderoso jefe de la Bratva al hombre que hay debajo. El hombre aterrorizado de perder la familia que acaba de encontrar.

—No puedo perderte —repite, más bajo ahora—. No puedo perder a nuestro bebé. Si te pasara algo porque no hice lo suficiente, porque no te protegí lo suficiente… —deja la frase en el aire, pasándose una mano por el pelo oscuro. Las canas en sus sienes captan la luz matutina—. No sobreviviría a eso.

Mi ira se desvanece, reemplazada por otro tipo de determinación. Cierro la distancia entre nosotros y tomo sus manos entre las mías. —Entonces acabemos con esto. No nos escondamos, no esperemos a que Ivan haga su jugada. Tomemos el control de la situación.

Él frunce el ceño, sus ojos verdes escudriñando mi rostro. —¿Qué estás sugiriendo?

—Una aparición pública —la idea cristaliza mientras hablo—. Una gala benéfica. Algo de alto perfil con testigos, con prensa, con todas las familias neutrales presentes. Obligamos a Ivan a hacer su jugada delante de todos o a retroceder.

—Eso es una locura —Dimitri retira sus manos de las mías y se da la vuelta—. ¿Quieres ponerte un blanco en la espalda?

—El blanco ya está ahí —me pongo delante de él, obligándolo a mirarme—. Pero ahora mismo, Ivan controla la narrativa. Me ha hecho parecer débil, nos ha hecho parecer que huimos asustados. Una gala cambia eso. Muestra fortaleza. Muestra que no tenemos miedo.

—Deberías tener miedo —su voz es áspera—. Yo tengo miedo.

—Lo sé —le enmarco el rostro entre mis manos, sintiendo el roce de su barba contra mis palmas—. Pero no podemos dejar que el miedo gane. Necesitamos mostrar a las otras familias que el apellido Morozov todavía significa algo. Que no nos vamos a ninguna parte.

Antes de que pueda responder, llaman a la puerta. Mira entre nosotros, leyendo la tensión en la habitación.

—¿Estoy interrumpiendo? —pregunta él.

—Alina quiere organizar una gala benéfica —dice Dimitri con tono plano—. Quiere convertirse en un objetivo público.

Le lanzo una mirada irritada antes de volverme hacia Alexei. —Quiero demostrarle a Ivan Volkov que no nos escondemos. Que no tenemos miedo de sus amenazas.

Para mi sorpresa, Alexei asiente lentamente. —No es una mala idea.

—No puedes hablar en serio —dice Dimitri, mirando fijamente a su consejero más cercano.

—Piénsalo —dice Alexei, adentrándose más en la habitación—. Ahora mismo, Ivan parece fuerte. Ha hecho amenazas y nosotros hemos respondido encerrándonos. Eso nos hace parecer débiles, a la defensiva. Una gala cambia las tornas. Es una jugada de poder.

—Es un deseo de muerte —replica Dimitri.

—Es un riesgo calculado —intervengo—. Controlamos el lugar, la lista de invitados, la seguridad. Invitaremos a las familias neutrales, empresarios legítimos, políticos. Ivan tendría que estar loco para actuar con tantos testigos.

—Está loco —gruñe Dimitri—. Ese es el problema.

—Entonces estaremos preparados para él —me acerco a Dimitri y coloco mi mano sobre su corazón. Puedo sentirlo latir bajo mi palma —. Pero lo haremos en nuestros términos, no en los suyos.

Dimitri me mira durante un largo momento, y puedo ver la guerra que se libra tras sus ojos. La necesidad de protegerme frente a la ventaja estratégica del plan.

Dimitri permanece en silencio durante varios latidos. Luego exhala lentamente y me mira. —Si hacemos esto, lo haremos a mi manera. Seguridad máxima. Cada entrada vigilada. Cada invitado registrado. Y no te apartarás de mi vista ni un solo segundo.

Un alivio me inunda. —De acuerdo.

—Y si veo el más mínimo indicio de peligro, nos vamos. Sin discusiones.

—Sin discusiones —prometo.

Me atrae hacia sus brazos, sujetándome con fuerza contra su pecho. Puedo sentir la tensión en su cuerpo, el miedo que intenta controlar. —Vas a ser la muerte de mí, mujer —murmura en mi pelo.

—No —susurro en respuesta—. Voy a ser la vida de ti.

La semana siguiente pasa en un torbellino de planes. Dimitri se entrega a la organización del evento con la misma intensidad que pone en todo. Personalmente verifica a cada proveedor, cada miembro del personal, cada detalle. Alexei coordina con el equipo de seguridad, trazando líneas de visión y rutas de escape.

Yo me centro en la lista de invitados y el mensaje que queremos enviar. Contacto personalmente con las familias neutrales, hablo con las esposas e hijas, estableciendo conexiones que trascienden la estructura de poder tradicional dominada por hombres. Contacto con empresarios legítimos que han trabajado con la familia Morozov, políticos que le deben favores a Dimitri e incluso algunos miembros de la prensa cuidadosamente seleccionados.

La gala beneficiará a una organización benéfica infantil, algo que no se puede criticar. Será elegante, sofisticada e imposible de ignorar.

Durante este tiempo, algo cambia entre Dimitri y yo. Robamos momentos a lo largo del día, encuentros apasionados en su estudio cuando la planificación se vuelve demasiado intensa, sus manos urgentes sobre mi cuerpo mientras se recuerda a sí mismo que estoy viva y a salvo.

Por las mañanas, nos quedamos en la cama más tiempo del debido, con su mano descansando en mi estómago mientras hablamos del futuro. Del bebé. Del tipo de vida que queremos construir.

—Quiero que nuestro hijo sea fuerte —dice una mañana, mientras sus dedos trazan círculos perezosos sobre mi piel—. Pero no duro. No como yo tuve que serlo.

—Será fuerte porque será amado —le digo, cubriendo su mano con la mía—. Esa es una fuerza diferente.

Entonces me besa, lento y profundo, y me pierdo en su sabor, en la sensación de su cuerpo contra el mío. Estos momentos de paz parecen robados, preciosos, y me aferro a ellos con fuerza.

Katya nos visita dos veces durante la semana, emocionada por la gala y ajena al peligro que la rodea. Está prosperando en su nueva escuela, haciendo amigos, hablando de sus clases de arte con un entusiasmo que me hace sentir un dolor en el corazón de tanto amor por ella. Dimitri ha asignado a dos guardias para que la vigilen discretamente, algo que ella no sabe y por lo que estoy agradecida.

La noche antes de la gala, estoy en nuestro dormitorio repasando los arreglos finales de los asientos cuando llaman a la puerta. Uno de los guardias entra, con el rostro cuidadosamente neutro.

—Señora Morozova, ha llegado un paquete para usted en la puerta.

Algo en su tono hace que se me encoja el estómago. —¿Qué clase de paquete?

—Ha sido revisado en busca de explosivos y amenazas biológicas. Es seguro abrirlo —extiende una cajita envuelta en papel marrón liso.

Lo cojo con manos temblorosas. Dimitri aparece en la puerta, alertado por algún sexto sentido de que algo va mal. Cruza la habitación en tres zancadas.

—¿Qué es?

—Un paquete —mi voz suena distante incluso para mis propios oídos.

Me lo quita, lo examina cuidadosamente antes de quitar lentamente el envoltorio. Dentro hay una simple caja de cartón. La abre y veo que todo su cuerpo se pone rígido.

—¿Dimitri? —me acerco y él intenta bloquearme, pero soy más rápida. Miro dentro de la caja y mi sangre se hiela.

Es una fotografía de Katya. Está caminando por el campus de su escuela, con la mochila colgada de un hombro, completamente ajena a que alguien la observa. La foto es nítida, clara, tomada desde la distancia con un teleobjetivo.

Debajo de la fotografía hay una nota escrita con letras de imprenta pulcras, *Chica guapa. Sería una pena que le pasara algo*.

48

DIMITRI

Miro la fotografía de Katya, con las manos temblándome de una rabia tan pura que amenaza con consumirme. La imagen la muestra cruzando el campus universitaria, completamente ajena a que alguien la observaba, la acechaba. La nota se burla de mí con su simplicidad. *Chica guapa. Sería una lástima que le ocurriera algo.*

—Cancélala —mi voz es acero—. Cancela la gala. Saca a Katya de la universidad inmediatamente y cierra la finca.

La mano de Alina cubre la mía, cálida y firme. —Eso es exactamente lo que él quiere.

Me giro hacia ella, viendo el miedo en sus ojos verdes que tanto esfuerzo hace por ocultar. —Ha amenazado a tu hermana.

—Lo sé —su voz no tiembla—. Y si reaccionamos por miedo, si nos escondemos, cancelamos y mostramos debilidad, él gana. Todas las familias neutrales verán que Iván Volkov puede hacernos huir aterrorizados con una sola fotografía.

—No me importa lo que vean —la acerco más, mi mano moviéndose instintivamente hacia su vientre donde crece nuestro hijo—. Me

importa mantenerte a salvo. Mantener a Katya a salvo.

—Estaremos a salvo —me sostiene la cara, obligándome a mirarla a los ojos—. Pero lo haremos con inteligencia. Sacamos a Katya de la universidad ahora mismo, la traemos aquí, la rodeamos de guardaespaldas. La gala sigue adelante. Mostramos fuerza, no miedo.

Alexei se aclara la garganta desde la puerta. —Tiene razón, jefe. Huir ahora nos hace parecer débiles. Pero podemos convertir la gala en el evento más seguro que haya visto esta ciudad.

Quiero discutir. Cada instinto me grita que reúna a todos los que amo, los encierre bajo llave y tiña las calles de rojo con la sangre de Iván Volkov.

—De acuerdo —la suelto, dirigiéndome ya hacia mi teléfono—. Pero Katya no sale de esta finca hasta que Iván esté liquidado. Y tú… —me vuelvo hacia Alina, bajando la voz— no te apartas ni un segundo de mi vista esta noche.

Ella sonríe, y a pesar de todo, hace que mi corazón dé un vuelco. —Ni se me ocurriría.



El Grand Marquis Hotel se alza sobre el centro como un monumento al dinero antiguo y los secretos aún más viejos. He mantenido reuniones aquí antes, he cerrado tratos en sus salas privadas, pero esta noche cumple otra función. Esta noche es un escenario.

Mi equipo de seguridad ha registrado el edificio tres veces. Cada entrada está vigilada. Cada invitado será controlado. Hay francotiradores apostados en los tejados circundantes. Si Iván Volkov quiere actuar, tendrá que hacerlo ante testigos, ante toda la jerarquía Bratva.

Ajusto la corbata en el retrovisor del coche, pero mi mirada vuelve una y otra vez hacia Alina, a mi lado. Está devastadora con un vestido esmeralda que se ciñe a sus curvas y combina perfectamente con sus ojos. Su pelo rojo está recogido, dejando al descubierto la elegante línea de su cuello. El tatuaje de la libélula en su muñeca asoma bajo la pulsera.

—Me estás mirando —dice suavemente, con una sonrisa jugueteando en sus labios.

—Estoy memorizando —le cojo la mano, acercándola a mis labios—. Por si necesito matar a alguien esta noche y quiero recordar algo hermoso antes.

Ella ríe, pero hay tensión en su risa. —Intenta no matar a nadie en nuestra gala benéfica. Da muy mala imagen.

—No prometo nada.

El coche se detiene en la entrada. Los flashes de las cámaras estallan al salir. Mantengo a Alina cerca, con la mano en la base de su espalda mientras avanzamos por la alfombra roja. Los periodistas gritan preguntas. Los ignoro a todos, concentrado únicamente en llevarla dentro con seguridad.

El salón de baile es magnífico. Las arañas de cristal proyectan una luz cálida sobre cientos de invitados de etiqueta. Un cuarteto de cuerda toca en una esquina. El champán fluye libremente. Para cualquiera ajeno a nuestro mundo, esto parece un evento más de la alta sociedad. Pero yo veo la verdad bajo el barniz.

Todas las grandes familias Bratva están representadas aquí. Los Kozlov han desaparecido, destruidos. Los Popov están dispersos, sin líder. Pero los demás permanecen, observando, calculando, decidiendo de qué lado de la historia quieren estar. Las familias neutrales se agrupan, con lenguaje corporal cauteloso. Han venido porque rechazar la invitación habría sido un insulto, pero no se han comprometido a apoyar mi liderazgo.

Todavía no.

—Respira —susurra Alina, mientras su mano aprieta mi brazo—. Parece que estás a punto de empezar una guerra.

—Siempre estoy a punto de empezar una guerra. Es mi estado natural.

Vuelve a reír, y esta vez es de verdad. Varias cabezas se giran al oírla. Bien. Que la vean feliz, segura, sin miedo. Que vean que la familia Morozov es fuerte.

Recorro el salón metódicamente, con Alina a mi lado. Pasamos de grupo en grupo, manteniendo conversaciones triviales que encierran significados profundos. Discuto oportunidades de negocio con la familia Petrov, insinúo acuerdos territoriales con los Sokolov y sondeo con cuidado la postura de los Románov sobre las reformas propuestas.

Alina es perfecta. Seduce a las esposas, hace preguntas inteligentes y refuerza sutilmente nuestro mensaje: las viejas costumbres están muriendo, y quienes se adapten prosperarán. La observo reírse de algo que dice la mujer de Alexei, ver cómo toca el brazo de una mujer mayor con auténtico calor, y vuelvo a sorprenderme por cómo ha transformado por completo mi mundo.

Hace seis meses era una novia aterrorizada en una boda condenada al fracaso. Ahora es una fuerza de la naturaleza con un vestido esmeralda, remodelando la Bratva solo con inteligencia y valentía.

Estoy tan concentrado en ella que casi no noto el cambio en la energía de la sala. Las conversaciones se interrumpen. Las cabezas se giran hacia la entrada. El cuarteto de cuerda sigue tocando, ajeno, pero todos los demás se han quedado quietos.

Ivan Volkov ha llegado.

No estaba invitado. Su nombre se excluyó específicamente de la lista de invitados. Pero ahí está, plantado en la entrada, con su pelo

plateado reluciendo, sus ojos azules fríos como un cielo invernal, luciendo una sonrisa que promete violencia.

Mi mano se mueve instintivamente hacia mi arma, pero los dedos de Alina se cierran alrededor de mi muñeca. —Aquí no —murmura—. No de esta manera.

Tiene razón. Empezar un tiroteo en una sala llena de familias neutrales no ayudaría a nuestros objetivos. Así que me obligo a relajarme, a sonreír, a fingir ser el anfitrión atento mientras Ivan cruza el salón de baile hacia nosotros.

La multitud se abre paso para él. Algunos rostros muestran miedo, otros cálculo. Las familias neutrales observan con vivo interés, esperando ver cómo se desarrolla este enfrentamiento.

Ivan se detiene frente a nosotros, sin que su sonrisa se inmutase. —Dimitri. Qué maravilloso verte. —Su inglés es perfecto, apenas con acento—. Y la encantadora Alina. El matrimonio claramente os sienta bien a ambos.

—Ivan —respondo con voz neutra—. No recuerdo haber visto tu nombre en la lista de invitados.

—Un descuido, sin duda. —Hace un gesto abarcando el salón—. Un evento tan magnífico. Una celebración de nuevos comienzos, según tengo entendido. Qué... optimista.

La mano de Alina aprieta mi brazo, pero su voz es firme. —Creemos en construir en lugar de destruir. Quizá deberías probarlo alguna vez.

Los ojos de Ivan se posan en ella, y veo algo peligroso moverse tras ellos. —Ah, sí. La reformista. He oído mucho sobre tus discursos, tus ideas para cambiar nuestro mundo. —Se acerca más, bajando la voz para que solo nosotros podamos oír—. Dime, ¿sabe tu marido cuántos enemigos has hecho con esa bonita boca?

—Cuidado. —La palabra sale como un gruñido.

—¿O qué? —La sonrisa de Ivan se ensancha—. ¿Me matarás aquí, delante de todos? Por favor, Dimitri. Ambos sabemos que ahora intentas parecer civilizado. Domesticado. —Su mirada desciende hasta el vientre de Alina—. Felicidades por el embarazo, por cierto. Un hijo es una gran bendición. Tan frágil. Tan vulnerable.

La amenaza es clara. Cada músculo de mi cuerpo se tensa, preparado para atacar. Podría matarlo en tres segundos. Romperle el cuello antes de que sus guardias reaccionaran. Pero la presencia de Alina a mi lado, el peso de todas esas miradas observando, me contienen.

—Deberías irte —digo en voz baja—. Mientras aún puedas.

—¿Debería? —Ivan mira alrededor del salón, asegurándose de que todos observan—. Pero acabo de llegar. Y tengo tanto que decir. —Alza la voz, dirigiéndose a la sala—. Quiero felicitar a la feliz pareja. Dimitri Morozov y su hermosa esposa, construyendo su pequeño imperio sobre las cenizas de la tradición. Qué romántico.

La sala ha quedado en completo silencio. Hasta el cuarteto de cuerda ha dejado de tocar.

—Todos saben lo que estáis haciendo —prosigue Ivan, con voz que llega a cada rincón—. Debilitándonos con charlas de reformas e igualdad. Destruyendo todo lo que construyeron nuestros padres. ¿Y por qué? Porque os habéis enamorado. —Escupe la última palabra como un insulto—. Porque habéis permitido que una mujer os ablande.

Me dispongo a moverme, pero Alina da un paso al frente primero.

—Tiene razón —dice con claridad, su voz resonando por el salón de baile—. Dimitri ha cambiado. Los dos hemos cambiado. Pero no por debilidad.

—Bonitas palabras. —La sonrisa de Ivan se vuelve cruel—. Pero las palabras no os protegerán cuando—

—Todos en esta sala saben quién es usted, Ivan —lo interrumpe Alina, sus ojos verdes llameando—. Es primo de Mikhail Volkov. Intenta terminar lo que él empezó. Utiliza las mismas tácticas, la misma manipulación, las mismas amenazas. —Hace una pausa, dejando que sus palabras calen—. Y fracasará igual que él.

El silencio que sigue es absoluto. La máscara de Ivan cae, revelando al monstruo que hay debajo. Su rostro se contrae de rabia, su mano moviéndose hacia su chaqueta.

Mi propia mano ya está sobre mi arma, pero Ivan no desenfunda. En lugar de eso, se inclina hacia Alina, con voz baja y venenosa.

—Acabas de firmar tu propia sentencia de muerte, niñita. Disfruta del resto de tu velada. Quizá sea la última.

49

ALINA

Todos en el salón de baile se quedan paralizados. Las palabras de Iván quedaron flotando como gas venenoso, y observo cómo las expresiones a nuestro alrededor cambian de interés educado a conmoción. Algunos de los jefes más viejos de la Bratva parecen casi satisfechos, como si hubieran estado esperando este momento. La generación más joven parece incómoda, insegura.

La mano de Dimitri se aprieta en mi cintura, y siento la tensión que irradia su cuerpo. Sus hombres ya se están moviendo, cerrando filas a nuestro alrededor, con las manos desplazándose hacia las armas ocultas. Alexei aparece al lado de Dimitri, con el rostro sombrío.

—Deberíamos irnos —murmura Alexei en ruso, tan bajo que solo nosotros podemos oírlo.

Pero algo dentro de mí se rompe. Estoy tan harta de huir, de esconderme, de que me traten como una cosa frágil que hay que encerrar bajo llave para protegerla. Doy un paso adelante, saliendo del abrazo protector de Dimitri, y la fría sonrisa de Iván se ensancha.

—Alina —me advierte Dimitri, pero niego con la cabeza.

Ahora toda la sala nos observa, abandonada cualquier pretensión de conversación educada. Esto es lo que vinieron a ver, lo admitan o no. El drama. La violencia. Las viejas costumbres representadas con trajes caros y vestidos de diseñador.

Doy otro paso hacia Iván, lo bastante cerca para ver la crueldad en sus ojos azules, tan parecidos a los de su primo Mijaíl. Lo bastante cerca para oler su costosa colonia mezclada con el acre olor a vodka.

—¿Quieres amenazarme? —Mi voz resuena por el salón de baile, clara y firme a pesar del miedo que me revuelve el estómago—. ¿Delante de toda esta gente? ¿Delante de familias que están intentando decidir si las viejas costumbres merecen la pena preservarse?

La sonrisa de Iván vacila ligeramente. No esperaba que yo le respondiera. Las mujeres en su mundo deben acobardarse, dejar que los hombres manejen las cosas.

—No la estoy amenazando, señora Morozova —dice él con suavidad, recuperándose rápidamente—. Simplemente expongo hechos. Se ha convertido usted en enemiga de la tradición, de todo lo que nuestras familias han construido durante generaciones. Hay consecuencias para eso.

—Consecuencias —saboreo la palabra, amarga en mi lengua—. ¿Como las que afrontó mi padre? ¿Como las que afrontó Mijaíl? Dime, Iván, ¿cómo resultaron esas consecuencias para ellos?

Un murmullo recorre la multitud. Algunas de las familias neutrales ahora se inclinan hacia adelante, interesadas a pesar de sí mismas. Siento a Dimitri detrás de mí, una presencia sólida, pero me deja hablar. Confiando en mí.

—Mi padre me vendió como si fuera una propiedad —continúo, con la voz cada vez más fuerte—. Arregló mi matrimonio con Serguéi Morozov sin preguntarme qué quería yo, sin importarle que estaba aterrorizada. Y cuando eso no fue suficiente, cuando su ambición

exigía más, conspiró con la familia Kozlov para asesinar a su propio yerno en el altar. Me habría dejado morir en esa iglesia si servía a sus propósitos.

Ahora la sala está completamente en silencio. Hasta los camareros han dejado de moverse.

—Mijaíl Volkov los manipuló a todos ustedes —digo, dirigiéndome a toda la sala—. Orquestó una masacre para desestabilizar a la Bratva, para enfrentarlos entre sí y así poder hacerse con el poder. No le importaba cuántos de sus soldados murieran, cuántas familias quedaran destruidas. Solo le importaba la venganza y el control.

Veo algunas cabezas asintiendo, especialmente entre la generación más joven. Recuerdan el caos de aquellas semanas, el miedo y la incertidumbre.

—Y ahora Iván quiere continuar ese legado —digo, volviéndome para enfrentarme a él—. Más violencia. Más derramamiento de sangre. Más ciclos de venganza que nunca terminan. Me ha amenazado a mí, ha amenazado a mi hijo no nacido, ha amenazado a mi hermana. ¿Y para qué? ¿Porque me atreví a hablar en una reunión? ¿Porque sugerí que podría haber una manera mejor?

El rostro de Iván se ha enrojecido, con la mandíbula apretada. —No sabes nada de nuestro mundo, niñita. Solo llevas unos meses formando parte de él. Yo he entregado toda mi vida a la Bratva.

—Entonces deberías desearle algo mejor —le replico—. Deberías querer que sobreviva y prospere, no que se destroce desde dentro.

Tomo aire, sintiendo el peso de todas las miradas de la sala sobre mí. Este es mi momento. Mi oportunidad de cambiar algo, de darle sentido a todo el dolor y el miedo.

—Yo no elegí esta vida —digo, con la voz más suave ahora pero igual de intensa—. Me obligaron a entrar en ella. Pero he aprendido cosas. He visto la fuerza de la Bratva, la lealtad, los vínculos entre familias. También he visto la crueldad, el despilfarro, cómo las viejas

costumbres destruyen precisamente las cosas que se supone que deben proteger.

Me coloco una mano en el vientre, donde crece nuestro bebé. —Estoy esperando un hijo de Dimitri. En unos meses, traeré una nueva vida a este mundo. Y tengo que preguntarme, ¿qué clase de mundo quiero para mi hijo o hija? ¿Uno en el que solo sea otro peón que sacrificar por el poder? ¿Donde su valor se mida solo en las alianzas que puedan forjar mediante matrimonios forzados? ¿Donde vivan con el miedo constante a la próxima traición, a la próxima guerra?

Veo a algunas mujeres de la sala asentir ahora. Las esposas e hijas que han vivido bajo estas reglas toda su vida.

—¿O quiero algo mejor? —continúo—. Una Bratva que siga siendo fuerte, poderosa, pero también lo suficientemente inteligente para evolucionar. Una que proteja a sus familias en lugar de consumirlas. Una que genere riqueza e influencia mediante estrategias y negocios, no solo mediante violencia y miedo.

—Ingenua —escupió Iván—. Usted es ingenua y débil, y está debilitando a Dimitri.

—No —la voz de Dimitri cortó el aire de la sala como una cuchilla. Se acercó a mí y su mano encontró de nuevo la curva de mi espalda—. Ella me está haciendo más fuerte. Nos está haciendo más fuertes a todos, si son lo suficientemente sabios para verlo.

Se dirigió entonces a la sala, con una presencia imponente. —Mi esposa dice la verdad. Las viejas costumbres están muriendo, queramos admitirlo o no. Las fuerzas del orden son más sofisticadas. Nuestros enemigos están más organizados. Y nos estamos desangrando con conflictos internos mientras las amenazas externas se fortalecen.

—He propuesto reformas —continuó—. Más autonomía para cada familia. Un sistema de consejo para decisiones importantes. Poner

fin a prácticas que nos hacen vulnerables a procesos judiciales y al escrutinio público. Y sí, tratar a las mujeres como compañeras y no como propiedad. Estas no son señales de debilidad. Son señales de adaptación. De supervivencia.

Observé las caras de la multitud, viendo la calculación en sus ojos. Al fin y al cabo, eran gente de negocios. Entendían de ganancias y pérdidas, riesgo y recompensa.

—Mi primo era un necio —dijo Iván, con la voz tensa por una rabia apenas contenida—. Y usted también, Dimitri. Ha permitido que esta mujer le envenene la mente, que le vuelva contra su propia gente.

—Mi propia gente prospera —respondió Dimitri con calma—. Mis territorios son estables. Mis negocios son rentables. Mis soldados son leales. ¿Puede decir lo mismo, Iván?

La pregunta quedó suspendida en el aire, y vi que varios aliados de Iván se movían incómodos. Había habido rumores de inestabilidad en la familia Volkov, de soldados que desertaban, de negocios que fracasaban.

La mano de Iván se agitó hacia su chaqueta, e instantáneamente, la sala se tensó. Los hombres de Dimitri se acercaron, y vi armas desenfundarse en ambos bandos.

—No lo haga —dijo Dimitri en voz baja, pero con absoluta autoridad —. No aquí. No delante de todos. Si quiere desafiarme, hay canales adecuados. Formas tradicionales, si tanto le importa la tradición.

Durante un largo momento, Iván permaneció inmóvil, con la mano cerca del arma. Luego la bajó lentamente, pero sus ojos prometían asesinato.

—Esto no ha terminado —dijo.

—Nunca lo es con hombres como usted —respondí—. Ese es precisamente el problema.

Iván se dio la vuelta y se dirigió hacia la salida, y tras un momento de vacilación, dos de las familias aliadas lo siguieron. Pero noté que otros varios se quedaron, observándonos con nuevo interés.

La tensión en la sala disminuyó gradualmente. Se reanudaron las conversaciones, aunque más contenidas que antes. Pero podía sentir el cambio en el ambiente. Algo había cambiado.

Un hombre se acercó a nosotros, uno de los jefes de familia neutrales que reconocía de las informaciones que me había dado Dimitri. Anatoly algo. Era mayor, de cabello plateado, con ojos agudos que no se perdían nada.

—Señora Morozov —dijo, inclinando la cabeza respetuosamente—. Ese fue un discurso bastante notable.

—Gracias —logré decir, de repente agotada.

—Me gustaría discutir sus propuestas con más detalle —le dijo a Dimitri—. ¿Quizá podríamos organizar una reunión la semana que viene?

—Por supuesto —respondió Dimitri, y oí la satisfacción en su voz.

Dos familias más se acercaron con peticiones similares. Luego una cuarta. Para cuando estábamos listos para irnos, Dimitri había programado cinco reuniones con familias anteriormente indecisas.

—Estuviste magnífica —murmuró en mi oído mientras caminábamos hacia la salida, con el brazo alrededor de mi cintura—. Lo cambiaste todo esta noche.

—Solo dije la verdad —dije, pero sonreía.

—La verdad es un arma poderosa —respondió—. Especialmente cuando la maneja alguien tan valiente como tú.

Salimos al aire fresco de la noche, y respiré hondo, sintiendo que la adrenalina empezaba a desaparecer. Alexei y nuestro equipo de

seguridad nos rodearon mientras caminábamos hacia nuestro SUV esperando.

—¿Crees que Iván realmente intentará algo? —pregunté en voz baja.

—Sí —dijo Dimitri sin dudar—. Pero no esta noche. Esta noche lo humillaste delante de todos los que importan. Necesitará tiempo para planear, para reconstruir su reputación.

Nuestro conductor abrió la puerta y Dimitri me ayudó a entrar en el asiento trasero. Se deslizó a mi lado y me apoyé en él, sintiendo de repente el peso de la noche.

El SUV se alejó del hotel y observé las luces de la ciudad deslizarse por la ventana. Por primera vez en semanas, me sentí esperanzada. Quizá realmente pudiéramos cambiar las cosas. Quizá nuestro hijo creciera en un mundo mejor.

El impacto llegó sin previo aviso.

Un momento estábamos conduciendo suavemente por la calle y al siguiente, otro vehículo nos golpeó por un lado con una fuerza tremenda. El mundo dio vueltas y me lancé contra el cinturón de seguridad. El cristal se hizo añicos. El metal chirrió.

50

DIMITRI

El impacto nos golpea como un tren de mercancías.

Un segundo estamos saliendo del hotel, las luces de la ciudad se desdibujan tras los cristales tintados. Al siguiente, el metal chirría contra el metal cuando otro vehículo embiste nuestro costado. Nuestro todoterreno blindado gira, los neumáticos chillan contra el asfalto, y mi cuerpo se mueve por puro instinto.

Me lanzo sobre Alina, cubriéndola por completo mientras el mundo se inclina de lado. Su grito ahogado se apaga contra mi pecho, sus dedos se aferran a mi chaqueta. El todoterreno se sacude violentamente, pero nuestro conductor mantiene el control. El vehículo se endereza, el motor ruge mientras acelera.

Entonces empiezan los disparos.

El característico tableteo de las armas automáticas llena el aire. Las balas repiquetean contra el cristal blindado como una lluvia mortal, grietas en forma de telaraña florecen en las ventanillas sin penetrar. Gracias a Dios por el blindaje que insistí en poner en todos mis vehículos.

—Quédate abajo —gruño contra el cabello de Alina, manteniendo mi cuerpo entre ella y las ventanillas. Mi mano encuentra su vientre instintivamente, protectora, asegurándose de que nuestro hijo esté a salvo. Tiembla bajo mí, pero no grita. Mi valiente y feroz esposa.

En medio del caos, oigo responder a mi equipo de seguridad. Los dos todoterrenos que nos seguían frenan en seco, y mis hombres salen, respondiendo al fuego con precisión disciplinada. Los entrené bien. Crean un corredor protector, sus cuerpos y vehículos formando una barrera entre nosotros y los atacantes.

—¡Vamos, vamos, vamos! —le grito al conductor, y no necesita que se lo digan dos veces.

El todoterreno avanza, zigzagueando entre el tráfico mientras más disparos estallan tras nosotros. Me arriesgo a mirar por la luneta trasera y cuento al menos cuatro vehículos, quizá cinco. Esto no es un ataque oportunista. Esto está coordinado, planeado, profesional.

Obra de Ivan Volkov.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me duelen los dientes. El bastardo no pudo aceptar su humillación pública en la gala, no pudo dejar que las palabras de Alina quedaran sin respuesta. Así que ha recurrido a esta emboscada en medio de la ciudad, con civiles por todas partes. Chapucero. Desesperado.

Lo que lo hace más peligroso que nunca.

—Dimitri —la voz de Alina suena apagada contra mi pecho, temblorosa pero controlada—. Estoy bien. Ya puedes dejarme respirar.

Me aparto ligeramente, lo justo para verle la cara. Sus ojos verdes están muy abiertos, las pupilas dilatadas por la adrenalina, pero no entra en pánico. Hay miedo, sí, pero también rabia.

—¿Te has hecho daño? —exijo mientras mis manos recorren sus brazos, sus hombros, buscando heridas aunque sé que las balas no

penetraron.

—No. Estoy bien.

Más disparos resuenan tras nosotros, pero se van alejando. El conductor toma una curva cerrada, luego otra, su conducción es suave a pesar de la velocidad. Conoce estas calles como la palma de su mano, cada callejón y atajo. En minutos, hemos perdido cualquier posible seguimiento.

Mi teléfono vibra. Alexei.

—Situación —le ladro al aparato.

—Hemos capturado dos vivos. Los demás se dispersaron cuando vieron que habían fracasado —su voz es firme, profesional, pero percibo la furia subyacente. Un ataque contra mí es un ataque contra todos nosotros.

—Bien. Trae a los prisioneros a la finca. Quiero saber todo lo que sepan.

—Ya estoy en ello, jefe.

Cuelgo y acerco más a Alina, inhalando su aroma. Mi corazón sigue acelerado, la adrenalina inunda mi sistema, pero tenerla a salvo en mis brazos me ancla. Me centra.

—Fue Ivan —dice en voz baja. No es una pregunta.

—Sí.

—No va a parar, ¿verdad?

Quiero mentirle, decirle que todo irá bien, que la protegeré de todo esto. Pero Alina merece la verdad. Ha demostrado una y otra vez que puede manejarlo.

—No. No hasta que uno de nosotros esté muerto.

Guarda silencio un momento, su mano encuentra la mía y entrelaza nuestros dedos. Le doy un beso en la frente, luego en los labios, saboreando su miedo y su determinación en igual medida.

El resto del trayecto transcurre en tenso silencio mientras tomamos una ruta indirecta, asegurándonos de que no nos sigan, antes de entrar finalmente por las puertas de nuestra finca. El equipo de seguridad ya ha sido alertado. Hombres armados patrullan el perímetro, y distingo el destello de las miras de francotirador en el tejado.

En cuanto estamos dentro, tengo a Alina en brazos, cargando con ella a pesar de sus protestas.

—Dimitri, puedo caminar...

—Hazme este favor.

Ayudo a Alina a cambiarse con un pijama suave, mis manos son gentiles sobre su piel. Todavía tiembla levemente, la adrenalina se desvanece y deja agotamiento a su paso.

—Ven aquí —murmuro, atrayéndola a la cama conmigo.

Ella se acurruca contra mi pecho, su cabeza bajo mi barbilla, y la rodeo con mis brazos. Durante un largo momento, nos abrazamos, respirando al unísono, agradecidos de estar vivos.

—Estaba tan asustada —susurra—. No por mí, sino por el bebé. Por ti.

—Lo sé. Yo también —le doy un beso en el pelo—. Pero estamos bien. Todos estamos bien.

Su mano se desliza por mi pecho, los dedos recorriendo mi mandíbula. Cuando la miro, hay algo fiero y hambriento en sus ojos. Ya no miedo, sino necesidad. Necesidad de sentirnos vivos, de reafirmar nuestra conexión, de rechazar la oscuridad que intentó devorarnos.

Lo entiendo perfectamente.

La beso lenta y profundamente, vertiendo todo lo que siento: amor, miedo, alivio, determinación. Responde con idéntica intensidad, su cuerpo presionando contra el mío.

La desnudo con cuidado, con devoción, revelando su piel pálida y sus suaves curvas. Sus pechos ahora lucen más llenos por el embarazo, los pezones más oscuros. Trazo con las yemas de los dedos el leve abultamiento de su vientre, asombrado por la vida que crece allí.

Ella alcanza mi camisa, desabrochándola con dedos temblorosos. La ayudo, quitándome la ropa hasta que ambos estamos desnudos. La lámpara proyecta sombras doradas sobre su piel.

Mis manos cartografían su cuerpo, redescubriendo cada curva y hueco. Le acaricio los pechos con suavidad, los pulgares circundando sus pezones hasta que ella se arquea. Sus manos exploran mi pecho, recorren el tatuaje de la estrella de ocho puntas sobre mi corazón, el dragón en mi cuello.

—Te quiero —susurra—. Te quiero tanto.

—Te quiero —respondo en ruso. Palabras que jamás creí decirle a nadie.

Beso su cuello, su clavícula, sin prisas. Cuando alcanzo sus pechos, les dedico atención minuciosa, chupando con delicadeza. Ella jadea, sus dedos se enredan en mi pelo.

—Dimitri, por favor.

—Paciencia, *lyubov moya*. —Amor mío.

Continúo mi exploración, besando sus costillas, su vientre. Me detengo en esa leve curva donde crece nuestro hijo, depositando un beso tierno. La mano de Alina cubre la mía, permaneciendo así un instante, conectados.

Luego avanzo más abajo, separando sus muslos con suavidad. Ya está húmeda, preparada para mí. Primero la acaricio con los dedos, observando cómo se intensifica el placer en su rostro. Su cabeza se echa hacia atrás, labios entreabiertos, mejillas sonrosadas.

—Tan receptiva —murmuro—. Tan perfecta.

Reemplazo mis dedos por la boca, saboreándola. Ella grita, las caderas elevándose. La sostengo con firmeza, tomándome mi tiempo. Cuando llega al orgasmo, es con mi nombre en los labios, su cuerpo temblando.

Asciendo besando su cuerpo, posicionándome entre sus muslos. Ella desliza la mano entre nosotros, guiándome hasta su entrada. —Necesito sentirte.

Penetro lenta y cautelosamente, vigilando su rostro. Estrecha y caliente, perfecta. Cuando estoy completamente dentro, ambos nos detenemos, respirando al unísono.

Enlaza sus piernas alrededor de mis caderas. —Muévete, Dimitri.

Así lo hago, estableciendo un ritmo lento y profundo mientras me apoyo en los antebrazos para no presionar su vientre. Cada embestida es deliberada. Observo su rostro, memorizando cada gesto, cada jadeo. Sus manos agarran mis hombros, las uñas clavándose.

—De mí no te preocupes —murmuro—. Por siempre.

—Por siempre —repite ella.

El placer crece entre nosotros con lentitud, una escalada constante. Inclino las caderas, hallando ese punto interno que la hace jadear. Sus paredes internas palpitan.

—Así —la animo—. Déjate llevar, Alina. De mí no te preocupes.

Viene con un grito ahogado, su cuerpo oprimiéndose. La sensación me precipita al éxtasis. Sepulto el rostro en su cuello, gimiendo su

nombre al derramarme dentro.

Permanecemos unidos mucho rato, sin querer romper la intimidad. Finalmente, me deslizo con cuidado y la atraigo hacia mí. Ella se acurruca, la cabeza en mi pecho, una pierna sobre la mía.

Se duerme en mis brazos, su respiración profunda. Yo no logro dormir. Mi mente no para de analizar, planear, calcular. Ivan cometió un error esta noche. Dejó ver sus cartas, su desesperación. Ahora sé exactamente lo peligroso que es.

Un suave golpe en la puerta me arranca de mis reflexiones. Me separo con cuidado de Alina para no despertarla, me pongo los pantalones y abro.

Alexei está allí, con expresión sombría. Salgo al pasillo cerrando la puerta en silencio. —¿Qué dijeron los prisioneros?

—Mucho. Ivan está perdiendo apoyos, incluso entre sus aliados. A las familias no les gustan sus métodos ni lo público de sus acciones. El atentado de hoy fue un intento desesperado por salvar su reputación. De haber matado a Alina, te habría culpado a ti por no proteger a tu esposa, haciéndote parecer débil.

—Pero fracasó.

—Fracasó —la expresión de Alexei se ensombrece—. Lo que lo vuelve más peligroso. Un animal acorralado es impredecible.

Asiento despacio, sopesando las implicaciones. Ivan no puede retroceder sin quedar en ridículo. Deberá escalar, hacer otro movimiento. La pregunta es cuál y cuándo.

—Duplica la seguridad de Katya —ordeno—. Y que vigilen a la madre de Alina, en caso de que Ivan intente usarla como moneda de cambio.

—Ya está hecho —Alexei duda, luego extrae un sobre de su chaqueta—. Hay otra cosa. Lo entregaron hace una hora. El mensajero no dijo quién lo enviaba.

Cojo el sobre, notando el peso del papel de calidad. Dentro hay una tarjeta con el sello tradicional de la Bratva. La sangre se me hiela al leer la elegante caligrafía rusa.

—¿Qué es? —pregunta Alexei, aunque su tono sugiere que ya lo sabe.

Lo miro, sintiendo el peso de siglos de tradición. —Ivan ha convocado un tribunal. Un desafío formal a mi liderazgo.

51

ALINA

El almacén huele a hormigón viejo y aceite de motor, muy lejos del lujo al que me he acostumbrado en la finca de Dimitri. Pero este lugar tiene historia. Según Alexei, aquí se han celebrado tribunales de la Bratva durante más de treinta años.

Estoy de pie junto a Dimitri cerca del frente del cavernoso espacio, con la mano apoyada protectoramente sobre mi vientre. El bebé está bien tras la emboscada de anoche, pero no puedo evitar el gesto instintivo. A nuestro alrededor, representantes de cada familia importante llenan las filas de sillas plegables colocadas para la ocasión. El ambiente es denso por la tensión y el humo de cigarrillo.

La mano de Dimitri encuentra mi espalda baja, cálida y tranquilizadora. Se ve devastadoramente atractivo con su traje oscuro, sus ojos verdes agudos y alerta mientras observa la sala. La cicatriz sobre su ceja izquierda capta la dura luz fluorescente. Quiero alargar la mano y trazarla con los dedos, recordarme que es real, que hemos sobrevivido a todo lo que nos han lanzado hasta ahora.

—No deberías estar aquí —murmura en mi oído, con su acento más marcado de lo habitual. Siempre se le nota así cuando está estresado.

—Ya hemos hablado de esto —le susurro de vuelta—. Ya no me esconderé más.

Su mandíbula se tensa, pero no discute. Sabe que tengo razón. Si me escondo cada vez que hay peligro, pasaré toda la vida encerrada.

Ivan Volkov entra por las puertas principales, flanqueado por sus aliados restantes. Su pelo plateado está perfectamente peinado, sus ojos azules fríos mientras recorren a las familias reunidas antes de posarse en mí. Su labio se curva con asco. Levanto la barbilla y sostengo su mirada sin pestañear. He enfrentado cosas peores que él.

Un hombre mayor que no reconozco da un paso al frente. Al parecer es el árbitro neutral para este tribunal, elegido porque no tiene lealtad ni hacia Dimitri ni hacia Ivan. Su voz retumba por el almacén al dar comienzo a las actuaciones.

Las reglas se explican en inglés y ruso. Cada parte presentará su caso. Las familias votarán. La decisión es definitiva y vinculante. Quien viole el fallo del tribunal será considerado enemigo de toda la Bratva.

Ivan habla primero. Es un buen orador, le concedo eso. Su voz es suave y persuasiva mientras expone sus acusaciones contra Dimitri.

—Dimitri Morozov ha abandonado las tradiciones que han mantenido fuerte a nuestra organización durante generaciones —comienza Ivan, paseando frente a las familias reunidas como un abogado en un tribunal—. Ha permitido que mujeres participen en discusiones de liderazgo, tratándolas como iguales cuando deberían ser protegidas y mantenidas al margen de nuestros asuntos.

Sus ojos se posan en mí, y siento el peso de docenas de miradas siguiéndole. Mantengo una expresión neutra, negándome a darle la satisfacción de verme reaccionar.

—Ha traído caos y muerte —continúa Iván—. Viktor Popov, un miembro respetado de nuestra comunidad, fue asesinado. Mikhail Volkov, mi primo, fue asesinado. Bajo el liderazgo de Dimitri, hemos visto más derramamiento de sangre que en los diez años anteriores juntos.

Quiero gritar que Viktor fue un traidor que intentó matar a sus propias hijas, que Mikhail orquestó una masacre en mi boda. Pero este no es mi momento para hablar.

—Dimitri Morozov se ha vuelto débil —dice Iván, con una voz que se torna casi compasiva—. Ha permitido que sus sentimientos por su esposa nublen su juicio. Ya no está capacitado para liderar.

Cuando Iván termina, se oyen murmullos por todo el almacén. Algunas familias asienten en señal de acuerdo. Otras parecen escépticas.

Luego es el turno de Dimitri.

No pasea ni actúa. Simplemente se sitúa en el centro del espacio, su presencia atrae la atención sin esfuerzo. Cuando habla, su voz es calmada y mesurada.

—Iván Volkov habla de tradición, pero se olvida convenientemente de qué tradiciones casi nos destruyen —comienza Dimitri—. Mikhail Volkov nos manipuló a todos, enfrentó a las familias entre sí, orquestó asesinatos para servir a sus propios intereses. Puse fin a esa amenaza. Viktor Popov traicionó a su propia familia, vendió a su hija a nuestros enemigos y conspiró en la masacre de la iglesia que mató a mi sobrino y a otros quince. También puse fin a esa amenaza.

Hace una pausa, dejando que sus palabras calen.

—Iván habla de caos, pero lo que él llama caos, yo lo llamo limpieza. La Bratva se pudría desde dentro, y extirpé la infección antes de que pudiera extenderse más.

La mirada de Dimitri recorre a las familias reunidas. —He propuesto reformas que benefician a todos. Más autonomía para cada familia. Un sistema de consejo para las decisiones importantes. Un fin a las prácticas que nos hacen vulnerables ante la policía y el escrutinio público. Estos cambios no nos debilitan. Nos hacen más fuertes, más inteligentes, más sostenibles.

Hace un gesto hacia mí y siento que me sonrojan las mejillas. —Mi esposa ha demostrado su valía de formas en que muchos hombres de esta sala no lo han hecho. Sobrevivió a un intento de asesinato en su propia boda. Descubrió la traición de su padre. Se mantuvo a mi lado cuando Mikhail Volkov intentó destruir todo lo que hemos construido. Despreciarla por su género es despreciar la fuerza, la inteligencia y la lealtad. Esa es la verdadera debilidad.

Los murmullos aumentan. Puedo ver que algunos de los jefes más mayores mueven la cabeza en desaprobación, pero varios de la generación más joven asienten.

El árbitro pide la votación. Cada cabeza de familia se pone de pie y declara su posición. Mi corazón late con fuerza mientras cuento. Está reñido. Demasiado reñido.

Cuando se cuentan los votos finales, Dimitri gana por un margen de tres familias.

La cara de Iván se pone morada de rabia. Por un momento, pienso que podría atacar a Dimitri allí mismo, al diablo con las normas del tribunal. Pero es más listo que eso. Da media vuelta y sale furioso hacia la salida, mientras sus aliados restantes se apresuran a seguirle.

—Esto no ha terminado, Morozov —gruñe por encima del hombro.

Dimitri no responde. Simplemente toma mi mano y me guía hacia la puerta.

Estamos casi llegando a nuestro coche cuando se acerca un hombre con una chaqueta oscura. Lo reconozco como uno de los tenientes

de Iván. Dimitri se tensa, y su mano se dirige hacia el arma escondida bajo la chaqueta de su traje.

El hombre levanta las manos en un gesto de paz. —Tengo información —dice en voz baja, mientras sus ojos miran alrededor para asegurarse de que nadie más escucha—. Sobre el próximo movimiento de Iván. Hace una pausa. —Por un precio.

52

DIMITRI

Las palabras del informante resuenan en mi mente mientras paseo por mi despacho. *Cuarenta y ocho horas. Contratista externo. Sin vínculos con la Bratva.*

Ivan Volkov ha hecho su jugada final, y va dirigida directamente a la mujer que amo.

No pierdo tiempo con la ira. La ira es un lujo que no me puedo permitir cuando la vida de Alina pende de un hilo. En su lugar, actúo con la fría precisión que me ha mantenido con vida durante veinte años en este negocio.

—Alexei —ladro al teléfono—. Prepara el complejo. Equipo de seguridad completo. Quiero a Alina y a Katya allí dentro de una hora.

—Ya estoy en ello —responde—. El lugar es una fortaleza.

Encuentro a Alina en nuestro dormitorio, leyendo un libro sobre embarazo y maternidad temprana. Levanta la vista cuando entro, y sus ojos verdes se entrecierran al instante. Ahora me conoce demasiado bien.

—¿Qué pasa?

Me siento a su lado en la cama y cojo su mano. Su piel está caliente, su pulso firme bajo mis dedos. —Ivan ha contratado a un mercenario. Alguien ajeno a nuestro mundo. El ataque está programado para los próximos dos días.

Su rostro palidece, pero no se desmorona. Mi esposa es más fuerte que el acero envuelto en seda, y ya esperaba algo. El informante no quiso hablar al aire libre, así que volvimos aquí, pero Alina no estuvo presente en la reunión. —¿Qué hacemos?

—Os llevaré a ti y a Katya al complejo. Es seguro, aislado. Nadie fuera de mi círculo íntimo sabe de él. —Aparto un mechón de pelo rojo de su cara—. Estarás a salvo allí.

—¿Y tú?

—Voy a terminar con esto. —Me inclino y beso su frente, inhalando su aroma—. De una vez por todas.

Ella aprieta mi mano con más fuerza. —Ten cuidado. Por favor.

—Siempre.

En menos de una hora, Alina y Katya van en un todoterreno blindado hacia el complejo con seis de mis mejores hombres. Observo cómo las luces traseras desaparecen en la noche, con el pecho oprimido por la emoción y la desesperada necesidad de proteger lo que es mío.

De vuelta en mi despacho, reúno a mi equipo. Alexei, Borge y otros tres en quienes confío con mi vida. —Vamos a tender una trampa —les digo—. El informante va a pasarle información falsa a Ivan sobre la ubicación de Alina. Cuando aparezca el mercenario, lo capturamos vivo.

—¿Y luego? —pregunta Borge.

—Luego nos dice dónde encontrar a Ivan.

El plan se desarrolla con precisión militar. A través del informante, filtramos que Alina se aloja en una casa segura al este de la ciudad. Instalamos vigilancia, colocamos francotiradores y esperamos.

El mercenario llega a las tres de la madrugada. Es bueno, lo reconozco. Profesional. Cauto. Pero no lo suficiente. Mis hombres se mueven como sombras, y en cuestión de minutos está esposado con bridas y sangrando por una nariz rota en la parte trasera de nuestra furgoneta.

Me subo a su lado. Es estadounidense, quizá cuarenta años, con los ojos fríos de un hombre que ya ha matado antes. —Tienes una oportunidad para salir vivo de esto —le digo en inglés—. Dime dónde está Ivan Volkov.

Escupe sangre. —Vete al infierno.

Asiento a Alexei, que saca unas tenazas. —Podemos hacerlo fácil o difícil. Tú eliges.

Tarda quince minutos. El contratista es duro, pero todo el mundo acaba rompiéndose. Nos da una dirección: un edificio de apartamentos de lujo cerca del aeropuerto. Última planta. Ivan planea marcharse en un jet privado al amanecer.

Dejamos al contratista esposado con bridas en la furgoneta para que la policía lo encuentre después. Que le explique a las autoridades por qué estaba entrando en una casa con un rifle de francotirador.

El edificio de apartamentos es de cristal y acero moderno, el tipo de lugar donde la gente paga para no hacer preguntas. Burlamos la seguridad con facilidad. El dinero y el miedo abren la mayoría de las puertas en esta ciudad.

El apartamento de Ivan es exactamente lo que esperaba: caro y estéril, con maletas preparadas junto a la puerta. Está junto a la ventana cuando entramos, con una copa de vodka en la mano. Ni siquiera parece sorprendido.

—Dimitri —se vuelve, y veo la derrota en sus ojos—. Me preguntaba cuándo me encontrarías.

—Contrataste a alguien para matar a mi mujer —mi voz es plana, sin emoción—. A mi mujer *embarazada*.

—Negocios —se encoge de hombros—. Nada personal.

Cruzo la habitación en tres zancadas y lo estrello contra el cristal. La ventana se resquebraja pero no se rompe. —Todo esto es personal.

Intenta sonreír, pero solo consigue una mueca. —Pues mátame. Demuestra que sigues siendo el monstruo que todos dicen que eres.

Quiero hacerlo. Dios, cómo quiero. Quiero meterle una bala en el cerebro y verlo caer.

—Te doy una opción —digo, soltándolo—. Vete del país esta noche. Nunca vuelvas. Si vuelvo a verte, si oigo tu nombre relacionado con mi familia, mataré a todos los que hayas amado antes de matarte a ti. ¿Entendido?

Ivan se arregla el traje, con las manos temblorosas. —¿Y si me niego?

Saco mi pistola y la aprieto contra su frente. —Entonces mueres aquí. Ahora. Tú eliges.

Mira dentro de mis ojos y ve la verdad. No estoy faroleando. —Sudamérica —dice en voz baja—. Tengo contactos allí.

—Alexei te acompañará al aeropuerto. Subes a ese avión, y esto se acaba.

Dos horas después, observo desde la pista cómo el jet privado de Ivan despega hacia el cielo del amanecer. No es el final que quería. La justicia habría sido una bala. Pero este es el final que mantiene la paz, que protege a mi familia, que me permite volver a casa con Alina con las manos limpias.

El complejo está tranquilo cuando llego. Encuentro a Alina en el dormitorio principal, despierta a pesar de la hora temprana. Lleva una de mis camisas, con su pelo rojo suelto sobre los hombros.

—Se acabó —le digo.

Ella escudriña mi rostro. —¿Lo mataste?

—No. Lo envié lejos. Muy lejos —me siento junto a ella en la cama —. No volverá.

—¿Estás seguro?

La atraigo hacia mis brazos, inhalando su aroma. —No. Pero si lo hace, estaremos preparados. Seremos más fuertes.

Ella levanta el rostro hacia el mío, y veo el alivio en sus ojos verdes. —Te quiero.

—Yo también te quiero —la beso profundamente, vertiendo todo lo que siento en ese beso. El miedo, el alivio y la gratitud desesperada de que esté a salvo.

Ella se separa ligeramente, sus dedos recorren la cicatriz sobre mi ceja. —Llévame a la cama, marido. Necesito sentirte.

No hace falta que me lo pida dos veces.

53

EPÍLOGO

ALINA

DOS AÑOS DESPUÉS

El sol del atardecer baña el jardín con una luz dorada, y estoy de pie en la terraza con Nikolai durmiendo plácidamente en mis brazos. Su pequeño puño se aprieta contra mi pecho, su respiración suave y regular. Con tres meses, ya muestra señales de tener el pelo oscuro de su padre, aunque sus ojos —cuando están abiertos— son verdes como los míos.

Abajo, en el jardín cuidado que se extiende por nuestra finca de cinco acres, Dimitri persigue a nuestra hija entre los parterres de flores. Los chillidos de alegría de Anastasia me llegan hasta aquí, sus rizos rojos rebotando mientras corre con sus regordetes piernecitas de niña pequeña. Lleva un vestido blanco de verano que ya tiene manchas de hierba en el dobladillo, y sus ojos verdes brillan con pura felicidad.

—¡Papá, atrápame! —grita en una mezcla de inglés y ruso.

Dimitri finge avanzar pesadamente tras ella, con las manos extendidas como un monstruo. —¡Voy a pillarte, pequeña libélula!

Ella se ríe y cambia de dirección, casi tropezando con sus propios pies. Dimitri la atrapa antes de que caiga, levantándola en brazos y girando con ella. Su risa llena el aire, y mi corazón se hincha tanto que casi duele.

Hace dos años, estaba de pie en una iglesia en llamas con un vestido de novia manchado de sangre, viendo morir a un hombre que apenas conocía a mis pies. Hace dos años, pensé que mi vida había terminado.

No tenía ni idea de que apenas estaba comenzando.

Nikolai se agita contra mí, emitiendo un pequeño sonido antes de volver a dormirse. Lo ajusto con cuidado, dejando un beso en su cabecita cubierta de suave vello. El tatuaje de la libélula en mi muñeca derecha capta la luz al moverme. Lo retoqué después de que naciera Nikolai, añadiendo dos libélulas más pequeñas junto a él. Una por cada uno de mis hijos. Símbolos de transformación, de belleza surgiendo de la oscuridad.

La finca luce ahora distinta a cuando Dimitri me trajo aquí por primera vez. La cualidad de fortaleza permanece, con los altos muros y la seguridad de última generación, pero yo la he suavizado. Jardines florales han reemplazado parte del paisajismo austero. Juguetes infantiles salpican el césped. Un columpio se alza cerca del viejo roble. Sigue siendo un lugar que defender, pero ahora también es un hogar.

Los últimos dos años han transformado algo más que la finca.

La propia Bratva ha evolucionado bajo el liderazgo de Dimitri. Sigue siendo poderosa, aún peligrosa cuando es necesario, pero las viejas costumbres están desapareciendo. Los matrimonios forzados están prohibidos en todas las familias. Las mujeres se sientan en la mesa durante las discusiones importantes. La violencia es más controlada, más estratégica, menos por ego y más por supervivencia.

No todos estuvieron contentos con los cambios. Perdimos a algunos de la vieja guardia, hombres que no pudieron adaptarse a un mundo donde sus hijas tenían opciones. Pero a cambio ganamos algo más valioso. Estabilidad. Lealtad basada en el respeto en lugar del miedo.

Yo también he encontrado mi lugar en este mundo. Ya no soy solo la esposa de Dimitri. Soy su compañera, su consejera. Las familias ahora me respetan, buscan mi opinión en asuntos tanto empresariales como personales. Dirijo varios negocios legítimos que proporcionan cobertura e ingresos a la organización. Desarrollo inmobiliario. Empresas de importación-exportación. Una cadena de restaurantes de lujo.

Pero el trabajo que más me enorgullece es la fundación.

La Fundación Morozov para Mujeres y Niños ayuda a quienes escapan de situaciones de abuso. Ofrecemos casas seguras, asistencia legal, formación laboral y servicios de reubicación. Se financia discretamente con dinero de la Bratva, una forma de equilibrar las balanzas, de convertir algo oscuro en algo que salva vidas.

Mi padre lo habría odiado. El pensamiento me arranca una sonrisa sombría.

Ya no pienso en mi padre con frecuencia. Cuando lo hago, es sin el peso aplastante del dolor o la culpa. Él tomó sus decisiones. Yo tomé las mías. Katya y yo hemos hecho las paces con lo que ocurrió aquella noche en la fábrica.

Katya.

Mi hermana está prosperando. Con dieciocho años, es todo lo que esperaba que fuera. Estudia en la universidad, Historia del Arte y Artes Plásticas, viviendo la vida que siempre soñó. Ahora tiene novio, Marcus, un dulce estudiante de medicina que la trata como si fuera un tesoro. Dimitri, por supuesto, lo investigó exhaustivamente, pero Marcus superó todas las pruebas.

Katya nos visita a menudo, normalmente los fines de semana. Adora a Anastasia y Nikolai, malcriándolos con material de arte y libros. La semana pasada trajo un cuadro que había pintado de nuestra familia. Ahora cuelga en el vestíbulo principal, una explosión de color y vida.

Nuestra madre no volvió a contactar desde aquel día que vino a la finca. Supe por mis contactos que se volvió a casar a los seis meses de la muerte de Viktor, con un empresario de Chicago. Katya y yo coincidimos en que estábamos mejor sin ella. Algunas heridas son demasiado profundas para sanar.

El sonido de pasos en las escaleras de la terraza me saca de mis pensamientos. Aparece Dimitri, con Anastasia encaramada en sus anchos hombros, sus manitas enredadas en su pelo oscuro. Ahora tiene canas en las sienes, más que hace dos años, pero solo le dan más distinción. Más atractivo.

Sus ojos verdes encuentran los míos, y esa mirada todavía me quita el aliento. Después de dos años de matrimonio, dos hijos, innumerables desafíos y triunfos, todavía me mira como si fuera lo más preciado de su mundo.

—¡Mamá! —Anastasia me tiende los brazos y Dimitri la baja con cuidado, atento a su hermano dormido en mis brazos.

Le beso la frente, sabiendo a sol y hierba. —¿Te has divertido con papá?

—¡Hemos perseguido mariposas! —Salta sobre las puntas de los pies —. ¡Y papá ha dicho que podemos tomar helado!

—¿Ah, sí? —Levanto una ceja hacia Dimitri.

Él sonríe, sin arrepentirse, y se acerca. Su mano acaricia mi rostro, el pulgar rozándome el pómulo. Luego me besa, profundo, lento y lleno de promesas. Aunque nuestra hija ríe a nuestro lado y nuestro hijo está entre nosotros, el beso enciende un fuego en mis venas.

Cuando se separa, su voz es grave y ronca. —Te quiero, Alina. Cada día te quiero más.

—Yo también te quiero —susurro.

Es algo que dice cada día ahora, esas palabras que alguna vez parecieron imposibles en un hombre como él. Y cada día se las devuelvo, sintiéndolas más cada vez.

Anastasia tira del pantalón de Dimitri. —¿Helado ya?

Él ríe y la levanta de nuevo. —Ve a pedirle a Alexei que traiga un poco de la cocina. Dile que lo dice papá.

Echa a correr hacia dentro, sus pasos resonando por la casa. Dimitri me rodea con su brazo, cuidando de no molestar a Nikolai, y permanecemos juntos en la terraza mientras el sol comienza a ponerse sobre la ciudad.

El cielo sangra naranjas, rosas y dorados, bañándolo todo en luz cálida. A lo lejos diviso el perfil urbano, el lugar donde se derramó tanta sangre, donde se libraron tantas batallas. Pero desde aquí parece pacífico. Hermoso, incluso.

Pienso en la chica que fui hace dos años. Aterrorizada. Atrapada. De pie ante un altar con un vestido de novia que nunca quise, a punto de casarme con un desconocido.

Pienso en todo lo ocurrido desde entonces. La violencia y el miedo. La traición y la pérdida. Pero también el amor. La fortaleza que descubrí en mí. La familia que construí desde las cenizas.

Ya no soy esa chica.

Soy madre. Esposa. Compañera. Una mujer que talló su propio poder en un mundo que intentó quebrarla.

De prisionera a compañera. De sobrevivir a prosperar.

La mano de Dimitri aprieta mi cintura y me apoyo en él, sintiendo su sólida fortaleza contra mi cuerpo. Sean cuales sean los desafíos que

vengan, las tormentas que debamos superar, las enfrentaremos juntos.

Hemos sobrevivido a cosas peores.

Hemos construido algo hermoso.

Y ya no tengo miedo.

Nikolai despierta con un suave llanto y lo ajusto en mis brazos, preparándome para amamantarlo. Dimitri nos observa con tanta ternura en los ojos que se me cierra la garganta.

—Nuestra familia —dice suavemente—. Todo lo que nunca supe que necesitaba.

Le sonrío. —Todo lo que ambos necesitábamos.

El sol se hunde más, proyectando largas sombras en el jardín. Dentro oigo la risa de Anastasia y la voz paciente de Alexei. Sonidos de hogar. De seguridad. De amor.

Esta es ahora mi vida.

Y no cambiaría ni una sola cosa.

TAMBIÉN POR ARIANA COOPER

Los Pecados de la Bratva

La Viuda del Jefe Bratva

Doce Días de Sangre y Pecado

Doce Días de Venganza || Doce Pecados de Navidad

Las Crónicas de los Vetrov

Atada a la Bratva || El Juramento del Sicario || Riendas Salvajes || Apuesta de Pecado || Imperio Robado

Pecados del Imperio O'Rourke

La Cautiva del Jefe || La Redención del Ejecutor || El Precio del Diablo || La Salvación del Guerrero || El Desafío del Heredero

Relaciones Festivas de Medianoche

Un Regalo Prohibido por Navidad || Una Ganga Navideña || Un bebé escandaloso para el multimillonario || Christmas with the Baby Daddy (SPANISH Edition)

Arreglos ejecutivos

La Falsa Prometida del Jefe Millonario || Una Segunda Oportunidad para el Papi || Una Noche con Mi Jefe Multimillonario

Libros independientes

Encuentros Picantes en la Oficina || Nunca Te Olvidaré
